



Abraham Merritt

El estanque de la luna

Comentario [LT1]:



ÍNDICE

PREFACIO

CAPÍTULO I : LA COSA DEL CLARO DE LUNA

CAPÍTULO II : ¡MUERTOS! ¡TODOS MUERTOS!

CAPITULO III : LA ROCA DE LA LUNA

CAPITULO IV : LOS PRIMEROS DESAPARECIDOS

CAPITULO V : EN EL ESTANQUE DE LA LUNA

CAPITULO VI : EL DEMONIO CENTELLEANTE SE LOS HA LLEVADO

CAPÍTULO VII : LARRY O'KEEFE

CAPITULO VIII : LA HISTORIA DE OLAF

CAPITULO IX : UNA PAGINA PERDIDA EN LA HISTORIA DE LA TIERRA

CAPITULO X : EL ESTANQUE DE LA LUNA

CAPITULO XI : LAS SOMBRAS LLAMEANTES

CAPITULO XII : EL FINAL DEL VIAJE

CAPÍTULO XIII: YOLARA, SACERDOTISA DEL RESPLANDECIENTE.

CAPITULO XIV : LA JUSTICIA DE LORA

CAPITULO XV : EL ODIOSO Y SUSURRANTE GLOBO

CAPÍTULO XVI : YOLARA DE MURIA CONTRA O'KEEFE

CAPITULO XVII : EL LEPRECHAUN

CAPÍTULO XVIII : EL ANFITEATRO DE AZABACHE

CAPITULO XIX : LA LOCURA DE OLAF

CAPITULO XX : LA TENTACIÓN DE LARRY

CAPITULO XXI : EL DESAFÍO DE LARRY

CAPITULO XXII : LA PANTALLA DE LA SOMBRA

CAPÍTULO XXIII: EL GUSANO DRAGÓN Y EL MUSGO DE LA MUERTE

CAPÍTULO XXIV: EL MAR PÚRPURA

CAPITULO XXV: LOS TRES SILENCIOSOS

CAPITULO XXVI: EL CORTEJO DE LAKLA

CAPITULO XXVII: LA LLEGADA DE YOLARA

CAPITULO XXVIII: EL ANTRO DEL MORADOR

CAPITULO XXIX : EL NACIMIENTO DEL RESPLANDECIENTE

CAPITULO XXX: LA CONSTRUCCIÓN DEL ESTANQUE DE LA LUNA

CAPÍTULO XXXI : LARRY Y LOS ANFIBIOS SEMIHUMANOS

CAPITULO XXXII : ¡VUESTRO AMOR! ¡VUESTRAS VIDAS!

¡VUESTRAS ALMAS!

CAPITULO XXXIII : EL CHOQUE DE LOS TITANES

CAPITULO XXXIV : LA LLEGADA DEL RESPLANDECIENTE

CAPITULO XXXV : ¡HASTA SIEMPRE... LARRY!

PREFACIO

La publicación del siguiente relato del Dr. Walter T. Goodwin ha sido autorizado por el Consejo Rector de la Asociación Internacional para la Ciencia.

Primero:

Para acabar definitivamente con lo que se ha dado en llamar el *Misterio Throckmartin* y para detener definitivamente la propagación de rumores y las escandalosas sospechas que han amenazado con empañar la reputación del Dr. David Throckmartin, su joven esposa, y su igualmente joven socio, el Dr. Charles Stanton, desde que un indiscreto radiograma desde Melbourne, Australia, informó de la desaparición del primero de un buque que se dirigía hacia ese puerto, y los sucesivos informes sobre la desaparición de su esposa y su socio del campamento que había establecido su expedición en las islas Carolinas.

Segundo:

Como el Consejo Rector ha concluido que las experiencias del Dr. Goodwin durante su heroico esfuerzo por salvar a los tres, y las lecciones y experiencias obtenidas de tales experimentos son demasiado importantes para la humanidad como para mantenerlos ocultos en los documentos científicos comprensibles sólo para las personas técnicamente formadas; o como para presentarlos a través de la prensa escrita de manera abreviada y fragmentada a causa de las limitaciones de espacio a que se ven sometidos tales vehículos de información.

Por estas razones, el Consejo Rector designó al Sr. A. Merritt para que transcribiera de manera comprensible para el lector lego las notas estenográficas de los propios informes del Dr. Goodwin; esta transcripción, editada y censurada por el Consejo Rector de la Asociación forman el contenido de este libro.

Como miembro del Consejo, el Dr. Walter T. Goodwin, Doctor en Física, F.R.G.S., etc., es sin lugar a dudas, el más sobresaliente de los botánicos americanos, un analista de reputación internacional y el autor de varios tratados definitivos sobre la rama de la ciencia a la que está dedicado. Su historia, asombrosa en el mejor sentido que se pueda dar a la palabra, está completamente apoyada por pruebas traídas por él mismo y aceptadas por la organización de la que tengo el honor de ser su Presidente. Lo que se haya eludido por esta presentación popular (debido al potencial excesivamente amenazador que contiene, y cuya distribución sin restricciones pueda desatar) se tratará en tratados puramente científicos de circulación cuidadosamente vigilada.

ASOCIACIÓN INTERNACIONAL PARA LA CIENCIA
Per J.B.K., Presidente

CAPÍTULO I

La Cosa del Claro de Luna

Había permanecido a lo largo de dos meses en las islas d'Entrecasteaux reuniendo datos para los capítulos finales de mi libro acerca de la flora de las islas volcánicas del sur del Pacífico. El día anterior había llegado a Port Moresby y había observado que mis especímenes estaban cuidadosamente almacenados a bordo de la *Southern Queen*. Mientras me sentaba en la cubierta superior pensé, con añoranza, de las extensas leguas que se extendían entre mi persona y Melbourne, y las más extensas aún entre Melbourne

y Nueva York.

Fue durante una de esas mañanas amarillas de Papua cuando la naturaleza se mostró bajo su estado de ánimo más sombrío y hosco. El cielo presentaba un color ocre ardiente. Sobre las islas se gestaba un espíritu plomizo, extraño, implacable preñado de la amenaza de latentes y maléficas fuerzas esperando a ser desencadenadas. Parecía una emanación del propio corazón indomable y siniestro de Papua (siniestro incluso cuando sonrío). Y de cuando en cuando, cabalgando sobre el viento, llegaba la brisa de las junglas virginales, cargada con olores desconocidos, misteriosa y amenazante.

Es durante esas mañanas cuando Papua te susurra sobre sus inmemorial antigüedad y de su poder. Y, tal y como debiera cada hombre blanco, luché contra su hechizo. Mientras me debatía vi una figura alta corriendo a largas zancadas sobre el dique; un muchacho kapa-kapa la seguía balanceando una maleta nueva. Encontré algo familiar en el alto individuo. Mientras llegaba a la lancha me miró directamente a los ojos, fijando la vista durante un momento, y luego agitó la mano.

Y en ese momento lo reconocí. Era el Dr. David Throckmartin. *Throck* había sido siempre para mí, uno de mis más viejos amigos y, también, una mente de primer orden cuyo poder y logros fueron para mí una constante inspiración y una denota, lo sé, para otros.

Coincidiendo con mi reconocimiento, me golpeó la sorpresa, definitiva (desagradable). Era Throckmartin; pero poseía algo perturbador que no correspondía al hombre que había conocido tan bien y del que me había despedido hacía escasamente un mes antes de que yo mismo me embarcara para navegar por estos mares. Se había casado unas pocas semanas antes con Edith, la hija del profesor William Frazier, casi una década más joven que él, pero tan apegada a él tanto por su amor como por sus ideas, si fuera posible, como Throckmartin a ella. Gracias a las enseñanzas de su padre era una maravillosa ayudante, y gracias a su propia dulzura y a su corazón (y utilizo esta palabra en su antiguo sentido), una amante. Junto con su también maduro colega, el Dr. Charles Stanton, y una mujer suiza, Thora Halversen, que había sido la enfermera de Edith Throckmartin durante su embarazo, se dirigieron hacia Nan-Matal, el extraordinario grupo de ruinas insulares desperdigadas a lo largo de la costa oriental de Ponape, en las Carolinas.

Supe que había planeado gastar al menos un año entre las ruinas, no sólo de Ponapé, si no de Lele (los centros gemelos de un enigma humano, un asombroso florecimiento de la civilización que había brotado eras antes de que se plantaran las mismas semillas de Egipto; de cuyas artes conocíamos muy poco y de cuya ciencia lo desconocíamos todo. Llevaba con él un equipo inusualmente completo para el trabajo que esperaba llevar a cabo y del que esperaba que fuera su monumento.

¿Qué había traído Throckmartin a Port Moresby, y qué era ese cambio que había presentado en él?

Apresurándome hacia la cubierta inferior, lo encontré con el comisario naval. Mientras le hablaba se volvió alargándome una mano vehemente; y entonces apercibí cual era la diferencia que tanto me había turbado. El supo, naturalmente a causa de mi silencio y mi involuntario encogimiento, el impacto que me había provocado el verle de cerca. Sus ojos se dilataron; le dio la espalda bruscamente al comisario, dudó y se apresuró hacia su camarote.

- Tiene una pinta rara de verdad, eh?-me dijo el comisario.-¿Lo conoce bien, jefe? Parece mismamente como si le hubiera dado un susto.

Le respondí algo y volví a subir hasta donde estaba sentado. Me senté, me tranquilicé y traté de definir qué me había impactado tanto. En ese momento lo vi claro. El viejo Throckmartin estaba en la víspera de su aventura cuando cumplió los cuarenta años, ágil, erecto, musculoso; sus emociones controladas demostraban entusiasmo, agudeza intelectual, de (se podría decir) investigación expectante. Su cerebro siempre cuestionante había estampado su vigor en las facciones del hombre.

Pero el Throckmartin que había visto abajo era alguien que había sobrellevado algún tipo de trauma punzante compuesto por horrores y éxtasis mezclados; algún tipo de cataclismo espiritual que en su clímax había remodelado, en lo más profundo, sus facciones, estampándole el sello del éxtasis y la desesperación unidos; como si ambos hubieran llegado a él juntos de la mano, tomando posesión del doctor y marchándose dejando tras de sí, irradicables, sus sombras vinculantes.

Sí, eso era lo que resultaba repulsivo. ¿Por que cómo el éxtasis y el honor, la mezcla del Cielo y el Infierno, se podían dar la mano, y besarse?

¡Sí, esto era, lo que, en íntimo abrazo, residía en la cara de Throckmartin;

Absorto en esta meditación, inconscientemente relajado, observé cómo la línea de la costa se hundía detrás; dando la bienvenida al toque del viento en la mar abierta. Había esperado, y junto con esa esperanza se encontraba una inexplicable cobardía, encontrarme con Throckmartin durante la comida. No bajó, y fui consciente de entregarme a mi decepción. Durante toda la tarde holgazaneé incómodo pero se mantuvo encerrado en su camarote (y no encontré en mi interior la fuerza suficiente para reunirme con él). Tampoco apareció para la cena.

El ocaso y la noche llegaron con presteza. Tenía calor y regresé a la tumbona de la cubierta. La *Southern Queen* navegaba sobre una marejada inquietante y tuve que buscarme un sitio.

Sobre el cielo se cerraba una bóveda de nubes, resplandeciendo fantasmalmente y dando testimonio de que la Luna corría tras de ellas. Había muchísima fosforescencia. A rachas, antes de que la nave se alzara sobre aquellos extraños y pequeños torbellinos de niebla que se elevaban de la superficie de aquel océano meridional como la respiración de monstruos marinos, giraban durante un instante y desaparecían.

Repentinamente, la puerta de la cubierta se abrió y atravesó el umbral Throckmartin. Hizo una pausa indeciso, miró hacia el cielo con una curiosa, impaciente y absorta impaciencia, se demoró, y cerró la puerta a sus espaldas.

- Throck,-le llamé-; Venga! Soy Goodwin.

Se acercó a donde me encontraba.

- Throck,-le dije, sin gastar el tiempo en preliminares-¿Qué marcha mal? ¿Puedo ayudarle?

Me di cuenta de que su cuerpo se tensaba.

- Me dirijo a Melbourne, Goodwin,- me respondió. -Necesito algunas cosas; las necesito con urgencia. Y más hombres... hombres blancos...

Se detuvo abruptamente; se levantó de su silla y miró intensamente hacia el norte. Seguí su mirada. Muy, muy lejos la Luna había roto por entre las nubes. Casi en el horizonte se podía apreciar su luminiscencia fantasmal sobre la mar tersa. El lejano parche de luz se estremeció y tembló. Las nubes se espesaron una vez más y desapareció. La nave corrió hacia el sur, delicadamente.

Throckmartin se dejó caer sobre su silla. Encendió un cigarrillo con una mano

temblorosa; luego se volvió hacia mí con brusca resolución.

- Goodwin,-me dijo- necesito ayuda. Si algún hombre la necesitara verdaderamente, ése soy yo. Goodwin, ¿puede imaginarse en otro mundo, extraño, desconocido, un mundo de terror, cuyo principal goce es el mayor terror de todos; usted sólo allí, un extraño? Tal hombre necesitaría ayuda, como yo la necesito.

Hizo una brusca pausa y se levanto; el cigarrillo cayó de sus dedos. La Luna se había abierto paso de nuevo por entre las nubes y esta vez se encontraba mucho más cerca. El claro que iluminaba se encontraba a menos de un kilómetro. Tras el claro el borde del mar era una línea lunar; una gigantesca serpiente reluciente arrastrándose por el borde del mundo dirigiéndose directamente hacia la nave.

Throckmartin se puso rígido a su vista como un perro de caza se podría tensar frente a una madriguera oculta. Entre ambos pulsó una sensación de horror; aunque este horror campanileó con una desconocida e infernal alegría. Me llegó y me traspasó, dejándome tembloroso con una conmoción agri dulce.

Se dobló hacia delante con el alma asomándole por los ojos. El claro de luna se deslizó hacia nosotros, más y más cerca. Ya estaba a menos de medio kilómetro. La nave voló alejándose, casi como si la persiguieran. Veloz y directa, cayendo sobre el barco, un torrente radiante hendiendo las olas, se deslizaba el flujo de la luna.

- ¡Dios, Dios!-, jadeó Throckmartin. Y si alguna vez estas palabras fueron una oración y una invocación, lo fueron en ese momento.

Y entonces, por primera vez, ¡Lo vi!

El claro de luna se extendió hasta el horizonte y lo rodearon las tinieblas. Pareció como si las nubes se hubieran separado para formar un callejón; abriéndose como cortinas o como las aguas del Mar *Rojo* cuando se apartaron para que las pudieran atravesar el pueblo de Israel. A cada lado de la corriente se recortaban las negras sombras de los pliegues del alto cielo. Y recta, como una carretera entre las opacas paredes destellaba, tremolaba y danzaba los brillantes y veloces rápidos de la luna.

Lejos, en apariencia inconmensurablemente lejos, a lo largo de esta corriente de fuego plateado sentí, más que vi, que algo se acercaba. Se presentó a la vista al principio como una luz difusa dentro de la propia luz. Incansablemente nadaba hacia nosotros; una neblina opalescente que se apresuraba sugiriendo una criatura alada durante un vuelo recto. Débilmente se arrastró hasta mi mente el recuerdo de la leyenda Dyak acerca del mensajero alado de Buda (el ave Akla, cuyas plumas están trenzadas con rayos de luna y cuyo corazón es un ópalo viviente, cuyas alas en vuelo suenan como la clara música cristalina de las estrellas blancas; pero cuyo pico está hecho de llama helada y descuartiza las almas de los descreídos.

Más cerca estaba y en ese momento llegaron hasta mí unos dulces e insistentes tintineos (como el pizicatto de unos violines de cristal; cristal claro; ¡diamantes fundiéndose en sonidos!)

Ahora la Cosa estaba más cerca del borde del blanco sendero; pegada a la barrera de oscuridad que aún se extendía entre la nave y el chispeante comienzo de la corriente lunar. Ya golpeaba contra la barrera como un pájaro contra los barrotes de su jaula. Se arremolinaba en relucientes penachos, en torbellinos de encajes de luz, en espirales de vapor viviente. Contenía extraños, desconocidos destellos como si de madreperla en movimiento se tratara. Átomos chispeantes y resplandecientes se movían por su interior como si los extrajera de los rayos que la bañaban.

Más y más se acercaba, transportada por las relucientes olas, y más delgada se volvía la protectora pared de sombras que nos separaba. En el interior de la bruma había un centro, un núcleo de luz más intensa; vetada, opalina, refulgente, intensamente viva. Y por encima de ella, enredada en los penachos y espirales que palpitaban y se arremolinaban había siete luces incandescentes.

A través de este incesante pero extrañamente ordenado movimiento de la, *cosa* estas luces se mantenían firmes y estables. Eran siete; como siete pequeñas lunas. Una era de color rosa perlado, una de un delicado azul nacarado, otra de suave azafrán, otras del color esmeralda que se puede ver en las aguas poco profundas de las islas del trópico; una de blanco mortal, otras de fantasmal amatista, y otra de un color plata que sólo puede verse cuando un pez volador salta fuera del agua a la luz de la luna.

La música tintineante era aún más fuerte. Penetraba en los oídos con una lluvia de diminutas lanzas; hacía que el corazón latiese con júbilo. Y se detuviese dolorosamente. Cerraba la garganta con una palpitación de éxtasis y la atenazaba con la mano de una pena infinita!

En ese momento me llegó un grito murmurante, deteniendo las notas de cristal. Era articulado (pero daba la sensación de llegar desde algo definitivamente extraño a este mundo). El oído captó este grito y lo tradujo de manera consciente en los sonidos de la tierra. E incluso mientras lo comprendía, el cerebro se contraía irresistiblemente ante él, y simultáneamente parecía llegar hasta el sonido con un ansia irresistible.

Throckmartin dio unas largas zancadas hacia el frente de la cubierta, hacia la visión, ahora a no más de un centenar de metros de la popa. Su rostro había perdido cualquier semblante humano. Extrema agonía y extremo éxtasis se encontraban juntos, sin oponerse el uno al otro; impíos compañeros inhumanos mezclándose en una apariencia que ninguna de las criaturas de Dios debería soportar. ¡Y profundas, profundas como su alma; ¡Un diablo y un dios morando juntos en armonía! Así debería haberse mostrado Satán, recién caído, aún divino, buscando el cielo y contemplando el infierno.

Y entonces, lentamente, ¡la luna desapareció! Las nubes se deslizaron sobre el cielo como si una mano las hubiera reunido. Muy lejos al sur se oyó un berrido rugiente. Mientras la luna se desvanecía se desvaneció con ella lo que había visto; desapareció como la imagen de una linterna mágica. El tintineo cesó abruptamente, dejando un silencio como el que sigue al estampido abrupto de un trueno. ¡Nada quedaba a nuestro alrededor más que silencio y oscuridad!

Me traspasó un temblor como el que experimenta alguien que ha estado en el mismísimo borde del golfo en donde los hombres de las Luisiadas dicen que se arrastra el pescador de las almas humanas, y ha sido arrancado de regreso en la más inesperada oportunidad.

Throckmartin me rodeó con un brazo.

- Es como lo pensé,- me dijo. En su voz se apreciaba una nueva nota; la calma certera que se ha apartado bruscamente un terror acechante de lo desconocido.-¡Ahora lo sé! Acompañeme a mi camarote, viejo amigo. Por que ahora que ha visto lo suficiente puedo contarle...-se demoró-qué es lo que vio.- Finalizó.

Mientras traspasábamos la puerta nos encontramos con el primer oficial de la nave. Throckmartin compuso su rostro hasta casi conseguir una apariencia de normalidad.

- ¿Va a ser muy violenta la tormenta?-. Le preguntó.

- Sí.- Le respondió su contertulio. -Con probabilidad nos acompañará durante todo el

viaje a Melbourne.

Throckmartin se envaró como si se le hubiera ocurrido un nuevo pensamiento. Agarró con ansiedad la manga del oficial.

- ¿Quiere decir que el tiempo será nuboso durante...- dudó. – Durante al menos las siguientes tres noches?

- Y durante tres más.- Le replicó.

¡Gracias a Dios!-Gritó Throckmartin, y creo que nunca había escuchado una exclamación de alivio y esperanza que la que emitió su voz.

El marinero se paralizó por la sorpresa.

- ¿Gracias a Dios?-, repitió. -Gracias a... ¿Qué quiere decir?

Pero Throckmartin se dirigía ya a su camarote. Comencé a seguirlo, pero el primer oficial me detuvo.

- ¿Está enfermo su amigo?-. Me preguntó.

- ¡La mar!- Le respondí precipitadamente. -No está acostumbrado a ella. Voy a cuidar de él.

La duda y la incredulidad se mostraban en los ojos del hombre de mar, pero me alejé deprisa. Pero ahora sé que Throckmartin estaba verdaderamente enfermo. Pero con una enfermedad que ni el médico de la nave ni ningún otro podría curar.

CAPÍTULO II

¡Muertos! ¡Todos muertos!

Estaba sentado, con la cara entre las manos, en un lado de su litera cuando entré. Se había quitado el abrigo.

- Throck,- le grité. -¿Qué fue eso? ¿De qué está huyendo, hombre? ¿Dónde está su mujer? ¿Y Stanton?

- ¡Muertos!- Me replicó monótonamente. -¡Muertos! ¡Todos muertos!- Entonces retrocedí ante sus palabras. -Todos muertos. Edith, Stanton, Thora; muertos o algo peor. Y Edith en el Estanque de la Luna, con ellos, ahogada por lo que ha visto en el sendero de la luna. Eso ha colocado su marca sobre mí. ¡Y me sigue!

Se desgarró su camisa para abrirla.

- Mire esto.- Me dijo. Alrededor de su pecho, por encima del corazón, la piel estaba blanca como una perla. La blancura estaba perfectamente definida contra el moreno saludable de su cuerpo. Le rodeaba como un cinturón de aproximadamente seis centímetros de ancho.

- ¡Quémelo!- Me dijo ofreciéndome su cigarrillo.

Lo rechacé. Hizo un gesto autoritario. Apreté el extremo incandescente del cigarrillo sobre línea de carne blanca. No se acobardó ni apareció olor a carne quemada ni apareció, mientras tiraba el pequeño cilindro, marca alguna sobre la blancura.

- ¡Tóquelo!- Me ordenó de nuevo.

Coloqué mis dedos sobre la banda. Estaba fría; como mármol congelado. Se cerró la camisa.

- Ha visto dos cosas,- me dijo. -Eso, y su marca. Habiéndolo visto deberá creer mi historia. Goodwin, le repito que mi esposa está muerta, o algo peor; no lo sé. La víctima de lo que ha visto; al igual que Stanton; al igual que Thora. Cómo...

La lágrimas se deslizaron por su marchita cara.

- ¿Por qué permitió Dios que nos venciera? ¿Por qué permitió que se llevara a mi Edith?- Gritó con una amargura extrema. -¿Cree que existen cosas más poderosas que Dios, Walter?

Dudé.

- ¿Existen. Existen?- Sus ojos salvajes me buscaron.

- No sé exactamente cómo define usted a Dios,- me las compuse al fin a través de mi asombro para poder responderle. -Si se refiere al poder de saber, trabajando por medio de la ciencia...

Me rechazó con impaciencia.

- Ciencia,- dijo. -¿Qué significa nuestra ciencia contra... eso? ¿O contra la ciencia de los diablos que han creado eso... o que han abierto el paso para que entrara en nuestro mundo?

Con esfuerzo recuperó su control.

- Goodwin,- me dijo, -¿conoce bien las ruinas de las Carolinas; las ciudades ciclópeas, megalíticas y los puertos de Ponapé y Lele, de Kusaie, de Ruk y Hangolu, y la veintena de otros islotes que se encuentran allí? ¿Conoce en particular las de Nan-Matal y Metalanim?

- He oído hablar de las Metalanim y he visto fotografías.- Le respondí.- Las llaman la Venecia Perdida del Pacífico. ¿Verdad?

- Observe este mapa,- me dijo Throckmartin -Esto,- continuó diciendo, -es el mapa de Christian del puerto de Metalanim y de NanMatal. ¿Ve los rectángulos que enmarcan Nan-Tauach?

- Sí.- Le respondí.

- Aquí,- me dijo, -bajo estas murallas se encuentra el Estanque de la Luna y las siete luces brillantes que erigen el Morador del Estanque, y el altar y el santuario del Morador. Y allí en el Estanque de la Luna junto a él yacen Edith, y Stanton, y Thora.

- ¿El Morador del Estanque de la Luna?- Le repetí casi incrédulo.

- La Cosa que vio,- me dijo Throckmartin solemnemente.

Una sólida cortina de lluvia barría los puertos, y la *Southern Queen* comenzó a rodar sobre la creciente marejada. Throckmartin soltó otra profunda expiración de alivio, y apartando una cortina ojeó la noche. Su oscuridad parecía darle seguridad. Cuando se volvió a sentar estaba completamente calmado en todos los aspectos.

El Relato de Throckmartin

- No existen ruinas más maravillosas en todo el mundo,-comenzó de manera casi casual-. Colonizaron casi cincuenta islotes y los cubrieron con sus canales cruzados y lagunas de casi quince kilómetros cuadrados. ¿Quién los construyó? Nadie lo sabe. ¿Cuándo los construyeron? Eras antes de la memoria del hombre actual, eso con seguridad. Hace diez mil, veinte mil, cien mil años... lo más seguro es que sean más antiguos.

- Todos estos islotes, Walter, están cuadrículados, y sus playas amenazan con gigantescos diques marinos construidos con bloques de basalto labrados y colocados en el lugar por las manos del hombre antiguo. Cada dársena interior está enfrentada a una terraza de esos bloques de basalto que sobresalen doce metros por encima de los canales poco profundos que hacen meandros por entre ellos. Sobre los islotes tras estas murallas existen fortalezas despedazadas por el tiempo, palacios, terrazas, pirámides; inmensos

patios se esparcen por las minas... y todos tan antiguos que parecen marchitar los ojos del observador.

«Se ha producido un gran hundimiento. Puede salir del puerto de Metalanim y alejarse cinco kilómetros y al mirar hacia abajo verá la parte superior de estructuras monolíticas y murallas parecidas y hundidas en el agua a una profundidad de 20 metros.

«Por todas partes, ensartados en sus canales, se encuentran islotes que son baluartes con sus enigmáticas murallas observando a través de los densos manojos de mangles, muertas, abandonadas hace incalculables eras, esquivados por aquellos que viven cerca.

«Usted, como botánico, está familiarizado con la evidencia de que existió un gran continente oscuro en el Pacífico. Un continente que no fue desgarrado por las fuerzas volcánicas tal y como le sucedió a la legendaria Atlantis en el océano Atlántico. Mi trabajo en Java, Papua y en las Ladrones me hizo tomar la determinación de venir a estas tierras perdidas del Pacífico. Al igual que se cree que las Azores son las cimas de las montañas de Atlantis, yo llegué al convencimiento de que Ponapé y Lele y sus islotes de basalto fortificados son los últimos baluartes de la tierra occidental lentamente hundida y que aún se exponen tenazmente a la luz del sol, y que han sido el último refugio y lugar sagrado de los gobernantes de aquella raza que ha perdido su hogar inmemorial bajo las crecientes aguas del Pacífico.

«Creí que bajo estas ruinas podría encontrar la evidencia de lo que buscaba...

«Mi ... mi esposa y yo hablamos antes de que nos casáramos acerca de hacer de éste nuestro gran trabajo. Tras la luna de miel nos preparamos para la expedición. Stanton estaba tan entusiasmado como nosotros. Como usted sabe, partimos en barco a finales de mayo para que se cumpliesen mis sueños.

«En Ponapé seleccionamos, no sin dificultad, trabajadores (cavadores) para que nos ayudaran. Tuve que ofrecer extraordinarios incentivos antes de poder reunir mi fuerza de trabajo. Las creencias de estos nativos de Ponape son tenebrosas. Pueblan sus bosques, sus montañas y playas con espíritus malignos (les llaman *ani*). Y están asustados. Amargamente asustados a causa de las ruinas de las islas y de lo que piensan que ocultan. Y yo no guardo dudas ¡Ahora!

«Cuando se les dijo a dónde irían, y cuánto tiempo pensábamos quedamos, murmuraron. Aquellos que finalmente fueron atraídos hicieron algo que pensé entonces que era sencillamente una condición supersticiosa y fue que se les permitiera alejarse durante las tres noches de luna llena. ¡Plujiera a Dios que les hubiéramos prestado atención y nos hubiéramos marchado también!

«Pasamos por el puerto de Metalanim y marchamos hacia la izquierda. Dos kilómetros más allá se elevaba una construcción cuadrangular impresionante. Sus paredes medían más de cincuenta metros de altura y se extendían hacia los lados cientos de metros. A medidas que nos adentrábamos, nuestra tripulación nativa se mantuvo en completo silencio; observaban la construcción furtivamente, llenos de temor. Lo supe por las ruinas llamadas Nan Tauach, el *Palacio de los muros amenazadores*. Y por el silencio de mis hombres me acordé de lo que Christian había escrito a cerca de este lugar; de cómo se había elevado sobre sus antiguos cimientos y sus recintos tetragonales de piedra labrada; la maravilla de sus tortuosos callejones y el laberinto de sus canales poco profundos; las macabras masas de sillería observando desde detrás de sus verdes pantallas; las barricadas ciclópeas, y cómo, cuando él se había dirigido hacia sus fantasmagóricas sombras, inmediatamente el regocijo de los guías se había desvanecido y la conversación

se había apagado hasta convertirse en murmullos.

Permaneció en silencio durante un breve instante.

- Naturalmente, quise levantar mi campamento allí,-continuó en voz baja-, pero abandoné esa idea rápidamente. Los nativos estaban batidos por el pánico. Estaban tan asustados que querían regresar.

- No,-me dijeron-, *ani* muy grande aquí. Vamos a otro lado; pero no aquí.

«Finalmente levantamos nuestra base en un islote llamado Uschen-Tau. Estaba cerca de la isla que quería investigar, pero lo suficientemente lejos como para satisfacer a nuestros hombres. Había un excelente lugar para acampar y una corriente de agua fresca. Levantamos nuestras tiendas y en un par de días el trabajo estuvo en marcha.»

CAPÍTULO III **La Roca de la Luna**

No intentaré ahora explicarle-, continuó Throckmartin, -los resultados de las dos semanas siguientes, ni lo que encontramos. Más tarde, si se me permite, le expondré todos estos detalles. Que sea suficiente el afirmar que al final de esas dos semanas había encontrado la confirmación de muchas de mis teorías.

«El lugar, con toda su decadencia y su desolación, no nos había contaminado con toque alguno de morbilidad. Quiero decir que ni a Edith, ni a Stanton ni a mí mismo. Pero Thora se sentía muy triste. Era sueca, como ya sabe, y por su sangre corrían las creencias y supersticiones de los nórdicos. Algunas de ellas extrañamente semejantes a las de las tierras más meridionales; creencias sobre los espíritus de las montañas y los bosques, y de las aguas y hombres lobo y seres malignos. Al principio mostró una curiosa sensibilidad a lo que supongo podría denominarse las *influencias del* lugar. Me dijo que *olía* a fantasmas y hechiceros.

«Entonces me reía de ella...

«Pasaron dos semanas, y al finalizar este periodo el portavoz de nuestros nativos vino a vernos. La noche siguiente era noche de luna llena, nos dijo. Me recordó mi promesa. Podría regresar a su pueblo por la mañana, y podría regresar tras la tercera noche, cuando la luna comenzara a disminuir. Nos dejaron diversos amuletos para nuestra *protección* y nos advirtieron solemnemente para que nos mantuviéramos lo más lejos posible de Nan-Tauach durante su ausencia. Medio exasperado y medio divertido vi cómo se alejaban.

«Naturalmente, no podía llevarse a cabo trabajo alguno sin ellos, así que decidimos pasar aquellos días de ausencia de excursión por los islotes del sur del grupo. Marcamos varios puntos para una exploración posterior y durante la mañana del tercer día nos dedicamos a revisar la cara oriental del rompeolas para nuestro campamento de Uschen-Tau, planeando tener todo listo para el regreso de nuestros hombres al día siguiente.

«Llegamos a Cierra justo antes del crepúsculo, cansados y listos para acostarnos. Edith me despertó un poco después de la diez.

¡Escucha!- me dijo, -¡Acerca una oreja al suelo y escucha!

«Así lo hice y me pareció oír muy, muy lejos, como si llegara desde enormes distancias, un tenue parloteo. Cogió fuerza, se desvaneció y desapareció; comenzó, aumentó de volumen, y se apagó hasta desaparecer en silencio.

- Son las olas rodando sobre las rocas en algún lugar.- Le dije. -Probablemente nos encontraremos sobre algún lecho rocoso que transporta el sonido.

- Es la primera vez que lo oigo.- Me replicó mi esposa dubitativamente.

«Escuchamos de nuevo. Entonces, a través del confuso ritmo, muy por debajo de nosotros, nos llegó otro sonido. Vagó a través de la laguna que se extendía entre nosotros y Nan-Tuach sobre las intermitentes olas. Era música de algún tipo; no puedo describir el extraño efecto que tuvo sobre mí. Usted ya lo ha experimentado...

- ¿Se refiere a lo que sucedió en cubierta?- Le pregunté. Throckmartin asintió.

- Me dirigí a la entrada de la tienda,-continuó-, y eché un vistazo afuera. Mientras hacía tal cosa, Stanton levantó la entrada de su tienda y salió a la luz de la luna, mirando hacia el otro islote y escuchando. Lo llamé.

- ¡Es un sonido muy singular!- Me dijo. Escuchó otra vez. -¡Es cristalino! Como pequeñas notas emitidas por un cristal translúcido. Como las campanas de cristal en los sistros de Isis en el Templo de Dendarah-, añadió con tono casi soñador.

Miramos intensamente hacia la isla. De repente, sobre el rompeolas, moviéndose lenta, rítmicamente, vimos un pequeño grupo de luces. Stanton se rió.

- ¡Los muy miserables!-Exclamó- Es por eso por lo que querían irse, ¿verdad? ¿No lo ve, Dave? es algún tipo de festival; ¡ritos de algún tipo que llevan a cabo durante la luna llena! ¡Por eso estaban tan ansiosos por mantenernos apartados!

«La explicación me pareció válida. Sentí una especie de curioso alivio, aunque no era sensible a ningún tipo de opresión.

- Encajemos la derrota.- Nos sugirió Stanton.

Pero yo no lo acepté.

- Son gente difícil de tratar.-Le dije-. Si aparecemos en medio de una de sus ceremonias religiosas, probablemente no nos perdonarán jamás. Mantengámonos apartados de cualquier tipo de fiesta familiar de la que no hayamos sido invitados.

- Así es.- Acordó Stanton.

«El extraño parpadeo aumentó y desapareció. Aumentó y desapareció...

- Es algo... algo muy inquietante.- Nos dijo Edith muy seriamente. - Me pregunto con qué han producido esos sonidos. Me han asustado casi hasta morirme y, al mismo tiempo, han hecho que me sintiera casi al borde de un inmenso éxtasis.

- ¡Resulta extraordinariamente misterioso!- Exclamó Stanton.

«Y mientras así hablaba se levantó la entrada de la tienda de Thora y la anciana sueca se recortó contra la luz de la luna. Era del tipo de mujer nórdica fuerte; alta, de grandes pechos, moldeada con las antiguas facciones vikingas. Sus sesenta años se había desvanecido. Parecía una sacerdotisa de Odin adolescente.

«Se mantuvo parada, con los ojos completamente abiertos, brillantes, estrellados. Adelantó la cabeza hacia Nan-Tauach, mirando hacia las luces; escuchó. De repente elevó los brazos y realizó un curioso gesto hacia la luna. Fue un movimiento arcaico; pareció que lo sacaba de una remota antigüedad. Incluso se apreció una extraña sugerencia de poder. Dos veces repitió el gesto y... ¡Las luces se desvanecieron! La anciana se volvió hacia nosotros.

- ¡Marchad!- nos dijo, y su voz pareció llegar desde remotas distancias- ¡Marchad de aquí... y rápidamente! Idos mientras podáis. Ha llamado...-Apuntó con un dedo al islote-. Sabe que estáis aquí. ¡Está esperando!-Gimió-. Atráe al... al...

«Cayó a los pies de Edith, y sobre la laguna aparecieron una vez más los parpadeos, ahora con una nota mucho más rápida de júbilo... casi de triunfo.

«Velamos durante toda la noche junto a ella. Los sonidos provenientes de Nan-Tauach continuaron hasta casi la hora anterior a la puesta de la luna. Por la mañana Thora se

despertó, en apariencia no empeorada. Nos dijo que había tenido pesadillas. No podía recordar en qué consistían... excepto que la habían advertido de un peligro. Estaba extrañamente taciturna, y a lo largo de toda la mañana sus miradas se volvieron una y otra vez, casi fascinadas y casi temerosas, hacia la isla vecina.

«Esa tarde regresaron los nativos. Y esa noche el silencio no se rompió sobre Nan-Tauach ni hubieron luces ni signos de vida.

«Comprenderá, Goodwin, cómo los acontecimientos que le he contado podría excitar la curiosidad científica. Naturalmente, rechazamos cualquier explicación que admitiera lo sobrenatural.

«Nuestros... permítame que los denomine síntomas... pueden explicarse muy fácilmente. Resulta incuestionable que las vibraciones creadas por ciertos instrumentos musicales tienen efectos definitivos y algunas veces extraordinarios sobre el sistema nervioso. Aceptamos esto como la explicación a las reacciones que experimentamos al escuchar sonidos no familiares. El nerviosismo de Thora, sus temores supersticiosos, la había agitado hasta llevarla a un estado de semi sonambulismo histérico. En realidad, la ciencia podría explicar perfectamente su participación en la escena que se desarrolló aquella noche.

«Llegamos a la conclusión de que debe existir un paso entre Ponape y Nan-Tauach conocido por los nativos. Y utilizado por los mismos durante sus rituales. Decidimos que durante la siguiente partida de nuestros trabajadores les seguiríamos inmediatamente hasta Nan-Tauach. Podríamos investigar durante el día, y al llegar la tarde mi esposa y Thora volverían al campamento, dejándonos a Stanton y a mí pasar la noche en la isla, observando desde algún escondite seguro lo que pudiera suceder.

«La luna menguó; apareció media por el oeste y creció lentamente hasta aparecer llena. Antes de que los hombres nos dejaran nos rogaron literalmente que los acompañáramos. Su pesadez nos motivó más a ver lo que sucedía; ya estábamos completamente convencidos de que nos querían ocultar algo. Al final resultó claro para Stanton y para mí; no tanto para Edith que estaba pensativa, abstraída... reacia.

«Cuando los hombres estuvieron fuera de la vista a causa de la curva de la rada, cogimos nuestro bote y nos dirigimos a Nan-Tauach. Pronto su enorme rompeolas se elevó sobre nosotros. Pasamos a través de la bocana con sus gigantescos prismas de basalto tallado y llegamos a tierra junto al dique casi sumergido. Frente a nosotros se extendía una serie de escalones gigantes que conducía a un vasto patio sembrado con fragmentos de pilares caídos. En el centro del patio, más allá de los destrozados pilares, se elevaba otra terraza de bloques de basalto, ocultando, supe en ese momento, aún otro recinto.

«Y ahora, Walter, para una mejor comprensión de lo que sigue... y... y - dudó-. Deberá decidir más tarde si regresa conmigo o, si soy atrapado, a... a... seguirnos... Escuche cuidadosamente mi descripción de este lugar; NanTauach está compuesto literalmente de tres rectángulos. El primer rectángulo es el rompeolas, construido con monolitos tallados y cuadrículados, de una altura de veinticinco metros. Para llegar a la bocana del puerto a través del rompeolas se pasa por un canal marcado en el mapa entre Nan-Tauach y el islote llamado Tau. La entrada al canal se encuentra oculta por densos matorrales de manglares; una vez que se han pasado, el camino se toma claro. Los escalones llevan desde el amaraje de la bocana hasta la entrada del patio.

«El patio está rodeado por otra muralla de basalto, rectangular, que sigue con exactitud

matemática las dimensiones de las barricadas exteriores. El dique mide entre cuarenta y cincuenta metros de alto. Originalmente debió ser mucho más alto, pero debieron de producirse hundimientos en algunas de sus partes. La muralla del primer recinto tiene una anchura en su parte superior de veinte metros, y su altura oscila entre veinticinco y treinta metros. Aquí también ha provocado el gradual hundimiento del terreno que algunas partes de la misma cayeran a tierra.

«En el interior de este patio se encuentra el segundo recinto. Su terraza, fabricada del mismo basalto que las murallas exteriores, tiene una altura de treinta metros. La entrada se gana a través de una gran cantidad de brechas que ha practicado el tiempo en sus piedras talladas. Este es el patio interior ¡El corazón de Nan-Tauach! Aquí se encuentra la gran cripta central que se asocia con el nombre de un ser vivo que ha llegado a nosotros a través de las nieblas del pasado. Los nativos dicen que fue el edificio del tesoro de Chau-te-leur, un poderoso rey que reinó mucho *antes que sus padres*. Como Chau es la palabra del antiguo idioma de Ponape para designar tanto al rey como al sol. La palabra significa, sin duda alguna, *Lugar del rey sol*. Es la remembranza de un nombre dinástico de la raza que reinó en el continente Pacífico y que ahora ha desaparecido. Es el mismo caso que el de los gobernantes de la anciana Creta, que tomaron el nombre de Minos; o el de los reyes de Egipto, que se llamaron a sí mismos Faraones.

«Y frente a este lugar del rey sol se encuentra la roca de la luna, que oculta el estanque de la Luna.

«Fue Stanton el que descubrió la roca lunar. Habíamos estado inspeccionando el patio interior; Edith y Thora estaban preparando la comida. Yo salí de la cripta de Chau-te-leur para encontrar a Stanton ante una parte de la terraza que estudiaba con perplejidad.

- ¿Qué piensa de esto?- me preguntó mientras me acercaba.

Señaló a la pared. Seguí la línea de su dedo y observé un bloque de piedra de aproximadamente veinte metros de alto y unos quince de ancho. Al principio todo lo que observé fue la exquisita precisión con que se unía a los bloques adyacentes. Entonces me percaté de que su color era sutilmente diferente. Estaba matizada de gris y de una sutil y peculiar... falta de vida.

- Tiene más apariencia de carbonato de calcio que de basalto-. Le dije.

La toqué y retiré precipitadamente la mano, ya que al contacto cada nervio del brazo se estremeció como si un chorro de electricidad congelante lo hubiera atravesado. No fue un frío como el que conocemos. Fue una fuerza heladora (es la frase que suelo utilizar). Una electricidad congelante es la mejor descripción que puedo hacer de ella. Stanton me miró asombrado.

- Así que también lo ha sentido,-me dijo-. Dudaba si estaba experimentando una alucinación como la de Thora. Por cierto, observe que los bloques adyacentes se encuentran excesivamente calientes por efecto del sol.

«Examinamos con ansia el bloque. Sus bordes habían sido cortados como por la mano de un grabador de joyas. Se ajustaban a los bordes de los bloques vecinos de tal manera que casi no cabía un cabello entre ellos. Su base estaba suavemente curvada y se ajustaba con tanta precisión como los bordes laterales y el superior al enorme bloque sobre el que reposaba. Y entonces nos dimos cuenta de que las piedras habían sido ahuecadas para seguir la línea del pie de la piedra gris. Había una depresión semicircular que recorría la piedra de un lado al otro. Parecía que esta roca gris estuviera situada en el centro de una copa poco profunda; revelando la mitad y ocultando el resto. Había algo de esta

depresión que me atraía, así que me incliné y la palpé. Goodwin, aunque el contrapeso de las piedras que la formaban, como el de todas las piedras del patio era escabroso y envejecido, éste estaba pulido como si su superficie hubiera sido trabajada por las manos de un pulidor.

- ¡Es una puerta!- exclamó Stanton. -Gira alrededor de la copa. Eso es lo que hace que la depresión esté tan pulida.

- Puede que tenga razón,- le respondí. -¿Pero cómo demonios podemos abrirla?

«Nos centramos una vez más en el bloque, presionando en sus bordes, empujando sus lados. Durante uno de esos intentos se me ocurrió mirar hacia arriba y grité. Un par de metros por encima y a cada lado de las esquinas del dintel de la roca gris se había formado una pequeña convexidad, sólo visible desde el ángulo en que había mirado a la roca.

«Llevábamos con nosotros una pequeña escala de cuerda y me subí en ella. Las protuberancias no eran aparentemente más que curvaturas cinceladas en la piedra. Posé mi mano en la que estaba examinando y la retiré rápidamente. En la palma de la mano, justo en la base del pulgar, había sentido la misma sacudida que había experimentado al tocar el bloque inferior. Volví a poner la mano en el mismo sitio. La sacudida había venido de un punto de no más de cinco centímetros de diámetro. Recorrí cuidadosamente la convexidad y el calambrazo me recorrió el brazo seis veces más. En la zona curva habían siete círculos de unos cinco centímetros de diámetro, cada uno de los cuales transmitían la sensación que ya he descrito. La convexidad del lado opuesto del bloque ofreció exactamente los mismos resultados. Pero ningún tipo de toque o de presión en tales puntos individualmente o combinándolos nos ofreció la más mínima promesa de movimiento del bloque.

- Y aún así... ellos eran los que lo abrían.- Afirmo con seguridad Stanton

- ¿Por qué dice eso?- Le pregunté.

- No... no lo sé.- Me respondió dubitativamente. -Pero algo me lo dice así. Throck,- continuó hablando medio en serio medio en broma-. Mi mitad científica está luchando con mi mitad puramente humana. La mitad científica me urge a buscar la manera de derribar o abrir el bloque. ¡La humana me empuja con fuerza a no hacer nada por el estilo y a huir mientras pueda!

Se rió otra vez. Avergonzado.

- ¿Cuál vencerá?- Se pregunto.

Y pensé que por el tono de su voz el lado humano estaba ascendiendo rápidamente.

- Probablemente permanecerá cerrada... a menos que lo volemos en pedazos.- Le dije.

- Ya he pensado en ello me respondió-. Y no me atrevería, añadió de manera sobria.

Y al mismo tiempo que yo había hablado pensé lo mismo que él. Fue como si algo atravesara la roca gris y me golpeará en el corazón como si alguien golpeará unos labios pecadores. Nos apartamos con dificultad y nos giramos hacia Thora, que en ese momento llegaba atravesando una brecha en la roca.

- Miss Edith les necesita a la mayor brevedad...-comenzó a hablar... y se detuvo bruscamente.

Sus ojos pasaron de los míos a la roca gris. Su cuerpo se puso rígido; dio unos pasos rígidos hacia delante y entonces se precipitó corriendo hacia el bloque. Pegó el pecho, las manos y la clara contra la misma, la oímos gritar como si su misma alma la abandonara... y observamos cómo se derrumbaba a sus pies. Mientras la levantábamos observé en su

cara la misma expresión que cuando oímos por primera vez la música cristalina de Nan-Tauach... ¡Esa mezcla inhumana de sentimientos opuestos!

CAPÍTULO IV

Los Primeros Desaparecidos

Transportamos a Thora de vuelta a donde Edith nos aguardaba. Le contamos lo que había sucedido y lo que habíamos hallado. Nos escuchó con seriedad, y mientras terminábamos Thora suspiró y abrió los ojos.

- Me gustaría ver la piedra-dijo-. Charles, quédate con Thora aquí.

Atravesamos el patio exterior en silencio y nos paramos frente a la roca. Mi mujer la tocó y retiró la mano al igual que yo había hecho; la adelantó una vez más resueltamente y la mantuvo en su sitio. Pareció estar escuchando. Entonces se giró hacia mí.

- David,-dijo mi esposa, y la melancolía que había en su voz me hirió-. David, ¿Te sentirías muy, muy desilusionado si nos fuéramos de este lugar... sin intentar encontrar nada más... te desilusionaría?

«Walter, jamás en mi vida he ansiado nada con tanta pasión como ansiaba por descubrir qué ocultaba la roca. Aún así, traté de contener mis deseos y le respondí:

- Edith, no me desilusionaría lo más mínimo si así lo desearas.

«Ella fue capaz de leer mi lucha interna en los ojos. Se volvió hacia la roca gris. Observé cómo la recorría un escalofrío y ¡Experimenté una punzada de remordimientos y vergüenza!

- ¡Edith!- Exclamé-¡Nos iremos de aquí!

«Me miró de nuevo.

- La ciencia es una amante celosa-afirmó-. No, después de todo puede que sea divertido. En cualquier caso, no puedes huir. ¡No! Pero, Dave, ¡Yo también voy a quedarme!

«Y su decisión fue inmutable. Mientras nos aproximábamos a los demás, posó una mano en mi hombro.

- Dave-me dijo-,si sucediera algo... bueno, algo inexplicable esta noche. Algo que pareciera... muy peligroso. ¿Me prometes que regresaremos a nuestro islote mañana, si podemos... y que esperaremos hasta que los nativos regresen?

«Se lo prometí impacientemente. El deseo de quedarnos y observar lo que sucedería cuando llegara la noche ardía como un fuego en mi interior.

«Levantamos un campamento a una distancia aproximada de setecientos metros de los escalones que conducen al patio exterior.

«El claro que elegimos para acampar estaba bien protegido. No podíamos ser vistos, y nosotros disfrutábamos de una vista clara de las escaleras y de la entrada. Nos retiramos justo después de anochecer y esperamos a lo que pudiera acontecer. Yo me encontraba más cerca de los escalones gigantes; a mi lado se encontraba Edith, luego Thora y por último Stanton.

«La noche cayó. Tras un instante, el cielo oriental comenzó a iluminarse y supimos que la luna se estaba levantando; se hizo más luminoso y el satélite asomó sobre el mar y lo bañó con su reflejo. Eché un vistazo hacia Edith y hacia Thora. Mi esposa escuchaba intensamente. Thora estaba sentada en la misma postura que cuando habíamos regresado

a su lado, con los codos sobre las rodillas y las manos cubriendo la cara.

«Y entonces, con la luz de la luna inundándonos, me golpeó una poderosa sensación de somnolencia. El sueño parecía fluir de los rayos y caer sobre mis ojos, cerrándomelos... cerrándomelos inexorablemente. La mano que Edith había colocado entre las mías quedó laxa. La cabeza de Stanton cayó sobre su pecho y su cuerpo osciló como si estuviera borracho. Traté de levantarme... de luchar contra el profundo deseo de dormir que me apresaba.

«Y mientras me debatía, Thora levantó su cabeza como si escuchara; y se volvió hacia la entrada del edificio. En su rostro se reflejaba una desesperación infinita, así como expectación. Intenté levantarme una vez más... y una oleada de sueño me atrapó. Mientras me hundía en la inconsciencia, escuché débilmente un campanileo cristalino; separé los párpados una vez más con un esfuerzo supremo.

«Thora, bañada en luz, permanecía de pie en la parte superior de las escaleras.

«El sueño me hizo suyo... ¡Me introdujo en el corazón del olvido!

«El alba se abría paso cuando me desperté. El recuerdo me golpeó con fuerza y el pánico me estremeció a causa de Edith; la toqué y mi corazón dio un salto de agradecimiento. Se agitó y se sentó, frotándose los deslumbrados ojos. Stanton yacía a su lado, de espaldas y con la cabeza sobre los brazos.

«Edith me miró presa de un ataque de risa.

- ¡Por el Cielo! ¡Vaya sueño!-Exclamó.

La memoria le volvió en ese momento.

- ¿Qué ha sucedido?- Susurró. -¿Qué nos ha movido a dormir así? «Stanton se despertó.

- ¿Qué sucede? Exclamó-. Parecéis como si hubierais visto fantasmas.

Edith me asió de las manos.

- ¡¿Dónde está Thora!?- Gritó. Antes de que pudiera responder, se había precipitado hacia el exterior de la tienda., llamándola.

- Algo se ha llevado a Thora.- Fue todo lo que fui capaz de decirle a Stanton.

Juntos fuimos a reunimos con mi esposa, que ahora permanecía parada junto a los grandes escalones de piedra, mirando temerosa hacia la entrada de las terrazas. Allí les dije lo que había visto antes de que me hubiera invadido el sueño. Y juntos nos precipitamos escaleras arriba, a través del patio y hasta la piedra gris.

«El bloque estaba cerrado como lo había estado el día anterior, no existían trazas de que hubiera sido abierto. ¿Sin trazas? En el mismo momento en que pensaba esto Edith cayó sobre sus rodillas ante la piedra y recogió algo que se encontraba a sus pies. Era un pequeño trozo de brillante seda. Lo reconocí como parte del pañuelo que llevaba Thora sobre la cabeza. Edith levantó el trozo. Parecía que el pañuelo había sido cortado con una navaja; unas pocas hebras sobresalían del fragmento... se dirigían hacia la base del bloque, ¡Y pasaban bajo la roca gris!

«¡La roca gris era una puerta! ¡Y había sido abierta y Thora había pasado a su través!

«Creo que durante los minutos siguientes nos volvimos un poco locos. Golpeamos la puerta con nuestras manos, con piedras y palos. Al final la razón regresó a nosotros.

«Goodwin, durante las dos horas siguientes tratamos por todos los medios a nuestro alcance de forzar la entrada a través del bloque de piedra. La piedra aguantó todas nuestras perforaciones. Probamos con explosiones en la base con cargas cubiertas por rocas. No dejaron la menor huella sobre su superficie, malgastando su fuerza, naturalmente, sobre la menor resistencia de las piedras que las cubrían.

«La tarde nos encontró desesperados. Llegó la noche y debimos decidir nuestro curso de acción. Yo quería volver a Ponape en busca de ayuda, pero Edith objetó que esto nos llevaría horas y después de que llegáramos sería imposible el persuadir a nuestros hombres para que regresaran con nosotros por la noche, si es que lo hacían en cualquier otro momento. ¿Entonces, qué podíamos hacer? Estaba claro que sólo nos quedaban una o dos opciones: regresar a nuestro campamento, esperar a nuestros hombres, y a su regreso tratar de persuadirlos para que fueran con nosotros a Nan-Tauach. Pero esto implicaría el abandono de Thora durante un par de días al menos; no podíamos hacer eso, habría resultado demasiado cobarde.

La otra opción consistía en esperar donde estábamos a que llegara la noche; esperar a que la roca se abriera tal y como había sucedido la noche anterior, y efectuar una salida a través de ella y encontrar a Thora antes de que se cerrara de nuevo.

«Nuestro camino se dibujaba claramente ante nosotros. ¡Teníamos que pasar la noche en NanTauach!

«Naturalmente, había discutido el fenómeno hipnótico en profundidad. Si nuestra teoría de que las luces, los sonidos y la desaparición de Thora estaban conectados con los rituales religiosos de los nativos, la deducción lógica era que el sueño lo habían provocado ellos, quizá por medio de vapores. Usted sabe tan bien como yo qué extraordinario conocimiento tienen estas gentes del Pacífico sobre tales cosas. O puede que éste fuera una mera coincidencia y se provocara por la emanación tanto de los gases como de las plantas, causas naturales que han llegado a coincidir en sus efectos junto con las demás manifestaciones, por lo que fabricamos algunos respiradores toscos pero efectivos.

«Mientras caía el ocaso preparamos nuestras armas. Edith era una excelente tiradora tanto con el rifle como con la pistola. Habíamos decidido que mi esposa permaneciera en un lugar oculto. Stanton tomaría posiciones en el lugar más alejado de las escaleras y yo me situaría frente a él y cerca de Edith. El lugar en el que me encontraba estaba a menos de cien metros de ella, y por tanto podía encontrarme tranquilo con respecto a su seguridad ya que tenía a la vista el hueco en el que se encontraba agachada. Desde nuestros respectivos puestos Stanton y yo podíamos controlar la entrada principal. Su posición también le facilitaba la vista al patio exterior.

«Un arbol fantasmal coronó la luna. Stanton y yo tomamos posiciones. La luna creció con celeridad; el disco se deslizó hasta su cénit y en un momento iluminó con todo su brillo las ruinas y el mar.

«En el momento en que llegaba a su punto más alto nos llegó un curioso y susurrante sonido desde la terraza interior. Stanton quedó rígido y miró con intensidad a través de la entrada con el rifle listo.

- ¿Stanton, qué ve?- Le pregunté con cautela.

Agitó una mano silenciándome y giré la cabeza en dirección a Edith. Me recorrió un escalofrío. Yacía tumbada sobre un costado; su cara, de facciones grotescas a causa del respirador colocado sobre su boca y su nariz, estaba girada hacia la luna. ¡Se encontraba de nuevo sumida en un profundo sueño!

«Mientras me giraba de nuevo para llamar a Stanton, mi vista pasó sobre los escalones y se detuvo, fascinada. La luz de la luna se había hecho más densa, parecía que se había... rizado; y a través de su luz corrían diminutas chispas y venas de vibrante fuego blanco. Me invadió la languidez. No era la inefable somnolencia que precede a la noche. Drenaba

cualquier deseo de moverse. Intenté gritarle a Stanton, pero ni tan siquiera mis labios desearon moverse. Goodwin... ¡Ni tan siquiera podía mover los ojos!

«Stanton se encontraba dentro de mi campo de visión, por lo que observé cómo subía de repente los escalones y se dirigía hacia la entrada. La luz rizada parecía esperarle. Penetró en su interior... y lo perdí de vista.

«El silencio se alargó durante una docena de latidos. De repente, una lluvia de campanilleos hizo que las pulsaciones aceleraran con alegría y las transformaron en diminutos dedos de hielo, y a través de ellos llegó la voz de Stanton... ¡En forma de grito, de un enorme aullido, lleno de un éxtasis insoportable y de un horror inimaginable! Y una vez más se extendió el silencio. Me debatí por liberarme de las ataduras que me atenazaban. No pude. Incluso tenía paralizados los párpados. Tras ellos, mis ojos, secos y doloridos, ardían.

Entonces, Goodwin ¡Vi por primera vez lo inexplicable! La música cristalina entró en un crescendo. Desde donde estaba sentado podía ver la entrada y sus portales de basalto, quebrados y rotos, elevándose hasta lo más alto de la muralla, sesenta metros más arriba, portales destrozados, arruinados... inalcanzables. Por esta entrada comenzó a brillar una luz más intensa. Creció, borbotó, y de ella salió caminando Stanton.

«¡Stanton! Pero... ¡Dios mío! ¡Qué visión!

Un profundo temblor le estremeció. Esperé... esperé.

CAPÍTULO V

En el Estanque de la Luna

Goodwin,- continuó finalmente Throckmartin, -sólo puedo describirlo como algo hecho de luz viviente. Irradiaba luz; estaba lleno de luz; rebosando luz. Una brillante nube giraba a su alrededor y a través de él en espirales radiantes, tentáculos relucientes, luminiscentes espirales y chispeantes.

«Su cara brillaba con un éxtasis demasiado poderoso para que lo soportara cualquier ser humano, aun cuando se encontraba ensombrecido por una miseria insuperable. Era como si hubiera sido remodelada por la manos de Dios y de Satán, trabajando juntas y en armonía. Ya ha visto su sello sobre mí mismo. Pero nunca lo verá en tal grado como el que se mostraba sobre Stanton. Sus ojos se encontraban completamente abiertos y fijos ¡Como si estuvieran contemplado una visión interior del infierno y el cielo!

«La luz que lo penetraba y lo rodeaba tenía un núcleo, un corazón... algo con una forma levemente humana que se disolvió y cambió, recogándose sobre sí misma, giró alrededor de Stanton, se alejó y volvió una vez más. Y mientras su brillante núcleo pasaba a través del hombre su cuerpo pulsaba brillantemente. Mientras la luminiscencia se movía también se movían al mismo tiempo, delicadamente y con serenidad, siete diminutos globos de siete colores diferentes, como siete pequeñas lunas.

«Entonces, Stanton fue repentinamente izado... levitado, sobre las inaccesibles murallas y más allá. La incandescencia desapareció de la luna y la música campanilleante se hizo más débil. Una vez más traté de moverme. Las lágrimas me corrían ahora abundantemente desde los rígidos párpados y trajeron descanso a mis torturados ojos.

«He dicho que tenía la mirada fija. Así era. Pero mi visión periférica abarcaba parte de la pared más lejana del patio exterior. Parecieron que transcurrían eones enteros y, de

repente, una radiación se deslizó a través de ella. Pronto la figura que había sido Stanton se desplazó de mi campo de visión. Se encontraba muy lejos, sobre las gigantescas murallas. Pero aun así pude percibir las brillantes espirales que giraban con júbilo alrededor y a su través; creo que preferiría no haber visto su cara en trance más allá de las siete lunas. Un remolino de notas cristalinas y desapareció. Y durante todo ese tiempo, como si recibiera luz desde un pozo de luz abierto, el patio brillaba y emitía fuegos plateados que debilitaban los rayos de luz, aun cuando parecía que formaban extrañamente parte de ellos.

«Finalmente, la luna se aproximó al horizonte. En ese momento se produjo una explosión de sonora; y segundo, y último, grito de Stanton ¡como si fuera un eco del primero! Una vez más me llegó un suave susurro desde la terraza interior. Luego... ¡se produjo un silencio absoluto!

«La luz se desvaneció; la luna se estaba poniendo y con su desaparición recuperé la movilidad. Di un salto hacia los escalones y me precipité hacia arriba, a través de la entrada y en dirección a la piedra gris. Estaba cerrada, tal y como supuse. ¿Pero lo había soñado o había oído, haciéndose eco a su través como si lo oyera a través de vastísimas distancias, un grito triunfante?

«Regresé a la carrera hacia donde se encontraba Edith. Al tocarla despertó, me miró dubitativamente y se levantó sobre una mano. - ¡Dave!-Me dijo-. Al final me dormí.

Vio la desesperación reflejada en mi rostro y se puso en pie bruscamente. - ¡Dave!- Gritó-¿Qué sucede? ¿Dónde está Charles? «Encendí una fogata antes de empezar a hablar. Luego se lo conté todo.

Y durante el resto de la noche permanecemos sentados frente a las llamas, rodeándonos con los brazos. Como si fuéramos dos niños asustados.»

Abruptamente, Throckmartin extendió sus manos suplicantemente.

- ¡Walter, viejo amigo!- Gritó. -No me mire como si estuviera loco. Es cierto, absolutamente cierto.

Esperé... Lo conforté lo mejor que pude. Al poco tiempo retomó su historia.

- Nunca-me dijo,-un hombre había dado la bienvenida al sol como yo lo hice aquella mañana. Tan pronto como se elevó, regresamos al patio. La murallas sobre las que había visto a Stanton estaban silenciosas y oscuras. La terrazas estaban donde había estado. El bloque gris estaba en su lugar. En el hueco de su base había... nada. Nada... nada había en el islote que se refiriera a Stanton... ni una traza.

«¿Qué debíamos hacer? Precisamente los mismos argumentos que nos habían mantenido allí la noche anterior parecían los adecuados para ese momento... quizá más adecuados. No podíamos abandonarlos a los dos; no podíamos marcharnos mientras existiera la más mínima oportunidad de encontrarlos... e incluso por el amor que sentíamos el uno por el otro ¿cómo podríamos continuar? Yo amaba a mi mujer. Cuánto, no lo supe hasta ese día. Y ella me amaba aún más profundamente.

- Sólo hace falta una noche para cada uno de nosotros-me suplicó-. Querido, deja que me lleve.

«Lloré, Walter. Los dos lloramos.

- Nos enfrentaremos a eso juntos,-me dijo.

Y así fue en definitiva como los acordamos...»

- Para eso hace falta un enorme valor, Throckmartin,- le interrumpí.

El me miró con ansiedad.

- ¿Entonces me cree?- Exclamó.

- Le creo,-le respondí.

Me tomó de la mano apretándomela hasta casi partírmela.

- Ahora- me dijo-, no tengo miedo. Si yo... si fracaso, ¿vendrá a ayudarme?

Así se lo prometí.

- Lo planeamos cuidadosamente-continuó hablando-, desplegando todo nuestro poder de análisis y nuestros hábitos para el pensamiento científico más reposado. Consideramos minuciosamente los elementos temporales que se dieron en los fenómenos. Aunque los profundos cánticos comenzaban cuando la luna comenzaba a elevarse, habían pasado casi cinco minutos entre su nacimiento y los extraños sonidos susurrantes que provenían de la terraza central. Repasé mentalmente todos los sucesos que se habían producido la noche anterior. Habían transcurrido casi diez minutos entre el primer susurro anunciante y el aumento de la luz lunar en el patio. Y su brillo aumentó durante al menos diez minutos más antes de que se produjera el sonido de las notas cristalinas. De hecho, calculé que se había producido un lapso de casi media hora entre el momento en que la luna se mostró sobre el horizonte y el primer campanileo.

- ¡Edith!-Grité-¡Creo que ya lo tengo! la piedra gris se abre cinco minutos después de la salida de la luna. Pero sea lo que sea que atraviesa su umbral debe esperar hasta que la luna se ha elevado más, o quizá debe venir desde una gran distancia. El asunto se basa en no esperar a que llegue a este lado, si no sorprenderlo antes de que atravesara la puerta. Debemos ir temprano al patio interior. Tú llevarás tu rifle y tu pistola y te ocultarás desde donde puedas controlar la apertura... si es que el bloque se abre. En el instante en que se abra, yo entraré. Es nuestra mejor oportunidad, Edith. Es nuestra única oportunidad.

«Mi mujer puso todo tipo de reparos. Quería acompañarme, pero la convencí de que sería mejor que esperara fuera manteniendo la guardia, preparada para ayudarme en caso de que me viera forzado a salir por aquello que se encontraba al otro lado.

«Media hora antes de que saliera la luna nos dirigimos al patio interior. Yo me quedé al lado de la roca gris. Edith se ocultó tras un pilar roto a unos veinte metros de mí y colocó el cañón de su rifle sobre la piedra para cubrir la entrada.

«Los minutos se arrastraban lentamente. La oscuridad se arrastraba lentamente y a través de las aberturas de la terraza pude ver que el lejano cielo se iluminaba levemente. Con el primer pálido resplandor el silencio del lugar se intensificó, se hizo más espeso, insostenible... expectante. La luna salió, mostró un cuarto de su cara, la mitad, y entonces se mostró en su totalidad, como una burbuja gigante.

«Sus rayos cayeron sobre la pared que se encontraba ante mí y, de repente, sobre las convexidades que le he descrito se iluminaron siete pequeños círculos. Palparon, parpadearon y se hicieron más brillantes... brillaron con total intensidad. El gigantesco bloque que se encontraba frente a mí brilló con ellos, plateadas olas de fosforescencia pulsaron sobre su superficie y entonces... la piedra se abrió como si se moviera sobre unas bisagras ¡susurrando levemente mientras se movía!

«Advirtiendo a Edith me introduje rápidamente a través de su umbral. Un túnel se desplegaba ante mí. Brillaba con la misma radiación fantasmagórica de color plateado. Corrí por su interior. El pasaje giraba abruptamente y se desplazaba paralelamente a las

murallas del patio exterior y una vez más se inclinaba hacia abajo.

«El pasadizo se interrumpió. Ante mí se alzaba un alto arco abovedado. Parecía abrirse al espacio; un espacio lleno de una niebla lanosa, multicolor y chispeante cuyo brillo crecía a ojos vista. Atravesé el arco ¡y me detuve con un pavor sobrecogedor!

«Frente a mí se encontraba un estanque. Era circular, de unos cuarenta metros de diámetro. A su alrededor se desplegaba un estrecho anillo de brillantes piedras plateadas. Sus aguas eran de un pálido color azul. El estanque con su reborde plateado parecía un gran ojo azul que mirara hacia arriba.

«Sobre su superficie se precipitaban siete radios luminosos. Caía sobre el ojo azul como torrentes cilíndricos; eran como brillantes pilares de luz que se elevaran desde un suelo de zafiro.

«Uno era de un suave color rosa perlado; otro era como el verde de la aurora, un tercero poseía la blancura de la muerte; el cuarto era de un azul madreperla; una reluciente columna de pálido ámbar, un haz de amatista, un eje de plata fundida. Tales eran los colores de la siete luces que brotaban del estanque de la luna. Me acerqué más, anonadado por el pavor. Los haces no iluminaban las profundidades; se movían por su superficie y parecían difuminarse allí, fundirse con ella. ¿Las devoraba el estanque?

«Sobre las aguas comenzaron a precipitarse diminutos destellos de fosforescencia, chispas y destellos de pálida incandescencia. Y muy, muy abajo sentí un movimiento, un color vivo como si un cuerpo luminoso se elevara lentamente.

«Miré hacia arriba, siguiendo la dirección de los pilares brillantes hasta su comienzo. Muy en lo alto se encontraban siete globos brillantes, y era de sus interiores de donde salían los siete rayos. Mientras los observaba su luminosidad aumentó. Eran como siete lunas colgadas de un cielo abovedado. Lentamente aumentó su esplendor y con él aumentó el brillo de los siete haces que se desprendían de ellos.

«Aparté la vista y la dirigí hacia el estanque. Se había vuelto lechosa, opalescente. Los rayos que se precipitaban sobre su superficie parecían llenarlo; estaba vivo con las chispas, los brillos y los centelleos. ¡Y la luminiscencia que había visto elevarse de sus profundidades había aumentado de tamaño y se encontraba más cerca!

«Un remolino de niebla flotaba sobre su superficie. Evolucionó hacia el rayo de color rosa y se detuvo en su interior durante unos momentos. El haz de luz pareció abrazarlo, enviándole diminutos corpúsculos luminosos y pequeñas espirales rosáceas. La niebla absorbió los rayos y aumentó de tamaño ganando sustancia. Otro remolino se dirigió hacia el haz ambarino, se introdujo en su interior y se alimentó de él, luego se desplazó hacia el primero y se fundió con él. Posteriormente, se crearon otros remolinos aquí y allí, con demasiada velocidad como para contarlos; se introdujeron en el abrazo de los chorros de luz, parpadeando y pulsando unos en el interior de otros.

«Más y más grandes crecieron hasta que sobre la superficie del estanque se formó un opalescente y pulsante pilar de niebla creciendo cada vez más; drenando la vida de los siete haces de luz que caían sobre él; drenándola de los veloces e incandescentes átomos del estanque. Desde su centro se acercaba la luminiscencia elevándose de sus profundidades. Y el pilar pulsó, palpitó, comenzó a desplegar tentáculos y zarcillos que palpaban a su alrededor.

«Formándose frente a mí se encontraba Aquello que había andado con la forma de Stanton, que se había llevado a Thora... ¡la cosa que había venido a buscar!

«Mi cerebro entró en acción. Mi mano levantó la pistola y disparó una bala tras otra

sobre su brillante superficie.

«Mientras disparaba, la cosa se balanceó y tembló, volviendo a tomar forma. Introduje un segundo cargador en la pistola automática y se me ocurrió otra idea que me hizo apuntar cuidadosamente hacia uno de los globos del techo. Supe que de allí provenía la fuerza que daba forma al Morador del estanque... de los rayos provenía su fuerza. Si podía destruirlos, podría colapsar su formación. Disparé una y otra vez. Si acerté en alguna esfera no le hice daño alguno. Las pequeñas motas que llenaban sus rayos danzaban revueltas con las motas de la niebla. Eso era todo.

«Pero surgiendo del estanque, como pequeñas campanillas, como diminutas burbujas de cristal que explotaran, comenzaron los sonidos tintineantes... su tono aumentó con odio, su dulzura ya perdida.

«Y saliendo del inexplicable remolino surgió una brillante espiral.

«Me rodeó por completo, enroscándose a mi alrededor. En ese momento, me atravesó una mezcla de terror y éxtasis. Cada átomo de mi ser se conmovió de gozo y se estremeció por la desesperación. No había nada impuro en ello, pero era como si el helado corazón del mal y la vehemente alma de Dios se hubieran encontrado en mí. La pistola cayó de mi mano.

«Así que me quedé paralizado mientras el Estanque destellaba y crepitaba; las corrientes luminosas se hacían más intensas y la Cosa radiante que me tenía atrapado brillaba y se fortalecía. Su brillante núcleo tomó forma, pero una forma que ni mis ojos ni mi cerebro pudieron definir. Fue como si un ser perteneciente a otra esfera de existencia hubieran asumido una forma vagamente humana, pero que no fuera capaz de encubrir su parte no humana. No era hombre ni mujer; no era terrenal y andrógino. Incluso cuando fui capaz de adivinar su semblante humano, cambió. Y aún me mantenía atrapado la mezcla de terror y éxtasis. Sólo en un pequeño rincón de mi cerebro residía una zona inmaculada; que se mantenía aparte y observaba. ¿Era el alma? Nunca he creído en algo semejante... pero aun así...

«Sobre la cabeza del cuerpo neblinoso aparecieron repentinamente siete pequeñas luces. Cada una de ellas era del color del rayo bajo el que se encontraba. ¡Supe que el Morador estaba... completo!

«Escuché un grito. Era la voz de Edith. Llegó hasta mí como si ella hubiera escuchado los disparos y me hubiera seguido. Sentí que cada una de mis facultades físicas se unían en un poderoso esfuerzo. Me aparté violentamente del aprisionador tentáculo y éste retrocedió. Me volví para abrazar a Edith y mientras así lo hacía me resbalé... y caí.

«La forma radiante que se mantenía sobre el Estanque saltó repentinamente... ¡y Edith se precipitó en su carrera hacia su interior, con lo brazos desplegados escudándome! ¡Dios!

«Se arrojó hondamente en el interior del resplandor... la Cosa se envolvió a su alrededor. El sonido cristalino aumentó transportado por el júbilo. La luz llenó la forma de mi mujer, la traspasó y la rodeó tal y como le sucedió a Stanton; y se derramó sobre su cara... ¡qué visión!

Pero lo precipitado de su carrera la había llevado hasta el mismo borde del Estanque de la Luna. Se tambaleó; cayó... con el resplandor aún asiéndola, aún remolineando a su alrededor y envolviéndola y atravesándola... ¡en el interior del Estanque de la Luna! Ella se hundió, y con ella se fue el Morador.

Me introduje en el borde. Muy abajo, en las profundidades, apreció una nebulosa nube

brillante y multicolor que descendía; resaltando de su superficie pude ver el rostro de Edith desapareciendo; sus ojos me miraron fijamente ¡Y se desvaneció en la nada!

- ¡Edith!-Grite de nuevo-¡Edith, vuelve a mi lado!

«Y entonces la oscuridad me envolvió. Me recuerdo corriendo a través de los trémulos corredores hasta que salí al patio. La razón me había abandonado. Cuando la recobré me encontraba en alta mar dentro de nuestro bote completamente separado de la civilización. Un día más tarde fui recogido por la goleta en la que he arribado a Port Moresby.»

- He trazado un plan; debe prestarle atención, Goodwin...

Se tiró sobre su litera y yo me incliné sobre él. El cansancio y el alivio de haber contado su historia habían sido excesivos para él. Se durmió como si hubiera caído muerto.

Durante toda la noche velé a su lado. Cuando llegó la aurora me dirigí a mi habitación para reposar un rato. Pero mi sueño fue una obsesión.

Al día siguiente la tormenta no disminuía. Throckmartin se reunió conmigo a la hora de la comida. Había recuperado gran parte de su viveza.

- Venga a mi camarote,- me dijo.

Allí se sacó la camiseta.

- Está sucediendo algo-afirmó-. La marca se ha reducido.

Así era.

- Estoy consiguiendo escapar-me susurró con júbilo. -Sólo ayúdeme a llegar a Melbourne sano y salvo ¡Y entonces veremos quién gana! Por que, Walter, no estoy completamente seguro de que Edith haya muerto... tal y como nosotros entendemos el estar muerto... no como lo están los otros. Hay algo que va más allá de esta experiencia allí vivida... algún gran misterio.

Y durante todo el día me habló de sus planes.

- Naturalmente, existe una explicación natural-me dijo-. Mi teoría es que la roca lunar posee una composición sensible a los rayos de la luna; algo así como el metal selenio a los rayos del sol. Los pequeños círculos de su superficie son, sin lugar a dudas, su agente operante. Cuando la luz los alcanza liberan un mecanismo que abre el bloque, al igual que usted puede abrir las puertas con la luz solar o la eléctrica por medio del ingenioso mecanismo de las células de selenio. Aparentemente, toman su fuerza de la luna llena tanto para abrir la puerta como para convocar al Morador del Estanque. Primero intentaremos concentrar los rayos de la luna menguante sobre los círculos para intentar abrir la roca. Si es así, seremos capaces de investigar el Estanque sin que nos interrumpa lo que... lo que emana de ella.

«Mire, aquí en este mapa se encuentran sus localizaciones. He hecho una copia para usted por si se diera el caso... de que algo me sucediera. Y si me pierdo... deberá venir tras nosotros, Goodwin, con ayuda ¿Verdad que lo hará?»

Una vez más, se lo prometí.

Un poco más tarde, se quejó de tener más sueño.

- Pero sólo se debe a la fatiga-me dijo-. No es como el agotamiento anterior. Todavía debe pasar una hora antes de que salga la luna-Finalmente bostezó-. Despiérteme un cuarto de hora antes.

Se derrumbó sobre la litera. Yo me senté a pensar. Me desperté de repente con sentido de culpabilidad. Me había dormido presa de una profunda preocupación. ¿Qué hora era? Eché un vistazo a mi reloj y me precipité hacia la portilla. Había luna llena; el satélite

llevaba colgando del cielo hacía más de media hora. Me dirigí a largas zancadas hacia Throckmartin y lo agité por un hombro.

- ¡Arriba, rápido, caballero!- Le grité.

Se despertó aún con el sueño en los ojos. Tenía la camiseta arrollada sobre el pecho y miré, lleno de asombro, hacia la banda blanca que le rodeaba el pecho. Incluso bajo la luz eléctrica brillaba suavemente, como si estuviera llena de pequeños puntos de luz.

Throckmartin parecía estar medio despierto. Miró hacia su pecho, observó la brillante cinta y sonrió.

- Sí-dijo somnoliento-, se acerca... ¡Para llevarme con Edith! Bien, me alegro.

- ¡Throckmartin!- Le grité-¡Despierte! ¡Luche!

- ¡Luchar!- Dijo-¡No valdrá de nada; viene tras nosotros!

Se dirigió a la portilla y, como en sueños, apartó la cortina. La luna trazaba un amplio camino de luz a lo largo de la nave. Bajo sus rayos la banda alrededor de su pecho brillaba con más intensidad; emitiendo pequeños rayos que parecían retorcerse.

Las luces de la cabina se apagaron; evidentemente sucedió lo mismo en todo el barco, ya que oí gritos en cubierta.

Throckmartin se mantuvo paralizado en la puerta. Por encima de su hombro pude ver un pilar reluciente recorriendo hacia nosotros el claro de luna. A través de la ventana se precipitó un brillo cegador. Se unió a Throckmartin, envolviéndolos en un sudario de opalescencia viviente; la luz pulsó a su alrededor y lo atravesó. El camarote se llenó de murmullos...

Una oleada de debilidad me atrapó, enterrándome en la oscuridad. Cuando volví a la consciencia, las luces de la nave volvía a brillar.

¡Pero no había un sólo rastro de Throckmartin!

CAPÍTULO VI

¡El Demonio Centelleante se los ha llevado!

Debo ofrecer a mis colegas de la Asociación, y a vosotros los que podáis leer mi relato, tan brevemente como sea posible, una explicación de lo que hice y lo que no hice cuando recobré la cordura; una defensa... si así lo deseáis.

Mi primera acción fue precipitarme hacia la puerta abierta. El coma había durado horas ¡ya que la luna se encontraba ahora en el oriente! me precipité hacia la puerta para hacer sonar la alarma. Se resistió a los manoseos de mis frenéticas manos; no conseguía abrirla. Algo cayó al suelo tintineando. Era la llave y recordé entonces que Throckmartin la había cerrado antes de que comenzara nuestra vigilia. Con los recuerdos murió una esperanza que yo ignoraba que mantuviera, la esperanza de que había escapado del camarote, encontrado refugio en algún lugar de la nave.

Y mientras me inclinaba, manoteando con torpes dedos la llave, me golpeó un pensamiento que me vació de sangre el corazón, paralizándome. ¡No podía hacer sonar alarma alguna en la *Reina del Sur* por Throckmartin!

La convicción sobre mi espantosa indefensión era completa. La entereza espiritual de la tripulación, desde el capitán hasta el grumete era, siendo conservadores, mediana. Nadie, lo sabía bien, excepto Throckmartin y yo, había observado la primera aparición del Morador. ¿Habrían sido testigos de la segunda? No lo sabía, así que no me podía arriesgar a hablar ni a informarme. Y sin haber visto nada ¿cómo me podrían creer?

Habrían pensado que me había vuelto loco... o algo peor; incluso podrían haberme supuesto su asesino.

Apagué las luces eléctricas; esperé y escuché. Abrí la puerta con un cuidado infinito y me deslicé hacia afuera, sin ser visto, hacia mi propio camarote. Las horas que pasaron hasta el amanecer se convirtieron en una eternidad de pesadillas sin dormir. La razón, recobrando su estabilidad al fin, me hizo recobrar la mía. ¿Incluso aunque hubiera hablado y me hubieran creído, dónde habríamos buscado a Throckmartin en esa inmensidad tras tantas horas? Con seguridad, el capitán no habrá regresado a Port Moresby. Y aun cuando lo hubiera hecho, ¿de qué me habría servido regresar a Nan-Matal sin el equipo adecuado que el propio Throckmartin había considerado imprescindible si uno quería enfrentarse con el misterio que moraba allí?

Pero aún quedaba una cosa por hacer... seguir sus instrucciones: conseguir toda la parafernalia en Melbourne o Sydney si era posible; si no, navegar hasta América tan rápido como fuera posible, conseguir allí el equipo y regresar rápidamente a Ponape. Y yo estaba determinado a hacerlo.

La calma regresó a mi espíritu tras tomar tal decisión. Y cuando me dirigí a cubierta supe que había hecho lo adecuado. No habían visto al Morador. Aún estaban discutiendo el apagón en el barco, hablando acerca de dinamos quemadas, cables cortocircuitados, dando media docena de explicaciones al fenómeno. Hasta el mediodía no se descubrió la ausencia de Throckmartin. Le dije al capitán que yo me había separado de él temprano al anoecer; que, en realidad, lo conocía poco. A nadie se le ocurrió poner en duda mi palabra, o interrogarme. ¿Por qué deberían hacerlo? Ya habían observado su extraño comportamiento y lo habían comentado; todos los que habían tratado con él había pensado que estaba medio loco. Hice poco por corregir esta impresión, así que se indicó de la forma más natural en el cuaderno de bitácora que había caído por la borda o había saltado de la nave en algún momento durante la noche.

Éste fue el informe que se dio cuando llegamos a Melbourne. Me deslicé sigilosamente fuera del barco y en la prensa, mezclada con las noticias de la guerra, se hizo una pequeña mención al destino fatal de Throckmartin que no ocupó más que unas cuantas líneas. Mi propia presencia abordo y en la ciudad pasó desapercibida.

Tuve la suerte de hallar en Melbourne todo lo que necesitaba a excepción de un juego de condensadores de rayos Becquerel, aunque éstos eran la verdadera piedra angular de mi equipamiento. Siguiendo con mi búsqueda, en Sydney tuve la doble fortuna de encontrar una compañía que estaba esperando recibir estos mismos artículos en consigna desde Estados Unidos en quince días. Me instalé en la ciudad con el inamovible objetivo de esperar su llegada.

Y ahora se preguntarán por qué no les envié un cable a la Asociación durante este periodo de espera pidiendo ayuda, o por qué no llamé a algún miembro de la Universidad de Melbourne o de Sydney para que me acompañara. En definitiva, por qué no reuní, como Throckmartin había esperado que hiciera, una pequeña fuerza de hombres capaces para que me acompañaran a Nan-Matal.

Les responderé con franqueza a las dos primeras preguntas, no me atreví. Y esta reluctancia, esta inhibición, las entenderá cualquier hombre celoso de su reputación científica. La historia de Throckmartin, los sucesos de los que he sido testigo, fueron increíbles, anormales, extraños a los hechos de cualquier conocimiento científico. No me atreví a no creer, quizá actué ridículamente... no, quizá incluso una sospecha más grave

me había movido a no despegar los labios mientras me encontré en la nave. ¡Yo mismo no podía creer la mitad de lo que había visto! ¿Cómo podía esperar a convencer a los demás?

En lo que respecta a la tercera cuestión, no podía llevar conmigo a hombre alguno hacia semejante peligro sin advertirle previamente de lo que podría encontrarse; y si le hubiera advertido...

¡Me encontraba frente a un jaque mate! Incluso si aquello fue cobardía... bien, ya la he expiado. Aun así no siento remordimiento alguno, mi conciencia está tranquila.

Pasaron aquella quincena y la mayor parte de otra antes de que el barco que esperaba entrara en el puerto. Por entonces, entre mi tensionante ansiedad de encontrarme tras Throckmartin, el desesperante pensamiento de que cada momento de demora podría resultar vital para él y los suyos, y mi intensamente apremiante deseo de saber si ese resplandor, ese glorioso horror sobre el claro de luna existía verdaderamente o había sido una alucinación, me estaban llevando al borde de la locura.

Finalmente, los condensadores se encontraron en mis manos. Sin embargo, pasó más de una semana antes de que pudiera conseguir un pasaje de regreso a Port Moresby y otra semana más tuvo que pasar hasta que puse rumbo al norte a bordo del *Suwarná*, una pequeña balandra con un motor de cincuenta caballos, en dirección a Ponape y Nan-Matai.

Vimos al *Brunilda* a unas quinientas millas al sur de las Carolinas. El viento había caído antes de llegar a Papúa y soplaba en dirección a popa. La habilidad del *Suwarná* para llegar a los doce nudos por hora sin su ayuda me hizo perdonarle el que no oliera tan bien como la flor de Java a la que hacía referencia su nombre. Da Costa, su capitán, era un basto portugués; su segundo era un cantonés con todas las señales de haber prestado servicio sobre un junco pirata; el ingeniero era un bastardo de chino y malaya que había obtenido sus conocimientos de maquinaria sólo el cielo sabe dónde, y, tengo razones para estar seguro, había volcado todos sus impulsos religiosos hacia esa deidad americana llena de mecanismos a la que con tanta fe servía. El resto de la tripulación estaba constituida por seis enormes y parlanchines jóvenes tonga.

El *Suwarná* había cortado a través del golfo de Finschafen Huon bajo la protección de los Bismarck. La nave se había abierto paso a través del laberinto de aguas tranquilas del archipiélago y posteriormente navegamos a través de mil millas de océano abierto con New Hanover detrás nuestro y la proa de nuestra nave apuntando directamente hacia Nukuor de Monte Verdes. Tras rodear Nukuor deberíamos alcanzar, sin apenas incidentes, Ponape en no más de sesenta horas.

La tarde estaba avanzada, y viajando en la solemne y ligera brisa que nos seguía nos llegó el aroma a árboles de especias y flores de nuez moscada. La marejada increíblemente lenta del Pacífico nos elevaba con una delicada mano de gigante y nos volvía a posar suavemente sobre las alargadas y azules olas hasta que tomábamos la siguiente cresta. Sobre la superficie del océano se extendía un hechizo de paz, haciendo callar incluso al ruidoso capitán portugués, que permanecía soñadoramente ante el timón, siguiendo lentamente el rítmico balanceo de la nave.

En ese momento, uno de los muchachos tonga que estaba perezosamente inclinado sobre la proa emitió un quejumbroso aviso.

- ¡Asoma por el lado de babor!

Da Costa se estiró y aguzó la mirada mientras yo levantaba mis prismáticos. El velero

se encontraba a escasamente una milla, y debería haber sido visible mucho antes que lo hubiera visto el perezoso vigía. Era una corbeta del tamaño aproximado de la *Suwarná*, pero sin su poderío. Con todas las velas desplegadas, incluso con el espinaquer que cargaba, hacía lo que podía con la ligera brisa que soplabá. Intenté leer su nombre, pero el velero se escoraba muchísimo, como si la mano del timonel perdiera de repente el gobierno, y bruscamente volvía a tomar su rumbo. La popa volvió a quedar a la vista y pude leer la palabra *Brunhilda*.

Giré los prismáticos hacia el timonel. Estaba inclinado sobre los radios de la rueda de manera desesperada, acurrucado sobre la misma, y mientras lo observaba la nave volvió a escorarse, tan bruscamente como antes. Vi cómo el timonel hacía un esfuerzo y giraba la rueda con un fuerte tirón.

Permaneció firme un momento, mirando hacia el frente, completamente ignorante de nuestra presencia, y una vez más pareció que se derrumbaba sobre el timón. Me dio la sensación de que la acción provenía de un hombre que luchaba en vano contra un peso indecible. Recorrí la cubierta con los prismáticos. No existía otra forma de vida. Me giré para encontrarme con el portugués que miraba con intensa fijeza y semblante de asombro hacia la corbeta, que se encontraba ahora a una distancia de media milla escasa.

- Creo que argo va mal, señó.-¹ Me dijo en un curioso castellano- Al tío de la cubietta lo conozco. Es el capitán y el propietario de la *Brunhilda*. Se llama Olaf Huldricksson, como si digéramos es escandinavo. Paice mu cansao o mu malo... pero no entiendo ná de aónde está la tripulación y el bote de ejtribor no está.

Le gritó una orden al ingeniero, y mientras así lo hacía la suave brisa decayó y las velas de la *Brunilda* quedaron flácidas. Ya nos encontrábamos casi a la par y apenas a un centenar de yardas. La máquina de la *Suwarná* se detuvo y los chicos tonga saltaron a uno de los botes.

- ¡Eh, Olaf Huldricksson!-Gritó Da Costa- ¿Pasa contigo?

El hombre del timón se giró hacia nosotros. Era un gigante; sus hombros eran enormes, su pecho amplio, la fuerza se marcaba en cada línea de su cuerpo, se elevaba como un vikingo de la antigüedad junto a la caña del timón de un estilizado barco.

Elevé una vez más los prismáticos; su cara se mostró en las lentes ¡y jamás he visto unas facciones tan marcadas y desgastadas por tanto tiempo sin dormir como las de Olaf Huldricksson!

Los tonga había colocado el bote junto a nuestra nave y estaban esperando en los remos. El pequeño capitán bajó hasta su interior.

- ¡Espere!- Le grité.

Me precipité a mi camarote, agarré mi equipo médico de urgencia y me deslicé por la maroma hasta el bote. Los tonga bajaron los remos. Alcanzamos el costado de la otra nave y Da Costa y yo asimos un acollador que colgaba del estay y trepamos hasta la cubierta. Da Costa se aproximó lentamente a Huldricksson.

- ¿Qué pasa, Olaf?- Le comenzó a preguntar.

Y de pronto quedó en silencio, mirando hacia el timón. Las manos de Huldricksson estaban fuertemente atadas a los radios por finas y recias cuerdas; estaban hinchadas y ennegrecidas y las cuerdas se habían clavado en las nervudas muñecas hasta enterrarse y

¹ N. del T.: He utilizado el mismo lenguaje inculdo que utilizó A. Merrit para transcribir las frases del capitán, pero naturalmente vertidas al castellano.

quedar ocultas en la lacerada carne, ¡cortando tan profundamente que la sangre se derramaba, gota a gota, a sus pies! Nos precipitamos hasta donde se encontraba, deshaciendo las trabas hasta que conseguimos aflojarlas. Aún así, mientras lo tocábamos, Huldricksson nos lanzó una serie de patadas a mí y a Da Costa que enviaron al portugués dando tumbos hasta los imbornales.

- ¡Dejadlo estar!-croó Huldricksson; su voz era espesa y carente de vida, como si saliera forzadamente de una garganta muerta; sus labios estaban agrietados y reseco y la lengua, llena de llagas, estaba negra.-¡Dejadlo estar! ¡Marchaos! ¡Dejadlo estar!

El portugués se había levantado, quejándose con rabia y con el cuchillo en la mano, pero la voz de Huldricksson le detuvo. El asombro asomó a sus ojos y, mientras devolvía la hoja a su funda, éstos se enternecieron con la piedad.

- Argo ha ío mal con Olaf-me murmuró-¡Creo que está majara!

Entonces Olaf Huldricksson comenzó a maldecimos. No hablaba: aullaba sus imprecaciones desde su boca odiosamente seca. Durante todo el tiempo sus ojos rojos recorrían la mar y sus manos, encorvadas y rígidas sobre el timón, goteaban sangre.

-Me voy abajo-Me dijo Da Costa nerviosamente. -Su mujer, su hija ... se precipitó hacia la escalerilla y desapareció.

Huldricksson, en silencio una vez más, se había derrumbado sobre la rueda.

La cabeza de Da Costa apareció sobre el borde de la escalerilla.

- No hay nadie, nadie-hizo una pausa, y añadió:-Nadie... ¡en ningún lugar!-Sus manos volaron en un gesto de desesperada incomprensión. -No lo entiendo.

En ese momento, Olaf separó los labios secos y mientras hablaba un escalofrío me corrió por la espalda, deteniéndome el corazón.

- ¡Un demonio centelleante se los ha llevado!-Croó-¡El Diablo Centelleante se los ha llevado!; Se ha llevado a mi Helma y a mi pequeña Freda! ¡El Diablo Centelleante cayó de la luna y se las llevó!

Osciló y las lágrimas rodaron por sus mejillas. Da Costa se acercó una vez más y una vez más Huldricksson le observó vigilante, alerta, con crueldad, con ojos inyectados en sangre.

Saqué mi hipodérmica del maletín y la llené de morfina. Llamé a Da Costa.

- Vaya por un lado-le susurré-, y hable con él.

El portugués se dirigió hacia el timón.

- ¡Dónde están tu Helma y tu Freda, Olaf?- Le preguntó.

Huldricksson giró la cabeza en su dirección.

- El diablo centelleante se las llevó-croó-. El demonio de la luna que centellea...

Un alarido surgió de su garganta. Yo había enterrado la aguja en su brazo justo por encima de una de las descarnadas muñecas y había bombeado rápidamente la droga en su interior. El capitán forcejeó para liberarse y comenzó a contorsionarse como un borracho. La morfina, tomando posesión de su debilitado cuerpo, hizo su trabajo con eficacia. Pronto descendió sobre su rostro una sensación de paz. La pupilas de sus brillantes ojos se redujeron. Una vez, dos, aulló y luego, sus atadas y sangrantes manos se extendieron y, aún agarrando la rueda, se derrumbó sobre la cubierta

Con extrema dificultad conseguimos finalmente soltar las cuerdas. Aparejamos una pequeña camilla y los tonga eslingaron el gran cuerpo inerte por sobre la borda hasta que consiguieron colocarlo en el interior de la arenera. Pronto tuvimos a Huldricksson reposando en mi camastro. Da Costa envió a la mitad de la tripulación a hacerse cargo de

la corbeta a las órdenes del cantonés. Pusieron a navegar, despojando la nave de Huldricksson de todo su velamen, al *Brunhilda* al remolque de nuestra nave atada a una maroma, con uno de los nativos al timón, y reanudamos nuestro navegar tras tan enigmática interrupción.

Limpié y vendé las laceradas muñecas del escandinavo e hidraté la ennegrecida y agrietada boca con agua templada y un antiséptico suave.

De repente noté la presencia de Da Costa y me giré hacia la puerta. Su desasosiego era manifiesto y presentaba, a mi parecer, una singular y furtiva ansiedad.

- ¿Qué piensa de Olaf, señor?- me preguntó.

Me encogí de hombros.

- ¿Cree que mató a su mujer y a su chavalita?-continuó-¿Cree que está zumbao y que se los cargó a toos?

- Ni idea, Da Costa-le respondí.-Ya vio que la lancha había desaparecido. Lo más probable es que la tripulación se amotinara y lo torturara dejándolo atado tal y como usted observó. Ya se hizo algo parecido con Hilton del *Coral Lady*, si lo recuerda.

- No- me respondió -. No. La tripulación no lo hizo. No había nadie a bordo cuando Olaf fue atao.

- ¡Qué!-grite asombrado-¿Qué me quiere decir usted?

-Quiero decir-me dijo lentamente-¡Que Olaf se ató el mismo! ¡Espere un momento!-Continuó al ver mi gesto de incredulidad.-Espere, que se lo vi a enseñar.

Había permanecido de pie con las manos a la espalda y en ese momento me mostró la cortantes cuerdas que habían atado a Huldricksson. Estaban manchadas de sangre y ambas terminaban en un ancho y plano trozo de cuero hábilmente empalmado a la cuerda.

- Mire-, me dijo, señalando a los trozos de cuero.

Los observé y vi unas profundas marcas de dientes. Cogí una de las cuerdas y abrí la boca del inconsciente hombre. Cuidadosamente coloqué el trozo de cuero entre sus dientes y suavemente forcé las mandíbulas para que se cerraran. Era cierto. Las marcas se encontraban exactamente en el mismo sitio en que Olaf Huldricksson había mordido para apretar.

- ¡Espere!- Me repitió Da Costa. -Le enseñaré.

Tomó un par de cuerdas nuevas y apoyó las manos contra el respaldo de una silla. Rápidamente, enrolló una de las cuerdas en su mano izquierda, y dejó flojo un nudo, desplazando la cuerda hasta encima de su codo. Esto dejó a la muñeca y la mano izquierdas aún libres y de esta manera enrolló la otra cuerda en su mano derecha, dejando un nudo similar. Colocó las manos en la posición exacta en que las tenía Huldricksson cuando estaba a bordo del *Brunhilda*, pero con las cuerdas y los nudos aún sueltos. Entonces, Da Costa agachó la cabeza, agarró el extremo de una de las cuerdas entre los dientes y con un tirón se ató fuertemente la mano izquierda. De manera similar apretó la segunda.

Empezó a forcejear con las trabas. De esta manera fue aprisionándose ante mis ojos de manera que sin ayuda le resultaría imposible desatarse. ¡Se encontraba exactamente en la misma posición que Huldricksson!

- Tendrá que pegar un buen tajo para liberarme, señor-me dijo-. No puedo mover las manos. Se trata de un antiguo truquillo que usamos por estos mares. Algunas veces hace falta que un tío permanezca al timón durante un montón de horas sin ayuda, y así atao lo

que consigue es que si se duerme el timón lo despierte, ya le digo, jefe.

Miré de uno a otro hombre.

- ¿Pero por qué, jefe?- Dijo Da Costa lentamente. -¿Por que se ató las manos Olaf?

Miró nerviosamente hacia el desvanecido capitán

- No lo sé,- le respondí. -¿Y usted?

Se agitó nerviosamente, evitando mis ojos, y rápidamente, casi bruscamente, se persignó.

- No-me respondió. -No sé na. Cosas que he oído... pero la gente cuenta muchas cosas sobre estos mares.

Se dirigió hacia la puerta, pero antes de llegar al umbral se detuvo.

- Pero sí se esto- casi me susurró-, estoy jodidamente contento de que no haya luna llena esta noche.-Y salió al exterior, dejándome con la vista clavada en su espalda asombrado.

¿Qué sabía este portugués?

Me incliné sobre el durmiente. En su rostro no se reflejaba aquella maldita mezcla de emociones encontradas que el Morador dejaba en sus víctimas.

Y aún así... ¿qué había dicho el escandinavo?

¡El diablo centelleante se los llevó a todos! No, había sido aún más explícito: *¡El diablo centelleante que bajó de la luna!*

¿Podría haber sucedido que el Morador hubiera caído sobre el *Brunhilda* haciendo descender por su claro a la mujer y a la hija de Olaf Huldricsson tal y como le había sucedido a Throckmartin?

Mientras permanecía sentado dentro del camarote pensando se hizo repentinamente la oscuridad y me llegó desde arriba un grito y un correr de pies. De repente nos cayó encima uno de esos abruptos y violentos chubascos que son tan comunes por estas latitudes. Rápidamente amarré a Huldricsson a la cama y me precipité hacia cubierta.

Las alargadas y pacíficas ondas del mar habían cambiado a unas cortantes y violentas olas cuyas crestas espumaban sobre la cubierta barriéndola a lacerantes latigazos.

Pasó media hora; el chubasco pasó tan abruptamente como había llegado. La mar se calmó. A poniente, más allá del borde desflecado y evanescente de la tormenta apareció el rojo globo del sol hundiéndose en el horizonte; descendió lentamente hasta que su corona superior rozó el borde del mar.

Los observé... y me froté los ojos y volví a mirar; ya que sobre su flamígero borde algo enorme y negro se movía ¡como si fuera un enorme dedo que nos señalara!

Da Costa también lo había visto y giró la *Suwarná* en dirección el descendente globo y su extraña sombra. Mientras nos acercábamos vimos los restos de un pecio y nos dimos cuenta de que el enorme dedo era una masa de velas enrolladas alrededor de un mástil y que se movía al ritmo de las olas. En el punto más elevado del pecio se encontraba sentada una figura fumando tranquilamente un cigarrillo.

Acercamos la *Suwarná* todo lo que nos fue posible, soltamos un bote y conmigo como timonel bogamos hacia lo que parecía ser un destrozado hidroplano. Su ocupante dio una larga calada a su cigarrillo, agitó una mano a modo de bienvenida y gritó un saludo. Mientras así hacía se elevó una altísima ola tras él, arrastró a su interior el aparato, lo elevó sobre un lecho de espuma y nos pasó por encima. Cuando conseguimos dominar el bote, donde se habían encontrado el avión y su ocupante... no había nada.

En ese momento, notamos un tirón por un costado de la lancha: dos musculosas manos bronceadas se agarraron al borde muy cerca de donde yo me encontraba, y una brillante y mojada cabeza apareció entre ambas. Dos brillantes ojos azules que mostraban en su interior diversión más que otra cosa se posaron en los míos, y un alto y ligero cuerpo se precipitó con agilidad al interior del bote tomando asiento a mis pies.

- Muy reconocido- me dijo el hombre del mar-. Acabo de conocer a alguien que se ha asegurado de estar cerca cuando la banshee² de O'Keefe no se ha mostrado.

- ¿La qué?- Le pregunté asombrado.

- La banshee de O'Keefe. Yo soy Larry O'Keefe. Hay un largo camino hasta Irlanda, pero no es muy largo para la banshee de O'Keefe si no fuera por la suerte de O'Keefe.

Miré de nuevo hacia mi sorprendente rescate. Parecía auténticamente serio.

- ¿Tiene un cigarrillo? Los míos han desaparecido,-me dijo haciendo una mueca, mientras alargaba una mano para coger el pequeño cilindro. Lo tomó y lo encendió.

Observé que poseía rasgos enjutos e inteligente cuyas firmes mandíbulas se veían suavizadas por una boca de labios bien contorneados y una sinceridad que se mezclaba con una cierta picaresca en sus burlones ojos azules; la nariz era propia de alguien de cuna noble aunque estaba levemente inclinada; bien formado, de figura estilizada que supuse debía poseer la fuerza del acero. Vestía un uniforme de la Real Fuerza Aérea Naval Británica.

Rió, me extendió una mano firme y agarró la mía.

- Mis más sinceras gracias, viejo,- me dijo.

Simpaticé con Larry O'Keefe desde el principio; pero ni siquiera se me había pasado por la imaginación, mientras los tonga nos llevaban de vuelta al *Suwarná*, cómo esa simpatía llegaría a forjarse en el fuerte cariño de un hombre hacia otro que el fuego de almas tales como la de él y la mía (y la tuya, tú que lees estas líneas) podría jamás haber soñado.

¡Larry! Larry O'Keefe ¿Dónde te encuentras ahora, con tus leprechauns y tu banshee, tu corazón de niño, tus rientes ojos azules, y tu alma temeraria? ¿Volveré a verte alguna vez, Larry O'Keefe, mi querido amigo, tan querido como un hermano joven? ¡Larry!

CAPÍTULO VII

Larry O'Keefe

Aguantándome las preguntas que estaba deseando hacerle, me presenté a mí mismo. Con asombro, descubrí que me conocía, o al menos conocía mi trabajo. Al parecer, había comprado mi libro sobre la extraña vegetación que vive entre la disgregada roca de lava y las cenizas volcánicas y que yo había titulado, de manera poco afortunada, ahora me doy cuenta, *La Flora de los Cráteres*. Según me explicó de manera bastante ingenua, lo había adquirido pensando que se trataba de un libro completamente diferente del que en realidad se trataba; de hecho, pensaba que era una novela; algo parecido al *Diana de los Cruces* de Meredith, del cual era un auténtico admirador.

Casi había terminado de darme su explicación, cuando tocamos el costado del *Suwarná*, y me vi obligado a refrenar mi curiosidad hasta que hubiéramos llegado a la cubierta.

² N. del T: Una banshee, según la tradición irlandesa, es un hada que grita para anunciar la muerte de alguien.

- Aquella cosa sobre la que me vio sentado,- me dijo tras ofrecerle su agradecimiento con una reverencia al pequeño capitán por su rescate, -era todo lo que quedaba de uno de los mejores hidroaviones de su Majestad tras que un ciclón nos expulsara de su interior como si fuéramos un exceso de equipaje. Por cierto, ¿dónde nos encontramos?

Da Costa le dio nuestra posición aproximada tras las comprobaciones que había hecho al medio día.

O'Keefe soltó un silbido.

- Sus buenas trescientas millas de donde dejé al H.M.S. *Dolphin* hace ahora cuatro horas; nos dijo-¡Aquella tempestad sobre la que cabalgué sí que iba deprisa!

- El *Dolphin*, -continuó, quitándose con calma el chorreante uniforme-, llevaba rumbo a Melbourne. Yo estaba ansioso por darme un paseo, así que me elevé para realizar un supuesto reconocimiento. Entonces, esa barahúnda salió de ningún sitio, me atrapó, e insistió en que la acompañara en su paseo.

«Hace una hora pensé que tenía una oportunidad de maniobrar y librarme de ella. Giré, se desgarró mi ala izquierda y me vine abajo.»

- No sé cómo vamos a ponernos en contacto con su barco, teniente O'Keefe,-le dije-. No disponemos de elementos de comunicación.

- Dotor Goodwin,- intervino DaCosta, -podríamos cambiar de rumbo, señó... quizá...

- Muchas gracias, pero ni hablar de eso,-le interrumpió O'Keefe-. Sólo Dios sabe dónde estará el *Dolphin* a estas alturas. Es muy probable que esté buscándome. De todas formas, tiene tantas posibilidades de dar con su rumbo, como usted con el de él. Puede que demos con alguna nave que disponga de comunicaciones, y entonces podrán dejarme embarcar en ella. Dudó durante unos instantes-. Por cierto, ¿qué rumbo llevan?

- Hacia Ponapé.- Le respondí.

- No hay telégrafo allí,- murmuró O'Keefe. -Un maldito agujero. Hace una semana recalamos allí para recoger fruta fresca. Los nativos parecían estar muertos de miedo a causa de nuestra presencia... o a causa de algo. ¿Por qué se dirigen allá?

DaCosta me dirigió una mirada furtiva. Yo me sentí incómodo.

O'Keefe se dio cuenta de mi renuencia.

- Oh, les ruego que me disculpen, caballeros,- nos dijo. -¿Quizá no debiera haber preguntado?

- No existe ningún secreto, teniente,- le respondí-. Estoy a punto de retomar un trabajo de investigación... una pequeña excavación cerca de NanMatal.

Miré significativamente al portugués mientras nombraba el lugar. Bajo su bronceada piel se extendió la palidez y nuevamente se persignó con rapidez, mirando temerosamente hacia el norte. Me propuse interrogarle en cuanto tuviera la oportunidad. Se volvió rápidamente para escrutar la mar y se dirigió hacia O'Keefe.

- No tenemos a bordo ropa de su talla, teniente.

- Oh, simplemente una camiseta con la que cubrirme, capitán, le respondió O'Keefe y salió tras él.

La oscuridad había caído, y mientras los dos desaparecían en el camarote de DaCosta, yo abrí lentamente la puerta del mío y escuché atentamente. Huldricksson respiraba profunda y regularmente.

Encendí mi linterna eléctrica y, riéndome la cara contra su resplandor, lo miré. Su sueño había cambiado desde el profundo sopor de la droga a un estado de sueño natural. Su lengua había perdido su negrura y las secreciones bucales habían vuelto a funcionar.

Satisfecho de su estado, regresé a la cubierta.

O'Keefe estaba de vuelta, pareciendo un espectro debido a la sábana de algodón en la que se había envuelto. Se había fijado una mesa en la cubierta y uno de los tonga estaba disponiéndolo todo para la cena. Muy pronto, el contenido de la famosa despensa del *Suwarn* estaba adornando la mesa y O'Keefe, DaCosta y yo procedimos a atacarlo. La noche se había vuelto más espesa y opresiva. Tras nosotros, la luz de proa del *Brunhilda* brillaba, mientras que la luz de la bitácora iluminó fantasmagóricamente la morena faz del timonel que permanecía de guardia a sus pies. O'Keefe había mirado con curiosidad varias veces hacia nuestro remolque pero se había abstenido de preguntar.

- No es usted el único pasajero que hemos recogido hoy,-le dije-. Encontramos al capitán de esa corbeta, atado a su timón, casi muerto de cansancio, y tripulando una nave sólo ocupada por él.

- ¿Que había sucedido?- Me preguntó O'Keefe con asombro.

- No lo sabemos,-le respondí-. Nos hizo frente, y me vi obligado a drogarlo antes de que lo pudiéramos librar de sus ataduras. En este momento está durmiendo en mi camarote. Su esposa y su hijita debieron estar a bordo, nuestro capitán así lo asegura, pero... habían desaparecido.

- ¡La mujer y la niña extraviadas!- Exclamó O'Keefe.

- Por la condición en que se encontraba su boca, debió estar atado al timón y sin beber agua al menos durante dos días con sus noches antes de que lo encontráramos,- le respondí-. Y en lo que respecta a buscar a alguien en estas aguas tras tanto tiempo... es inútil.

- Eso es cierto,- dijo O'Keefe. -Pero eran su mujer y su nena. ¡Pobre diablo!

Permaneció en silencio durante un rato y, entonces, a petición mía, comenzó a contarnos más cosas acerca de él. Tenía poco más de veinte años cuando había conseguido sus alas de piloto y había entrado en combate. Había resultado seriamente herido en Ypres durante el tercer año de contienda, y para cuando hubo sanado la guerra ya había concluido. Poco después de que hubiera muerto su madre, solo y sin consuelo, se había reintegrado a las Fuerzas Aéreas, y desde entonces había estado sirviendo.

- Y aún cuando la guerra hacía tiempo que había terminado, sentía morriña por la tierra de las alondras, con los aeroplanos alemanes tocando su música con las ametralladoras y con sus artilleros machacando el suelo a mis pies,-suspiró-. Si alguna vez han estado enamorados, enamorado hasta la exasperación; y si han odiado, con un odio demoníaco y se han visto envueltos en un combate, y se han dirigido hacia donde el combate era peor... si no han experimentado esto, no saben lo que es vivir,-suspiró.

Le observé mientras hablaba, sintiendo que mi simpatía por él aumentaba. Si sólo pudiera disponer de un hombre como él a mi lado durante el peligroso y desconocido viaje que debía recorrer, pensé desesperado. Nos sentamos y fumamos un poco, sorbiendo el fuerte café que nos había hecho con maestría el portugués.

Finalmente, Costa relevó al cantonés al timón. O'Keefe y yo llevamos nuestras sillas hasta la barandilla. Las estrellas más brillantes refulgían con fuerza a través de un cielo calino; grupos de fosforescencias moteaban las crestas de las olas y se deshacía en diminutas chispas casi más brillantes cuando la proa del *Suwarn* las partía por la mitad. O'Keefe dio con satisfacción una calada a un cigarrillo. La brillante brasa iluminó su rostro despierto e infantil y sus ojos azules, ahora negros y amenazadores por el hechizo de la noche tropical.

- ¿Es usted americano o irlandés, O'Keefe?- Le pregunté de repente.
- ¿Porqué?- Rió.
- Por que,- le respondí-, debido a su nombre y su carrera supuse que era irlandés... pero su lenguaje puramente americano me hace dudar.

Sonrió amistosamente.

- Le explicaré cómo son las cosas,- me respondió.-Mi madre era americana... una Grace, de Virginia. Mi padre era un O'Keefe, de Coleraine. Y se amaron tanto que el corazón que me dieron es mitad irlandés y mitad americano. Mi padre murió cuando yo tenía dieciséis años. Yo solía ir a los Estados Unidos con mi madre de un año para otro y nos quedábamos uno o dos meses. Pero tras la muerte de mi padre comenzamos a ir a Irlanda todos los años. Y aquí tiene... soy tan americano como irlandés.

«Cuando me enamoro, me excito, o sueño, o pierdo los estribos me entra el brogue ³. Pero para el lenguaje de todos los días me gusta el inglés americano, y conozco Broadway tan bien como conozco Binevenagh Lane, y el Estrecho⁴ tan bien como el canal de San Patricio; me he educado un poco en Eton, un poco en Harvard; siempre he dispuesto del dinero suficiente como para hacer lo que me diera la gana; me he enamorado un montón de veces, nunca he tenido el corazón roto sin que antes gozara completamente, y nunca tuve un objetivo definido hasta que empecé a ganarme el sueldo que me paga el rey y me dieron mis alas; tengo un poco más de treinta años... y ése soy yo... Larry O'Keefe»

- Pero era el O'Keefe irlandés el que estaba sentado sobre los restos del avión esperando a su Banshee,- le respondí riéndome.

- Lo era,- me dijo con tono pesimista, y noté cómo el brogue se apoderaba de su acento como si se tratara de terciopelo y una vez más se ensombrecieron sus ojos-. No ha vivido jamás un O'Keefe durante mil años que no escuchara su grito. Y yo mismo he oído el grito de la banshee dos veces... una fue cuando mi hermano pequeño murió y la otra cuando mi padre yacía esperando a que se lo llevaran con la marea menguante.⁵

Reflexionó durante unos instantes y continuó hablando:

- Hace un tiempo vi a una *Annir Choile*, una chica del pueblo verde, revoloteaba como una sombra de fuego verde por los bosques de Carntoguer, y una vez en Dunchraig dormí donde las cenizas de el Dun de Cormac MacConcobar están mezcladas con las de los Cormac y Eilidh el Hada, todos quemados por las nueve llamas que corrieron desde Cravetheen, y he oído el eco de su muerta arpa...

Hizo una pausa y luego, en voz más baja, con esa voz curiosamente dulce y de elevado tono que sólo parecen tener los irlandeses, cantó:

Dama de los blancos pechos, Eilidh

Dama del pelo dorado, y labios rojos, rojos como el serbal

¿Dónde se encuentra el cisne más blanco, cuyo pecho es el más suave?

¿O la ola del mar que se mueve cuando vos os movéis, Eilidh?

CAPÍTULO VIII

La Historia de Olaf

³ *El brogue es el acento típico de Irlanda*

⁴ *Se entiende que es el Estrecho de Gibraltar*

⁵ *Al igual que al rey Arturo, la tradición irlandesa cree que todos los que mueren son llevados por una nave que abandona la costa con la marea*

De pronto se silenció y yo le miré preocupado. Supe que me hablaba con la mayor seriedad. Conozco la psicología de los gaélicos y es muy curiosa. Sus antiguas tradiciones y creencias están arraigadas en sus corazones con profundas y vívidas raíces. Y yo me sentía tanto asombrado como conmovido.

Aquí estaba este soldado, que se había enfrentado a la guerra y a sus espantosas realidades sin cerrar los ojos y sin temor de ningún tipo, buscando, por el contrario, las zonas más peligrosas del servicio para sí mismo, tan moderno como el que más, degustador de los placeres menos místicos de Broadway, ¡y aun así dando testimonio fiel y sincero de sus creencias en la banshee, en la gente invisible de los bosques y en los arpistas fantasmas! Me pregunté que pensaría si hubiera visto al Morador y entonces, con un súbito remordimiento, me pregunté si sus supersticiones le harían rezar una rápida oración.

Meneó la cabeza con impaciencia y pasó una mano sobre sus ojos. Volvió hacia mí su mirada y sonrió:

- No crea que estoy zumbado, profesor,- me dijo. -No lo estoy. Pero así me pongo algunas veces. Es mi sangre irlandesa. Y le estoy contando la verdad, me crea o no.

Dirigí la mirada hacia el este, por donde trepaba una luna que había estado llena hacía una semana.

- No puede hacerme ver lo que usted ha visto, teniente,-reí-. Pero puede contármelo. Siempre me he preguntado qué tipo de sonido podría emitir un espíritu incorpóreo que carece de cuerdas vocales o respiración o cualesquiera otros mecanismos terrestres de sonido. ¿Qué sonido hace una banshee?

O'Keefe me miró con seriedad.

- Vale, vale,- me dijo.-Se lo mostraré.

Desde lo más profundo de su garganta se produjo primero un bajo y estremecedor ulular que rápidamente se convirtió en un aullido penetrante y agudo que me erizó la piel. De pronto sus manos se dispararon y me agarró por los hombros, yo me quedé petrificado en mi silla: ¡muy a lo lejos, a nuestras espaldas, como si de un eco se tratara y que posteriormente elevara su tono, sonó un aullido que parecía contener la tristeza de siglos! Se rompió en una sola nota que desgarraba el corazón y se desvaneció. O'Keefe se agarró a su silla y lentamente se puso en pié.

- Tranquilo, profesor,- me dijo. -Viene a por mí. Me ha encontrado... y tan lejos de Irlanda.

Una vez más el silencio se vio roto por un grito. Pero yo lo había localizado ya. Venía de mi camarote y sólo podía significar una cosa: Huldricsson se había despertado.

- ¡Olvide a su banshee!- Le amonesté mientras me precipitaba hacia mi camarote.

De reojo pude observar que en el rostro de O'Keefe se reflejaba un alivio infantil, un instante después se encontraba a mi lado. Da Costa gritó una orden desde el timón, el cantonés se precipitó hasta su puesto tomando el timón de sus manos, y el pequeño portugués corrió en pos nuestra. Con la mano posada sobre el pomo de la puerta, listo para abrirla, me detuve. ¿Qué sucedería si el Morador estaba dentro? ¿Qué sucedería si estuviéramos equivocados y su presencia no dependiera de los rayos de la luna llena, cosa que Throckmartin había considerado esencial para su aparición en el estanque azul?

Desde dentro comenzó de nuevo a elevarse el aullido doliente. O'Keefe me apartó de un empujón, abrió la puerta y se deslizó lentamente hacia el interior. Vi cómo aparecía en su

mano una pistola automática; observé cómo barría la habitación de un lado a otro siguiendo el recorrido de su mirada. De repente se puso rígido y vi que en su cara, vuelta hacia la cama, aparecía un gesto de desconcertada piedad.

A través de la ventana apreció un rayo de luz de luna y cayó sobre los brillantes ojos de Huldricksson. Grandes lágrimas se acumulaban en ellos para a continuación caer por sus mejillas; de su boca se escapaba el aullido doliente. Corrí hacia la portilla y cerré las cortinas. Da Costa encendió las luces.

El doloroso llanto del escandinavo se detuvo abruptamente de la misma manera que si alguien hubiera cerrado una puerta. Su mirada se deslizó hacia nosotros y de un tirón rompió las correas que yo le había ajustado y se enfrentó a nosotros, con los ojos brillantes, la amarilla mata de pelo casi de punta a causa de la ira que casi sentíamos surgir de él. Da Costa se ocultó a mis espaldas. O'Keefe, que había permanecido contemplando la escena fríamente, dio un suave paso hacia el frente y se situó delante mía.

- ¿A dónde me lleváis? - Dijo Huldricksson con una voz que era casi un gruñido animal.
- ¿Dónde está mi nave?

Toqué la espalda de O'Keefe, y se situó a espaldas del gigante.

- Escuche, Olaf Huldricksson, - le dije -. Le recogimos de donde el diablo resplandeciente se llevó a su Helma y su Freda. Seguimos al diablo resplandeciente que bajó de la luna. ¿Me escucha? - Le hablé despacio, con claridad, tratando de deshacer las nieblas que sabía giraban en torno a su cerebro. Y mis palabras penetraron profundamente.

Levantó una mano temblorosa.

- ¿Dice que van tras él? - Me preguntó con voz entrecortada. - ¿Saben hacia dónde ir? ¿Saben dónde se ha llevado a mi Helma y a mi pequeña Freda?

- Exactamente, Olaf Huldricksson. - Le respondí -. ¡Exactamente! Le pongo mi vida por aval de que lo sé.

Da Costa dio un paso al frente.

- Dice verdad, Olaf. Irás más rápido en el *Suwarná* que en el *Brunhilda*, sí, Olaf, sí.

El gigantesco escandinavo, aún agarrándome de la mano, le miró.

- Te conozco, Da Costa, - murmuró -. Tienes razón ¡*Ja!* Eres un hombre honrado. ¿Dónde está el *Brunhilda*?

- Nos sigue atada a una gruesa maroma, Olaf, - le calmó el portugués. - Pronto la verás. Pero ahora reposa y cuéntanos, si puedes, porqué te ataste al timón y qué fue lo que pasó, Olaf.

- Si nos cuenta cómo llegó el diablo resplandeciente, eso podrá ayudarnos cuando lleguemos a donde está, Huldricksson, - le dije.

En la cara de O'Keefe se reflejaba una expresión de duda y de asombro completamente ridícula. Nos miró de unos a otros. El gigante deslizó su propia mirada tensa de el irlandés a mí. Un brillo de aprobación se reflejó en sus ojos. Me soltó la mano y agarró el brazo de O'Keefe.

- ¡*Stærk!* - exclamó -. ¡*Ja!* Fuerte, y con un corazón fuerte. Un hombre... ¡*Ja!* El también vendrá... le necesitaremos... ¡*Ja!*

- Se lo contaré, - murmuró mientras se sentaba en el borde del camastro. - Fue hace cuatro noches. Mi Freda - y su voz se quebró - ¡*Mine Yndling!* Ella amaba la luz de la luna. Yo me encontraba al timón y mi Helma y mi Freda se encontraban a mis espaldas. La

luna estaba tras nosotros y el *Brunhilda* parecía un cisne que se desplazara por el claro de luna, *Ja*.

«Oí que mi Freda decía: "Un *nisse* está bajando por los rayos de la luna" y oí cómo se reía muy bajo su madre, como una madre se ríe de los sueños de *su Yndling*. Yo me sentía completamente feliz, esa noche, acompañado por mi Helma y mi Freda y con el *Brunhilda* deslizándose sobre el agua como un cisne, *ja*. Oí que la niña decía: «¡El *nisse* se acerca rápidamente!». Y entonces escuché gritar a mi Helma, un gran grito (como si a una yegua le arrancaran de su lado a su potrilla) Me giré rápidamente, *¡Ja!* ¡Solté el timón y me giré velozmente! y vi...- El capitán se cubrió los ojos con una mano.

El portugués se había acercado silenciosamente a mi lado y oí cómo jadeaba igual que un perro asustado.

- Vi cómo un fuego blanco se deslizaba sobre la borda,- susurró Olaf Huldricksson. - Giraba y giraba sobre sí mismo, y brillaba como... como si en una niebla girante se encontraran atrapadas todas las estrellas. Oí un sonido. Sonaba como si alguien tocara campanas... diminutas campanas, *¡Ja!* Sonaba igual que cuando se pasa un dedo sobre el borde de una copa. Hizo que me sintiera enfermo y aturdido... era como el sonido del infierno.

«Mi Helma estaba... *indeholde*... cómo dicen ustedes... en medio del fuego blanco. Giró su cara hacia mí y luego hacia la niña, y su cara quedó grabada en mi corazón. Por que estaba llena de terror, y estaba llena de felicidad... de *glaede*. Les digo que el terror que veía en la cara de mi Helma hizo que me quedara helado aquí -y mientras se golpeaba con la mano en el pecho- pero la felicidad que veía en su rostro hizo que se me quedara grabada como a fuego. No podía moverme... no podía moverme.

«Me dije aquí (y se tocó la cabeza) Me dije «Es Loki que ha bajado del Helvede. ¡Pero no puede llevarse a mi Helma por que Cristo vive y Loki no tiene poder para dañar a mi Helma o a mi Freda! ¡Cristo vive! ¡Cristo vive!» repetí. Pero el diablo resplandeciente no dejó que mi Helma se liberara. La arrojó por la borda; quedó colgando sobre ella. Vi que sus ojos se posaban sobre la niña y de repente se liberó y pudo acercarse a la niña. Y mi Freda se tiró sobre los brazos de su madre. ¡Y el fuego las envolvió a las dos y desaparecieron! Al poco las vi girar dentro del claro de luna tras el *Brunhilda*... *¡Y se marcharon!*

«¡El diablo resplandeciente se las llevó! Loki había sido liberado y tenía poder. Hice girar al *Brunhilda* y navegué hacia donde mi Helma y *mine Yndling* se había ido. Mi tripulación subió a cubierta y me pidieron que retomara el rumbo. Pero no lo hice. Botaron la lancha y me abandonaron. Guié la nave a través del claro de luna. Me até las manos al timón para que no perdiera el rumbo si me dormía. Guié la nave adelante, adelante, adelante...

- ¿Dónde estaba el Dios al que recé cuando me quitaron a mi mujer y a mi niña? -gritó Olaf Huldricksson. Y me di cuenta que lo mismo había gritado Throckmartin amargamente-. Lo he abandonado igual que él hizo conmigo, *¡Ja!* Ahora rezo a Thor y Odin, que pueden encadenar a Loki.

Se recostó tapándose los ojos.

- Olaf,-le dije-, lo que usted llama el diablo resplandeciente se ha llevado también a una persona muy querida por mí. Yo también lo estaba siguiendo cuando lo encontramos. Debe acompañarnos hasta su guarida, y una vez estemos allí trataremos de arrebatárselo a su mujer y a su hijita, y a mis amigos también. Pero ahora debe fortalecerse para lo que

nos espera, debe dormir otra vez.

Olaf Huldricksson me miró y en sus ojos se reflejaba aquello que las almas deben ver en los ojos de Él y que los egipcios denominaban el Buscador de Corazones en el Salón de Juicios de Osiris.

- ¡Dice la verdad,- exclamó al fin lentamente. -¡Haré lo que me dice!

Estiró el brazo por orden mía. Le inyecté una segunda dosis, se tendió en su cama y rápidamente cayó dormido. Me giré hacia DaCosta. Su cara estaba lívida y sudorosa, y temblaba desconsoladamente. O' Kefee se había quedado conmovido.

- Lo ha hecho magníficamente bien, Dr. Goodwin,-me dijo-. Tan bien que casi me lo he creído.

- ¿Qué piensa de esta historia, Mr. O'Kefee?- Le pregunté.

Su respuesta no pudo ser más breve y coloquial.

- ¡Una narices!- Exclamó. He de admitir que me resultó decepcionante. -Creo que se ha vuelto loco, Dr. Goodwin.- Inmediatamente se corrigió. -¿Qué quiere que piense?

Me volví hacia el pequeño portugués sin hacerle pregunta alguna.

- No hay necesidad de que nos pongamos nerviosos esta noche, capitán,-le dije-. Pongo mi palabra en ello. Necesita descansar. ¿Quiere que le de un somnífero?

- Me gustaría mucho, Dr. Goodwin, señor,- me respondió agradecido. -Mañana, cuando me encuentre mejor... me gustaría hablar con usted.

Asentí ¡Entonces sabía algo! Le preparé un opiáceo muy fuerte, lo tomó y se dirigió a su camarote.

Miré hacia la puerta mientras salía y luego, tomando asiento junto al dormido escandinavo, le conté a O'Kefee mi historia de principio a fin. Me hizo algunas preguntas mientras yo le contaba. Pero una vez que hube finalizado me hizo un minucioso interrogatorio a cerca de las fases más importantes de las apariciones, cotejándolas con las observaciones de Throckmartin a cerca del mismo fenómeno en la Cueva del Estanque de la Luna.

- ¿Y ahora que piensa del asunto?- Le pregunté.

Permaneció sentado y en silencio durante un rato, mirando a Huldricksson.

- No pienso lo que usted parece pensar, Dr. Goodwin-me respondió finalmente con gravedad-. Déjeme que lo consulte con la almohada. Una cosa sí es cierta... usted y su amigo Throckmartin y este hombre presenciaron... algo. Pero...- calló durante un momento y continuó de una manera que encontré vagamente irritante -. Pero he observado que cuando un científico se deja atrapar por la superstición la cosa...eh... ¡se vuelve muy difícil de creer!

«Sin embargo, hay ciertas cosas que puedo decirle,-continuó mientras yo intentaba responderle-. Ruego por que no nos encontremos con el *Dolphin* ni con nave alguna que tenga a bordo un sistema de comunicaciones. Por que, Dr. Goodwin, me encantaría poner en ridículo a su Morador.

«Y otra cosa, continuó O'Kefee-. Después de esto... apéese de los formalismos, Doc, y llámeme Larry, por que pienso yo que esté loco o no, es usted un valiente, Profesor, y estoy a su lado en esto. ¡Buenas noches!- Se despidió y se dirigió a la hamaca que había pedido que le instalaran en la cubierta, negándose a molestar al capitán utilizando su camarote.

Y mientras salía le observé con emociones encontradas debido a las palabras que me había dirigido. Supersticioso. Yo, que estaba orgulloso de mi pasión por la ciencia y por

el hecho y sólo el hecho. Supersticioso... ¡Y me había calificado así un hombre que creía en banshees y arpas fantasmas y en ninfas que habitaban los bosques irlandeses y no dudaba en la existencia de los leprechauns y toda su tribu!

Medio riéndome y medio irritado, y completamente feliz por la promesa que me había hecho Larry O'Kefee sobre su compromiso en esta aventura, dispuse un par de almohadas y un par de sillas y me dispuse a permanecer en vigilia al lado de Olaf Huldricksson.

CAPITULO IX

Una página perdida en la historia de la Tierra

Cuando desperté, el sol penetraba a través de la puerta del camarote. Fuera se escuchaba una voz que cantaba. Permanecí acostado sobre las dos sillas escuchando; la canción se mezclaba con la luz del sol y la brisa soplaba suavemente por el ojo de buey haciendo bailar las cortinas. Era Larry O'Kefee saludando a la mañana:

*«Esta pequeña alondra roja agita sus alas
Dirigiéndose hacia el pecho de su amante las agita con ganas
La voz de Larry se encumbró
Sus alas y sus plumas rojas relucen a la luz del rey sol
Saluda al astro y a su cabellera de dorado color
Buenos días, Doc, levántate de esa cama sin temor»*

Bien sabía que esta última estrofa era una interpolación bastante irreverente. Abrí la puerta; O'Kefee estaba fuera riéndose. El *Suwarná*, con los motores parados, se deslizaba por su camino con facilidad, el *Brunhilda* navegaba tras ella con alegría con la mitad de sus velas plegadas.

El mar se quebraba y rizaba bajo el viento. El mundo era azul y blanco hasta donde alcanzaba la vista. Bancos de pequeños peces voladores plateados y verdes rompían a través del agua navegando tan aprisa como nosotros; se dejaban ver durante un instante y al momento desaparecían. A popa las gaviotas se precipitaban hacia el agua y remontaban su vuelo. La sombra del misterio se había replegado frente al cerco de este nuevo día y si inconscientemente yo sabía que en algún lugar estaban replegado y esperando, por un rato me sentí libre de su opresión.

- ¿Cómo está el paciente?- Me preguntó O' Kefee.

Estaba preguntado por Huldricksson, que debería haberse levantado justo cuando yo abandonaba el camarote. El escandinavo se había puesto el pantalón de un pijama, y con el gigantesco torso desnudo al sol, nos alcanzó en un par de zancadas. Todos le miramos llenos de una nerviosa ansiedad, pero la locura de Olaf había desaparecido; sus ojos translucían una enorme tristeza. pero su locura furiosa le había abandonado.

Se dirigió a mí directamente:

- ¿Dijo anoche que seguimos a la cosa?

Asentí con la cabeza.

- ¿Dónde está?- Me preguntó otra vez.

- Primero navegaremos hacia Ponapé y de allí nos dirigiremos hacia el puerto de Metalanim, y finalmente a Nan-Matal. ¿Conoce el lugar?

Huldricksson se inclinó hacia delante. Una expresión helada se reflejó en sus ojos.

- ¿Está allí?- Me preguntó.

- Allí es donde hemos de buscar primero.- Le respondí.

- ¡Bien!- Exclamó Huldricksson. -¡Eso es bueno!

Miró a Da Costa interrogativamente y el pequeño portugués, adivinando sus pensamientos, le dio respuesta a su pregunta no hablada.

- Deberíamos llegar a Ponapé mañana por la mañana muy temprano, Olaf

- ¡Bien!- Repitió el escandinavo. Miró a la lejanía con los ojos anegados por las lágrimas.

El silencio cayó sobre nosotros; el embarazo que todos los hombres experimentan cuando sienten una gran simpatía y una gran compasión, a ninguna de las cuales son capaces de dar una expresión adecuada. Por acuerdo tácito durante el desayuno sólo hablamos acerca de los tópicos más mundanos.

Cuando finalizamos nuestro refrigerio, Huldricksson expresó su deseo de abordar el *Brunhilda*.

El *Suwarna* botó una pequeña barca a la que saltaron Da Costa y él. Cuando alcanzaron la cubierta del *Brunhilda* observé que Olaf tomaba el timón y ambos entablaban una seria conversación. Llamé por señas a O' Kefee y ambos nos apoyamos sobre la barandilla a la sombra del trinquete. El irlandés encendió un cigarrillo, tomó un par de caladas con placer, y me miró interrogativamente.

- ¿Y bien?- Le pregunté.

- Bien,- me replicó-, pongamos por caso que me dice lo que *usted* piensa... y a continuación yo procedo a señalarle sus errores de manera científica.- Sus ojos centelleaban con una expresión traviesa.

- Larry,-le respondí con seriedad-. Puede que ignore que poseo una reputación científica que, modestia aparte, puedo asegurarle que es envidiable. Ayer utilizó usted un término al cual tengo que ponerle serias objeciones. Anoche hizo algo más que sugerir que soy... supersticioso. Déjeme informarle, Larry O'Kefee, de que soy únicamente un investigador, un observador, analista y sintetizador de los hechos. No soy...- Intenté darle a mi tono la misma seriedad que contenían mis palabras. -No creo en fantasmas o apariciones, leprechauns, banshees o arpas fantasmas.

O'Kefee se inclinó hacia atrás y prorrumpió en una sonora carcajada.

- Perdóneme, Goodwin,- me dijo casi atragantándose-. Pero si se hubiera visto a sí mismo renunciando solemnemente a la existencia de la banshee...-De nuevo volvió a reflejarse en sus ojos aquella expresión traviesa. -Y más tarde, rodeado de todo este sol y este mundo sin horizontes...- Se encogió de hombros.- Resulta bastante complicado hacerse a la idea de que usted y Huldricksson vieron realmente algo de lo que cuentan.

- Sé lo difícil que resulta, Larry.- Le respondí. -No he creído ni por un momento que el fenómeno sea sobrenatural en el sentido que le dan los espiritistas y los mediums. Creo que es supernormal; que se trata de una fuerza que resulta desconocida para la ciencia moderna... pero eso no quita que yo piense que se encuentra fuera de los límites de la ciencia.

- Cuénteme su teoría, Goodwin.- Me pidió.

Yo dudé... por que aún no había sido capaz de darme a mí mismo una explicación satisfactoria sobre lo que era el Morador.

- Creo,-me atreví a hablar finalmente-, que algunos miembros de la antigua raza que

habitaba el continente que sabemos que ocupaba aquella parte del Pacífico, han sobrevivido. Sabemos que muchas de aquellas islas están minadas por cavernas y enormes espacios subterráneos. Literalmente, kilómetros de tierras subterráneas se extienden en algunos casos por debajo del suelo oceánico. Es posible que, por alguna razón, los supervivientes de esta raza buscaran refugio en los espacios abismales, una de cuyas entradas se encuentre en el islote en el que el equipo de Thorckmartin encontró su final.

«Y debido a su estancia en esas cavernas... sabemos que poseen una ciencia muy avanzada. Puede que hayan llegado a dominar ciertas formas universales de energía... especialmente de esa que llamamos luz. Puede que hayan desarrollado una civilización y una ciencia muchísimo más avanzada que la nuestra. Lo que denomino el Morador puede ser el resultado de esa ciencia. Larry... ¡Puede ser que esa raza perdida esté planeando emerger de nuevo a la superficie de la Tierra!»

- Y están enviando a su Morador a modo de mensajero ¿Como si fuera una paloma científica que saliera del Arca?

Preferí dejar pasar su burla.

- ¿Ha oído hablar alguna vez de los chamates?- Le pregunté.

El negó con la cabeza.

- En Papúa,- le expliqué, -existe una amplia e inconmensurablemente antigua tradición que cuenta que ... presa bajo la montaña... existe una raza de gigantes que en tiempos reinaron sobre la región... cuando se extendía de sol a sol hasta que el dios de la Luna arrojó las aguas sobre ésta... se lo relato literalmente. Y no sólo en Papúa, si no en toda Malasia puede usted encontrarse con esta leyenda. Y, tal y como cuenta la tradición, esta gente (los chamates) se abrirán paso a través de las colinas y reinarán sobre el mundo; *se cederán el mundo* dice la traducción literal de la frase que se repite varias veces en el cuento. Fue Herbert Spencer el que señaló que existe una base real en cada mito y leyenda del ser humano. Es posible que estos supervivientes existan; naturalmente, si observamos este hecho desde el punto de vista de Spencer⁶

«Lo que sí es cierto es lo de la puerta lunar, que evidentemente es operada por la acción de los rayos solares sobre algún elemento o combinación desconocidos , y lo de los cristales a través de los cuales pasan los rayos de la luna y van a caer sobre el estanque formando sus prismáticas columnas, son mecanismos de factura humana. Y ya que han sido fabricados por manos humanas, del mismo modo que lo es el flujo de luz lunar por medio del cual el Morador se materializa, el Morador en sí mismo, si no es producto de la mente humana, al menos depende de la fuerza de la mente para poder existir.»

- Espere un momento, Goodwin,- me interrumpió O'Kefee. -¿Quiere decir que esa cosa está fabricada por... luz de luna?

- La luz de la luna,- le respondí, -es, naturalmente, el reflejo del sol. Pero los rayos que recibimos en la Tierra tras su impacto sobre la superficie del satélite experimentan un profundo cambio. El espectroscopio nos demuestra que pierden prácticamente todas las vibraciones más lentas conocidas como rojo e infrarrojo, mientras que las rápidas que denominamos violeta y ultra violeta se ven aceleradas y alteradas. Muchos científicos

⁶ William Beebe, el famoso naturalista y ornitólogo, que se encuentra en la actualidad luchando en Francia con la aviación norteamericana, ha afirmado en un artículo publicado en el Atlantic Monthly que esta curiosa creencia se ha visto últimamente reafirmada por un creciente rumor sobre la cercana llegada de esta raza subterránea.

sostienen que existe un elemento desconocido en la Luna... quizá sea eso lo que hace que surjan unas estelas gigantes luminosas que irradian en todas direcciones el cráter lunar Tycho... y puede que esas energías sean absorbidas y transportadas por los rayos de la luna.

«De todos modos, ya sea por la pérdida de las vibraciones del espectro rojo o por la adición de esta misteriosa fuerza, la luz lunar se vuelve algo completamente diferente a lo que originalmente fue al salir del Sol... al igual que la adición o la sustracción de uno u otro elemento químico hace que un compuesto de varios de ellos hace que la sustancia adquiera características y energías absolutamente diferentes.

«Puede que esos rayos, Larry, ejerzan algún efecto misterioso sobre los globos a través de los cuales afirma Throckmartin que pasaron en la Cámara del Estanque de la Luna. El resultado de tal cosa es un factor necesario en la formación del Morador. Puede que no exista nada necesariamente improbable en tal proceso. Kubalski, el gran físico ruso, produjo formaciones cristalinas que mostraban todas las facultades que nosotros denominamos vitales sometiendo ciertas combinaciones de elementos químicos a la acción de rayos de diferentes colores extremadamente concentrados. Algo en la luz provocó esta pseudo vida, y nada más. Aún no hemos comenzado a comprender cómo podemos aprovechar la potencia de esas vibraciones magnéticas del éter que llamamos luz.»

- Escuche, Doc, Me respondió Larry con la mayor seriedad-, me voy a creer todo lo que me ha contado acerca de ese continente perdido, la gente que lo habitaba y sus cavernas; eso se lo garantizo. Pero, por la espada de Brian Boru, nunca conseguirá que caiga en la creencia de que un puñado de rayos de luna pudieron llevarse a una mujer de la estatura de Thora, ni a un hombre con los redaños que según usted tenía Throckmartin, ni a la mujer de Huldricksson... y me apuesto lo que quiera a que era una de esas fornidas mujeres nórdicas. Jamás conseguirá que me crea que un puñado de rayitos concentrados de la Luna pudo llevárselos y arrastrarlos en una especie de vals sideral hasta un lugar a través de un claro de luna hasta no se sabe dónde.. No, Doc, no lo conseguirá en la vida, aunque la mismísima luna de Tennessee baje a contármelo... !Ni hablar!

- De acuerdo, O'Kefee,- le respondí no excesivamente irritado. -¿Cuál es su teoría?- Y no me pude resistir a añadir:-¿Hadas?

- Profesor,-se ríe abiertamente-, si Eso es un hada, es irlandés, y cuando me vea se alegrará tanto que no habrá nada que hacer al respecto. "Estaba perdido, extraviado, o raptado, Larry *avick*,- me dirá-. Y añoraba tanto mi hogar que se me despertó la mala uva,-se excusará-. ¡Llévame pronto a casa antes de que haga más burrrraadaaas!» Y esta es toda la verdad. Pero no se equivoque conmigo. Creo que lo que vieron es cierto. Pero lo que presenciaron fue algún tipo de gas. Toda esta región es volcánica y sus islas y promontorios están continuamente surgiendo del mar. Probablemente será un gas; una emanación volcánica; algo completamente nuevo para nosotros y que les ha vuelto locos... muchos gases tienen este efecto. El grupo de Throckmartin lo aspiró en aquella isla y probablemente cayeron en una especie de delirio más o menos al mismo tiempo; pensaron que vieron cosas, hablaron sobre el tema y... una alucinación colectiva. Exactamente igual al asunto de los Angeles de Mons y los otros milagros que se produjeron durante la guerra. Alguien ve algo que se parece a algo que otros afirman que han visto. Se lo cuenta a la persona que tiene al lado. «¿Puedes verlo?», le pregunta, y el otro le responde: «Por supuesto.» Y ahí lo tiene: una alucinación colectiva.

«Cuando sus amigos se volvieron locos se perdieron uno tras otro. Huldricksson navega por una zona cercana, y el gas golpea a su esposa. Ella agarra a la niña y saltan por la borda. ¡Puede que los rayos de la Luna iluminaran el gas! He visto en el frente gases que bajo la Luna parecen un millón de derviches⁷ diabólicos. Sí, y podría ver la cara del mismo Demonio en ellos. Y si te llega a los pulmones, no podrías jurar que no has visto demonios.»

Durante un rato estuvimos en silencio.

- Larry,-le dije al fin-, ya tenga usted razón o la tenga yo, debo llegar a Nan-Matal. ¿Me acompañará, Larry?

- Goodwin,-me respondió-, seguramente lo haga. Estoy tan interesado en el asunto como usted. Si no nos cruzamos con el *Dolphin* me quedaré. Les dejaré un mensaje en Ponapé para decirles dónde me encuentro por si llegan a ese puerto. Si comunican durante un tiempo que he muerto, nadie se preocupará. Así que no hay problema. Pero, sea razonable viejo. Ha pensado en el tema durante tanto tiempo que se está obsesionando. Se lo digo sinceramente.

Y una vez más, la alegría de tener a Larry O'Keefe conmigo me hizo olvidar que estaba irritado.

CAPÍTULO X **El Estanque de la Luna**

Da Costa, que había subido a la cubierta sin que nos cercioráramos, me agarró por el brazo.

- Dostor Goodwin,- me dijo, -¿Puedo verle en mi camarote, señó?

Entonces, al fin iba a hablar. Le seguí.

- Dostor,- comenzó una vez que entramos. -Argo mu raro le ha pasao a Olaf. Mu raro. Y los nativos de Ponape; éstos han estao muy nerviosos últimamente.

- ¡No se na de lo que temen. Na!-Una vez más se santiguó de aquella manera extraña y furtiva-. Pero tengo algo que decirle. El mes pasado conocí a un tío que venía de Ranaloa. Un ruso, un dostor, como usted. Se llamaba Marakinoff. Le llevé a Ponape y los nativos, de llevarle a Nan-Matal, na de na. Así que lo llevé yo. Nos fuimos en un bote, con tos esos istrumentos bien embalaos. Allí lo dejé, con el bote y la manduca. Me dijo que no contara na, me pagaran pasta larga o no. Pero usted, señó, es un amigo y el Olaf depende de usted, así que se lo cuento.

- ¿No sabe nada más al respecto, Da Costa?- Le pregunté. -¿Nada acerca de otra expedición?

- No.-Meneó la cabeza vehementemente-. Na más.

- ¿Escuchó usted el nombre de Throckmartin mientras estuvo allí?- Insistí.

- No.- Sus ojos permanecieron inmutables mientras me respondía, pero una extrema palidez le cubrió el rostro.

Yo no estaba muy convencido. Pero si sabía más de lo que me había contado, ¿Qué le aterrizzaba tanto que le impedía hablar? Mi ansiedad se hizo más profunda, y sólo encontré alivio cuando le repetí nuestra conversación a O'Keefe.

- Un ruso ¿eh?-Me dijo-. Bueno, pueden sentirse condenadamente divertidos... o

⁷ N del T : Los derviches son santones de la secta súfi que entran en éxtasis girando a gran velocidad sobre sus talones.

condenadamente lo que sea. Considerando lo que usted ha hecho por mí, creo que podré echarle un vistazo al asunto antes de que aparezca el *Dolphin*.

A la mañana siguiente llegamos a Ponape sin más incidentes, y antes del medio día el *Suwarna* y el *Brunhilda* habían anclado en el puerto. No me cabe duda de la excitación y el manifiesto terror que provocamos entre los indígenas cuando buscamos entre ellos portadores y trabajadores que nos acompañaran. Baste decir que ninguna cantidad que les ofrecimos fue suficiente para inducirles a que nos acompañaran a Nan- Matal. Ni siquiera nos ofrecieron una explicación.

Finalmente, acordamos que el *Brunhilda* quedaría a cargo de media tripulación compuesta por unos chinos mestizos que Da Costa y Huldricksson conocían y en los que confiaban. Cargamos su lanchón con mis instrumentos, alimentos y tiendas de campaña. El *Suwarna* nos llevó al puerto de Metalanim y allí, con las cimas de antiquísimos diques hundidos en lo más profundo del azul mar y con las ruinas acechándonos por entre los manglares, a una milla escasa de nuestro lugar de desembarco, nos desembarcó.

Una vez que Huldricksson se hubo situado al timón y Larry a las velas, rodeamos las titánicas murallas que se hundían en las profundidades y nos introdujimos en el canal que Throckmartin había señalado en su mapa y que discurría entre Nan-Tauach y su pequeña isla satélite, Tau. Hacia las puertas que nos introducirían en los antiguos misterios.

Mientras recorríamos el canal, un velo de silencio cayó sobre nosotros; un silencio tan intenso, tan espeso que parecía poseer sustancia propia; un silencio extraño que nos aplastaba, nos ahogaba y se mantenía apartado de nosotros... los vivos. Había una calma tal que parecía que marcarse el ritmo de millones de seres hacia la tumba; estaba (aunque pueda parecer paradójico) rebosante de vida.

Cuando bajé hasta el corazón de la Gran Pirámide, sentí un silencio parecido... pero jamás con tal intensidad. Lar y también lo había sentido y vi cómo me miraba interrogante. Si Olaf, que se encontraba de pie ante el timón, lo había sentido, no mostró ningún signo: sus ojos azules, mostrado el frío de hielo en sus pupilas, observaban el canal que se abría ante nosotros.

Mientras navegábamos, se alzaron a popa unas murallas de negros bloques de basalto, ciclópeas, elevándose cien metros o más, rotas aquí y allá por el hundimiento de sus profundos cimientos.

Frente a nosotros, los manglares extendían sus ramas bloqueando el canal. A proa las murallas de Tau, sombríos muros pulidos y encajados entre sí con una fría y matemática precisión que me llenó de una extraña ansiedad, se deslizaban lentamente. A través de las grietas pude observar negras ruinas y enormes piedras derribadas que parecían cernirse sobre nosotros amenazantes mientras nos abríamos paso. En algún lugar, ocultos, se encontraban las siete esferas que derramaban el fuego de nuestro satélite sobre la Charca de la Luna.

Una vez que nos encontramos entre los mangos, los tres desembarcamos y empujamos la embarcación por entre las enmarañadas raíces y ramas. El ruido de nuestra marcha rompió el silencio como si se tratara de una profanación, y desde los antiguos bastiones nos llegaron murmullos... prohibiéndonos el paso, extrañamente siniestros. De repente, llegamos a un pequeño espacio de aguas sombrías. Ante nosotros se elevaban las puertas de Nan-Tauach, gigantescas, rotas, increíblemente antiguas; destrozados portales a través de los cuales habían pasado hombres y mujeres de los albores de la humanidad; antiguos con tal peso de años sobre sus cimientos que hacían daño en los ojos que osaban posarse

sobre ellos; y, lo que resultaba más turbador por su indefinible sensación: amenazadoramente desafiantes.

Más allá de las puertas, pasados los salones, se extendían hacia lo alto unos enormes bloques de basalto; las escaleras de un gigante. Y a cada lado de la misma, se extendían los enormes muros que conducían al Morador. Ninguno habló mientras anclábamos el lanchón a un pilón medio sumergido. Y cuando por fin hablamos, fue en susurros.

- ¿Y ahora qué?- Me preguntó Larry.

- Mi opinión es que deberíamos echar un vistazo por los alrededores,- le respondí en el mismo tono susurrante. -Escalaremos la muralla en este punto y nos haremos una idea del lugar. Todo el edificio debe ser visible durante el día desde esa altura.

Huldricksson, con los azules ojos alerta, asintió. Con gran dificultad conseguimos escalar a través de los rotos bloques.

Hacia el este y el sur, como si se trataran de bloques de juguete esparcidos por un mar de color zafiro, descansaban docenas de islotes, ninguno de los cuales cubría una superficie mayor de dos kilómetros cuadrados; cada uno de ellos perfectamente cuadrados u oblongos y rodeados por sus murallas protectoras.

Ninguno mostraba signos de vida, a excepción de algunos pájaros enormes que planeaban aquí y allá y algunas gaviotas que se precipitaban hacia las azules olas.

Dirigimos nuestra mirada hacia la isla sobre la que nos encontrábamos. Creo que medía unos ochocientos metros cuadrados. La muralla la rodeaba por sus cuatro lados. Parecía un enorme cubo de basalto abierto por su parte superior y que contenía otros dos cubos parecidos. El recinto que discurría entre la primera y la segunda muralla estaba pavimentado de piedra, con enormes piedras y pilares rotos tirados aquí y allá. El hibisco, el aloe y otras plantas habían encontrado su lugar para proliferar; pero sólo conseguían aumentar el sentimiento de desolación que rodeaba al lugar.

- ¿Tienes idea de dónde se encontrará el ruso?- Me preguntó Larry.

Meneé la cabeza. No podía observar signo alguno de vida. ¿Había marchado Marakinoff, o lo había capturado a él también el Morador? Lo que fuera que hubiera sucedido, no había dejado señales en nuestra isla o en las demás. Descendimos por un lateral de la entrada. Olaf me miró pensativamente.

- Comenzaremos la búsqueda inmediatamente, Olaf, le dije-. Pero primero, O'Keefe, veamos cuál es el papel de esa piedra gris en este lugar. Luego levantaremos el campamento, y mientras yo deshago los bultos, usted y Olaf revisarán la isla. No creo que tarden mucho en hacerlo.

Larry revisó su pistola automática y sonrió.

- Prepárate para dar tu discurso, *Macduff*,- le dijo al arma.

Subimos las escaleras y atravesamos los patios exteriores hasta llegar a la plaza central. Debo confesar al fuego de la curiosidad científica y conmovido por el comezón del temor que el análisis realizado por O'Keefe podría ser el adecuado. ¿Encontraríamos el bloque móvil y, si así fuera, sucedería lo que me contó Throckmartin? Si así fuera, incluso Larry debería admitir que en este lugar habían cosas que se salían de las teorías sobre emanaciones luminosas y gaseosas; de esta manera podría resultar válida la primera prueba de esta asombrosa historia. Pero si no era así...

¡Y de pronto apareció ante nosotros, un bloque de desvaído color gris que apenas resaltaba de los demás bloques vecinos! ¡La Puerta de la Luna!

No existía error. Aquí estaba, tal y como me fue descrito, el portal a través del cual

Throckmartin había visto pasar aquella maravillosa y terrorífica aparición que Throckmartin había denominado -el Morador-. En su base se encontraba la curiosa depresión en forma de copa por medio de la cual me había contado mi amigo que se abría la puerta.

¿Era aquel portal aún más misterioso que la esfinge? ¿Y qué se ocultaba más allá? ¿Qué ocultaba aquella piedra pulida, cuya macilenta letalidad susurraba sobre pasillos que se abrían a puertas temporales que daban paso a extraños paisajes inimaginables? El mundo de la ciencia había entregado como pago su inapreciable mente científica... y el propio Throckmartin había pagado con la vida de sus seres queridos. A mí me había arrastrado en busca de Throckmartin... y su sombra se había precipitado sobre el alma de Olaf ¿Y sobre cuántos miles de miles de seres más, me preguntaba, ya que los cerebros que habían concebido su existencia se habían desvanecido con su secreto?

¿Qué se ocultaba más allá?

Alargué una mano trémula y toqué la superficie del bloque. Un leve escalofrío me recorrió la mano y el brazo, extrañamente desconocido y extrañamente desasosegante; como si su contacto eléctrico llevara la misma esencia del frío consigo. O'Keefe, que me había estado observando, me imitó. Mientras sus dedos se posaban sobre la piedra, su rostro se llenó de asombro.

- ¿Es la puerta?- Me preguntó.

Yo asentí. Silbó suavemente y señaló hacia la parte superior de la piedra gris. Seguí su dedo y vi, encima de la puerta lunar y a ambos lados, dos ejes de piedra levemente curvados de aproximadamente medio metro de diámetro.

- Las cerraduras de la Puerta de la Luna-, dijo.

- Así parece ser,- le respondí a Larry.

- Si podemos hallar su funcionamiento-, añadió.

- No hay nada que podamos hacer hasta la salida de la Luna.- Le respondí. -Y no nos queda mucho tiempo para prepararnos. ¡Vamos!

Poco más tarde nos encontrábamos junto a nuestro lanchón. Lo descargamos y levantamos una tienda, y observando que nos quedaba una hora escasa de luz, les pedí que se marcharan y comenzaran su investigación. Marcharon juntos y yo me dediqué a abrir los paquetes que había traído conmigo.

Lo primero que hice fue montar los dos condensadores de rayos Becquerel que había adquirido en Sydney. Sus lentes podía atrapar e intensificar hasta límites bastante amplios cualquier luz que se enfocara sobre ellos. Yo los había encontrado extremadamente útiles en los análisis espectroscópicos de los vapores luminosos, y sabía que en el observatorio de Yerkes se había obtenido espléndidos resultados en la captación de las radiaciones difusas de las nebulosas.

Si mi teoría acerca del mecanismo del bloque gris era correcta, resulta- l ría prácticamente cierto que con el satélite ya en cuarto menguante nos resultaría posible concentrar la luz suficiente sobre los ejes como para abrir la roca. Y como los rayos de la Luna que pasarían a través de los siete globos descritos por Throckmartin serían de escasa intensidad, éstos no podrían enfocar la suficiente energía sobre el Estanque y nosotros podríamos entrar en la cámara libres del temor a encontramos a su inquilino, realizar nuestras observaciones preliminares y salir antes de que la Luna perdiese la intensidad suficiente como para que los condensadores siguieran manteniendo abierto el portal.

También extraje del equipaje un espectroscopio y algunos otros instrumentos para el análisis de ciertas manifestaciones luminosas y para el examen de los metales y líquidos que pudiéramos encontrar. Finalmente, preparé mi equipo médico de urgencia.

Casi había finalizado de examinar y ajustar los equipos cuando O'Keefe y Huldricksson regresaron. Me comunicaron que habían encontrado los restos de un campamento de al menos hacía diez días junto a la cara norte de la muralla del patio exterior, pero aparte de estos restos no había más señales de seres humanos en Nan-Tauach a parte de nosotros.

Preparamos la cena, comimos y charlamos un poco, pero al cabo nos callamos. Incluso el humor de Larry se había apagado; media docena de veces le observé cómo extraía su pistola automática y la revisaba. Estaba más pensativo de lo que jamás lo había visto. Una de las veces se dirigió a la tienda, revolvió un poco y salió con otra pistola que, nos dijo, le había dado Da Costa junto con media docena de cargadores. Le entregó el arma a Olaf.

Finalmente, un resplandor en el sureste anunció la llegada de la Luna. Recogí mis instrumentos y el equipo médico; Larry y Olaf se echaron al hombro un par de escalas que formaba parte de mi equipo y, iluminando el sendero con nuestras linternas eléctricas, subimos por las enormes escaleras, nos deslizamos por sus grietas y llegamos a la piedra gris.

Aquel momento la Luna se había elevado y su pláteada luz brillaba sobre el bloque. Vi cómo unos fantasmales resplandores lo recorrían como si se trataran de fosforescencias que volaran sobre su superficie... pero tan delicadas resultaban a la vista que no podría jurar que mis observaciones eran ciertas.

Colocamos las escalas en su sitio. Le pedí a Olaf que permaneciera frente a la puerta y que estuviera atento a los primeros signos de apertura... si se abría. Colocamos los Becquerel sobre unos pequeños trípodes, en cuyas patas yo había colocado ventosas para que se sujetaran a la roca.

Subí por una escala y fijé un condensador sobre uno de los ejes; descendí y, enviando arriba a Larry para que lo vigilara, trepé por la segunda escala para colocar rápidamente el segundo aparato. Entonces, con O'Keefe vigilando el primer eje, yo vigilando el mío y Olaf observando atentamente la puerta lunar, comenzamos nuestra vigilia. De repente, Larry soltó una exclamación.

- ¡Siete diminutas luces comienzan a brillar sobre esta piedra!- Gritó.

Pero yo ya había observado que sobre la piedra que yo vigilaba había comenzado a brillar un halo plateado. Lentamente, los rayos que salían del condensador comenzaron a hacerse más gruesos y densos, y mientras esto sucedía, siete diminutos círculos de apariencia cerúlea comenzaron a brillar en la oscuridad, con una misteriosa (casi sólida podría decir) radiación enteramente extraña para mí.

Más allá de mis sentidos pude oír el lejano y casi inaudible murmullo de la voz de Huldricksson:

- Se abre... la puerta gira...

Comencé a descender por la escala. Una vez más se dejó oír la voz de Olaf:

- La piedra... se ha abierto...

Y de pronto un grito, un aullido de odio mezclado con pena, de ira y desesperación... ¡Y de pronto oí el sonido de pies que se apresuraban a través de la muralla que estaba descendiendo!

Me precipité al suelo. La puerta de la Luna estaba completamente abierta, y a través de ella vi fugazmente un corredor lleno de una perlada luz vaporosa, fantasmal parecida a la niebla del amanecer. Pero de Olaf ¡Nada! Y mientras me encontraba agazapado en el umbral, pude oír a mis espaldas un agudo chasquido del disparo de un rifle; el cristal del condensador que Larry tenía al lado se había roto en fragmentos; el aviador se dejó caer al suelo con facilidad y la pistola que tenía en la mano relampagueó por dos veces en la oscuridad.

¡Y la puerta de la luna comenzó a girar lentamente, lentamente hasta que casi encajó en su marco!

Me precipité hacia la puerta pivotante con la estúpida intención de mantenerla abierta. Mientras alargaba las manos para sujetarla, llegó desde mi espalda el sonido de un gruñido y alguien lanzó un juramento mientras Larry se tambaleaba bajo el impacto de un cuerpo que se precipitaba contra su cuello. Retrocedió hasta que tocó el borde del hueco en forma de copa que formaba la base del bloque de piedra, resbaló contra su pulida superficie, cayó y rodó por el suelo enredado con quien le había atacado, pateando y forcejeando ¡Mientras se deslizaban a través del cada vez más estrecho umbral en dirección al corredor!

Olvidando todo lo demás, me precipité en su ayuda. Mientras saltaba al interior sentí que la puerta, en su recorrido, me desgarraba el costado. En ese momento, mientras Larry levantaba un puño, lo dejaba caer contra la sien del hombre que lo había derribado y se levantaba bamboleante dejando el cuerpo de su enemigo a sus pies, oí como pasaba a mi lado repentinamente un gemido lastimero que me hizo girar como si la mano de un gigante me hubiera hecho dar la vuelta.

El extremo del corredor ya no ofrecía salida a la plaza en ruinas de NanTauach iluminada por la Luna. Lo que se ofrecía a nuestra vista era una barrera de sólida roca fosforescente. ¡La Puerta de la Luna se había cerrado!

O'Keefe dio un paso tambaleante hacia la barrera que se encontraba tras de nosotros. No se observaban uniones o juntas en las brillantes paredes; el bloque se ajustaba a su marco tan perfectamente como si se tratara de un mosaico.

- Está completamente cerrada,- dijo Larry-. Pero si existe un camino de entrada, debe haber un camino de salida. Como quiera que sea, Doc, estamos exactamente donde queríamos, así que... ¿Por qué preocupamos? Me sonrió divertido.

El hombre que había derribado gruñó, y el irlandés se puso de rodillas a su lado.

- ¡Marakinoff!-Exclamé.

Al oír la exclamación, se apartó a un lado, girando la cara de manera que pude observarlo. Era evidentemente un ruso, y su aspecto indicaba un hombre de gran fuerza e intelecto.

El poderoso y macizo arco de las cejas con el arco orbital inusualmente desarrollado, la nariz prominente y elevada, los labios prominentes y con un gesto de crueldad, y las remarcadas líneas de la mandíbula cubiertas por una barba negra y picuda. Todo en él indicaba una personalidad más allá de lo ordinario.

- Podría ser cualquier persona,- opinó Larry, rompiendo el hilo de mis pensamientos-. Ha debido estar vigilándonos desde que pasamos por la tumba de Chau-te-leur.

Rápidamente lanzó sus manos hacia el cuerpo del ruso; cuando se levantó sostenía en las manos dos pistolas de aspecto amenazador y un cuchillo.

- También tiene un disparo en su antebrazo derecho,-me dijo-. Es una herida limpia, de

lado a lado, pero le hizo soltar el rifle. Nuestro pequeño ruso guardaba todo un arsenal... ¿que...?

Yo estaba abriendo mi equipo médico. La herida era de poca importancia, y Larry me estuvo observando mientras la vendaba.

- ¿Nos queda algún otro condensador de esos?-Me preguntó de repente-¿Cree que Olaf tendrá los suficientes conocimientos como para saber utilizarlo?

- Larry,- le respondí. -¿Olaf no se encuentra afuera! ¡Está aquí dentro, en algún sitio!

Se le aflojó la mandíbula.

- ¡No me mate!- Susurró.

- ¿No le oyó gritar cuando la piedra se abrió?- Le respondí.

- Sí, le oí soltar un alarido,- me dijo. -Pero no sabía qué estaba ocurriendo. Y justo después este gato salvaje me saltó encima...-Hizo una pausa y sus ojos se abrieron de par en par-¿Qué camino tomaría?- Me preguntó repentinamente.

Señalé hacia el corredor que brillaba con una luz espectral.

- Sólo existe un camino-, le dije.

- Vigile a este pájaro.- Murmuró O'Keefe, apuntando con un dedo a Marakinoff.

Y pistola en mano se dirigió pasillo abajo a largas zanjadas. Miré al ruso; tenía los ojos abiertos. Alargó hacia mí una mano y tiré de él hasta que se puso en pie.

- He oído,- me dijo-. Seguir, rápido. Si me coge del brazo, por favor. Todavía yo mareado, sí...- Lo agarré por el hombro sin decir palabra, y ambos seguimos los pasos de O'Keefe.

Marakinoff jadeaba, y su peso me abrumaba, pero se movía poniendo toda su fuerza de voluntad y todo su ímpetu en el ejercicio.

Mientras nos movíamos deprisa tomé nota mentalmente del túnel. Sus paredes eran suaves y habían sido pulidas, y la luz no parecía provenir de su superficie, si no de más allá... dándoles una apariencia ilusoria de lejanía y profundidad; haciéndolas adoptar extrañas formas, como si flotaran en el espacio. El pasillo giró, se retorció, se precipitó hacia las profundidades y volvió a girar. Me pareció que la luz que iluminaba el túnel estaba formada por diminutos puntos horadados profundamente en la piedra, de los que salía a gran velocidad para extenderse sobre las pulidas paredes.

Oí que Larry gritaba a lo lejos.

- ¡Olaf!

Agarré con más firmeza a Marakinoff y nos apresuramos. Ahora llegábamos al final del pasillo. Ante nosotros se elevaba un alto arco. Y a su través pude ver una delicada y suavemente luminosa bruma llena de arcos iris. Alcanzamos el portal y me encontré frente a una cámara que debía haber sido transportada desde el palacio encantado del rey de los Jinn⁸, más allá de las montañas mágicas de Kaf.

Ante mí se encontraba O'Keefe y a una docena de pasos de él, Huldricksson, con algo sobre los brazos. El escandinavo se encontraba de pie justo al borde de un óvalo formado por piedras brillantemente plateadas en cuyo centro reposaba un estanque de aguas azules. Y justo en el centro del estanque se encontraban, mirando hacia arriba como si de un ojo gigante se tratara, siete pilares de fantasmal luz: uno de ellos de color amatista, otro rosa, otro de color blanco, el cuarto de azul, y los otros tres de esmeralda, plata y ámbar. Todos se mantenían en el centro de la superficie de color azul, y supe que éstos eran las siete corrientes radiantes, a partir de los cuales el Morador tomaba forma. Ahora

⁸ N. del T: Los Jinn, o Djin, eran poderosos genios de la mitología árabe (v *Las Mil y Una Noches*)

eran pálidos fantasmas de lo que debían ser cuando los iluminaba la luz de la Luna con toda su fuerza.

Huldricksson se inclinó sobre el plateado borde del estanque y depositó en el suelo aquello que sostenía en sus brazos ¡y que pude observar se trataba del cuerpo de una niña! Lo dejó suavemente, se inclinó sobre su cuerpo e introdujo una mano en el agua. Y mientras así hacía, gemía y sacudía el pequeño cuerpo que yacía frente a él. Inmediatamente, el cuerpecito se agitó... y resbaló sobre el borde hasta caer en el azul líquido. Huldricksson se lanzó sobre el borde del agua, con las manos engarfiadas y los brazos sumergidos en el líquido, y de sus labios surgió un largo y sollozante gemido de dolor y de angustia que no parecía provenir de garganta humana alguna.

Mientras se levantaba Marakinoff grito.

- ¡Agárrenlo!- nos ordeno el ruso. -¡Sáquenlo del líquido! ¡Aprisa!

Saltó hacia delante, pero antes de que hubiera recorrido la mitad de la distancia, O'Keefe había saltado a su vez, había agarrado al escandinavo por los hombros y lo había alejado del estanque, donde quedó gimiendo y sollozando. Y mientras yo me precipitaba tras Marakinoff vi que Larry se inclinaba sobre el borde del líquido y se cubría los ojos con una mano trémula; también pude observar cómo el ruso se asomaba y sus fríos ojos adquirirían un gesto de auténtica piedad.

Entonces yo mismo me asomé al Estanque de la Luna y allí, hundiéndose, vi a una pequeña doncella cuyos ojos fijos y llenos de terror, en una cara lívida por la muerte, miraban directamente a los míos; y siempre hundiéndose, lentamente, lentamente... ¡Hasta que desapareció! Y entonces supe que se trataba de la hija de Olaf, Freda, su amada *yndling*.

¿Pero dónde se encontraba su madre, y dónde había encontrado Olaf a su nena?

El ruso fue el primero que habló:

- ¿Tienen nitroglicerina, cierto?- Pregunto, señalando hacia mi equipo médico que yo inconscientemente había tomado y llevado conmigo durante la loca carrera que nos llevó pasillo abajo.

Asentí y la extraje de su bolsillo.

- Hipodérmica- Me ordenó a continuación tajante.

Tomó la jeringa, la llenó cuidadosamente con una dosis completa de diez mililitros y se inclinó sobre Huldricksson. Le enrolló la manga hasta que llegó al codo. El brazo presentaba una apariencia blanca y fantasmalmente traslúcida que ya había observado en el pecho de Throckmartin donde lo había tocado un tentáculo del Morador; las manos estaban igualmente blancas..., de un blanco perlado. Marakinoff introdujo la aguja por encima de la pálida línea.

- Necesitará de todo el esfuerzo que su corazón sea capaz de realizar.Me dijo.

En ese momento bajó una mano hasta un cinturón que le rodeaba la cintura y extrajo un frasco pequeño y aplanado que parecía estar hecho de plomo. Lo abrió y dejó caer unas cuantas gotas de su contenido en cada brazo del escandinavo. El líquido chisporroteó e instantáneamente comenzó a extenderse el líquido sobre la piel como si de aceite o petróleo sobre el agua se tratara, pero con mucha más velocidad. Y mientras se extendía, dibujó una película chisporroteante sobre la marmórea carne elevando vaporosas volutas. El poderoso pecho del noruego se agitó de pura agonía. Las manos se le cerraron convulsivamente. El ruso soltó un gruñido de satisfacción al ver esta reacción, vertió un poco más de líquido y luego, observando cuidadosamente, gruñó una vez más y se echó

hacia atrás. La laboriosa respiración de Huldricksson cesó, la cabeza cayó sobre las rodillas de Larry y la palidez comenzó a desaparecer despacio de sus manos y brazos.

Marakinoff se levantó y nos contempló casi benevolentemente.

- Estará bueno en cinco minutos,-nos dijo-. Yo sé. Hacerlo para pagar mi disparo, y también por que necesitarlo a él. Sí.-Se giró hacia Larry-. Tiene pegada como si fuera coza de mula, mi joven amigo,- le dijo. -Alguna vez me pagará también el golpe ¿No?- Sonrió, y su sonrisa no fue exactamente tranquilizadora.

Larry le observó con curiosidad.

- Naturalmente, usted es Marakinoff,- le dijo. El ruso asintió, no mostrando sorpresa por que lo hubieran reconocido.

- ¿Y usted?- Le preguntó a su vez.

- Teniente O'Keefe del Real Cuerpo Aéreo,- le respondió Larry saludándolo. -Y este caballero es el doctor Walter T. Goodwin.

La cara de Marakinoff brilló de satisfacción.

- ¿El botánico americano?-Me preguntó.

Yo asentí.

- Ah,- grito Marakinoff ilusionado. -Pero esto ser gran suerte. Mucho he querido conocerlo. Su trabajo, para ser un americano, es casi excelente; sorprendente. Pero equivocado en su teoría del desarrollo de las Angiospermae a partir de la *Cycadeoidea dacotensis*. Da... todo equivocado.

Me disponía a interrumpirlo acaloradamente, ya que suponía que mis conclusiones a partir del fósil de la *Cycadeoidea* eran mi mayor triunfo, cuando Larry me interrumpió bruscamente.

- ¡Venga ya...!- Exclamó. -¿Estoy yo loco o lo están ustedes? ¿Qué puñetas de lugar y momento es éste para que se pongan a discutir de esta manera?

- ¿Angiospermae, no?- Exclamó- ¡Puñetas!

Marakinoff volvió a mirarlo con aquel irritante aire de benevolencia.

- Usted carecer de mente científica, joven amigo,-le dijo- ¡Buen puñetazo, sí! Pero también la mula. Debe aprender que sólo el hecho ser importante... no usted, no yo, no éste,- y señaló a Huldricksson-. No sus penas. Sólo el hecho, sea lo que sea, es real, sí. Pero...-Se giró hacia mí... en otro momento...

Huldricksson le interrumpió. El enorme marino se había levantado silenciosamente y permanecía de pie apoyado en un brazo de Larry. Alargó las manos en mi dirección.

- La he visto,-susurró-. He visto a mi Freda donde se hundió la piedra. Yace ahí... justo a mis pies. La levanté y vi que mi Freda estaba muerta. Pero tenía la esperanza... y pensé que mi Helma también estaría por aquí también. Así que corrí hasta aquí con mi *yndling*.- La voz se le rompió-. Pensé que quizá no estuviera muerta,-continuó hablando-. Y vi eso... Señaló hacia el Estanque de la Luna...y pensé que podría humedecerle la cara y ella podría vivir de nuevo. Y cuando metí la mano en el líquido... la vida la abandonó, y un frío, un frío mortal subió por ella hasta mi corazón. Y mi Freda... cayó-. Se cubrió los ojos y dejó caer la cabeza sobre el hombro de O'Keefe, quieto, atacado por unos sollozos que parecían romperle el alma.

CAPÍTULO XI

Las Sombras Llameantes

Marakinoff asintió solemnemente mientras Olaf finalizaba.

- ¡*Da!*- Exclamó. -Eso que sale de ahí trajo a las dos... la mujer y la niña. ¡*Da!* Vinieron dentro de eso y la piedra cayó sobre las dos. Pero porqué dejó atrás a la niña, no lo entiendo.

- ¿Cómo lo sabía?- Exclamé asombrado.

- Por que lo vi.- Me respondió sencillamente Marakinoff. -No sólo yo verlo, si no que casi no tener tiempo de escapar a través de entrada luego de que entrara girando y murmurando y con sus campanillas sonando alegremente. ¡*Da!* Eso fue lo que oyó al entrar, eso fue.

- Espere un momento,- le dije, deteniendo a Larry con un gesto-¿Entiendo que ya se encontraba usted aquí dentro?

Marakinoff agitó violentamente la cabeza.

- *Da*, Dr. Goodwin, -me respondió. -¡Entré cuando eso que viene de ahí salió!

Me quedé boquiabierto y sin palabras frente a su afirmación, mientras que en la belicosa actitud de Larry se dejaba translucir un creciente respeto; Olaf, tembloroso, escuchaba en silencio.

- Dr. Goodwin y mi impetuoso joven amigo, tú,- continuó Marakinoff tras un momento de silencio... e intuí vagamente porqué no incluía a Huldricksson en su discurso-. Es momento de nosotros llegar a un entendimiento. Tengo una propuesta para hacer a ustedes. Ésta es: somos lo que ustedes llamar un naufragio, y todos estar en él. ¡*Da!* Necesitamos todas las manos ¿Verdad? Nosotros vamos a juntar nuestros conocimientos y nuestros cerebros y recursos... e incluso puñetazo de mula es un recurso,miró rencorosamente a O'Keefe-, y llevar nuestro barco a orilla otra vez. Luego de eso...

- Todo eso está muy bien, Marakinoff,- le interrumpió Larry. -Pero no me siento muy seguro en un barco con alguien capaz de dispararme por la espalda.

Marakinoff agitó una mano con desaprobación.

- Eso era normal,-dijo-, normal ¡*Da!* He aquí un grande secreto, quizá demasiados secretos inapreciables para mi país...-Hizo una pausa, conmovido por alguna emoción incontrolable; las venas de la frente se le congestionaron, los ojos, fríos por naturaleza, relampaguearon y la gutural voz se le quebró-. No me excuso y no me explico,-gorjeó Marakinoff-. Pero les diré ¡*Da!* Aquí está mi país ahogándose en sangre por un experimento para liberar al mundo. Y aquí están las otras naciones acosándonos como lobos y esperando a precipitarse a nuestras gargantas al menor señal de debilidad. Y aquí está usted, teniente O'Keefe de los lobos ingleses, y usted Dr. Goodwin de la manada yanqui... y aquí en este lugar puede que mi patria pueda ganar su lucha por el trabajador. ¿Qué significa para ella sus dos vidas y la del marinero? Menos que moscas que yo aplasto con la mano, ¡Menos que mosquitos al sol!

De repente se controló.

- Pero no es eso la cosa importante,- continuó, casi fríamente-. Ni eso ni mi disparo. Hagamos frente a los hechos. Mi propuesta es ésta: que unamos nuestros intereses, y que encontremos juntos lo que buscan; busquemos nuestro camino juntos y aprendamos los secretos que les he dicho, si podemos. Y cuando lo hayamos hecho, nos separaremos, a cada ciudad nosotros, para utilizar los secretos para nuestros países de la manera que sermos posible. Por mi parte, ofrezco mi conocimiento... y es muy valioso, Dr. Goodwin, y mi preparación. Usted y teniente O'Keefe hacer lo mismo, y este hombre Olaf, lo que pueda hacer con su fuerza, porque yo pienso que su valor no reside en su cerebro, no.

- En efecto, Goodwin, le interrumpió Larry mientras yo dudaba-, la propuesta del profesor es ésta: quiere saber lo que sucede aquí, pero está empezando a darse cuenta de que no es un trabajo para un hombre sólo y, además, nosotros tenemos ventaja sobre él. Nosotros somos tres frente a él sólo, y tenemos todos sus aparatos y cubiertos. Sin embargo, podemos hacer las cosas mejor con él que sin él... mientras que él lo puede hacer mejor con nosotros que sin nosotros. Estamos en empate... por ahora. Pero una vez que él obtenga la información que está buscando, tengamos cuidado. Usted, y Olaf y yo somos los lobos y las moscas y los mosquitos... y los ametrallamientos comenzarán. Aún así, si siendo tres contra uno nos la juega, lo tenemos bien merecido. Yo acepto si usted está de acuerdo.

Casi pude ver las chispitas brillando en los ojos de Marakinoff.

- Quizá yo no lo habría explicado así,- dijo, -pero en su esencia tiene razón. No moveré mano contra usted mientras estemos en peligro aquí. Pongo honor en prenda.

Larry se rió.

- De acuerdo, profesor,- dijo riéndose. -Creo cada palabra que intenta transmitirme. Aún así, me quedaré con las pistolas.

Marakinoff asintió imperturbable.

- Y ahora,-dijo-, les diré lo que sé. He descubierto el secreto del mecanismo de la puerta tal y como usted hizo, Dr. Goodwin. Pero por negligencia, mis condensadores fueron rotos. Me vi obligado a esperar mientras envié a por otros... y espera puede durar meses. Tomé ciertas precauciones, y en primera noche de esta luna llena me escondí en la tumba de Chau-te-leur.

Me recorrió estremecimiento de admiración involuntario hacia este hombre por su evidente valor al quedar sólo en la oscuridad. También lo pude apreciar en la cara de Larry.

- Me escondí en la tumba,-continuó hablando Marakinoff-, y vi que lo que entró aquí salió aquí. Esperé... largas horas. Al final, cuando bajó la Luna, regresó... con éxtasis... con un hombre, un nativo, en abrazo que envolvía. Pasó por la puerta, y de pronto se escondió la Luna y la puerta se cerró.

"La noche siguiente yo fui con más confianza, sí. Y detrás de lo que viene y va, miré por la puerta abierta. Dije "no vuelve en tres horas. Mientras eso fuera ¿Porqué no entro en su casa a través de la puerta que ha dejado abierta?" Así que me colé... hasta aquí. Miré a los pilares de luz y analicé el líquido del Estanque en el que ellos cayeron. Ese líquido, Dr. Goodwin, no es agua, y no es un fluido conocido en la Tierra.- Me alargó un pequeño vial que tenía el cuello sujeto por una larga correa.

- Tenga,- me dijo-, y observe.

Tomé el frasco dubitativamente; lo sumergí en el Estanque. El líquido era extraordinariamente ligero; de hecho parecía que aligeraba el peso del vial. Lo sostuve a la luz. Presentaba estrías, y lo cruzaban pequeñas venas pulsantes que parecía poseer vida propia. Y su color azul mantenía su intensa luminosidad incluso dentro del vial.

- Radioactivo,- me dijo Marakinoff. -Algún líquido que es intensamente radiactivo; pero qué es lo desconozco. Sobre piel viva actúa como radio aumentado a la enésima potencia y con el añadido de un elemento aún más misterioso. La solución con la que lo traté,-y señalé a Huldricksson-, la he preparado después de llegar aquí, a partir de cierta información yo tengo. Es sobre todo sales de radio y su base es la fórmula de Loeb para neutralización de las quemaduras de radio y rayos X. Utilizándola sobre este hombre, una

vez que degeneración hubo empezado, pude neutralizarlo. Pero dos horas más tarde yo hubiera hecho nada.

Hizo una pausa durante un momento.

- Luego estudié la naturaleza de estas paredes luminosas. ¡Concluí que quien las hubiera hecho conocía los secretos del Todopoderoso para manipular la luz del propio éter! ¡Colosal! ¡*Da!* Pero la sustancia de esos bloques confina una... cómo dicen ustedes... manipulación atómica, una disposición consciente de electrones, emisora de luz y quizá infinita. Estos bloques son lámparas en las que el aceite y la mecha son... ¡Electrones que emiten luz a partir del propio éter! ¡Un Prometeo merece este descubrimiento⁹! Miré a mi reloj y el pequeño guardián me avisó que era tiempo de marchar. Me fui. Eso que tenía que regresar, regresó... esta vez con la manos vacías. Y la noche siguiente hice lo mismo. Inmerso en la investigación, dejé que pasaran los momentos hasta el momento de peligro, y casi quedé encerrado en la bóveda cuando la cosa brillante apareció sobre las murallas, y llevaba en su regazo a una mujer y una niña... En ese momento ustedes llegar... y eso es todo. Y ahora ¿Qué cosa saben ustedes?

Brevemente le relaté mi historia. Sus ojos se iluminaban de vez en cuando, pero no me interrumpió.

- ¡Un gran secreto! ¡Un colosal secreto!- murmuró una vez que hube finalizado. -No podemos mantenerlo en secreto!

- Lo primero que hemos de hacer es intentar abrir la puerta,- nos dijo Larry, devolviéndonos a la realidad.

- No hay manera, mi joven amigo.-Le aseguró Marakinoff firmemente.

- Aún así, lo intentaremos,- le respondió Larry.

Volvimos sobre nuestros pasos a través del serpeante túnel hasta su principio, pero O'Keefe pudo comprobar pronto que cualquier intento de mover el bloque de piedra era algo imposible. Regresamos a la Cámara del Estanque. Los pilares de luz mostraban un brillo más pálido, por lo que supimos que la Luna se estaba poniendo. En el mundo exterior amanecía tras una larga noche. Comencé a sentirme sediento... y la azul apariencia del agua que rodeaba el borde plateado parecía destellar burlonamente mientras mis ojos reposaban sobre ella.

- ¡*Da!*- Exclamó Marakinoff, leyendo misteriosamente mis pensamientos-. ¡*Da!* Sentiremos sed. Y será muy malo para aquel de nosotros que pierda el control y beba eso, amigo mío. ¡*Da!*

Larry inclinó hacia atrás los hombros como si se sacudiera un peso que llevara sobre ellos.

- Este lugar aterrorizaría al mismísimo arcángel San Rafael,-dijo-. Les sugiero que echemos un vistazo por ahí y encontremos un paso que nos lleve a algún lugar. Pueden apostar lo que quieran a que la gente que construyó este lugar tenía más lugares de entrada a parte de esa puerta tamaño familiar. Doc, usted y Olaf vayan por el lado izquierdo; el profesor y yo iremos por la derecha.

Extrajo una de sus pistolas automáticas con un movimiento sugerente.

- Después de usted, profesor,- se inclinó educadamente ante el ruso. Partimos cada uno

⁹ N. del T: A. Merritt hace referencia al mito de Prometeo. Este titán, enojado por la derrota de los titanes en su lucha contra Zeus, decidió ayudar a los hombres robando el fuego de la fragua del dios Efesto. Posteriormente, Zeus capturó a Prometeo y lo encadenó a una roca en la que un ave le arrancaba el hígado. Una vez que éste le volvía a crecer, le era arrancado de nuevo.

en una dirección.

La cámara se ensanchaba a partir del portal en lo que parecía ser el arco de un enorme círculo. Las brillantes paredes se doblaban perceptiblemente formando una curva, y a partir de su curvatura estimé que el techo debía encontrarse a unos cien metros de altura.

El suelo estaba formado por un mosaico de bloques de un matiz amarillo desvaído. No emitían luz como hacían los bloques que formaban las paredes. Observé que la radiación de estos últimos poseía la peculiar cualidad de *engrosarse* a partir de unos pocos metros de su fuente, y a esto se debía el efecto de neblina velada que se observaba en el aire. Mientras andábamos, las siete columnas formadas por los rayos que se precipitaban de los cristalinos globos palidieron gradualmente; la luz que invadía la cámara perdió su brillo prismático y se tomó gris como si la luz de la luna fuera velada por una fina nube.

En ese momento, y surgiendo de la pared, se mostró una terraza baja. Estaba enteramente construida de piedra de un tono rosa perlífero, sujeta por unas estilizadas y bellas columnas del mismo color. El frente de la terraza tenía una altura de tres metros, y por encima de ella corría un altorrelieve en forma de viña coronada por cinco tallos en el extremo de los cuales se abría una flor.

Atravesamos la terraza. Di la vuelta a una abrupta curva. Escuché un saludo y, allí, a una distancia de veinticinco metros, en el extremo curvado de una pared idéntica a la que nos encontrábamos se encontraban Larry y Marakinoff. Evidentemente, la pared izquierda de la cámara era un duplicado de la que habíamos explorado. Nos reunimos. Frente a nosotros la hilera de columnas discurrían a lo largo de cincuenta metros formando un nicho. Al final de este nicho se encontraba otro muro de la misma piedra rosa, aunque sobre la misma se desplegaba un diseño de viñas mucho más recargado.

Dimos un paso al frente... y del escandinavo surgió una exclamación de temor reverencial, mientras que Marakinoff soltaba un grito gutural. De la pared que se encontraba ante nosotros comenzó a brillar un óvalo, creció como si se tratara de una llama y brilló deslumbradoramente mientras que tras él una luz aún más brillante ¡fluía de la mismísima piedra!

Y del interior del óvalo rosado aparecieron dos sombras llameantes, permanecieron estáticas un momento, y luego parecieron flotar fuera de la superficie de la pared. Las sombras ondearon; los pequeños puntos de fuego que las cubrían con tonos bermellón pulsaron hacia el exterior, retrocedieron, volvieron a pulsar hacia afuera y una vez más retrocedieron (mientras así hacían, las sombras adelgazaron) ¡Y súbitamente las dos figuras aparecieron ante nosotros!

Una era una muchacha (¡una muchacha cuyos enormes ojos eran dorados como los de las azucenas de la fábula de Kwan-Yung que nacieron del beso entre el sol y la diosa de ámbar que los demonios de Lao-Tze tallaron para él; cuyos delicados labios curvados eran rojos como el coral más delicado, y cuyo pelo rojo le llegaba hasta las rodillas!)

La segunda era una rana gigantesca (una rana *femenina*) con un yelmo con un carapacho hecho de concha alrededor del cual brillaban una hilera de joyas amarillas; los ojos, enormes y redondos, eran azules y estaban rodeados por un iris de color verde; mientras que el monstruoso cuerpo, cruzado por un ceñidor de bandas anaranjadas y blancas trenzado por las mismas joyas amarillas, se elevaba del suelo aproximadamente tres metros. ¡Y tenía una mano palmeada posada sobre el desnudo hombro de la chica de ojos dorados!

Debió de pasar un rato mientras que el asombro más completo nos inmovilizaba

mientras observábamos la increíble aparición. Las dos figuras, aún cuando eran tan reales como los hombres que permanecían a mi lado y tan tangibles como era posible, poseían un extraño... relieve.

Ante nosotros se alzaban las dos figuras (la muchacha y la grotesca mujer rana) reales hasta en sus más mínimos detalles; y aun así parecía como si sus cuerpos atravesaran enormes distancias para llegar hasta nosotros; como si, tratando de expresar lo inexpresable, las dos figuras a las que mirábamos fueran las últimas de una cadena infinita de figuras que se repitieran desde el más allá; como si los ojos vieran sólo a las más cercanas, mientras que en el cerebro algún sentido superior a la vista reconociera y registrara a las demás figuras invisibles.

Los gigantescos ojos de la mujer rana se fijaron en nosotros sin pestañear. Diminutos puntos fosforescentes cruzaban el exterior de apariencia metálica de su iris. Permanecía erecta, con las patas traseras levemente combadas; la enorme raja de su boca levemente abierta, revelando una hilera de agudos dientes blancos y afilados como bisturíes. La garra que descansaba sobre el hombro de la muchacha casi cubría su nacarada piel, mientras que de sus cinco dedos palmeados largas y amarillentas garras de brillo pulido resaltaban sobre su delicada textura.

Pero si la mujer rana reparó en nosotros, no así lo hizo la doncella de la pared rosada. Sus ojos estaban prendidos en Larry, bebiendo de su semblante con extraordinaria intensidad. Era alta, más que la mayoría de las mujeres, casi tan alta como el propio O'Keefe; no debía de haber cumplido aún los veinte años, ni siquiera debía aproximarse a esa edad, pensé. Abruptamente se inclinó hacia delante, los dorados ojos se entristecieron y sus rojos labios se movieron como si estuvieran hablando.

Larry avanzó rápidamente, y observé que su cara adoptaba el gesto de aquel que tras infinitas reencarnaciones encuentra al fin el alma gemela que ha perdido durante eones. La mujer rana giró sus ojos hacia la muchacha; sus enormes labios se movieron ¡Y supe que estaba hablando! La joven extendió una mano hacia O'Keefe advirtiéndole de algo, y luego la levantó, posando los cinco dedos sobre las cinco flores talladas en la viña que se encontraba junto a ella. Una, dos, tres veces presionó ella sobre las coronas de las flores, y observé que tenía unas manos curiosamente largas y estilizadas, con unos dedos parecidos a aquellos que los pintores primitivos dotaban a las vírgenes de sus obras.

Tres veces presionó ella las flores, y miró intensamente a Larry una vez más. Una lenta y dulce sonrisa curvó los labios de color púrpura. Una vez más la joven extendió ambas manos hacia Lar y con ansia; un sonrojo cubrió sus blancos pechos y su delicada faz.

Repentinamente, como en el fundido en negro de una película ¡La muchacha de ojos dorados y rostro ovalado y la mujer rana desaparecieron!

¡Y así fue como Lakla, la doncella de los Silenciosos, y Larry O'Keefe se miraron por primera vez con los corazones!

Larry permaneció quieto, arrebatado, mirando fijamente a la piedra.

- Eilidh, le oí susurrar;- Eilidh la de labios como el serbal más rojo y el pelo de flamígero esplendor.

- Claramente de los ranadae,-dijo Marakinoff-, un desarrollo del fósil Labyrinzodonte; ¿Vio sus dientes, *da*?

- Sí, ranadae,- le respondí. -Pero a partir de los stegocephalia; de la orden de los eudatos...

Nunca oí semejante indignación como en la voz de O'Keefe cuando nos interrumpió.

- ¿Qué quieren decir... fósiles y stegoloquesea?- Nos preguntó. -Era una chica; una chica maravillosa... una chica de verdad ¡E irlandesa o yo no soy un O'Keefe!

- Hablábamos a cerca de la mujer rana, Larry-, le dije conciliatoriamente.

Sus ojos brillaban salvajemente mientras nos observaba.

- Vamos,-me respondió-, si hubieran estado en el Jardín del Edén el día que Eva cogió la manzana, ni siquiera le habría echado un vistazo; se habrían entretenido en contar las escamas de la serpiente.

Se dirigió a la pared. Le seguimos. Larry se detuvo, alargó una mano hasta las flores sobre las que se habían posado los estilizados dedos de la joven.

- Fue aquí donde colocó la mano,- murmuró.

Presionó acariciadoramente los grabados cálices una vez, dos, tres veces tal y como ella había hecho... y silenciosa y suavemente la pared comenzó a deslizarse; a un lado y otro una gran piedra pivotó sobre su eje lentamente, ¡y ante nosotros se abrió un portal, dando paso a un estrecho corredor que palpitaba con el mismo brillo rosa que había palpitado alrededor de las sombras llameantes!

- ¡Tenga su pistola lista, Olaf!- Le dijo Larry-. Vamos siguiendo a Ojos Dorados,- me dijo.

- ¿Siguiendo?- Repetí estúpidamente.

- ¡Siguiendo!- Repitió. -¡Vino para mostrarnos el camino! ¿Siguiendo dice? ¡La seguiría a través de mil infleamos!

Y con Olaf en un extremo y O'Keefe en el otro, ambos con las pistolas en las manos, y con Marakinoff y yo en medio, atravesamos el umbral.

A nuestra derecha, a unos cuantos metros, el pasaje finalizaba abruptamente en una plazoleta de piedra pulida, de la que emanaba una radiación rosácea. El techo del lugar se alzaba menos de medio metro por encima de la cabeza de O'Keefe.

Cien metros a nuestra izquierda se elevaba, a dos metros de altura, una barricada levemente curvada que se extendía de pared a pared. Más allá se abría la oscuridad; una oscuridad definitiva y apabullante que parecía provenir de unos abismos infinitos. La radiación rosa que nos bañaba se detenía en la oscuridad como si poseyera sustancia; tremolaba al encontrarse con esta última y retrocedía como si recibiera un golpe; en efecto, tan poderosa era la sensación de una fuerza siniestra y dañina que habitaba aquella opacidad absoluta que retrocedí, y Marakinoff conmigo. No así sucedió con O'Keefe. Con Olaf a su lado, se elevó sobre la barricada y echó un vistazo más allá. Nos llamó a su lado.

- Ilumine aquí con su linterna,- me dijo apuntando a la espesa oscuridad que se abría bajo nosotros.

El pequeño círculo de luz eléctrica se deslizó hacia abajo como si sintiera miedo, y fue a posarse sobre una superficie que parecía estar hecha por hielo negro. Moví la luz de un lado a otro. El suelo del corredor era de una sustancia tan lisa, tan pulida, que un hombre no habría podido caminar sobre ella; se inclinaba hacia abajo en un ángulo cada vez más pronunciado.

- Tendríamos que ponernos en los pies cadenas antideslizantes y crampones para andar por ahí-, meditó Larry.

Distraídamente, deslizó las manos sobre el borde sobre el que estaba reclinado. Repentinamente, éstas se detuvieron y apretaron fuertemente.

- ¡Esto sí que es un misterio!- Exclamó.

Su palma derecha reposaba sobre una protuberancia redondeada; una vibración curiosamente rápida nos atravesó, un viento se levantó y pasó sobre nuestras cabezas... ¡un viento que creció y creció hasta que se convirtió en un huracán ululante, en un rugido y luego en un murmullo al que cada átomo de nuestros cuerpos pulsaba hasta llegar a un doloroso ritmo que bordeaba la desintegración!

¡La pared rosada menguó de tamaño con un relampagueo de luz y desapareció!

Atrapados por el desvanecimiento del muro, nos vimos precipitados hacia la impenetrable negrura deslizándonos, cayendo, rodando a una velocidad aterradoramente hacia... ¿dónde?

Y continuamente ese murmullo horrible del viento que nos azotaba y la cuchilla cortante de la oscuridad impenetrable... los percibía extrañamente; me sentía como un alma recién liberada que corriera a través de la más terrorífica oscuridad del espacio exterior para precipitarse hacia el Trono de la Justicia ¡donde Dios se sienta por encima de todos los soles!

Sentí cómo Marakinoff se arrastraba cerca de mí; me tranquilicé un tanto y encendí mi linterna; vi a Lar y de pie, observando la lejanía, y Huldricksson, con un poderoso brazo rodeando sus hombros y abrazándolo. Y luego la velocidad comenzó a disminuir.

Me pareció oír la voz de Larry a través de millones de kilómetros, por debajo del grito del huracán, débil y fantasmal.

- ¡Ya lo tengo!- Gritó la voz. -¡Ya lo tengo, no se preocupen!

El aullido del viento bajó de intensidad, pasó a ser un grito y de ahí bajó hasta un murmullo quedo. En esa calma comparada al pandemónium anterior la voz de O'Keefe recobró su tono normal.

- Una especie de atracción de feria ¿eh?- Gritó-. Vaya... ¡Si tuvieran esto en Coney Island o en el Palacio de Cristal! Aprieten en estos agujeros si quieren ir hacia arriba. Disminuyan la presión... y disminuirá la velocidad. La curva de este... cuadro de mandos... aquí; se envía el viento hacia arriba y pasa sobre nuestras cabezas como si se tratara de una muralla de viento. ¿Qué tiene detrás de usted?

Dirigí la luz hacia atrás. Habíamos ido a parar a una pared exactamente igual a la que O'Keefe había estado manipulando.

- Bueno, de todas maneras no podemos caer más,- se rió. -¡Daría algo por saber dónde están los frenos! ¡Miren!

Descendimos vertiginosamente por una cuesta abrupta y que parecía interminable; caímos... caímos como por un abismo, y, repentinamente, salimos de la oscuridad a una radiación verde palpitante. Los dedos de O' Keefe debían haber presionado algún resorte, ya que nos vimos impulsados casi a velocidad de la luz. Pude ver durante una fracción de segundo unas inmensidades luminosas al borde de por donde volábamos; unas profundidades inconcebibles y revoloteando a través de espacios increíbles... unas sombras gigantescas como las alas de Israfel, que son tan amplias dicen los árabes, que pueden abarcar el mundo bajo ellas. Y luego, una vez más ¡La oscuridad viviente!

- ¿Qué fue eso?- Dijo Larry con un tono de voz que por primera vez demostraba un reverencial pavor.

- ¡El Reino de los Trolls!- Gritó la voz de Olaf. ¹⁰

¹⁰ N. del T: A diferencia de lo que se cree hoy en día, los trolls, en la mitología escandinava, son seres de enorme crueldad y ferocidad, de pequeño tamaño pero enorme fuerza, que gustan de desmembrar y destripar a sus víctimas en vivo antes de devorarlas y que adornan sus casas con los huesos de sus masacres

- ¡Chert!- Exclamó Marakinoff. -¡Vaya lugar! ¿Ha considerado, Dr. Goodwin,-continuó tras una pausa-, un hecho curioso? Sabemos o, al menos, eso creen saber nueve de nuestros diez astrónomos, que la Luna fue arrojada de nuestro planeta, de esta misma región que nosotros llamamos el Pacífico, cuando la Tierra no era más que melaza; casi una masa derretida podría decirse. Y no es una casualidad que eso que sale de la Cámara de la Luna necesita los rayos lunares para llevar a cabo su acción ¿verdad? Y no resulta significativo, una vez más, que la piedra depende de la Luna para funcionar? ¡Da! Y finalmente... un espacio como el que hemos entrevisto situado en la madre tierra ¿cómo podría haber sido creado si no hubiera sido por un nacimiento colosal... como el de la Luna? ¡Da! No me atrevería a hacer de esto una afirmación formal... ¡no! Pero a modo de hipótesis...

Me sobresalté; habían tantas cosas a las que encontrarles una explicación... un elemento desconocido que reaccionaba a los rayos lunares y abría una puerta, el Estanque azul con su asombrosa radioactividad, y la fuerza que contenía y que reaccionaba al mismo tipo de luz...

Tampoco resultaba descabellado el pensar que en algún momento se había extraído una porción de la Tierra; una porción de came de la Tierra que fue lanzada a través de ese colosal abismo una vez que nuestro planeta dió a luz a su satélite; aquel monstruoso útero no se había cerrado cuando nació su brillante hijo. Era una idea probable; además, todo lo que conocemos de las profundidades terrestres se limita a 8 kilómetros de profundidad de un total de mil.

¿Qué yace en el corazón de la Tierra? ¿Qué es ese elemento radiactivo desconocido que reposa en el monte lunar Tycho? ¿Y qué hay de ese otro elemento, desconocido también para nosotros, que sólo podemos observar en la corona solar cuando se produce un eclipse y que hemos dado en llamar coronium? A pesar de todo, la Tierra es hija del Sol de la misma manera que el Luna lo es de la Tierra. ¿Y qué pensar de ese otro elemento desconocido que encontramos brillando con un aura verde en las nebulosas más lejanas (verde es como podríamos calificarlo) que denominamos nebulium? Por tanto, el sol es hijo de las nebulosas de la misma manera que la Tierra lo es del Sol y la Luna es descendiente de nuestro planeta.

¿Y qué milagros existen en el coronium y el nebulium que hemos heredado por ser descendientes de las nebulosas y del sol? Sí... ¿y qué del enigma de Tycho que salió del corazón de la Tierra?

¡Habíamos sido lanzados hacia el corazón de la Tierra! ¿Y qué milagros se ocultarían aquí?

CAPÍTULO XII

El Final del Viaje

Escuche, Doc- Era la voz de Larry que me hacía regresar de mis ensoñaciones. -Estaba pensando acerca de esa rana. Creo que era su mascota. Que me maten si encuentro alguna diferencia entre una rana y una serpiente, y una de las mujeres más bonitas que he visto en mi vida posee dos pitones que la siguen a todos lados como si se trataran de gatitos. No existe ninguna diferencia esencial entre una rana y una serpiente... a no ser que lo

a modo de trofeo.

miremos desde el punto de vista de la rana. ¿Verdad? Sea como sea, cualquier mascota con que se encapriche esa chica la va a conseguir, ya sea una ostra saltarina con doce pies o un escorpión del tamaño de una ballena. ¿Me entiende?

A causa de esta afirmación supe que O'Keefe aún estaba molesto por nuestra suposiciones acerca de la mujer rana.

-¡Sólo piensa en tonterías propias de marineros tontos!- Gruñó Marakinoff con acento amargado-. ¿Que es una mujer comparada con esto?- Agitó una mano y como si recibiera una señal, el vehículo comenzó a balancearse durante un momento y luego se precipitó literalmente hacia abajo, a una velocidad espeluznante; derrapó realizando un vuelo curvo, se elevó como si trepara por una pendiente... y comenzó a reducir perceptiblemente su terrorífica velocidad.

A lo lejos apareció un punto luminoso; comenzó a crecer, nos vimos sumergidos en él... y lentamente comenzó a cesar todo movimiento. No me di cuenta de cuán violento había sido nuestro viaje hasta que intenté levantarme... y tuve que volver a sentarme, mis piernas estaban demasiado debilitadas para sostener mi peso. El vehículo se había detenido en una hendidura en el centro de una cámara de suaves paredes de unos 30 metros cuadrados. La pared frente a nosotros estaba horadada por un arco a través del que podíamos ver el arranque de una escalera que descendía.

La luz fluía a través de una pequeña abertura, cuya base tenía una altura por la que podía pasar un hombre de considerable estatura. Una serie de amplios escalones que formaban una curva conducían hasta ella. Y en ese momento, mi impresionada mente captó algo asombroso, peculiar, extrañamente ajeno acerca de aquella luz. Era plateada, creaba una fantasmagórica y delicada luz azulada y presentaba un nacarado tono rosado; pero era un tono rosa diferente al de las terrazas de la Cámara del Estanque; de la misma manera que el rosa opalino difiere del perlado. Contenía diminutos y brillantes puntos como el de las motas de polvo a la luz del sol, pero que brillaban como polvo de diamantes y que poseían una cualidad vibrante; parecía como si poseyeran vida propia. ¡La luz no formaba sombras!

Una suave brisa atravesó la entrada y jugó entre nosotros. Venía cargada de lo que nos parecía aroma de flores y pinos. Resultó curiosamente vivificante mientras los átomos diamantinos chocaban entre sí y danzaban.

Salí del vehículo, el ruso me siguió y comenzamos a subir hacia la salida por la escalera curvada, al extremo de la cual nos esperaban ya O'Keefe y Olaf. Mientras se asomaban al exterior, pude observar que cambiaba la expresión de ambos... Olaf con temor reverencial, O' Keefe con asombro incrédulo. Me precipité a su lado.

Al principio, todo lo que pude observar fue espacio (un espacio lleno de el mismo brillo chispeante que pulsaba sobre mí). Miré hacia arriba, obedeciendo a ese impulso instintivo del pueblo de la Tierra que les mueve a mirar al cielo en busca de alguna fuente de luz). No había cielo (al menos no un cielo como el que conocemos) todo era una pura nebulosidad chispeante que se extendía hasta las distancias infinitas al igual que el celeste se extiende hasta el infinito en la Tierra durante los días claros. A través de esta nebulosidad corrían olas pulsantes y rayos rectos como jabalinas que parecían sombras brillantes de la aurora; ecos, una octava más bajos, de aquellos brillantes arpegios y acordes que atraviesan los polos. Mis ojos se llenaron de aquel esplendor mientras observaba todo esto asombrado.

Kilómetros más lejos, gigantescos acantilados luminosos se elevaban a alturas

inconcebibles a lo largo de un lago cuyas aguas eran de una opalescencia lechosa.. La radiación luminosa provenía de aquellos acantilados, surgiendo de sus lustrosas superficies. Se extendían a derecha e izquierda tan lejos como podía alcanzar la vista y se perdían entre la nebulosa aurora de los cielos.

- ¡Miren eso!- Exclamó Larry.

Seguí con la vista hacia donde señalaba. En la superficie de una brillante pared, extendiéndose entre dos columnas colosales, colgaba un velo increíble; prismático, brillando con todos los colores del espectro. Era como una tela formada por arcos iris pulsados por los dedos de las hijas del Jinn. Frente al velo, y a cada lado, se alzaba un pilar, o mejor dicho, una pequeña columna de lo que parecía ser un reluciente ébano de color amarillo pálido. En cada extremo de su semicírculo se elevaban unas estructuras de paredes bajas y de tono rosado soportadas por unos soportes muy altos y estilizados.

Miramos a uno y otro creo que levemente perplejos, y regresamos al arco por el que habíamos venido. Permanecíamos de pie, como he dicho, en su base. La pared en la que estaba horadado tenía al menos unos cinco metros de grosor, y, por tanto, todo lo que podíamos apreciar era que se extendía hasta donde nos alcanzaba la vista.

- Vamos a ver qué hay debajo de nosotros-. Nos dijo Larry.

Se arrastró hasta el borde y miró hacia abajo, el resto de nosotros le seguimos. Unos cientos de metros más abajo, se extendían unos jardines tal y como deberían de haber sido los de Iram la de muchas columnas, que había construido el Rey Addite para su propio goce tras el diluvio, y que Alá, tal y como cuenta la leyenda árabe, se llevó y ocultó a los ojos de los hombres en el interior del Sahara, situándolos más allá de toda esperanza de encontrarlos, ya que sintió celos de que éstos fueran más hermosos que los que él había creado en el Paraíso. En su interior se elevaban helechos arborescentes de hojas en forma de encaje y macizos de flores creando pabellones.

Los troncos de los árboles eran de esmeralda, de bermellón y de azul de azules, mientras que los capullos, cuya fragancia llegaba hasta nosotros, brillaban como gemas. Los pilares, llenos de gracia, presentaban delicados matices. Observé que los pabellones estaban cuarteados en dos secciones y que su superficie se encontraba punteada con extraños círculos, cuadrados y rectángulos de algo parecido a una opacidad, fijándome mejor, pude apreciar que esta opacidad se extendía como un palio y que no parecía natural; muy al contrario ¡Era una oscuridad impenetrable!

Más allá de esta ciudadela construida a base de jardines discurría un paseo, brillante como el cristal e interrumpido a intervalos regulares por graciosos y arqueados puentes. La carretera se dirigía en derecha a una amplia plaza en cuyo centro se elevaba, a partir de una base fabricada por el mismo material plateado que formaba el reborde del Estanque de la Luna, una titánica estructura de siete terrazas a lo largo de la cual entraban y salían con ligereza unos objetos que se parecían caprichosamente a la concha de un nautilus. En su interior pude observar figuras humanas. ¡Y en los paseos festoneados de árboles pude ver a muchas otras paseando!

Muy lejos a la derecha, pudimos apreciar otra carretera pavimentada de esmeraldas.

Y entre ambos caminos los dos jardines se extendía lánguidamente hasta más allá del líquido opalescente a través del cual se elevaban los acantilados radiantes y la cortina del misterio.

Así vimos por primera vez la ciudad del Morador; bendita y maldita como ninguna otra ciudad sobre la Tierra, o más allá de ella, lo ha estado jamás... ¡o donde jamás ha posado

su pie esa fuerza que algunos llaman Dios!

- ¡Chers!- susurró Marakinoff-. ¡Increíble!

- ¡El Reino de los Trolls!- gimió Olaf Huldricsson-. ¡Es el Reino de los Trolls!

- Escucha, Olaf-, le dijo Larry-. ¡Para ya con esa tontería del Reino de los Trolls! No existe ningún Reino de los Trolls, o de hadas, en otro sitio que no sea Irlanda. ¡Créetelo! Y esto no es Irlanda. ¡Y espáblese, profesor! Dijo refiriéndose a Marakinoff-. Lo que está viendo ahí abajo es gente. *Sencillamente gente*. Y donde hay gente, yo soy capaz de vivir. ¿Lo entiende? No hay otra forma de ir allí que yendo, y no hay otra forma de salir de allí que saliendo-, continuó O'Keefe-. Y ahí hay una escalera. Los huevos son huevos, estén cocinados como estén cocinados... y la gente es simplemente gente, compañeros viajeros, no importa cómo vistan.-Concluyó-. ¡Adelante!

Con nosotros tres pegados a sus talones, se dirigió a la entrada.

CAPITULO XIII

Yolara, Sacerdotisa del Resplandeciente

Será mejor que tenga esto a mano, Doc.- Me dijo O'Keefe mientras se detenía al comienzo de la escalera y me alargaba una de las pistolas automáticas que le había quitado a Marakinoff. - ¿No me va a dar una?- Le preguntó nervioso este último.

- Se la daré cuando la necesite,-le respondió O' Keefe-. Aunque he de decirle con franqueza, profesor, que tendrá que demostrarme que es más digno de mi confianza antes de que le dé una pistola. Me disparó a dar... cuando estaba usted escondido.

El brillo de odio que mostraron los ojos del ruso se transformó inmediatamente en una mirada de consideración.

- Siempre dice lo que piensa, teniente O'Keefe,- murmuró. -Da... ¡yo recordaré eso!- Más tarde tuve que recordarle esta afirmación... y Marakinoff se vio obligado a recordarla.

En fila india, con O'keefe a la cabeza y Olaf cerrándola, atravesamos el portal. Ante nosotros se abría un pozo circular, a través del cual se derramaba como si fuera líquido la luz que provenía de la cámara oval; pegada a sus paredes, la escalera descendía en espiral, y a través de ella descendimos cautelosamente. La escalera finalizaba en un pozo circular; silencio... ¡y ninguna traza de salida! Las pulidas piedras encajaban una en otras herméticamente. Tallada en uno de los bloques se podía observar una de aquellas viñas con cinco flores. Presioné mis dedos sobre los cálices tal y como había hecho Larry en la Cámara del Estanque.

De pronto apareció en la pared una grieta horizontal de dos metros de anchura; y mientras que el bloque de piedra del que se había abierto se posaba a nuestros pies ¡pudimos observar que se abría un paso de cien metros de largo en la roca viva! La piedra descendía al suelo sin hacer ruido alguno y vimos que era un bloque ciclópeo que alguien había situado en la boca del pasaje. La piedra alcanzó la altura de nuestros pies y se detuvo. Al final del túnel, cuyo suelo estaba compuesto por piedra pulimentada, se abrió un momento después una trampilla en forma triangular en su parte superior, donde un momento antes no habían existido más que piedras herméticamente selladas. A través de esta abertura se derramaba un chorro de luz.

- No hay más camino que hacia aquella salida.- Dijo Larry con tono divertido. -¡Y les

apuesto lo que quieran a que Ojos Dorados nos está esperando fuera con un taxi!

Dio un paso adelante, casi deslizándose sobre la superficie pulimentada; y en mi imaginación pude ver lo que nos sucedería si toda la masa pétreo que se alzaba sobre nosotros se desplomara antes de que pudiéramos salir a la superficie. Alcanzamos el final del túnel y nos deslizamos por la abertura triangular que suponíamos sería la salida.

En el exterior nos encontramos en un ancho reborde alfombrado por un musgo amarillento. Miré hacia atrás... y apreté el brazo de O'Keefe: ¡La abertura se había desvanecido! Ante nosotros sólo se mostraba un despeñadero de pálida roca, sobre cuya superficie se extendían grandes parches de musgo ambarino. Alrededor de su base se alargaba la plataforma sobre la que nos encontrábamos, y cuya cima, si una cima poseía, se encontraba oculta, al igual que los acantilados luminosos, por el brillo que se extendía por el cielo.

- No tenemos a donde ir, como no sea hacia delante... ¡Y ojos dorados no ha acudido a su cita!- Nos dijo O'Keefe riendo, aunque un tanto desilusionado.

Caminamos unos centenares de metros a lo largo de la plataforma y, al doblar una esquina, nos encontramos con el extremo de uno de aquellos estilizados puentes. Desde esta vista aventajada pudimos ver que los extraños vehículos poseían una extraña forma aplanada y que se asemejaban a la concha del nautilus, aunque eran maravillosamente hermosos. El conductor se sentaba en el extremo de la espira y sobre una serie de cojines, sobre los cuales también reposaban unas mujeres apenas vestidas con unas tiras de vaporosa gasa semejante a la seda. Desde los endoselados jardines afluían paseos más pequeños pavimentados de piedra verde que iban a unirse al camino principal, al igual que en la Tierra hacen las carreteras; y a lo largo de estos paseos se precipitaban las maravillosas caracolas.

En aquel momento, oímos que un grito partía de una de ellas. Resultaba evidente que sus ocupantes nos habían visto. Nos señalaron; otros se detuvieron y nos observaron detenidamente; una de las caracolas giró y se precipitó hacia nuestra posición... y de repente aparecieron varios hombres al otro lado del puente. Eran casi enanos; ninguno de ellos alcanzaba una altura superior a los setenta centímetros, aunque eran increíblemente anchos de hombros y claramente fuertes.

- ¡Troles!- Murmuró Olaf situándose junto a O'Keefe mientras hacía bailar la pistola en su mano.

Pero a medio camino del puente el que parecía ser el jefe del grupo se detuvo, mandó retroceder a sus hombres, y se dirigió hacia nosotros solo, con las palmas extendidas en el universal gesto de la paz. Se detuvo, observándonos con un manifiesto asombro; nosotros le devolvimos el escrutinio con el mismo interés. La cara del enano estaba tan pálida como la de Olaf... que estaba muchísimo más pálida que la de los otros tres. Sus facciones eran claras y nobles, casi de corte clásico; los asombrados ojos eran de un curioso tono gris verdoso y el pelo era negro y estaba formado por gruesos tirabuzones, tal y como en algunas estatuas griegas clásicas.

Aún cuando era un enano, no presentaba ningún signo de deformidad. Los poderosos hombros los tenía cubiertos por una túnica verde abierta que parecía estar confeccionada por el más delicado lino, y que llevaba ajustada a la cintura por un cinturón cuajado por piedras que parecían ser amazonitas. En una funda llevaba un puñal largo y curvado parecido a los kris malayos. Sus piernas estaban enfundadas en el mismo tejido verde. En los pies llevaba sandalias.

Mi vista volvió a dirigirse a su cara, y en ella pude discernir algo sutilmente inquietante; una expresión de cruel regocijo que subyacía en todas sus facciones como una vaga amenaza; una burlona crueldad que insinuaba insensibilidad al sufrimiento o la pena; algo que me decía que ese espíritu era vagamente diferente y perturbador.

Nos habló... y, para mi asombro, la mayoría de las palabras me resultaron lo suficientemente familiares como para entenderlas claramente y captar la totalidad de su significado. Era un idioma polinesio, el polinesio de Samoa en su más antigua forma, aunque indefiniblemente arcaico. Más tarde supe que su lenguaje no guardaba la misma relación con el polinesio que la obra de Chaucer con el inglés moderno, si no la que guardan los trabajos del Venerable Bede ¹¹ con nuestro idioma. Tampoco me resultó a la postre algo asombroso, cuando, con este conocimiento, tuve la certeza de que de su idioma surgió lo que denominamos polinesio vulgar.

- ¿De dónde habéis de venir vosotros, extraños... y cómo habréis hallado vuestro camino hasta este lugar?- Nos preguntó el enano vestido de verde. ¹²

Señalé con mi mano a los acantilados que se encontraban tras nosotros. Sus ojos se dilataron con incredulidad; observó sus laderas, sobre las cuales no podría haberse mantenido en pie ni una cabra, y rompió en carcajadas.

- Vinimos a través de la roca,-le respondí a su pensamiento-. Y hemos venido en paz,-añadí.

- Y que la paz camine junto a vosotros, -nos dijo burlonamente-. ¡Si es voluntad del Resplandeciente!

Nos observó detenidamente una vez más.

- Mostradme, extraños, de qué manera obrasteis vuestro camino a través_ de la roca. Nos ordenó.

Regresamos al lugar por el que habíamos salido del pozo de la escalera. - Fue aquí, le dije golpeando con los dedos en la roca. - Mas, no puedo observar abertura alguna.-Me dijo suavemente.

- Se cerró a nuestras espaldas, le respondí; y por primera vez comprendí lo absurdo de mi explicación.

Una mueca irónica volvió a asomarse a sus ojos. Pero esta vez extrajo su puñal y, con gravedad, golpeó la roca con la empuñadura.

- Le dais un extraño giro a nuestro idioma,-me dijo-. Sueña extraño en verdad... tan extraño como vuestras respuestas.-Nos miró de manera enigmática-. ¡Me pregunto dónde lo habréis podido aprender! Bien, de cualquier manera se lo podréis explicar todo al *Afyo Maie*. Mientras decía esta palabra, inclinó la cabeza y unió las manos al pecho-. ¡Os ruego que vengáis conmigo!-Finalizó abruptamente.

- ¿En paz?- Le interrogué.

- En paz,-me respondió. Y luego añadió lentamente:-Al menos en lo que a mí respecta.

- ¡Vamos, Doc!- Me gritó Larry. -Ya que estamos aquí, echemos un vistazo. *¡Allons mon vieux!*-se dirigió con retintín al hombrecillo de verde.

Éste, comprendiendo el ánimo de la frase, aunque no su significado, miró a O'Keefe

¹¹ N. del T.: Merritt hace referencia al poeta inglés Geoffrey Chaucer (1340-1400), autor de *Los Cuentos de Canterbury*, y a Bede, teólogo e historiador inglés (673-735 d. C.), autor de *Historia de la Nación Inglesa*, conocido como el Venerable Bede.

¹² N. del T.: He querido dar al enano un lenguaje más rebuscado que el de nuestros héroes, ya que Merritt así lo hace con este personaje (y otros) en inglés.

con un centelleo de aprobación en la mirada; se giró hacia el enorme escandinavo y lo examinó detenidamente con sincera admiración; se estiró sobre las puntas de sus pies y palpó uno de sus bíceps.

- Lugur te dará la bienvenida al menos a ti,-murmuró para sí mismo.

Se hizo a un lado y agitó una mano cortésmente, invitándonos a pasar. Cruzamos el puente. En el extremo de éste ya nos estaba esperando una de aquellas maravillosas caracolas.

Más allá, unas veintenas de vehículos se habían reunido, y sus pasajeros estaban dialogando acaloradamente. El enano nos señaló con una mano los cojines y él mismo tomó asiento en uno cerca de nosotros. El vehículo arrancó con suavidad, la ahora silenciosa multitud se apartó, y desembocó en la esmeraldina carretera a una terrorífica velocidad pero sin una sola vibración para encaminarse hacia la torre de las siete terrazas.

Mientras nos dirigíamos hacia nuestro destino, estuve intentando localizar la fuente de energía del vehículo, pero no me fue posible... en aquel momento. No había traza de un posible mecanismo, pero resultaba evidente que la caracola respondía a alguna forma de energía. El conductor había tomado en sus manos una palanca de pequeño tamaño que parecía controlar tanto la dirección como la velocidad.

Giramos bruscamente, nos precipitamos a través de uno de los jardines y nos detuvimos suavemente ante unos de los pabellones encolumnados. Observé que era mucho más grande de lo que me había parecido en un principio. La estructura a la que nos habían conducido cubría, estimé, unos cien metros cuadrados. Era de forma oblonga y tenía dispuestas de forma regular sus estilizadas columnas, sus paredes se asemejaban a las pantallas *shoji* japonesas.

El hombrecillo verde nos urgió a que ascendiéramos por unos anchos escalones que estaban flanqueados por unas enormes serpientes aladas talladas y que presentaban con todo detalle las escamas. Pateó dos veces sobre un trozo de mosaico que se hallaba entre dos columnas y una de las pantallas se enrolló revelando una sala inmensa en la que estaban diseminados varios divanes en los que reposaban una docena o más de enanos idénticamente vestidos a él.

Estos se nos acercaron con gran calma y curiosidad; en sus caras se reflejaba la misma diversión maliciosa e inhumana que habíamos podido observar en todas las facciones de los que habíamos visto hasta aquel momento.

- El Afyo Maie les espera, Rador.-Dijo uno de ellos.

El aludido asintió, nos llamó por señas, y nos guió a través del enorme salón hasta una pequeña cámara uno de cuyos extremos estaba cubierto por la opacidad que había observado desde el borde del acantilado. Examiné aquella... oscuridad... con renovado interés.

No poseía textura ni sustancia; no era materia... y aún así sugería solidez; un absoluto colapso, una completa absorción de la luz; un velo de ébano inmaterial a la par que palpable. Involuntariamente acerqué la mano y sentí que retrocedía con rapidez.

- ¿Con tanta premura buscáis vuestro fin?-Me susurró Rador-. Pero olvidémoslo... no sabéis nada,-añadió-. Por vuestra vida, no toquéis jamás la oscuridad. Se...

Se detuvo, ya que de aquella densidad se abrió un portal; surgiendo de la oscuridad como un fotograma surge de una cámara y aparece sobre una pantalla. A través del mismo se reveló una cámara bañada por un suave brillo rosado. Alzándose de unos cojines, un hombre y una mujer nos observaban, inclinándose a través de una mesa larga

y baja que parecía confeccionada de azabache pulido cubierta de frutos y flores desconocidos.

Por toda la habitación (o al menos la parte que pude observar) se encontraban diseminadas unas cuantas sillas de aspecto extraño del mismo material que la mesa. Sobre unos trípodes plateados y muy alto brillaban tres globos y de ellos emanaba el fulgor rosado. Al lado de la mujer se encontraba un globo cuyo rosado brillo se encontraba velado por oleadas de azul.

- ¡Entrad, Rador, junto con los extraños!- nos llamó una voz dulce y clara.

Rador se inclinó profundamente y permaneció a un lado invitándonos a entrar. Entramos, con el enano vestido de verde precediéndonos, y por el rabillo del ojo pude ver como la entrada desaparecía abruptamente de la misma manera que había aparecido mientras que la densa sombra ocupaba su lugar.

- Acercáos más, extraños. ¡No os inquietéis!- Nos llamó la delicada voz. Nos aproximamos.

La mujer, aun siendo yo un científico frío y calculador, me cortó el aliento. Jamás había visto una mujer tan sumamente bella como Yolara de la

Ciudad de los Enanos... y de una belleza tan peligrosa. Su pelo era del color del maíz más joven y quedaba sujeto por una corona real que reposaba sobre sus blancas cejas; sus grandes ojos eran verdes y podían cambiar al azul más intenso, al púrpura más profundo, al gris o al celeste, en su interior brillaba una traviesa diversión; mas, cuando la oscuridad de la ira los velaba... ¡No resultaban nada divertidos, no! Las gasas de seda que escasamente cubrían su desnudez revelaban que no se preocupaba por ocultar la marfileña delicadeza de su piel, ni la dulce curva de sus hombros y de sus pechos. Pero, a pesar de su asombrosa belleza ¡resultaba un ser siniestro! La crueldad se asomaba a la curva de su boca, en la musicalidad de su voz... aunque no era una crueldad consciente; si no la crueldad inconsciente y terrorífica de la propia naturaleza.

La muchacha de la pared rosada había sido hermosa, sí, pero su belleza había sido algo humano, comprensible. Podías imaginártela fácilmente con un niño en los brazos... pero no podrías imaginarte jamás a esta mujer de esa manera. Sobre su belleza planeaba algo inhumano. Yolara era el eco femenino del Morador, era la sacerdotisa del Morador... ¡Y era de una maldad gloriosa, terrorífica!

CAPÍTULO XIV

La justicia de Lora

Mientras la observaba, el hombre se levantó y rodeó la mesa para dirigirse a nosotros. Por vez primera posé mis ojos en Luga. Era unos pocos centímetros más alto que el enano verde, mucho más fuerte y con la apariencia de poseer una fuerza apabullante.

Sus tremendos hombros tenían un metro de anchura y se ahusaban hasta llegar a unos muslos fuertes y musculosos. Los músculos de su pecho se remarcaban sobre la tela roja que los cubría. Alrededor de su frente brillaba una diadema cubierta de brillantes piedras azules que brillaban a través de los espesos rizos de su pelo color ceniza.

En su cara estaban escritos un gran orgullo y una insaciable ambición. Toda la malicia, la bufa, la insinuada insensibilidad que había observado en todos los enanos anteriores estaban también reflejadas en él... pero intensificadas y tocadas por un hálito de maldad.

La mujer habló una vez más.

- , ¿Quiénes sois, extraños, y cómo habéis llegado a nuestro lugar?-Se giró hacia Rador.-
¿O será que no entienden nuestro lenguaje?

- Uno lo entiende y habla... pero de forma incorrecta, Oh Yolara,-le respondió el
hombrecillo.

- Hablad, entonces, aquel de vosotros que entienda.-Ordenó.

Pero resultó ser Marakinoff el primero que pudo recuperar el sentido del habla, y me
maravillé de la asombrosa fluidez con la que hablaba, muy superior a la mía.

- Vinimos siguiendo diferentes propósitos. Yo para encontrar cierto conocimiento; él
(me señaló) para buscar otro. Este hombre... (miró a Olaf) para recuperar una esposa y
una hija.

La mujer de ojos verde azulados había reparado en O'Keefe y lo observaba con
creciente interés.

- ¿Y *cual* fue la causa de vuestra venida?- le preguntó-. Es inútil... le habría oído
pronunciar palabra si pudiera emitir las.

La mujer detuvo a Marakinoff con un gesto perentorio.

Cuando Larry habló, lo hizo de manera vacilante, en un idioma que le resultaba
extraño, buscando las palabras adecuadas.

- Vine a ayudar a estos hombres... y a causa de algo que me llamaba pero que en su
momento no pude entender, Oh señora, cuyos ojos son como los lagos de los bosques al
amanecer,- le respondió; e incluso en aquellas palabras poco familiares se podía apreciar
el brogue irlandés, y pude apreciar cómo unas luces de diversión brillaban en los ojos de
Larry mientras apostrofaba.

- Podría hallar muchas causas de castigo en vuestras palabras, pero no en su contenido,-
le respondió la mujer-. ¿De qué lagos en los bosques me hablas que yo no conozco, y de
qué amaneceres me hablas cuando ninguno ha brillado sobre el pueblo de Lara durante
todos estos *sais de laya*¹³? Aún así, entiendo vuestras palabras.

Resultaba incuestionable que existían una diferencia sutil entre el tiempo, tal y como
nosotros lo concebimos, y el tiempo tal y como se experimentaba en esta tierra
subterránea, ya que su progreso era considerablemente más lento. Sin embargo, esta
diferenciación viene dada en base a la bien conocida teoría de la relatividad, que afirma
que tanto el espacio como el tiempo son inventos necesarios de la mente humana para
orientarse bajo las condiciones en las que se encuentra. Intenté una y otra vez calibrar
esta diferencia, pero no pude hacerlo a mi entera satisfacción. Lo más que pude aproxi-
marme fue a colegir que una hora de nuestro tiempo era el equivalente a una hora y un

¹³ *Más tarde comprendí que el cálculo del tiempo muriano se basaba en el extraordinario aumento de la luminosidad de los acantilados en el momento en que aparecía la luna llena sobre la Tierra (se me ocurrió que este hecho estaba vinculado también a los efectos de los globos luminosos sobre el Estanque de la Luna, cuya fuente eran los acantilados brillantes, o incluso a alguna misteriosa afinidad de su elemento radiante con el flujo de la luz de la luna sobre la tierra), aunque más probablemente se debiera a este último fenómeno, ya que incluso cuando la luna está velada por las nubes, el fenómeno sigue produciéndose. Trece de estos aumentos en el brillo constituyen un Laya, uno de ellos se denomina un lat. Diez hacen un sa; diez veces diez veces diez forman un said, o cien; diez veces cien tiempos forman un sais. Un sais de laya son, por tanto, diez mil años. Lo que nosotros denominamos una hora, ellos lo llaman una va. Naturalmente, todo el sistema horario consistía en una mezcla de conceptos temporales que había heredado de sus ancestros cuando éstos vivían sobre la superficie de la tierra y de ciertos factores determinantes que se producían en la vasta caverna.*

octavo en Muria. Para obtener más información el lector debe consultar cualquiera de los muchos trabajos escritos a cerca de esta materia. (Walter T. Goodwin)

Sus ojos cobraron un color azul más profundo mientras observaba a O'Keefe. Sonrió.

- ¿Existen más varones como vos en el mundo del que provenís?-Le preguntó lentamente-. No importa, pronto nosotros...

Lugur la interrumpió bruscamente mientras le dirigía una mirada ceñuda.

- Mejor será que nos informemos de su venida hasta nuestro lugar, murmuró.

La mujer le dirigió una rápida mirada, y una vez más la maldad asomó a sus asombrosos ojos.

- Sí, es cierto,- le contestó. -¿De qué manera llegasteis aquí?

Una vez más fue Marakinoff el que respondió, lentamente, pesando cada palabra cuidadosamente.

- En el mundo exterior,-comenzó-, existen ciudades en ruinas que no han sido levantadas por lo que actualmente residen a su alrededor. Esos lugares nos llamaban, por lo que los visitamos en busca de la sabiduría de aquellos que los construyeron. Encontramos una entrada. La entrada nos condujo hacia una puerta que nos llevó al acantilado de allá, y a través de sus entrañas llegamos hasta este lugar.

- ¿Y habéis hallado la sabiduría que buscabais?- Le preguntó ella-. Por que nosotros fuimos aquellos que levantamos tales ciudades. Pero aquel pasaje en la roca... ¿dónde se encuentra?

Una vez que lo atravesamos se cerró tras nosotros; ninguno fuimos capaces de encontrar traza alguna de él, la respondió Marakinoff.

La misma incredulidad que se había reflejado en la cara del hombrecillo vestido de verde se reflejó en la cara de ambos; la cara de Lugur estaba velada por una sombra de ira furiosa.

Se dirigió hacia Rador.

- No pude hallar abertura alguna, Milord, le dijo rápidamente el enano.

Y en los ojos de Lugur asomó un fuego tan fiero cuando se volvió hacia nosotros que la mano de O'Keefe se precipitó hacia la pistola que llevaba enfundada en su cinturón.

- Mejor será que le digáis la verdad a Yolara, sacerdotisa del Resplandeciente, y a Lugur, la Voz,-nos gritó amenazadoramente.

- Es la verdad,-hablé por primera vez-. Llegamos a través de aquel pasaje. En su extremo encontramos una viña labrada, una viña con cinco flores.-En ese momento el fuego se apagó en los ojos del enano y juraría que empalideció-. Puse una mano sobre las flores y se abrió una puerta. Pero una vez que la traspasamos y nos dimos la vuelta, no vimos tras nosotros nada más que un acantilado impenetrable. La puerta se había desvanecido.

Tomé ejemplo de Marakinoff. Si él había eliminado el episodio del Estanque de la Luna y del vehículo, había sido por alguna razón, de eso no me cabía duda, y por tanto decidí ser cauto. Y algo muy dentro de mí me gritaba que no dijera nada acerca de mi búsqueda; algo que sofocaba cualquier palabra a cerca de Throckmartin... algo que me advertía perentoria y definitivamente ¡como si fuera el propio Throckmartin el que me hablara!

- ¡Una viña con cinco flores!- Exclamó el hombrecillo vestido de rojo-. ¿Diríamos que se parece a esto?

Extendió con un largo brazo. En el pulgar de la mano llevaba un enorme anillo, con una

piedra de un color azul apagado engarzada. Sobre la superficie de la piedra se encontraba grabada el símbolo de las paredes rosadas de la Cámara de la Luna que nos habían dado paso a los dos portales. Pero sobre la viña se encontraban grabados siete círculos, uno sobre cada flor y dos más grandes cubriéndolos y cortándolos.

- Es el mismo diseño,-le dije-; pero eso no estaba,-añadí señalándole los círculos.

La mujer inhaló profundamente y miró profundamente a los ojos de Lugur.

- ¡El símbolo de los Silenciosos!- Susurró el hombre.

Fue la mujer la que primero se recobró de la impresión.

- Los extraños han de estar fatigados, Lugur,-dijo-. Cuando hayan reposado, nos mostrarán dónde se abre la roca.

Observé que se había producido un cambio de actitud hacia nosotros; una nueva deferencia y una duda teñida de aprehensión temerosa. ¿Qué era lo que les asustaba? ¿Por qué había traído ese cambio el símbolo de la viña? ¿Y quiénes o qué eran los Silenciosos?

Los ojos de Yolara se dirigieron a Olaf, endurecidos, y adoptaron un frío color gris. Inconscientemente, había observado que desde el principio el escandinavo había sido ignorado por la pareja; efectivamente, no le habían prestado la más mínima atención; también había observado que la sacerdotisa le echaba profundas y rápidas miradas.

El escandinavo le devolvió la mirada con la misma profundidad y sus claros ojos se llenaron de desprecio... como si de un niño observando una serpiente se tratara, conociendo bien su peligro pero sin temerla.

Bajo esta mirada, Yolara se agitó impaciente, sintiendo, lo sé, su significado.

- ¿Por qué me observáis de esta manera?- Le gritó.

Una expresión de perplejidad atravesó el rostro de Olaf.

- No entiendo.-Le respondió en inglés.

Sorprendí en los ojos de O'Keefe una expresión reprimida de sorpresa. Sabía, al igual que yo, que Olaf debía haberla entendido. ¿Pero se había dado cuenta Marakinoff?

En apariencia no había sido así. ¿Pero a qué se debía que Olaf fingiera ignorancia?

- Este hombre es un marino de lo que nosotros llamamos el norte,- le dijo Larry titubeante. -Ha enloquecido, creo. Cuenta una historia extraña... algo a cerca de un fuego frío que se llevó a su mujer y su niña. Lo encontramos vagando por nuestro camino. Y lo trajimos con nosotros debido a su fortaleza. ¡Eso es todo, oh Dama, cuya voz es más dulce que la miel de las abejas silvestres!

- ¿Un ser de fuego frío?- Repitió ella.

- Un ser hecho de fuego frío que giraba bajo la luna con el sonido de pequeñas campanas,-le respondió Larry observándola intensamente.

La mujer miró a Lugur y rió.

- Entonces él también es un hombre afortunado,- le dijo. -Por que ha llegado al lugar de su ser de fuego frío... y decidle que se unirá a su desposada y su hija en su momento... pongo mi palabra en eso.

La cara del escandinavo no translució comprensión alguna, y en aquel momento me formé una idea completamente nueva acerca de la inteligencia del escandinavo; ya que debía haber realizado un auténtico esfuerzo de voluntad para poder controlarse.

- ¿Qué dice la mujer?- Preguntó.

Larry le repitió las palabras.

- ¡Bien!- Exclamó-. ¡Bien!

Miró a Yolara con un gesto de genuina gratitud. Lugur, que había estado observando su

masa corporal se acercó más. Palpó los gigantescos músculos que Huldricksson flexionó cortésmente para él.

- Pero deberá encontrarse con Valdor y Tahola antes de reunirse con los suyos,-tras decir esto se rió burlonamente. -Y si los supera... ¡la mujer y la niña, en recompensa, serán tuyas!

Un gesto, rápidamente reprimido, convulsionó la cara del marino. La mujer torció su cabeza de increíble belleza.

- Estos dos,- dijo, señalándonos al ruso y a mí, -parecen ser hombres de sabiduría. Pueden resultar útiles. Al respecto de este hombre,- y sonrió dirigiéndose a Larry, -me gustaría que me explicara algunas cosas.- Hizo una pausa. -¿Qué significado guarda eso de *mel de bejas salvajes*?- Larry había dicho esta frase en inglés, y ella estaba tratando de repetirlos-. Con referencia a este hombre, el marino, haced lo que os plazca con él, Lugur ¡pero mantened en vuestra memoria que le he dado mi palabra de que se unirá a sus seres queridos!- Se rió dulce, siniestramente-. Y ahora... lleváoslos, Rador... dadles comida y bebida y dadles reposo hasta que decidamos llamarlos otra vez.

Alargó una mano hacia O'Keefe. El irlandés se inclinó para tomarla entre las tuyas y lentamente la elevó hasta sus labios. Oí un irritado siseo de Lugur; pero Yolara le agradeció el gesto a Larry con unos ojos completa y puramente azules.

- Me complacéis, -le susurró.

Y el rostro de Lugur se ensombreció aún más.

Nos giramos para marcharnos. El globo rosa con tonalidades azules que estaba junto a la mujer se tomó más apagado y emitió un lejano sonido de campanillas. Ella se inclinó sobre su superficie, el objeto vibró y por su superficie corrieron oleadas de apagado color; De su interior surgieron unas palabras emitidas en un volumen tan bajo que no pude discernir su significado... si es que lo tuvieron.

Se dirigió hacia el enano vestido de rojo.

- Han traído a mi presencia tres que han blasfemado contra el Resplandeciente,-le dijo lentamente-. Ahora se me ocurre que deberíamos mostrarles a los extraños la justicia de Lora. ¿Qué opináis, Lugur?

El hombrecillo asintió, con los ojos brillantes con maliciosa anticipación.

La mujer le habló una vez más al globo.

- ¡Traedlos ante nos!

Y una vez más el objeto se llenó de colores que atravesaron su superficie, se oscureció, y una vez más quedo brillando con su tono rosado. De el exterior nos llegó el ruido de varios pies andando sobre las alfombras. Yolara pasó una lánguida mano sobre el pedestal del globo que estaba junto a ella y abruptamente la luz huyó de todos lados mientras que las cuatro paredes de negrura se desvanecían, revelando los dos extremos de un maravilloso jardín desconocido por el que se extendían los pilares de las columnas; a nuestras espaldas unas delicadas cortinas drapeadas ocultaban a nuestra vista lo que se encontraba tras ellas; ante nosotros, flanqueado por arriates de flores, se encontraba el corredor a través del que habíamos venido, lleno ahora por los enanos vestidos de verde que servían en el gran salón..

Los enanos avanzaron. Observé que cada uno de ellos poseía el mismo pelo negro que Rador. Se apartaron, y de entre ellos avanzaron tres figuras: un joven de no más de veinte años, bajo, aunque poseyendo los mismos anchos hombros que habíamos visto en todos los hombres de su raza; una muchacha que juzgué no alcanzaría los diecisiete, pálida, dos

palmas más alta que el muchacho, con el largo pelo negro despeinado; y tras ambos un mal desarrollado y deforme sujeto cuya cabeza se hundía entre los gigantescos hombros y cuya blanca barba alcanzaba la cintura, tal y como les sucede a los gnomos extremadamente viejos, y cuyos ojos consistían en dos blancas llamas de odio. La joven se arrojó gimiendo a los pies de la sacerdotisa; el joven la observó con curiosidad.

- ¿Así que vos sois Songar de Aguas Vanas?- Murmuró Yolara con un acento acariciante. -Y esta es vuestra hija y su amante?

El gnomo asintió mientras que la ira que inundaba sus ojos crecía.

- Ha llegado hasta nuestros oídos que los tres habéis osado blasfemar contra el Resplandeciente, su sacerdotisa y su Voz.-Yolara continuó suavemente-. También se nos ha dicho que habéis llamado a tres de los Silenciosos. ¿Es cierto esto?

- Vuestros espías han hablado... ¿Y acaso no nos habéis juzgado ya?- La voz del anciano enano era amarga.

Un relampagueo cruzó los ojos de Yolara, una vez más de un frío color gris. La muchacha alargó una mano temblorosa para tocar el borde de los velos de la sacerdotisa.

- Decidnos la causa de que actuarais de semejante manera, Songar,- le dijo. -Por qué hicisteis tal sabiendo plenamente cual sería vuestra... vuestra recompensa.

El enano se reafirmó sobre sus pies, levantó sus secos brazos con los ojos brillantes.

- Por que la maldad son vuestros pensamientos y la maldad son vuestros actos,-chilló-. Los vuestros y los de vuestro amante... ése-y señaló con un dedo a Lugur-. Porque habéis realizado actos diabólicos con el Resplandeciente y porque contempláis la maldad... vos y él con el Resplandeciente. ¡Pero os digo que vuestra medida de iniquidad está plena! ¡el latido de vuestro pecado se acerca a su fin! Así digo... los Silenciosos han sido pacientes, pero pronto dirán su palabra.-Nos señaló-. Ellos son la señal... el aviso... ¡ramera!-El enano escupió esta última palabra.

En los ojos de Yolara, ahora completamente negros, la maldad se mostró sin máscara.

- ¿Eso es todo, Songar?- le preguntó con una suave voz-. ¡Ahora pedid la ayuda de los Silenciosos! Moran lejos... pero probablemente oirán vuestra súplica.- La dulce voz poseía un tono burlón-. En lo que respecta a esos dos, rogarán al Resplandeciente por su perdón... ¡y es probable que el Resplandeciente los traiga a su seno! En lo que a vos respecta... ¡Ya habéis vivido lo suficiente, Songar! Rezad a los Silenciosos, Songar, y pasada la nada!

Introdujo su mano en su regazo y extrajo algo semejante a un cono de plata pulida. Lo apuntó, sonó un chasquido en su base, y un fino rayo de intensa luz verde salió del objeto.

El haz golpeó directamente en el corazón del enano al mismo tiempo que la luz lo envolvía por completo, cubriéndolo con una película pulsante y pálida. La mujer cerró el puño alrededor del cono y el rayo desapareció. Enterró el cono en su regazo y se inclinó hacia delante expectante; lo mismo hicieron Lugur y los demás enanos. De la muchacha salió un lento gemido de angustia, mientras que el joven caía sobre sus rodillas cubriéndose la cara.

Durante un momento el anciano de barba blanca permaneció rígido; entonces la túnica que lo cubría pareció derretirse, dejando a la vista su cuerpo nudoso y monstruoso. Y súbitamente comenzó a recorrer el cuerpo una vibración que aumentó hasta alcanzar una vertiginosa velocidad. El cuerpo comenzó a oscilar como si se tratara de una imagen reflejada en un estanque cuyas aguas fueran agitadas por el viento. Creció y creció, a un ritmo cuya velocidad era intolerable para la vista pero que mantenía esclava la mirada.

La figura se dilató perdiendo sus formas y adoptando la apariencia de una neblina. Diminutas chispas surgieron de su interior como si se trataran de las partículas que arroja el radio cuando se las observa al microscopio. Se tornó aún más neblinosa... de pronto tembló ante nosotros durante unos instantes una sombra fantasmalmente luminosa que contenía diminutos átomos chispeantes en movimiento como los que pulsaban en la luz que nos rodeaba. La sombra ondulante se desvaneció, los brillantes átomos se mantuvieron bailando en el aire durante unos segundos... y se lanzaron repentinamente a mezclarse con los que recorrían la habitación.

¡Nada había del ser en forma de gnomo que unos instante antes había permanecido frente a nosotros!

O'Keefe exhaló un largo suspiro, y yo sentí cómo me corría un cosquilleo a través del cuero cabelludo.

Yolara se inclinó hacia nosotros.

- Ya lo habéis presenciado-, nos dijo.

Sus ojos se prendieron sobre la pálida faz de Olaf.

- ¡Atención!-susurró.

Se giró hacia los hombrecillos vestidos de verde, que reían quedamente.

- ¡Tomad a esos dos y marchad!- Les ordenó.

- La justicia de -, dijo el de rojo-¡La justicia de Lora y del Resplandeciente bajo Thanaroa!

Vi que Marakinoff reaccionaba violentamente ante tales palabras. Una de sus manos hizo un gesto rápido y subrepticio, tan velozmente que apenas pude observarlo. El hombre de rojo miró fijamente al ruso y pude ver que se sorprendía.

Reaccioné con la misma prontitud que Marakinoff y no me di por enterado.

- Yolara-, habló el de rojo, -me complacería sumamente el poder alojar en mis aposentos a este sabio. También me agradaría llevarme al gigante.

La mujer se levantó de su lugar asintiendo.

- Como deseáis, Lugur.- Le respondió.

Y así, completamente impresionados, salimos a los jardines y a la palpitante luz. Me pregunté si todas aquellas diminutas partículas que bailaban a nuestro alrededor no habrían sido alguna vez hombres como Songar de Aguas Vanas... ¡Y sentí que el alma se me enfermaba!

CAPÍTULO XV **El Odioso y Susurrante Globo**

Nuestro camino discurría por tortuosos senderos entre enormes setos de brillantes capullos, grupos de emplumados helechos cuyas hojas estaban cuajadas de fragantes florecillas blancas y azules, delicadas enredaderas se balanceaban desde las ramas de árboles extrañamente talados, portando a sus extremos capullos en forma de orquídeas tan delicadamente frágiles como extravagantes.

El sendero por el que caminábamos estaba compuesto por un exquisito mosaico compuesto por telas de color rosa y verde pastel encastrados en una suave superficie gris, guirnaldas de formas nimbosas parecidas a la rosa flamígera de los Rosacruces salían de las bocas de serpientes voladoras. Frente a nosotros se alzaba un pequeño

pabellón de una sola pieza y con el frente abierto.

Rador hizo una pausa en el umbral, se inclinó profundamente, y nos invitó a entrar. La cámara a la que entramos era larga y estaba cerrada a ambos lados por unas pantallas de color gris; en su parte posterior, la zona quedaba cerrada por unas cortinas. Unos divanes llenos de cojines flanqueaban una mesa baja de piedra azul, vestida con un delicado paño blanco.

A la izquierda se elevaba un alto trípode que sostenía uno de aquellos globos rosados que ya habíamos visto en el hogar de Yolara; en la cabecera de la mesa reposaba otro globo, más pequeño, parecido al susurrante. Rador presionó sobre su base, y otras dos cortinas se desplazaron cerrando la entrada y aislado la habitación.

Dio palmas, las cortinas se apartaron, y dos muchachas entraron en la estancia. Altas y gráciles como un junco, el pelo, negro y lleno de tirabuzones, les llegaba por debajo de los blancos hombros, sus inolvidables ojos eran azules y su piel de una extraordinaria finura y pureza... eran singularmente bellas. Ambas iban vestidas con una falda de seda azul extremadamente ajustada a sus redondeces y que no les llegaba a tocar sus preciosas rodillas.

- Comida y bebida-, les ordenó Rador.

Ambas desaparecieron tras las cortinas.

- ¿Os complacen?- Nos preguntó.

- ¡Están muy buenas!- Exclamó Larry-. Alegran los corazones-, tradujo para Rador.

La siguiente afirmación del enano me produjo un ataque de tos.

- Vuestras son-. Nos dijo

Antes de que pudiera decirle nada sobre su extraordinaria afirmación, ambas volvieron a entrar portando una enorme bandeja que contenía pequeños panes, extrañas frutas y tres grandes cuencos de cristal de roca, dos de ellos llenos de un líquido amarillo burbujeante y el tercero conteniendo una bebida púrpura. Recordé con preocupación que habían pasado largas horas desde que comiéramos o bebiéramos algo. Los cuencos amarillos fueron puestos frente a Larry y a mí, el púrpura frente a Rador.

A su señal, las muchachas volvieron a desaparecer. Me llevé el vaso a los labios y tomé un largo sorbo. El sabor era desconocido aunque delicioso.

Casi inmediatamente mi cansancio desapareció. Noté que se me aclaraba la mente, me embargaba el regocijo y me sentía completamente irresponsable, libre de cuidado. Una sensación encantadora. Larry volvió a comportarse tal y como era: un muchacho alegre y despreocupado.

Rador nos contemplaba divertido, dando pequeños sorbos de su gran cuenco de cristal de roca.

- Mucho me agradecería saber cosas del mundo del que llegasteis, -dijo finalmente-, a través de las rocas,-añadió con retintín.

- Y mucho nos agradecería a nosotros aprender de vuestro mundo, Oh Rador, le respondí.

¿Debería interrogarle sobre el Morador, buscando alguna pista a cerca del Thorckmartin? Una vez más, con la claridad de las palabras habladas, recibí una advertencia. Esperar. Y una vez más obedecí.

- Aprendamos, entonces, uno de otro.-El enano estaba riendo abiertamente-. Primero... ¿Todos los del exterior poseen vuestra apariencia... tan altos?- Realizó un expresivo gesto-. ¿Y sois muchos?

- Somos...-Dudé durante un instante, y finalmente dije la frase polinesia que expresa

diez veces diez multiplicado indefinidamente. -Somos tantos como las gotas de agua del lago que vimos desde el reborde en el que nos encontrasteis,-continué hablando-; tantos como las hojas de los árboles que hay fuera. Y todos tenemos este aspecto... con variaciones.

Me di cuenta de que se tomaba con escepticismo mi afirmación sobre nuestro número.

- En Muria,-dijo finalmente-, los hombres son como yo o como Lugur. Nuestras mujeres son como las que habéis visto... como Yolara o como las dos esclavas que os han atendido.-Hizo una pausa-. Y hay una tercera, pero sólo una.

Larry se inclinó hacia delante en tensión.

- ¿Pelirroja con reflejos bronceados, ojos dorados y adorable como un sueño, con unas maravillosas manos largas y delicadas?- Gritó.

- ¿Dónde la habéis visto?- Le interrumpió el enano clavando la vista a sus pies.

- ¿Visto?- Larry recuperó su autocontrol-. No, Rador, quizá sólo he soñado con una mujer semejante.

- Cuidaos entonces de contarle semejante ensueño a Yolara,- le dijo el hombrecillo sonriendo siniestramente-. Por que os digo que habéis descrito a Lakla, la sacerdotisa de los Silenciosos, y ni Yolara ni Lugur, ni siquiera el Resplandeciente, le tienen mucha simpatía, extraño.

- ¿Reside en estos lugares?- La cara de Larry se había iluminado.

Rador permaneció silencioso, mirando por encima de su hombro con nerviosismo.

- No,-le respondió finalmente-, no me interroguéis más a cerca de ella.-Volvió a quedar en silencio durante un rato-. Y vosotros, seres como las gotas de agua y las hojas de los árboles, qué hacéis en ese mundo vuestro?- Le preguntó, en un intento evidente de darle un giro a la conversación.

- Deja el asunto de la chica de los ojos dorados, Larry, le dije-. Espera a que descubramos por qué es tabú.

- Amar y guerrear, luchar y vencer y morir; o fracasar y morir,- le respondió Larry asintiendo en mi dirección a mi advertencia dada en inglés.

- A ese respecto, vuestro mundo y el mío difieren poco,-dijo Rador. - ¿Cuán extenso es vuestro mundo, Rador? -Le pregunté. Me observó seriamente.

- Cuán extenso... en verdad que no lo sé,- me respondió finalmente con sinceridad-. La tierra en la que habitamos junto con el Resplandeciente se extiende por todas las aguas blancas a lo largo de., Utilizó una frase de la que no entendí nada. -Más allá de esta cuidad, poseída por el Resplandeciente, y en las orillas de allá de las aguas blancas residen los *mayia ladala*... los comunes.-Tomó un largo sorbo de su cuenco-. Primero están los pelirrubios, los hijos de los antiguos gobernantes,-continuó-. Luego estamos los guerreros; y, finalmente, los *mayia ladala*, los que cavan y labran y tejen y se fatigan y nos ofrecen sus hijas a los gobernantes y a los guerreros ¡Que bailan con el Resplandeciente!-Añadió.

- ¿Quién gobierna?- Le pregunté.

- Los pelirrubios, que dependen del Consejo de los Nueve, que depende de Yolara, la Sacerdotisa, y Lugur, la Voz,-me respondió-. ¡Y que a su vez dependen del Resplandeciente!- Pude notar un tono de amarga sátira en su última afirmación.

- ¿Y aquellas tres personas que fueron juzgadas?- Le interrogó Larry.

- Perteneían a los *mayia ladala*,- le respondió, -como esas dos con las que os he agasajado. Pero se multiplican incansablemente. No les gusta danzar con el

Resplandeciente... ¡Los blasfemos!- Su voz se elevó hasta romperse en un repentino ataque de risa.

Por sus palabras pude apercibir una imagen general de su raza: una oligarquía vieja, lujuriosa, exclusiva apegada a alguna misteriosa deidad; una clase guerrera que la protegía; y bajo todos ellos las hordas trabajadoras y oprimidas.

- ¿Eso es todo?- Preguntó Larry.

- No,-le respondió.- Está el Mar Púrpura, donde...

Sin previo aviso, el globo que estaba a nuestro lado lanzó una aguda nota y Rador se giró en su dirección con la cara pálida. Su superficie habló en tonos susurrantes, conminatorios y tajantes.

- ¡Oigo!- Dijo con voz rota, agarrándose al borde de la mesa. ¡Obedezco!

Volvió su cara hacia nosotros, ahora desprovista por una vez de toda malicia.

- No me hagáis más preguntas, extraños,- nos dijo. -Y, ahora, si habéis saciado vuestra sed y hambre, os mostraré dónde podréis reposar y asearon.

Se levantó bruscamente. Le seguimos a través de las colgaduras, atravesamos un corredor y penetramos en otra pequeña cámara, desprovista de techumbre y con las paredes hechas de pantallas grises. En ella encontramos dos camas llenas de almohadones y una puerta cerrada con una cortina que daba a un espacio abierto en el que una fuente desahogaba en una ancha piscina.

- Vuestro baño, nos dijo Rador.

Dejó caer la cortina y regresó al centro de la habitación. Tocó una flor labrada y vimos que se extendía a nuestro alrededor un delicado brillo e inmediatamente se desplegó sobre nosotros una oscuridad impenetrable a la luz pero no al aire, ya que a su través pudimos oler la fragancia de los jardines. La habitación se llenó de una penumbra fría, refrescante y sedante. Rador señaló las camas.

- ¡Dormid!- Nos ordenó. -Dormid y no sintáis temor alguno, ya que mis hombres hacen guardia afuera.

Se acercó a nosotros, con el mismo gesto de divertida malicia bailando en los ojos.

- Pero antes hablé con demasiada ligereza,-susurró-. Quizá se deba a que la *Afo Maie* tema sus palabras... o...- Se rió mientras miraba a Larry. -¡Las doncellas *no* son vuestras!

Aún riendo se desvaneció ,a través de las cortinas que daban al patio de la fuente antes de que le pudiera preguntar por el significado de su curioso regalo, su arrepentimiento y su aún más curiosas palabras finales.

- En la antigua Irlanda,- interrumpió Larry mis pensamientos con el brogue aún más acusado, -vivía Cairill mac Cairill... Cairill Lanza Veloz. Y Cairill maltrató a Keevan de Einhain Abhlach, descendiente de Angus, del gran pueblo, cuando estaba durmiendo bajo el aspecto de una delicada doncella. Entonces Keevan le impuso un castigo a Cairill: durante un año, Cairill erraría con la apariencia de Keevan por Einhain Abhlach, que es el Reino de las Hadas, y durante ese tiempo Keevan tomaría el aspecto de Cairill. Y así se hizo.

"Durante ese año, Cairill conoció a Emar de los Pájaros que es blanca, roja y negra... y se amaron, y de esa unión nació Ailill, su hijo. Y cuando Ailill nació, tomó una flauta pálida y tocó un tonada sedante sobre Cairill, y tocó durante una era completa hasta que Cairill se tomó blanco y marchito; entonces Ailill tocó otra vez y Cairill se transformó en una sombra... luego se tomó en la sombra de una sombra... y luego en un suspiro ¡y el suspiró se fue con el viento!-Se estremeció-. Como le sucedió a aquel viejo gnomo,-me

susurró-, a ese que llamaban Songar de Aguas Vanas."

Sacudió la cabeza como si se desprendiera de una somnolencia. Luego, quedó en alerta.

- Pero todo aquello sucedió en las épocas antiguas. ¡Y nada de lo que sucede aquí se le parece, Doc!- Se rió-. Esto no me asusta ni un poquito, chaval. Esa preciosa dama diabólica ha tomado la decisión equivocada. Cuando tienes a un colega a tu lado, lleno de vida y alegría, y ves que le sobran las energías para hacer lo que se proponga, y ves que se abren ante él todas las oportunidades; y te está contando lo que piensa hacer con el mundo una vez que salga de la carnicería en la que estáis inmersos, con esa energía y dinamismo que da la juventud, Doc... y al segundo siguiente, justo en medio de una carcajada, ves que un trozo de maldita metralla se le ha llevado la mitad de la cabeza y toda la alegría y la energía y todo lo demás...-torció la cara-, bueno, viejo, después de eso, lo que hizo esa diabólica señorita no me impresiona mucho. No a mí. Pero, por los brogans¹⁴ de Brian Boru... si hubiéramos tenido esos aparatos durante la guerra... ¡caray, colega!

Quedó en silencio, evidentemente imaginándoselo con gran placer. En lo que a mí respecta, en aquel momento, si me quedaba alguna duda a cerca de Larry O'Keefe, ésta se desvaneció inmediatamente. Vi que creía, creía con absoluta fe, en sus banshees, sus leprechauns y en toda la imaginería gaélica... pero sólo en los límites de Irlanda.

En algún lugar de su mente se encontraban archivados toda su superstición, su misticismo, y toda las debilidades con las que tuviera que enfrentarse. Pero en el momento de hacer frente a algún tipo de peligro o problema, todos esos archivadores se cerraban herméticamente, dejando al aire una mente extremadamente intrépida, incrédula e ingeniosa; se eliminarían todas las telarañas por medio de un cepillo tan escéptico como el que más.

- ¡Diablos!- Su voz estaba llena de admiración-. Si hubiéramos tenido ese arma al comienzo de la guerra... ¡Imagínese a media docena de los nuestros volando sobre las baterías enemigas y a nuestros cañones machacándolos al mismo tiempo! ¡Caray!-Su tono de voz era el de alguien en un momento de raptó.

- El efecto de ese arma es bastante fácil de explicar, Larry,-le dije-. Naturalmente, no sé de qué está compuesto el rayo verde. Pero está claro que lo que hace es estimular la vibración atómica hasta tal extremo que la cohesión entre las partículas de la materia se rompe y el cuerpo se deshace en millones de trocitos... lo mismo le sucedería al volante de un motor si lo hiciéramos girar a tal velocidad que sus partículas no pudieran mantenerse cohesionadas.

- ¡Entonces, todo vibra!- Exclamó.

- Eso es completamente cierto,-asentí-. Todo en la Naturaleza vibra. Toda la materia, ya sea un hombre, un animal, una piedra o un vegetal, está hecho a base de moléculas que vibran, que a su vez están formadas por átomos que vibran, que a su vez están formados por partículas eléctricas infinitesimalmente pequeñas llamadas electrones. Y los electrones, la base de toda materia, quizá estén formados sólo por la vibración de algún misterioso éter.

- Si se situara sobre nosotros una lupa lo suficientemente grande, se nos vería como una criba, llenos de espacios vacíos, que se denominan enrejados espaciales. Y todo lo que se necesita para deshacer ese enrejado, para reducirnos a la nada, es algún agente que haga vibrar nuestros átomos a una velocidad tal que salgan disparados de sus posiciones y se

¹⁴ N. del T: brogans. Calzado típico de la antigua Irlanda confeccionados con piel curtida.

pierdan en el espacio.

- El rayo verde de Yolara es ese agente. Hizo que el cuerpo de aquel enano vibrara al ritmo que pudimos ver... ¡Y lo descompuso, no en átomos, si no en electrones!

- El enemigo tenía en el frente del este un cañón... un setenta y cinco, me dijo O'Keefe, - que reventaba los tímpanos de los artilleros, no importaba la protección que usaran. Parecía ser como todos los demás setenta y cinco... pero había algo en su sonido que reventaba a los artilleros. Tuvieron que fundirlo.

- Se trata prácticamente de la misma cosa,-le respondí-. Por algún motivo sus cualidades vibratorias poseían ese efecto. El sonido de la sirena del *Lusitania* hacía que el edificio Singer vibrara hasta sus cimientos, mientras que el *del Olympic*, aún cuando tenía el mismo modelo de sirena, no afectaba para nada al Singer, mientras que hacía que vibraran las paredes del Woolworth. En cada caso, estimulaban la vibración atómica de un edificio diferente.

Hice una pausa, mientras sentía que me invadía una intensa somnolencia. O'Keefe, bostezando, se sentó sobre la cama incapaz de aguantar su propio peso.

- ¡Por Dios, me estoy durmiendo!- Exclamó-. No puedo entenderlo... lo que dice... muy interesante... ¡Por Cristo!-Bostezó una vez más estirándose-. ¿Qué hizo el hombrecillo vestido de rojo para que diera tal respingo el ruso?- Me preguntó.

- Thanaroa, le respondí mientras me esforzaba por mantener los ojos abiertos.

- ¿Qué?

- Cuando Luger mencionó ese nombre, vi que Marakinoff le hacía un gesto. Sospecho que Thanaroa es el nombre original de Tangaroa, el gran dios polinesio. Existe un culto secreto a él en las islas. Puede que Marakinoff pertenezca a él... de cualquier manera lo conoce. Luger reconoció la señal y para su sorpresa la respondió.

- Así que le hizo el gran signo ¿eh?- murmuró Larry. -¿Cómo es posible que ambos lo conocieran?

- Ese culto es muy antiguo. Sin lugar a dudas, posee un origen que se remonta a la más remota antigüedad; mucho antes de que esta gente emigrara aquí,-le respondí-. Es uno de los vínculos... sólo uno de ellos... que encadena el mundo superior con un pasado ya perdido...

- Entonces tenemos problemas,-dijo con dificultad Larry-. ¡Por todos los infiernos! Lo huelo... Dígame, Doc ¿esta somnolencia es natural? Me pregunto dónde... habré... dejado mi... máscara de gas- añadió ya casi inconsciente.

Pero yo luchaba desesperadamente contra aquel sueño inducido por alguna droga que me aplastaba.

- ¡Lakla!- Oí que murmuraba O'Keefe-. Lakla la de los ojos dorados... no Eilidh... ¡El Hada!- Con un esfuerzo enorme se medio levantó riendo como un borracho.

- Doc, la primera vez que vi este lugar pensé que era el Paraíso,-suspiró-. Pero ahora sé que, si lo es efectivamente, la Tierra de Nadie era el mejor lugar del universo para una Luna de Miel. Nos han... nos han atrapado, Doc...- volvió a caer de espaldas. - Buena suerte, viejo, donde quiera que vayas.-Agitó la mano flojamente-. Encantado... de haberte... conocido. Espero... volver... a verte.

Su voz se desvaneció. Luchando, luchando con cada fibra de mi cerebro y cada nervio contra el sueño, sentí que me desvanecía en la nada. Incluso antes de que me asaltara el olvido pude ver en la pantalla gris que estaba más cerca del irlandés se resaltaba un óvalo de luz rosada que comenzaba a brillar; observando, mientras se cerraban mis vencidos

párpados, una sombra en forma de llama se acercó a donde estaba; tomó forma, se condensó y se inclinó, observando a Larry, con sus enormes ojos de color dorado en los que la intensa curiosidad y la ternura se debatían, mientras que la dulce boca sonreía. Era la muchacha de la Cámara del Estanque de la Luna. La muchacha que el enano vestido de verde había llamado... Lakla; la visión que Larry había invocado antes de que el sueño que yo ya no podía evitar se lo llevara...

Más se aproximó ella... más... sus ojos mirándonos fijamente.

¡Entonces llegó el olvido!

CAPÍTULO XVI

Yolara de Muria contra O'Keefe

Me desperté con una sensación de familiaridad y de estar en casa; era como si hubieran abierto todas las ventanas en una habitación llena de tinieblas. Me estremecí con la sensación de haber descansado profundamente y haber recuperado mi forma física. La sombra de ébano había abandonado el dormitorio y a su través se derramaba una luz plateada. Del patio de la piscina me llegaron sonidos de zambullidas y carcajadas. Me levanté de un salto y corrí la cortina. O'Keefe y Rador estaban echando una carrera para ver quién era el más rápido; el segundo nadaba como una nutria, sacándole una gran ventaja al irlandés cuando así lo deseaba y jugueteando a su alrededor.

¿Había poseído nuestro descanso nada más que el poder curativo sobre nuestros nervios y nuestro agotados cerebros que un sueño normal y corriente ejercía sobre las personas cansadas? Ahora he de reconocer que mi resistencia a caer dormido se había debido al temor de que fuera aquella somnolencia anormal que Throckmartin me había descrito como un heraldo de la venida del Morador antes de que se llevara a Thora y a Stanton.

¿Y aquella visión de la muchacha de ojos dorados que se había inclinado sobre Larry? ¿También había sido una ilusión de mi sobrecargada mente? Si así lo fue, no puedo negarlo. En cualquier caso, decidí contárselo a O'Keefe una vez que nos encontráramos a solas... y entonces, dejándome llevar por mi optimismo y mi bienestar, lancé un grito como si de un niño se tratara, me desnudé y me uní a los otros dos en la piscina. El agua estaba caliente y sentí cómo una súbita oleada de vida me llenaba cada vena del cuerpo; alguna cualidad del agua parecía palpar sobre la piel, llevando una clara vitalidad a cada fibra de mis músculos. Cansados ya, nadamos hacia la orilla y nos tendimos a descansar. El hombrecillo verde se vistió rápidamente y los mismo hizo Larry con su uniforme.

- La *Afo Maie* nos ha convocado, Doc,- me dijo-. Vamos a... bueno, usted lo llamaría desayunar con ella. Después, me ha dicho Rador que vamos a tener una sesión con el Consejo de los Nueve. Supongo que Yolara debe ser una mujer tan curiosa como... las del mundo superior; ya se habrá percatado de ello. Y evidentemente no puede esperar,- añadió.

Se agitó por última vez para desprenderse todo el agua, enfundó la pistola automática en la sobaquera y comenzó a silbar alegremente.

- Tras vos, mi querido Alfonso,- le dijo a Rador con una voz engolada.

El enano se rió, se inclinó imitando la burlona cortesía de Larry y tomó el camino de la casa de la sacerdotisa. Llevábamos recorrido un buen trecho del camino bordeado por

orquídeas, cuando le susurré a Lar y:

- Larry, cuando estaba cayendo dormido... ¿piensa que vio algo?

- ¡No vi nada en absoluto!-Rió-. Doc, el sueño me golpeó como la bala de un prusiano. Llegué a pensar que nos estaban gaseando. Tuve... tuve la tentación de despedirme de usted tiernamente,-continuó un poco avergonzado-. Y creo que comencé a hacerlo ¿verdad?

Asentí.

- Pero, espere un minuto...-Dudó un instante-. Creo que vi algo o lo soñé.

- ¿De qué se trataba?- Le pregunté ansiosamente.

- Verá,- me respondió lentamente-. Creo que se debe a que estuve pensando en Ojos Dorados. Sea como sea, creí que había entrado en el dormitorio cruzando la pared y que se inclinaba sobre mí... sí, y que ponía una de sus estilizadas manos sobre mi cabeza... No podía abrir los ojos... pero por alguna razón caprichosa pude verla. Luego me dormí de verdad. ¿Por qué me lo pregunta?

Rador retrocedió hacia nosotros.

- Más tarde,-le respondí-. No ahora. Cuando estemos solos.

Pero en aquel momento sentí que recuperaba mi seguridad. Fuera cual fuera el laberinto por el que nos movíamos; fuera cual fuera la amenaza que nos acechara... estaba claro que la chica dorada nos vigilaba; cuidando de nosotros con cualesquiera desconocidos poderes que poseyera.

Atravesamos la entrada columnada, pasamos por un largo corredor abovedado y nos detuvimos ante una puerta que parecía cortada a partir de una pieza única de pálido jade... alta, amplia, montada sobre una pared de ópalo.

Rador llamó dos veces con los nudillos y aquel mismo sonido sobrenatural de campanillas de plata que habíamos oído... ayer (y debo decir ayer aunque en aquel lugar el término del día era algo sin sentido) nos invitó a entrar. La puerta se deslizó hacia un lado. La cámara era pequeña, tres de sus paredes eran de ópalo, de una negrura espesa; la cuarta se abría a un maravilloso y pequeño jardín... una masa de fragante y luminosos capullos y de frutas delicadamente coloreadas. Ante la misma se encontraba una mesa pequeña de madera rojiza y desde los omnipresentes almohadones que la rodeaban se alzó Yolara.

Larry tomó aire y dejó escapar involuntariamente un silbido de admiración mientras se inclinaba. Mi admiración fue igualmente sincera y la sacerdotisa dio muestras de verse complacida por nuestra actitud.

Se encontraba parcamente vestida por aquellas gasas transparentes, ahora de color azul pálido. Su cabello de color dorado pálido estaba recogido por una malla de ancha trama cuajada de diminutos brillantes en los que se mezclaban los zafiros y los diamantes. El azul de sus ojos competía con el brillo de las piedras, y de nuevo observé en sus profundidades un deseo vehemente mientras se posaban sobre la gallarda y bien formada figura de O'Keefe y sus limpios y bien formados rasgos. Los delicados pies de amplio puente estaban vestidos por unas sandalias de blanda piel cuyas tiras se trenzaban hasta poco antes de alcanzar las graciosas rodillas.

- ¡Vaya una monada desvergonzada!- Jadeó Larry mirándome mientras se posaba una mano sobre el pecho-. Colócala sobre un tejado de Nueva York y dejará Broadway vacío. Siga mi ejemplo, Doc.

Se giró hacia Yolara, en cuya cara se reflejaba el desconcierto.

- ¡Os digo, mi dama, cuyos brillantes cabellos son redes para los corazones, que en nuestro mundo vuestra belleza deslumbraría la mirada de los hombres como si fuerais una doncella hecha del mismo sol!-Le dijo con una imaginación tal que sólo sería posible viniendo de una lengua habituada a estas galanterías.

El carmín cubrió la translúcida piel de la mujer. Los azules ojos adoptaron una mirada más tierna y nos indicó con una mano los almohadones. Doncellas de negros cabellos aparecieron, colocando ante nosotros frutas, pequeños panes y una bebida espesa que poseía el mismo olor y color que el chocolate. Me di cuenta de que estaba hambriento.

- ¿Cuáles son vuestros nombres, extraños?- Nos preguntó.

- Este caballero se llama Goodwin,- le dijo O'Keefe-. En lo que a mí respecta, llamadme Larry.

- No hay nada como tomar confianza rápidamente,- me dijo mientras observaba a Yolara como si le estuviera dirigiendo otra frase galante. Y así debió interpretarlo ella, ya que le murmuró: -Debéis enseñarme vuestra lengua.

- Entonces deberé encontrar dos palabras donde sólo puedo hallar una para describir vuestra belleza, le respondió-. E incluso eso tomará su tiempo,-me dijo-. Una ocupación de suma importancia la de enseñar nuestro idioma a este pueblo encantador, máxime cuando desconocen lo que es el domingo. Créame.

-*Larri*,- murmuró Yolara. -Me gusta el sonido de vuestro nombre. Es dulce...-Y así era mientras ella lo pronunciaba.

- ¿Y cómo se llama vuestra tierra, *Larri*?-Continuó hablando-. ¿Y cómo se llama la de Goodwin?-Mi nombre lo pronunció perfectamente.

- Mi tierra, o señora del amor, son dos: Irlanda y América; él no posee más que una: América.

La dama repitió los dos nombres lentamente, una y otra vez. En ese momento encontramos la oportunidad de atacar la comida, deteniéndonos con expresión culpable cuando volvió a hablar.

- ¡Oh, mas estáis hambrientos!- Exclamó. -Comed, entonces-. Posó la barbilla sobre ambas manos y nos observó, con los ojos hirvientes de preguntas.

- ¿Cómo ha de ser, *Larri*, que vos poseáis dos tierras y Goodwin sólo una?- nos preguntó dándose por vencida a su curiosidad.

- Yo nací en Irlanda; él en América. Pero yo he residido largamente en su país y mi corazón ama a ambos,- le respondió.

Ella asintió comprensiva.

- ¿Todos los hombres de Irlanda poseen vuestro semblante, *Larri*, tal y como todos nuestros hombres poseen una semblanza parecida a Lugur o Rador? Me gusta miraros,- continuó hablando con una sinceridad infantil-. Estoy cansada de hombres como Rador o Lugur. Pero son fuertes,continuó rápidamente. -Lugur puede levantar diez con los dos brazos y elevar seis con una mano.

No podíamos entender a qué se refería.

- Eso es poco, o mi dama, para los hombres de Irlanda, le respondió O'Keefe. -Atended, he visto a uno de mi raza levantar diez veces diez... ¿cómo llamáis a ese aparato tan rápido en el que nos trajo Rador?

- Corial,-le dijo ella.

- Levantar diez veces veinte de nuestros coriales con sólo dos dedos... y esos coriales nuestros...

- Coria,- dijo ella.

- Y nuestros coria son tan grandes cada uno de ellos como diez de los vuestros. ¡Sí, y he visto cómo otro hacía salir el infierno de su lugar con un solo golpe de su mano!

- Yo también lo hice,- me dijo murmurando. -Y las dos veces fue entre la Cuarenta y dos y la Quinta Avenida, Nueva York, Estados Unidos de América.

Yolara escuchó sus afirmaciones con dudas manifiestas.

- ¿Infierno?- Le preguntó finalmente-. No conozco esa palabra.

- Bien,-le respondió Larry-. Digamos entonces Muria. En muchos aspectos, o gloria de mi corazón, se parecen bastante.

En ese momento, la duda que llenaba los azules ojos se hizo más intensa. La joven meneó su graciosa cabeza.

- ¡Ningún hombre es capaz de hacer *eso!*- Le respondió finalmente. -Y no creo que vos seáis capaz de hacerlo, *Larri*.

- Oh, no,- le dijo Larry rápidamente, -Nunca he pretendido ser tan fuerte. Yo vuelo,- añadió de manera casual.

La sacerdotisa se puso en pie, mirándole con ojos desorbitados.

- ¡Voláis!- Repitió incrédula-. ¿Como un *Zitia*? ¿Un pájaro?

Larry asintió... y viendo que no desaparecía el asombro de los ojos de la muchacha, continuó cansinamente.

- No lo hago con mis propias alas, Yolara. En un... un corial que se mueve por... ¿cuál es la palabra para aire, Doc? Bueno a través de esto. Hizo un amplio gesto que abarcaba la nebulosa neblina que nos cubría. Sacó un lápiz de su bolsillo y dibujó a grandes rasgos un avión sobre una servilleta blanca. -En un... corial como éste...-Ella estudió gravemente el dibujo introdujo una mano en su cinturón y extrajo un afilado estilete, recortó cuidadosamente el dibujo de Larry y lo puso a un lado.

- Eso puedo entenderlo,-dijo.

- Una mujercita extremadamente inteligente,-murmuró O'Keefe-. Espero no estar revelando nada de importancia... pero esta jovencita me ha pillado.

- ¿Mas, qué aspecto tienen vuestras mujeres, *Larri*? ¿Son como yo? ¿Y cuántas te han amado?- Le susurró.

- En toda Irlanda y en toda América no existe mujer como vos, Yolara,- le respondió-. Y tómatelo como te dé la gana,- susurró en inglés. Evidentemente, ella se lo tomó como le plujo.

- ¿Tenéis diosas?- Le preguntó una vez más.

- Cada mujer en Irlanda y América es una diosa, le respondió.

- Pues bien, eso no puedo creerlo.- La ira y la diversión se mezclaron en sus ojos. - Conozco a las mujeres, *Larri*, y si así fueran no existiría la paz para los hombres.

- ¡No existe!- Le replicó. La ira desapareció de sus ojos y rió dulcemente, comprendiendo el significado de las palabras del irlandés. - ¿Y a qué diosa veneráis, *Larri*?

- ¡A vos!- Le replicó Larry O'Keefe zalameramente.

- ¡Larry! ¡Larry!- Le susurré. -Cuidado. Está manejando un explosivo de gran potencia.

Pero la sacerdotisa estaba riendo abiertamente con el sonido de pequeñas campanillas; y el placer se reflejaba en cada nota.

- Sois verdaderamente adulador, *Larri*, - le dijo, -al ofrendarme vuestra veneración. Aún así, me siento complacida por vuestra adulación. Sin embargo... Lugur es fuerte; y vos no

sois del tipo de esos que... ¿cómo dijisteis? ... han conseguido aquello. ¡Y no tenéis aquí vuestras alas, *Larri!*

Una vez más rompió a reír. El irlandés se ruborizó ¡Yolara lo había pillado!

- No he de temer nada de Luger,- le respondió riendo-. ¡Mejor será que él sienta temor de mí!

La risa se desvaneció; ella le observó escrutándolo con una enigmática sonrisa bailando en sus labios... a la par dulce que cruel.

- Bien... ya veremos,- murmuró. -Afirmáis que batallasteis en vuestro mundo. ¿Con qué armas?

- Oh, con un poco de esto y un poco de aquello,-respondió Larry-. Nos las apañábamos.

- ¿Poseíais el *Keth*... quiero decir, aquello con lo que envié a Songar a la nada?- Le preguntó con ligereza.

- ¿Puede ver a dónde quiere conducirme?- Me dijo O'Keefe entre dientes. -¡Yo lo veo con claridad! Pero aquí es donde O'Keefe juega con ventaja.

- Os digo,-se giró hacia ella-, o voz de fuego plateado, que vuestro espíritu es más elevado que vuestra belleza, y atrapa las almas de los hombres al igual que vuestra belleza atrapa sus corazones. Y ahora, escuchadme, Yolara, por que lo que os diré está lleno de verdad.-Sus ojos adoptaron una expresión soñadora y su voz se llenó con el timbre irlandés-. Ved, en mi tierra de Irlanda, hace (levantó sus diez dedos extendiéndolos y doblándolos veinte veces vuestra edad los poderosos hombres de mi raza, los Taithada-Dainn, podían enviar a un hombre a la nada tal y como hicisteis con vuestro *Keth*. Y esto lo conseguían por medio de sus arpas y de sus palabras habladas... palabras de poder, o Yolara, en las que reside la fuerza; y por medio del sonido de sus flautas y por medio de sonidos atrapadores.

«Fue Cravetheen quien creó llamas devoradoras por medio de su arpa, llamas voladoras que consumieron a aquellos que fueron enviados contra él. Y fue Dalua, de Hy Brasil, el que con sus flautas convirtió a hombres y bestias en sombras vivientes... y al final tocó para las sombras también de manera que donde iba Dalua le seguían aquellas sombras que una vez fueron bestias y hombres al igual que si se tratara de una pequeña tormenta de hojas marchitas; así os digo, y Bel el Arpista, que podía conseguir que los corazones de las mujeres se derritieran como la cera y que los corazones de los varones ardieran hasta quedar reducidos a cenizas, podía desmoronar los acantilados con sus arpegios y podía hacer que los grandes árboles se doblaran hasta tocar el suelo.»

Mientras hablaba, los ojos le brillaban llenos de ensoñaciones mientras que ella se encogía bajo sus palabras, levemente pálida bajo su piel perfecta.

- Os digo, Yolara, que estas cosas fueron y son reales... en Irlanda.-Su voz se elevó-. Y he visto tanto hombres como los que hay en vuestro gran salón desaparecer en la nada tantas veces como éstas (volvió a extender y doblar los dedos una docena de veces) mucho antes de que vuestro *Keth* fuera capaz de tocarlos. Sí, y rocas tan poderosas como aquella a través de la cual llegamos, ser levantadas y hechas pedazos antes de que pudierais parpadear con vuestros azules ojos. Y esto es cierto, Yolara... ¡Todo es cierto! ¿Aún tenéis con vos ese pequeño cono de *Keth* con el que destruisteis a Songar?

Ella asintió, mirándolo hipnotizada, fascinada, con el temor y el asombro mezclándose en su rostro.

- Entonces, usadlo.- El irlandés tomó un cuenco de cristal de la mesa y lo colocó en el umbral del arco que conducía al jardín-. Utilizadlo sobre esto... y os mostraré algo.

- Lo utilizaré sobre las *ladala*...- comenzó a hablar con nerviosismo.

La exaltación abandonó al irlandés, que se volvió hacia ella con los ojos bañados en tenor; las palabras de ella murieron antes de que pudieran terminar de hablar.

-Sea como decís,- dijo precipitadamente.

Sacó el brillante cono de su regazo y lo apuntó hacia el cuenco. El rayo verde surgió de un extremo e impactó sobre el cristal, pero incluso antes de que pudiera comenzar a surtir efecto, un fogonazo de luz salió de la mano de O'Keefe: su pistola automática ladró y el tembloroso vibrante estalló en fragmentos. Tan rápidamente como había extraído el arma, volvió a enfundarla y se quedó completamente quieto con las manos vacías, mirando hacia la joven con severidad. Desde la antesala nos llegó el ruido de pisadas y gritos.

La cara de Yolara estaba pálida, los ojos dilatados... pero su voz se mantuvo firme mientras se dirigía a los guardias que gritaban:

- No ha sido nada ¡Volved a vuestros puestos!

Pero cuando hubo cesado el ruido de su retirada fijó su mirada en el irlandés y volvió a mirar hacia el destrozado cuenco.

- ¡Es cierto!- Gritó, -¡Pero ved: el *Keth* está vivo!

Seguí con la mirada hacia donde señalaba. Cada trocito de cristal vibraba, desprendiéndose de sus partículas. La bala de Larry lo había destrozado... pero no lo había liberado de la fuerza desintegradora. El rostro de la sacerdotisa mostraba señales de triunfo.

- Pero lo que importa, o brillante urna de belleza, lo que importa es lo que ha sucedido con el cuenco; no con sus trozos.-Le dijo Larry seriamente señalando los fragmentos.

El triunfo desapareció de su rostro y durante un momento permaneció en silencio, amenazadora.

- Y ahora,- me susurró O'Keefe, -continuamos con las sorpresas. Mantengan los ojos abiertos y vean lo que viene a continuación.

No tuvimos que esperar mucho. Yolara resopló con furia, con el orgullo herido en exceso. Dio unas palmadas; le susurró algo a la doncella que acudió a su llamada y volvió a sentarse mirándonos con malicia.

- Me habéis respondido a cerca de vuestra fuerza... pero no la habéis demostrado; pero el *Keth os* ha respondido. ¡Ahora respondedme a esto!Nos gritó.

Señaló hacia el jardín. Vi cómo una rama se doblaba y partía como si la hubiera forzado una mano ¡Pero no pude ver mano alguna! Vi que más y más ramas se partían, que un arbolito se combaba y quedaba destrozado... y pudimos oír el sonido cada vez más cercano de arbustos pisoteados mientras que la plateada luz que caía revelaba ¡Nada! Poco después vimos que se elevaba repentinamente en el aire un pesado aguamanil que se encontraba junto a una columna y salía despedido yendo a estrellarse a mis pies. Los almohadones comenzaron a volar por los aires como si se encontraran en el vórtex de un torbellino.

E invisibles manos me atraparon los brazos y me los pegaron al cuerpo, otra mano agarró mi garganta y sentí que un estilete afilado como una aguja presionaba mi camisa, rozando mi piel justo sobre el corazón.

- ¡Larry!- Exclamé desesperado. Giré la cabeza para ver que él también estaba atrapado por algo invisible. Aún así mostraba una gran calma, casi aburrimiento.

- ¡Tranquilo, Doc!-Me dijo. -Recuerde... ¡La jovencita quiere aprender nuestra lengua!

Pude oír cómo Yolara reía y reía burlona. Dio una orden y las manos soltaron su presa,

el puñal dejó de apuntarme al corazón y con la misma rapidez que me había hecho presa fui liberado, aunque desagradablemente debilitado y agitado.

- ¿Poseéis esto en Irlanda, *Larri*?-*Le* gritó la sacerdotisa... y una vez más se echó a reír.

- Una buena jugada, *Yolara*.- Tenía la voz tan calmada como el rostro. -Pero eso ya lo hacían en Irlanda incluso antes de que *Dalua* convirtiera a su primer hombre en una sombra. Y en la tierra de *Goodwin* construyen naves... coria que van sobre el agua... en las que puedes viajar y ver sólo mar y cielo; y esos coria acuáticos son cada uno de ellos muchas veces mayores que todos vuestros palacios juntos.

Pero la sacerdotisa continuaba riéndose.

- Casi me pilla desprevenido,- susurró *Larry*. -Casi fue demasiado para mí. ¡Pero por todos los dioses! Si pudiéramos aprender ese truco y llevármolo de vuelta...!

- ¡Nada de eso, *Larri*!- Le dijo *Yolara* entre risas-. ¡Nada de eso! ¡El grito de *Goodwin* os traicionó!

La joven había recuperado el buen humor por completo; se comportaba como una niña malcriada que estuviera disfrutando de alguna travesura; y como una niña gritó:

- ¡Os lo enseñaré!-Hizo una nueva seña, le susurró algo a la doncella que llegó a su orden, y ésta regresó depositando ante ella una gran caja de metal.

Yolara extrajo de su cinturón algo con la apariencia de un lápiz, lo apretó y salió disparado un fino rayo de luz parecido a un flash eléctrico que incidió sobre el pasador. La tapa se abrió y de su interior extrajo tres cristales ovalados y planos de un matiz rosado. Le dio uno a *O'Keefe* y me alargó otro.

- ¡Observad!- Nos ordenó, colocando el tercer cristal ante sus ojos.

Miré a través de la piedra y al instante surgieron a mi vista, como si aparecieran del aire ¡Seis enanos riéndose! Cada uno de ellos iba cubierto de la cabeza a los pies por una tela tan tenue que parecían ir desnudos. La vaporosa tela parecía vibrar... parecía moverse como mercurio. Aparté el cristal de delante de mis ojos ¡Y la cámara volvió a quedar vacía! Volví a mirar a su través ¡Y vi de nuevo a los rientes hombrecillos!

Yolara hizo un nuevo gesto y desaparecieron, incluso del efecto de los cristales.

- Se debe a lo que visten, *Larri*,- le explicó *Yolara* con gracia-. Es algo que nos legaron los... Ancianos. Pero poseemos muy pocos,-suspiró.

- Tales tesoros deben ser armas de doble filo, *Yolara*,-le dijo *Larry*-. Ya que ¿cómo tenéis el convencimiento de que alguien con esos ropajes no se arrastraría a vuestras espaldas con ánimo de heriros?

-No existe tal peligro,-le respondió indiferente-. Soy la que los guarda.

Permaneció en silencio durante unos momentos, y de pronto dijo bruscamente:

- Y ahora nada más. Deberéis de presentaros ante el Consejo dentro de unos momentos... pero no temáis nada. Vos, *Goodwin*, marchad con *Rador* a visitar nuestra ciudad y aumentad vuestra sabiduría. Pero vos, *Larri*, esperadme aquí, en mi jardín...-le sonrió provocativamente... incluso con malicia-. Pues ¿no se le deberá de dar, a alguien que ha resistido en un mundo de diosas, la oportunidad de adorar a la suya una vez que la ha hallado?

Se rió abiertamente y marchó fuera. Y en aquel momento deseé a *Yolara* con más ardor que nunca antes la había deseado... y que jamás la volvería a desear.

Observé que *Rador* esperaba en la puerta abierta de jade y comencé a retirarme, pero *Larry* me agarró del brazo.

- Espere un momento,-me dijo preocupado-. Iba a decirme algo a cerca de Ojos

Dorados... lo he tenido presente durante todo el combate.

Le conté la visión que había entrevisto a través de mis medio cerrados párpados. Me escuchó con seriedad y luego rompió a reír.

- ¡A hacer puñetas la privacidad en este sitio!- se rió-. Damitas que pueden atravesar las paredes y hombrecillos con trajes de invisibilidad que les permite moverse por donde les place. Vale, vale, vale... no deje que eso le afecte a los nervios, Doc. Recuerde ¡Aquí todo es normal! Naturalmente, esa ropa es una especie de camuflaje. Pero por todos los dioses ¡Si pudiésemos conseguir unos cuantos trajes de esos!

- Ese material se limita sencillamente a absorber todas las vibraciones del espectro luminoso, o quizá sencillamente las deforma, de la misma manera que los materiales opacos las cortan,-le respondí-. Un hombre expuesto a los rayos X es parcialmente invisible; este material lo hace por completo. No sale en el registro, como dice la gente del cine.

- Camuflaje,-repitió Larry-. Y a lo que respecta al Resplandeciente... ¡Bah!-Bufó-. Ya le echaría yo encima una de las banshees de los O' Keefe. Le aseguro que nuestro ingenioso espíritu le daría tres mordiscos, un tragantón y un mamporro antes de que ni siquiera se diera cuenta de por dónde le venía la paliza. ¡Je! ¡Caray! ¡Ya le digo, amigo!

Seguí oyéndole disfrutar de la visión mientras atravesaba el arco de la pared opalina para reunirme con mi compañero de verde.

Una concha estaba esperándonos. Hice una pausa antes de subirme para examinar la pulida superficie de la calzada. Estaba hecha de obsidiana... un cristal volcánico de color esmeralda, perfecto, translúcido y sin señales de uniones o juntas. Examiné el vehículo.

- ¿Cómo funciona?-Le pregunté a Rador.

A una palabra suya, el conductor tocó un resorte y surgió una abertura bajo la palanca de control, de la que ya hablé en capítulos anteriores. En su interior pude ver un pequeño cubo de cristal negro, a través de cuyas paredes pude distinguir difícilmente una bola brillante que giraba vertiginosamente de no más de un par de centímetros de diámetro. Bajo el cubo se encontraba un estilizado cilindro de curiosa factura que giraba en la parte inferior del nautilus.

- ¡Observad!-Me dijo Rador.

Me indicó que me subiera al vehículo y se sentó a mi lado. El conductor tocó la palanca y una llamarada de energía se desplazó de la bola al cilindro. La concha comenzó a moverse lentamente, y a medida que crecía el flujo de partículas de energía, el vehículo ganaba velocidad.

- El *carial* no toca el pavimento,-me explicó Rador-. Está a esta altura,-y separó el índice y el pulgar de su mano menos de dos milímetros-, del suelo.

Y quizá sea este el mejor momento para explicar el funcionamiento de los *coria*. La energía que se utilizaba era la atómica. Pasando a través de la bola girante, los iones se lanzaban hacia el cilindro a través de dos bandas de un metal especial que se fijaba a la base de los vehículos como los patines de los trineos. Impactando sobre estas piezas, provocaban una negación parcial de la gravedad; elevando un poco el vehículo y creando al mismo tiempo una fuerza repulsiva de gran poder o empuje que se dirigía hacia atrás, hacia delante o hacia los lados según la conveniencia del conductor. La creación de esta energía y de los mecanismos de su uso eran, explicados brevemente, así:

[Las magníficas, lúcidas y excesivamente claras descripciones del Dr Goodwin

de tan extraordinario mecanismo han sido eliminadas por el Consejo Ejecutivo de la Asociación Internacional de Ciencia ya que resultarían peligrosamente sugerentes para los científicos de las potencias de Europa Central con las que recientemente estuvimos en guerra. Sin embargo, se nos ha permitido comunicar que estas descripciones se encuentran en manos de expertos de este país que, desafortunadamente, están encontrando graves problemas en el desarrollo de sus investigaciones a causa de la escasez de los elementos radiactivos que conocemos, así como a causa de la ausencia del elemento o elementos que componían la bola rotatoria del cubo de cristal negro. Aun así, y siendo el principio de este fenómeno tal claro, estamos en condiciones de afirmar que los problemas anteriormente mencionados serán solucionados en breve. J.B.K, Presidente, A.I. de C.-]

La amplia y lisa calzada se ajustaba perfectamente a los *coria*. Salían y entraban a toda velocidad de los jardines en los que, sentadas sobre almohadones, las mujeres, extraordinariamente bellas y rubias, parecían princesas del País de los Elfos descansando entre las flores y vestidas con gasas maravillosamente transparentes. Dentro de algunos vehículos pude ver a hombres trigüeños parecidos a Lugur, o los morenos parecidos a Rador. Las jovencitas de pelo negro como el ala de un cuervo eran las sirvientas de las demás mujeres, aunque de vez en cuando pude observar a algunas de estas maravillosas muchachas acompañar a algún enano rubio.

Tomamos una curva enorme que hacía la carretera enjorjada y, a gran velocidad, pasamos al lado de los acantilados cubiertos de musgo a través de los cuales habíamos llegado a este lugar desde la Cámara de la Luna. Formaban un gigantesco contrafuerte, un saliente titánico. Fue desde el borde de este gigantesco saliente desde el que salimos al exterior; a cada lado pude observar los precipicios que se elevaban hasta perderse de vista en la brillante bruma.

Los delicados y graciosos puentes bajo los que pasamos terminaban su recorrido en unos calveros que se abrían ante las enormes masas de vegetación. Cada uno de ellos contaba con una pequeña guarnición militar. En algunas ocasiones, la guarnición era atravesada por un pequeño riachuelo deudor del gran río de color obsidiana. Me contó Rador que estos puestos guardaban las carreteras a regiones más lejanas, a la tierra de los *ladala*; añadiendo que ningún ciudadano de clase inferior podía atravesar los puentes para adentrarse en la ciudad endoselada a menos que fuera convocado o tuviera un pase.

Finalizamos la curva y nos dirigimos hacia el cordón de color esmeralda que habíamos visto desde la enorme herradura que formaba la carretera. Ante nosotros se elevaban los brillantes acantilados y el lago. Aproximadamente a una milla de distancia se encontraba el último puente. Este era mucho más macizo que los anteriores y tenía un aire de antigüedad que no aprecié en los otros; el edificio de la guarnición era más grande y en su extremo la carretera, que pasaba en tangente, estaba guardada a cada lado por dos poderosos edificios parecidos a blocaos. Algo en su disposición despertó mi curiosidad.

- ¿A qué lugares conduce esta carretera, Rador?- Le pregunté.

- A un lugar del que no os hablaré por encima de todas las cosas, Goodwin,-me respondió. Y una vez más me maravillé de las cosas que me rodeaban.

Nos dirigimos lentamente hacia el enorme estribo del puente. Muy a lo lejos se divisaba la cortina prismática y multicolor de los pilares Ciclópeos. Sobre las blancas aguas se

desplazaban delicadas conchas parecidas a réplicas lacustres de los carros élficos, pero todas evitaban acercarse a la maravillosa cortina que se desplegaba en el horizonte.

- Rador ¿Qué es aquello?- Le pregunté.

- ¡Aquello es el Velo del Resplandeciente!-Me respondió lentamente.

¿Era el Resplandeciente aquel al que nosotros llamamos el Morador?

- ¿Qué es el Resplandeciente?-Le pregunté nervioso.

Una vez más quedó en silencio. No volvió a hablar hasta que tomamos nuestro camino de regreso.

Y mi curiosidad científica estaba tan despierta como mi interés. De repente me di cuenta de que era presa de un profundo desaliento. Aquel lugar era maravilloso, de una belleza indescriptible... pero en lo más profundo de mi ser podía sentir una amenaza mortal; un algo inhumano. Era como si en el jardín secreto de Dios un alma pudiera sentir cómo la observaba algún espíritu diabólico y reptante que, de alguna manera, se hubiera arrastrado hasta el santuario y esperara su momento de actuar.

CAPITULO XVII

El Leprechaun

El vehículo nos llevó de vuelta hasta el hogar de Yolara. Larry esta ba esperándome. Una vez más nos situamos frente a la tenebrosa pared en la que por primera vez nos encontramos con la sacerdotisa y la Voz. Y mientras permanecíamos frente a ella, apareció una vez más el portal con la misma brusquedad desconcertante y mágica.

Pero ahora la escena había cambiado. Alrededor de la mesa de azabache se agrupaban siete personas (entre ellas Lugal, y junto a él Yolara); todas ellas rubias y todos varones a excepción de una mujer que estaba sentada a la izquierda de la sacerdotisa: una mujer extremadamente anciana, de edad indefinida, pero cuyas facciones aún mostraban las trazas de una belleza que debió ser superior a la de Yolara, pero que ahora estaba ajada de una manera pasmosa. A través de ellas campaba una maldad extrema y espantosa que brillaba como si de un espíritu que poseyera un cuerpo ya muerto.

Y entonces comenzó nuestro interrogatorio, ya que de ello se trataba. Y a medida que éste progresaba sentí que mi asombro crecía por el cambio de actitud de O'Keefe. Toda su despreocupación había desaparecido, y raramente se reveló su innato humor en las respuestas que ofreció al interrogatorio. Parecía un cauteloso espadachín; cubriéndose, protegiéndose, sin bajar la guardia y estudiando a su oponente; o si lo prefieren, como un ajedrecista que estudia una lejana jugada esencial para la partida: alerta, contenido y vigilante. Utilizaba siempre los argumentos del poder de nuestras razas del exterior, sus multitudes y su solidaridad.

Sus preguntas se contabilizaron por miradas. ¿Cuál era nuestro trabajo? ¿Cuál era nuestro sistema de gobierno? ¿Cuán amplios eran nuestros mares?

¿Y las tierras? Se interesaron profundamente por la Gran Guerra, haciendo hincapié sobre sus causas, sus efectos. Su interés por nuestras armas era extremo. Y fueron extremadamente minuciosos en su interrogatorio acerca de las ruinas que estuvimos examinando en las islas: su posición y su entorno... y si otras personas a excepción de nosotros habían encontrado un paso hacia el interior.

En ese momento eché una mirada a Lugur. No parecía excesivamente interesado. Me pregunté si el ruso no le habría hablado ya acerca de la muchacha que vimos sobre la pared rosada de la Cámara de la Luna y acerca del verdadero motivo de nuestra expedición. Me tocó el turno de responder y lo hice tan parcamente como me fue posible, omitiendo cualquier referencia al respecto de estos acontecimientos. El hombrecillo de rojo me escuchó evidentemente aburrido, por lo que supe que Marakinoff le había contado todo. Pero presentí que Lugur había ocultado lo que sabía, incluso a Yolara, de la misma forma que supe que ella había silenciado el episodio de la pistola automática de O'Keefe y sus efectos sobre el cuenco de cristal. Una vez más tuve un profundo sentimiento de cautela, de desesperanza por encontrar la más mínima pista que me condujera a una salida de todo este laberinto.

A lo largo de dos horas fuimos interrogados y, llegado este punto, la sacerdotisa mandó llamar a Rador y nos dejó-marchar.

Larry estaba sombrío mientras salíamos de la sala y la atravesó molesto.

- El mismísimo Infierno se cuece aquí dentro,-dijo finalmente, deteniéndose tras de mí-. No puedo ver con claridad dónde está la trampa, y eso es lo que me molesta. Le puedo asegurar que vamos a tener que pelear duro. Lo que deseo es encontrar a la chica dorada cuanto antes, Doc. No la he vuelto a ver últimamente ¿y usted?-Me preguntó esperanzado.

-Ríase si quiere,-continuó-. Pero es nuestra mejor baza. Va a competir contra la banshee de los O'Keefe, pero voy a apostar por ella. Tuve una extraña experiencia cuando me encontraba en los jardines mientras usted estaba por ahí. Su voz volvió a adquirir un tono de absoluta seriedad-. ¿Ha visto alguna vez a un leprechaun, Doc?-Negué con la cabeza seriamente-. Se trata de un hombrecillo vestido de verde, -me explicó Larry. Le llegaré aproximadamente por las rodillas. Una vez vi uno... en los bosques de Carntoguer. Bueno, pues estaba sentado, medio adormilado, en el jardín de Yolara, cuando salió de uno de los arbustos, portando en la mano una pequeña cachiporra de roble.

«- Estás metido en un buen lío, Larry muchacho,-me dijo-, pero no te desalientes, chaval.

- Hago lo que puedo,- le dije-, pero estás muy lejos de Irlanda,añadí, o al menos lo pensé.

- Tienes un montón de amigos por aquí,- me respondió. -Y los pies se mueven con ligereza cuando van a donde les indica el corazón. Ahora que lo pienso, me gustaría vivir aquí, Larry,-me dijo.

- Sé dónde está ahora mi corazón,- le dije.-Se encuentra junto a una muchacha de ojos dorados y con el pelo y los pechos de Eilidh el Hada... pero no parece que mis pies vayan en la dirección correcta.

De repente se acentuó su brogue.

- Y el hombrecillo asintió e hizo girar su cachiporra.

- Por eso he venido a verte,-me dijo-. No caigas bajo los encantos de *Bhean-Nimher*, la mujer serpiente de ojos azules; es la hija de Ivor, chaval... y no hagas nada que provoque que se entristezca nuestra palomita pelirroja, Larry O'Keefe. Conozco a tu bisabuelo, y a tu tatarabuelo, y al padre de éste, niño,-continuó-, y a los O'Keefe siempre os ha perdido el pensar que en vuestros corazones había espacio más que suficiente para todas las mujeres del mundo. El corazón es una casa para una sola persona, y te advierto que a nuestra preciosa niña no le gustará meterse en una casa en la que hay una multitud de

mujeres cocinando, remendándote los pantalones, fregando el suelo y haciendo todas las tareas propias de una esposa en condiciones. ¡Aunque no creo que la chavala de los ojos azules sea del tipo de las que les gusta cocinar y remendar!

- No deberías haber hecho este viaje para contarme tal cosa,- le dije.

- Vaale..., pero yo te lo digo,-me respondió-. Se te vienen encima unos cuanto líos, Larry. De hecho, vas a estar durante un buen tiempo metido en una complicación de las gordas. Pero, recuerda que eres un O'Keefe, - me dijo-, y mientras el pequeño pueblo esté lejos de ti, chaval, te las vas a tener que apañar tu solito.

- Espero,-le dije-, que la banshee de los O'Keefe llegue aquí a tiempo... quiero decir, si es inevitable; y espero que no lo sea.

- No te angusties por eso,- me respondió-. La chica mala no puede abandonar nuestra tierra, Larry. Los viejos espíritus están muy tranquilos contigo, chico. No me importa decírtelo: si ella piensa movilizar todo su clan para venir a por ti, la entretendrán y te facilitarán el regreso a casa. ¡La que van a liar va a hacer que el Gran Viento parezca una brisita de verano sobre Lough Lene! Y eso es todo, Larry. Pensamos que oír una palabra de la Isla Verde te alegraría el corazón. No olvides que eres un O'Keefe... y te repito que los chicos están contigo. ¡Pero queremos que sigas sintiéndote orgulloso de ti mismo!»

- Volví a mirar en su dirección, pero ya había desaparecido. No sentía el corazón muy alegre... o si lo estaba, era una alegría muy sosa.

- Me voy a la cama,- me dijo de repente-. ¡Mantenga un ojo en la pared, Doc!

Durante los siete días siguientes, Larry y yo nos vimos en contadas ocasiones. Yolara buscaba cada vez más su compañía. Por tres veces nos llamaron al Consejo; una vez asistimos a una gran fiesta, cuyas sorpresas y esplendores jamás podré olvidar. Yo cada vez frecuentaba más a Rador. Juntos atravesamos las verdes barreras y nos adentramos por las tierras de los *ladala*.

Parecían poseer todo lo necesario para una vida acomodada. Pero por todos sitios podía sentir una enorme opresión, una sensación de odio que era más espiritual que material... tan tangible como ésta, pero mucho más amenazante.

- No les gusta danzar con el Resplandeciente,- repetía una y otra vez Rador en respuesta a mis esfuerzos por encontrar una respuesta.

Una vez tuve ante mí la evidencia de este estado de ánimo. Echando un vistazo a mis espaldas, pude ver una cara pálida que nos escudriñaba llena de odio desde detrás de un árbol. De repente se agitó una mano y vi que algo volaba en dirección a la espalda de Rador. Instintivamente lo aparté de un empujón. El se giró hacia mí enojado. Le señalé el pequeño proyectil que reposaba en el suelo, aún vibrando. Me asió de la mano.

- ¡Esto os lo devolveré algún día!- Me dijo.

Miró una vez más hacia el objeto. Su extremo en forma de diminuto cono estaba recubierto de una sustancia gelatinosa y brillante.

Rador arrancó de un árbol una fruta parecida a una manzana.

- ¡Observad!- Me dijo. La tiró sobre el dardo... y de repente, ante mis ojos, en menos de diez segundos ¡la fruta se pudrió!

- ¡Tal le habría sucedido a Rador si no hubiera sido por vos, mi amigo! Me dijo.

Ahora he de contar algunas observaciones fragmentadas y sin ilación, antes del preludeo al drama que es esta narración.

Primero, acerca de la naturaleza de las opacidades de ébano que se extendían entre los pabellones columnados o que cubrían los techos. Eran campos magnéticos, que absorbían

la luz volviendo negativa la vibración luminosa; se trataba, literalmente, de pantallas de energía eléctrica que formaban una barrera tan impermeable a la luz como si se trataran de telones de acero.

Hacía aparecer instantáneamente la noche donde ésta no podía existir. Pero no le ponían obstáculo alguno a la circulación del aire o el sonido. Su concepción era extremadamente simple... no más milagrosa que lo es un cristal que, inversamente a su efecto, admite la vibración luminosa pero que detiene los corpúsculos que nosotros llamamos aire... y, de manera parcial, esos otros que producen sobre nuestros nervios auditivos ese efecto que denominamos sonido.

Explicado brevemente, el mecanismo consistía en los siguiente:

[Por el mismo motivo que las explicaciones del dr. Goodwin a cerca de los motores atómicos han sido suprimidos, su descripción de las pantallas destructoras de luz también han sido suprimidas por el Consejo Ejecutivo-- J.B.E, Presidente de la A.Lde C.]

Existían dos clases de los *ladala*: los soldados y los fabricantes de sueños. Creo que estos últimos eran el fenómeno social más asombroso de todos. Negadas sus experiencias del mundo exterior y de sus entornos por su hábitat limitado, los murianos había perfeccionado un increíble sistema para escaparse de su opresión a través de su imaginación.

También poseían un sentido musical muy desarrollado. Sus instrumentos favoritos eran la flauta doble, unos órganos de tubo extremadamente complicados y arpas grandes y pequeñas. Poseían otros curiosos instrumentos que se asemejaban a tambores con un sonido de dos octavas cuya percusión afectaba extrañamente a los centros emocionales.

Y fue esta pasión por la música la que dio pie a unos de los pocos incidentes verdaderamente cómicos de nuestra vida en el interior. Larry vino a buscarme al cuarto día, creo recordar.

- Acompáñeme a un concierto,- me dijo.

Nos dirigimos a una de las guarniciones de los puentes. Rador pidió la atención del par de veintenas de guardias y, para mi infinito asombro, toda la compañía, con O'Keefe dirigiéndolos, comenzaron a cantar el himno *Dios Salve a la Reina*. Cantaron... en algo que se parecía bastante al inglés y que resultaba bastante satisfactorio para un lugar que debería encontrarse a una buena cantidad de kilómetros por debajo de Inglaterra. *¡Volved victoriosos! ¡Felices y gloriosos!* Aullaron.

Observó con regocijo que me había quedado paralizado por la sorpresa.

- ¡Les enseñé el himno en beneficio de Marakinoff!- se rió-. Espere a que ese rojo lo oiga. Le van a estallar las orejas. Y espere a oír de los labios de Yolará una preciosa cancioncilla que le he enseñado,- me dijo Larry mientras regresábamos a lo que habíamos dado en llamar *casa*. Pude ver que sus ojos brillaban con malicia.

Y lo oí. Porque unos minutos más tarde la sacerdotisa consintió en que me presentara ante ella junto con O'Keefe.

- Mostradle a Goodwin cuán fructífero ha sido vuestro aprendizaje de nuestro idioma ¡O dama de labios de miel que quema!- Murmuró Larry.

Ella dudó; le sonrió, y entonces, de su boca perfecta, de su exquisita garganta, salió una voz como de pequeñas campanillas de plata entonando una melodía que no me era desconocida:

Ella es sólo un pajarillo en una celda dorada,
Una ma-ra-vi-llo-sa visión que ver...
Y así cantó hasta el triste final.

- Cree que es una canción de amor,- me dijo Larry cuando nos marchamos-. Es parte del repertorio que le estoy enseñando. Honradamente, Doc, es la única forma de mantenerme frío cuando estoy con ella,-continuó hablándome lleno de ansiedad-. Es un demonio del mismísimo infierno... pero maravillosa. Cuando siento que voy a ceder, le hago cantar esa canción o *Take Back Your Gold!* u otra canción antigua, y vuelvo a mantenerme sereno... *pronto...* ¡Con la cabeza fría de nuevo! ¡Las canciones populares acaban con todo tipo de misterios! ¡Puñetas! me digo ¡Es sólo una mujer!

CAPITULO XVIII

El Anfiteatro de Azabache

Durante cuatro horas, el pueblo de los morenos estuvo cruzando los puentes, atravesando el río en balsas por docenas y centenas amontonándose en el gigantesco templo de las siete terrazas cuyo interior aún no había visto yo y de cuyos aledaños siempre se me había mantenido lo suficientemente apartado (sutilmente, aunque no lo suficiente como para que no me diera cuenta de ello) como para evitar que pudiera estudiarlo detenidamente. Aun así, estimé que no se elevaría de su plateada base más allá de unos veinticinco metros y su base no tendría un diámetro superior a su altura.

Me pregunté que traería a los *ladala* a Lora, y a dónde se estarían dirigiendo. Todos (jóvenes y viejos, estilizadas doncellas de ojos risueños, jóvenes enanos, madres con sus criaturas, ancianos gnomos) llevaban coronas de flores, confeccionadas con maravillosos y vistosísimos capullos y fluían, silenciosos en su mayoría, y taciturnos... en una hosquedad que los teñía de tan ácida amargura que incluso su sutil y siniestra malicia juguetona parecía reducida a pequeñas llamas de aguzada punta extraña y amenazadoramente desafiantes.

A lo largo del camino se desplegaba una multitud de soldados vestidos de verde, y la guarnición del único puente que se me permitió visitar de cerca había sido doblada.

Aun preguntándome el motivo de todo esto, me alejé de mi puesto de observación y regresé a nuestro pabellón, con la esperanza de que Larry, que había pasado las dos últimas horas en compañía de Yolara, hubiera regresado. Apenas estaba de regreso cuando Rador llegó a toda prisa, en un estado en el que se mezclaba el regocijo con una nerviosa resolución.

- ¡Venid!-Me ordenó antes de que pudiera decir una sola palabra-. El Consejo ha adoptado una resolución... y *Larri* os espera.

- ¿Qué se ha resuelto?- Resollé mientras nos precipitábamos corriendo a través del pavimentado paseo en dirección a la casa de Yolara. -¿Y por qué me aguarda Larry?

Y al oír su respuesta sentí que mi corazón se detenía y que me invadía una oleada de terror y ansia.

- ¡El Resplandeciente va a danzar!- Me respondió el hombrecillo vestido de verde. -¡Y vos asistiréis al culto!

¿Qué era aquella Danza del Resplandeciente de la que tanto se me había hablado?

Fueran cuales fueran mis presentimientos, Larry no los tenía.

- ¡Pardiez!- Exclamó cuando nos encontramos en la gran sala, ahora vacía de enanos-. Espero que merezca la pena verlo... Sin embargo, deberá tratarse de algo auténticamente bueno para que me impresione, después de los espectáculos que he presenciado en el frente,-añadió.

Con un pequeño sobresalto recordé que él carecía de todo conocimiento a cerca del Morador, a excepción de la parca descripción que yo le había facilitado... ya que no existen palabras para describir aquel increíble engendro de esplendor y horror. ¡Me pregunté qué diría y cómo reaccionaría Larry O'Keefe cuando estuviera ante aquello!

Rador comenzó a mostrar impaciencia.

- ¡Apresuraos!-Nos urgió. -¡Queda mucho por hacer... y el tiempo es escaso!

Nos condujo a una pequeña habitación en la que se encontraba una fuente en cuyo diminuto remanso las blancas aguas se concentraban mostrando una apariencia opalescente y perlada.

- ¡Baños!- Nos ordenó, y poniéndose de ejemplo se desnudó y se sumergió en el líquido.

Sólo nos permitió el hombrecillo verde bañarnos durante un par de minutos, y antes de que nos vistiéramos nos dio un repaso.

Entonces, para mi vergüenza, dos de las muchachas de negro pelo entraron en la habitación trayéndonos una túnica de un extraño tono azulado. Ante nuestro manifiesto embarazo, Rador rió a carcajadas, tomó los ropajes de manos de las doncellas y les indicó que salieran de la habitación. Aún riendo me puso uno de los ropajes. Estos poseían una textura suave, aunque era decididamente metálica; como un finísimo metal tejido con la delicadeza de una tela de araña. La túnica se ajustaba firmemente al cuello y estaba ceñida a la cintura por un cordón. Por debajo de éste, caía hasta el suelo y sus pliegues se mantenía juntos por medio de media docena de cordones. De los hombros caía una capucha que le daba a la vestimenta la apariencia del hábito de un monje.

Rador me echó sobre la cabeza el capuchón. Me cubría por completo la cara, pero su textura era tan transparente que me era posible ver, aunque parecía que veía a través de la niebla. Finalmente nos dio un par de guantes largos del mismo material y unas altas medias cuyo pie poseía cinco dedos, al igual que los guantes.

Y una vez más su risa puso de manifiesto nuestra sorpresa.

- Las sacerdotisas del Resplandeciente no confían del todo en la Voz del Resplandeciente,- nos dijo finalmente-. Y por tanto, deben prevenirse de cualquier repentino... error. Y no temáis, Goodwin,-me dijo amistosamente-, ya que Yolara no consentiría ni que el mismísimo Resplandeciente le hiciera daño alguno *a Larri*, aquí presente ni, por tanto, a vos. Pero no puedo aseguraros lo mismo con respecto al gran hombre blanco. Y lo lamento por él, ya que me gusta.

- ¿Estará con nosotros? - Le preguntó Larry nerviosamente.

- Estará donde nos dirigimos.- Le respondió el hombrecillo sobriamente.

Con seriedad Larry se agachó y extrajo su pistola automática del uniforme y le introdujo un cargador completo; luego deslizó el arma hasta la axila.

El hombrecillo observó la pistola con curiosidad y O'Keefe la palmeó mientras lo miraba.

- Esto,-dijo Larry-, extermina con más rapidez que el *Keth*... la llevaré para que aquel de azules ojos que se llama Olaf no sufra daño alguno. Si tuviera que hacer uso de ella...

¡Mejor será que os apartéis, Rador!- Añadió significativamente.

El enano asintió una vez más y nos asió con ambas manos.

- Se acercan cambios,-nos dijo-. Qué significan, lo ignoro, y tampoco sé cuándo sobrevendrán. Pero acordáos de esto... Rador os estima más de lo que jamás podáis suponer. ¡Y ahora marchemos!- Finalizó bruscamente.

Nos condujo, no hacia la entrada, sino a través de un sinuoso pasadizo que finalizaba en una pared ciega. Presionó sobre un símbolo que había tallado, y ésta se abrió de la misma manera que lo había hecho la barrera que nos encontramos en la Cámara del Estanque de la Luna. Y al igual que allí, finalizaba el pasaje en una pared baja y curvada que daba a un pozo, no oscuro y lleno de sombras premonitorias como el anterior, si no delicadamente brillante. Rador se apoyó en la pared, el mecanismo chasqueó y se puso en marcha: las paredes del vehículo se colocaron en su sitio y nos deslizamos velozmente por el pasadizo mientras que frente a nosotros silbaba el viento. En breves momentos la plataforma móvil comenzó a perder velocidad y se detuvo en una cámara no más grande que ella.

Rador extrajo su puñal y golpeó dos veces sobre la pared frente a la que nos habíamos detenido. Inmediatamente, un panel se desplazó revelando un espacio lleno de una bruma levemente azul. A cada lado del pasadizo se encontraban cuatro enanos de cabellos canosos, vestidos de blanco y apuntándonos con una pequeños báculos plateados.

Rador extrajo de su cinturón un anillo y se lo mostró al primer guardián. Éste lo examinó, se lo dio al que estaba a su lado, y no fue hasta que lo hubieron examinado todos que no bajaron sus curiosas armas, supuse que cargadas de aquellas terrible energía que denominaban *Keth*; cosa que supe de cierto más tarde.

Salimos de la pequeña estancia y las puertas se cerraron a nuestras espaldas. El lugar en el que nos hallamos era muy extraño. Su suelo estaba pavimentado de piedra verde azulada con vetas de lapislázuli. A los lados se extendían unos pedestales que servían de base a estatuas labradas en el mismo tipo de piedra. Quizá habría un par de veintenas, aunque a causa de la niebla no pude apreciar sus rasgos. Un sonido zumbante y profundo nos rodeó llenando la caverna.

- Puedo oler el mar,- me dijo Larry de repente.

El sonido se tomó más profundo, clamoroso, y frente a nosotros se abrió una grieta. Con una extensión de veinte metros, cortaba a tajo el suelo de la caverna y se desvanecía la niebla azul tanto por arriba como por abajo. La fisura estaba atravesada por un puente de piedra de no más de tres metros de ancho y que no poseía tipo alguno de barandilla o protección.

Los cuatro sacerdotes marcharon en cabeza y se encaminaron hacia el puente con nosotros marchando detrás. A mitad de camino se arrodillaron. Quince metros más abajo discurría un torrente de agua de profundo color azul que se desplazaba a una velocidad prodigiosa por entre las pulimentadas paredes. Daba la impresión de poseer una vastísima profundidad. Sus aguas rugían a medida que desaparecían bajo un arco situado a nuestra derecha. Tal era su velocidad que su superficie brillaba como acero azul pulimentado, y de esas aguas fue de donde nos llegó aquel olor a nuestro bendito y familiar océano que conmovió mi alma y que me hizo darme cuenta de cuánto añoraba nuestra tierra.

Tal era el asombro que me producía la corriente y el misterio de su nacimiento que olvidé todo lo demás mientras la atravesábamos. ¿Estábamos tan cerca de la superficie como había supuesto, o este río era la consecuencia de algún asombroso sumidero en el

fondo del océano, el cielo sabe a qué distancia sobre nosotros, y que se perdía en profundos abismos más allá de donde nos encontrábamos? ¡Cuán cercana y a la vez lejana estaba la verdad, aprendí más tarde! ¡Y jamás le llegó a un hombre la verdad de las cosas de la espantosa manera que a mí me llegó!

El rugido se apagó lentamente y la neblina azul comenzó a disiparse. Frente a nosotros se reveló una escalera de amplios escalones, tan grande como aquella que nos había llevado al patio de las ruinas de Nan-Tauach a través de los farallones derruidos. A medida que subíamos por ella, se iba estrechando hasta que pudimos ver la entrada aún más estrecha iluminada por una luz que caía del techo. Uno junto al otro, Larry y yo la atravesamos.

Habíamos ido a salir a una enorme plataforma que parecía fabricada en marfil cristalizado. Ante nosotros se extendía una decena de metros o más y finalmente descendía suavemente hasta tocar las aguas blancas. Frente a nosotros (no más allá de quinientos metros) se encontraba el prodigioso velo de arco iris que Rador había llamado el Velo del Resplandeciente. Desde allí lo pude ver brillar con toda su pavorosa grandeza, extendiéndose a cada lado de los Pilares Ciclópeos, como si una montaña hubiese extendido hacia arriba sus brazos y hubiera sujetado entre ellos una porción de la aurora boreal. A sus pies se extendía el arco del puerto, con sus arracimados y brillantes templos.

Una vez que me hube recuperado de tan fascinante visión, se apoderó de mi alma la sensación de que ésta soportaba un enorme e intolerable peso; una opresión espiritual tal como si algo de vastas proporciones hubiera caído sobre mí presionándome y aplastándome. Me giré y pude ver que Larry se había dado cuenta del impacto que había sufrido.

- ¡Tranquilo! ¡Tranquilo, viejo amigo!- Me susurró.

Al principio, todo lo que pudo apreciar mi asombrada consciencia fue una inmensa, inconmesurable vacuidad que me golpeó con el mismo vértigo que si hubiera mirado hacia abajo desde una altura imposible... lo siguiente que vi fue el contorno de muchas caras pálidas... el intolerable brillo de cientos de miles de ojos. Y finalmente un inmenso, increíblemente gigantesco anfiteatro de azabache, un colosal semicírculo que sostenía el enorme arco de marfil sobre el que me encontraba.

El edificio se elevaba casi perpendicularmente hacia los cielos cientos de metros, mientras clavaba sus baluartes de ébano a cada lado como si fueran colosales garras. Una vez que hube superado el impacto de su visión gigantesca, vi que se trataba de un anfiteatro construido grada sobre grada, y que la masa de pálidos rostros que había visto contra su negrura, el brillo de los incontables ojos, pertenecían a las miradas de personas que se sentaban, silenciosas, engalanadas de flores, observando casi idiotizadas la cortina multicolor ¡apabullándome con su número, aplastándome!

Doscientos metros más allá, se elevaba la pulimentada y poderosa base del anfiteatro. Por encima se levantaba la primera terraza de asientos y por encima de ésta, abarcando un área de cien metros, se extendía una superficie lisa y absolutamente negra sobre la que brillaba fantasmagóricamente con una tonalidad azulada un gigantesco disco con la estructura de un panel, rodeándolo pude ver un interminable número de discos menores.

A ambos lados de donde me encontraba se alineaban una gran cantidad de palcos que rodeaban el borde de la plataforma, de la que las separaba un pequeño parapeto. Unas rejas de delicada factura las cerraban a excepción de los laterales por los que se abrían las

entradas. Me recordaron a los antiguos confesionarios de las antiguas catedrales góticas en las que durante siglos se habían arrodillado los paladines y las gentes de mi propia raza, allá sobre la superficie de la tierra. Y en el interior de tales palcos pudimos ver a las mujeres de delicada belleza élfica y a los enanos de la raza de los rubios. A mi derecha, y a unos pocos de metros del pasaje por el que habíamos llegado, un pasillo recorría los palcos enrejados. A medio camino entre la base del anfiteatro y nuestra posición se elevaba un estrado. Y desde éste hasta la plataforma se elevaba una rampa; y sobre la rampa y el estrado y a todo lo largo del centro de la brillante plataforma besada por las blancas aguas, se extendía un amplio cinturón de flores que se asemejaba a una alfombra tejida por las hadas.

A un lado de este estrado, vestida con una delicada malla que no ocultaba ninguna redondez o línea de su maravilloso cuerpo, con su pálida piel brillando a través del tejido, se encontraba Yolara: y frente a ella, coronado con una diadema de brillantes piedras azules, pero completamente desnudo, se encontraba Luger.

O' Keefe jadeó por la sorpresa; Rador me tomó del brazo y, aún impactado por la sorpresa, dejé que me condujera por el pasillo y a través del corredor que discurría por detrás de los palcos. El hombrecillo de verde se detuvo frente a uno de éstos, abrió la puerta y nos invitó a entrar.

Una vez que estuvimos dentro me di cuenta de que nos encontrábamos justo frente a rampa que se elevaba desde el estrado... y que Yolara no se encontraba a más de diez metros de nosotros. La muchacha miró a O'Keefe y le sonrió. Sus ojos brillaban con diminutos puntos de luz; su cuerpo parecía palpitar, sus delicadas redondeces parecían hincharse con regocijantes oleadas de ansiedad.

Larry silbó quedamente.

- ¡Ahí está Marakinoff!- Me dijo.

Miré hacia donde me señalaba. Frente a nosotros se encontraba sentado el ruso, vestido con los mismos ropajes que nosotros, inclinado hacia delante, con una mirada de impaciencia tras las gafas; pero si se percató de nuestra presencias, no dio muestras de ello.

- ¡Y ahí está Olaf!- Dijo O'Keefe.

Bajo el estrado en el que estaba sentado el ruso se abría un espacio en el que se encontraba Huldricksson. Sin protección de columnas o rejas, expuesto al vacío de la plataforma, y junto a la alfombra de flores que conducía al estrado en él aguardaban Luger y la sacerdotisa Yolara. Estaba sentado sólo, y mi corazón voló hasta él.

La cara de O'Keefe se llenó de ternura.

-Traedlo junto a nosotros,- le pidió a Rador.

El hombrecillo de verde estaba mirando hacia el escandinavo también, y una sombra de piedad cruzó su rostro. Meneó la cabeza.

- ¡Esperad!- Nos dijo, -no podéis hacer nada por ahora... y puede que nada necesitéis hacer,- añadió; pero pude sentir poca convicción en sus palabras.

CAPÍTULO XIX

La Locura de Olaf

Yolara elevó sus blancos brazos. Desde los montañosos estrados se escapó un gigantesco suspiro que se extendió como una ola. Y un instante después, antes de que Yolara dejara caer los brazos, comenzó a dejarse oír un sonido que en apariencia procedía del mismo aire que nos rodeaba: un sonido repicante que debía ser el ruido de algún dios jugando a encestar grandes soles en la cesta de las estrellas. Se parecía a las notas más profundas de todos los órganos del mundo emitiendo la misma nota ¡Un sonido majestuoso, cósmico, heráldico!

Poseía la música de las esferas rodando a través del infinito, el sonido del nacimiento de los soles en el útero del espacio, los ecos de los acordes de una creación sobrenatural. Estremecía todo el cuerpo como un pulso que llegara desde el corazón del universo... Palpitando y desapareciendo.

En el momento en que se apagó, estalló el bramido de las trompetas de todos los conquistadores que han existido desde el primer faraón, conduciendo a sus huestes, triunfales, arrolladoras; las hordas clamorosas de Alejandro, los imponentes cuernos de las legiones del Cesar, las estrepitosas trompetas de la horda dorada de Genghis Khan, el estruendo de las miríadas de levas de Tamerlán, los clarines de los ejércitos de Napoleón... ¡El grito de guerra de todos los conquistadores del mundo! ¡Y repentinamente murió!

Desde el cenit de los cielos llegó el sonido pulsante, envolvente de las arpas, la dulzura de los cuernos, el apasionado y dulce canto de una multitud de flautas y gaitas invitando al baile, llevando en su interior la llamada de las cascadas de lugares recónditos, de veloces arroyos y de murmurantes vientos corriendo entre los bosques... llamando, llamando, lánguidamente, adormecedoramente, introduciéndose en el cerebro como si fuera la mismísima esencia de todos los sonidos. Y tras esto, el silencio, un silencio en el que el recuerdo de la música estremecía aún más que antes, sacudiendo todos los nervios.

Toda mi aprensión y mi miedo habían desaparecido. En su lugar no existía otra cosa que una feliz esperanza, una liberación sobrenatural que hacía de cualquier miedo o preocupación una mera sombra de una sombra; ya nada importaba: Olaf y sus ojos llenos de tristeza y terror; Throckmartin y su destino... no había dolor, no existía la agonía, los sacrificios, la resolución y la desesperación habían quedado atrás en aquel mundo exterior que se había convertido en un sueño turbulento.

Una vez más sonó la gran nota del principio. Una vez más murió y de las amontonadas esferas salió disparada una llamarada kaleidoscópica como si el mismo sonido la hubiera disparado. Los multicolores rayos atravesaron las blancas aguas y golpearon la superficie del irisado Velo. En el momento en que lo tocaron, chisporroteó, llameó, ondeó y se estremeció en una montaña de prismáticos colores.

La luz aumentó de intensidad... y en esta intensidad el plateado aire se oscureció. El blanco mosaico de rostros con coronas de flores que ocupaba el anfiteatro de azabache desapareció en la oscuridad mientras que inmensas sombras caían sobre los elevados estrados y los amortajaba. Pero en las alturas los palcos enrejados en los que nos encontrábamos junto a los seres rubios se mantuvieron iluminados, iridiscentes, como joyas.

Me di cuenta de que se me había acelerado el pulso; que los nervios se me habían excitado de manera salvaje. Sentí cómo me elevaba por encima de aquel mundo y me aproximaba a los umbrales de los mismísimos dioses ¡Pronto me penetrarían su esencia y su poder! Eché una mirada a Larry; sus ojos brillaban salvajemente ¡Llenos de vida!

Miré a Olaf... y en su rostro no advertí ninguna de nuestras emociones: solo odio, odio, más odio.

Las oleadas de color azul flotaron sobre las aguas, surcando la palpable oscuridad, como un arco iris de gloria. Y el velo relampagueó como si todos los arco iris que jamás han existido estuviesen ardiendo en su interior. Una vez más sonó aquel espantoso sonido.

Desde el centro del Velo la luz comenzó a centellear, creció hasta alcanzar una intensidad intolerable... y acompañado por el sonido de campanillas, por una tempestad de notas cristalinas, por un tumulto de diminutos címbalos ¡Apareció el Resplandeciente!

Atravesando el paso de luz, con inmensas llamaradas brotando de su interior y sus chispeantes espirales de color, acompañado por sus siete globos de siete colores brillando por encima de él, se dirigió hacia nosotros. El huracán de delicadas campanillas de cristal creció en alegría. Sentí cómo O'Keefe me agarraba del brazo; Yolara extendió los brazos en un gesto de bienvenida; oí cómo se escapaba de las gradas un aullido de éxtasis... y bajo este aullido pude apreciar un desgarrador gemido de agonía.

Sobre las aguas, descendiendo por el paso luminoso, aproximándose al dique de marfil, flotaba el Resplandeciente. A través del pizzicato de cristal se escapaba un inarticulado murmullo... mortalmente suave, robando el corazón y haciéndolo saltar locamente.

Durante unos instante se detuvo, se mantuvo quieto en el aire, y de repente comenzó a moverse girando a través del pasillo de flores hacia su sacerdotisa, lentamente, cada vez más lentamente. Durante un momento se mantuvo flotando entre la mujer y el enano, como si los contemplara; se giró hacia ella con el sonido de las campanillas amortiguado y los murmullos apenas perceptibles. Se inclinó hacia ella y pareció que Yolara absorbía pulsantes oleadas de poder; ¡Estaba hermosísima, gloriosa, diabólica hasta la locura, y al mismo tiempo celestial hasta la locura! ¡Afrodita y la Virgen! ¡Tanith de los cartagineses y Santa Brígida de Gran Bretaña! ¡Una reina del Infierno y una princesa de los Cielos! ¡Todo en la misma mujer!

Sólo durante unos instante se detuvo aquello que nosotros llamábamos el Morador y ellos el Resplandeciente. Se deslizó por la rampa hasta el estrado, paró unos instantes, se giró lentamente, con las llamaradas y las espirales extendiéndose y encogiéndose, palpitando y pulsando. Su núcleo se volvió más claro y más fuerte... humano en ciertos aspectos, pero inhumano en su conjunto; ni mujer ni hombre, ni dios ni diablo; sutilmente formando un conjunto con todo. En ningún momento dudé de su naturaleza: en el interior de su núcleo luminoso reposaba algo sensitivo; algo que poseía voluntad y energía, y una inteligencia sobrenatural y terrorífica.

Se produjo otro toque de trompetas, se oyó un ruido de piedras separándose, y de pronto percibí el sonido de un gemido de profundísima angustia... algo se movía delicadamente en el río de luz, y de pronto, primero lentamente y luego con más rapidez, unas formas comenzaron a deslizarse por el pasillo de luz. Habría como una veintena de ellas... muchachas y muchachos, hombres y mujeres. Perteneían al Resplandeciente, él las poseía. Se acercaron más, y pude ver en sus ojos cómo se mezclaban en un maremágnum las emociones, el júbilo y la pena, el éxtasis y el terror, tal y como había visto en Throckmartin.

La cosa comenzó de nuevo a murmurar... ahora infinitamente bajo, casi mimosamente... como si se tratara del canto de una sirena de alguna estrella embrujada. El sonido de las campanillas volvió a repetirse empujándonos hacia él, llamándonos, llamándonos,

llamándonos.

Vi que Olaf comenzaba a alejarse de su puesto y vi, casi inconsciente, que a una señal de Lugur tres enanos se movían sigilosamente hasta colocarse a sus espaldas.

En ese momento, la primera de las figuras se dirigió hacia el estrado y se detuvo. ¡Era la muchacha que habían llevado frente a Yolara cuando el gnomo llamado Songar había sido enviado a la nada! Con una velocidad aterradora, una espiral del Resplandeciente se alargó y rodeó su cuerpo.

Pude ver que, a su toque, la muchacha se encogía de terror pero que al mismo tiempo parecía invadida por el deseo de fundirse en su luz. A medida que apretaba sus espirales contra el cuerpo de la muchacha y la penetraba, el coro de sonidos de cristal crecía hasta convertirse en un tumulto; más y más la luz pulsaba a través de su cuerpo. Y comenzó aquello, infinitamente terrorífico pero infinitamente glorioso, que denominaban la danza con el Resplandeciente. Y mientras la muchacha giraba confusamente en la chispeante neblina, más y más gente comenzó a acercarse a aquel abrazo, hasta que el estrado se convirtió en una visión increíble, en un Sabbath en el que las brujas adoraban a una estrella demente; un altar de pálidos rostros y de cuerpos destellando a través de una llama vívida, transformados por un insoportable éxtasis y un horror dantesco... y las llamas y las espirales extendiéndose, y el núcleo del Resplandeciente creciendo, cada vez más grande ¡Mientras consumía y devoraba la fuerza vital de aquellos desgraciados!

Y así comenzaron todos a girar entrelazados mientras comenzaba a drenarse de sus cuerpos la vida, la vitalidad, mientras que nosotros sentíamos que la esencia de sus naturalezas nos colmaba. Confusamente me percaté de que lo que estaba presenciando era una forma de vampirismo inconcebible. Los espectadores que ocupaban los estrados comenzaron a cantar y aquellos tremendos sonidos avanzaron como una ola.

¡Era la saturnal de los semidioses!

Entonces, girando, con los sonidos de las campanillas martilleándonos los oídos, el Resplandeciente comenzó a descender lentamente del estrado hacia la rampa, aún abrazando y entretejiendo a aquellos que se habían arrojado hacia sus espirales. Compartieron con él una danza terrorífica, con los rostros mostrando las señales de aquellos que han establecido un vínculo eterno con los dioses y los demonios. Me cubrí los ojos.

Escuché un suspiro de O'Keefe, abrí los ojos y lo miré; vi como el salvajismo se desvanecía de su rostro mientras se inclinaba hacia delante lleno de tensión. Olaf se había alejado de su posición y los enanos que lo estaban vigilando lo habían atrapado. Ya fuera voluntariamente o por algún movimiento brusco y repentino, cayó hacia delante con medio cuerpo sobre el camino del Morador. El ser detuvo sus giros y pareció observarlo. El rostro del escandinavo estaba púrpura mientras sus ojos refulgían. Se retiró rápidamente y, con un grito de desafío, levantó sobre su cabeza a uno de los enanos y lo envió volando por los aires directamente hacia la cosa brillante. Como una masa de brazos y piernas girando por los aires, el hombrecillo voló en dirección al Resplandeciente y, repentinamente, como si lo hubiera detenido una mano gigantesca, se detuvo bruscamente y cayó al suelo sobre la plataforma a menos de diez metros del Resplandeciente.

Se arrastró por el suelo como una araña herida, débilmente, una vez, dos. Un tentáculo salió despedido del Resplandeciente, lo tocó y retrocedió. El sonido de campanillas cambió a un chirrido de odio. Desde todos los puntos del anfiteatro se escapó un suspiro

de incrédulo horror.

Lugur saltó hacia delante. Inmediatamente después, Larry se encontraba de pie sobre la barandilla pequeña corriendo por entre los pilares en dirección a Olaf. Mientras corrían ambos en su dirección, el escandinavo dio otro grito salvaje y se lanzó contra la garganta del Resplandeciente.

Pero antes de que pudiera tocar a la cosa, que ahora se había parado por competo (y jamás vi una cosa tan espantosa como aquella, con la sorpresa grabada en cada una de sus facciones), Larry lo echó a un lado de un empujón.

Traté de seguir al irlandés, pero me detuvo Rador. Estaba temblando... pero no te terror. En su rostro pude ver que se reflejaba un atisbo de esperanza, de ilusión.

- ¡Esperad!-Me dijo-. ¡Esperad!

El Resplandeciente alargó una de sus espirales casi a ras del suelo y en ese momento pude ver al hombre más valiente que jamás había visto. Con una rapidez pasmosa, Larry se interpuso entre Olaf y la cosa, con la pistola desenfundada. El tentáculo lo tocó y el tejido de su hábito azul relampagueó con un intenso fognazo azul. De su pistola automática que sujetaba con una mano enguantada salieron tres rápidos fognazos en dirección a la cosa. El Morador retrocedió y los sonidos de campanillas experimentaron un crescendo.

Lugur se detuvo, con la mano levantada, y pude ver que sostenía uno de los plateados conos *keth*. Pero antes de que pudiera hacer fuego contra el escandinavo, Larry se había despojado de su túnica, arrojándola sobre Olaf, y mientras lo apartaba con una mano del Resplandeciente, apretó su pistola contra el estómago de Lugur. Sus labios se movieron, pero no pude oír lo que decía. Sin embargo Lugur lo entendió, pues dejó caer el instrumento.

En ese momento, apareció Yolara. Todo el suceso no había durado más de cinco segundos. La joven se interpuso entre los tres hombres y el Morador. Le habló, el sonido de odio remitió y regresó la música de campanillas. La cosa le murmuró algo y comenzó a girar, más rápido, más rápido, descendió del dique de marfil, salió a las aguas llevando consigo, fundidas en su ser, a los desgraciados que le habían sido sacrificados y se deslizó con rapidez, triunfalmente girando, girando con su fantasmal presa, a través del Velo.

Bruscamente el pasillo policromo desapareció en el aire. La plateada luz volvió a descender sobre todos y del anfiteatro surgió u clamor, un grito. Marakinoff, con los ojos desencajados, estaba en pie, escuchando. Ya liberado de la presa de Rador, salté sobre la barandilla y corrí, pero no antes de haber oído al enano murmurar:

- ¡Existe algo más poderoso que el Resplandeciente! ¡Dos elementos, sí, un corazón bravo y uno lleno de odio!

Olaf, jadeando, con los ojos brillantes, tembloroso, se encogió al sentir mi mano sobre él.

- ¡Era el demonio que se llevó a mi Helma!-Le oí susurrar-.¡El Demonio Resplandeciente!

- Estos hombres... -Dijo Lugur rabioso-, los dos, deberán danzar con el Resplandeciente. Y éste también-. Me señaló con maldad.

- Este hombre es mío,-dijo la sacerdotisa con un tono amenazador. Posó una mano sobre el hombro de Larry-. El no ha de danzar. Y tampoco lo hará su amigo. ¡Y ya os dije que éste me era indiferente!- Le dijo señalando a Olaf.

- Ni este hombre, ni aquel tampoco,-les dijo Larry-, han de sufrir daño alguno. ¡Y esta es mi palabra, Yolara!

- ¡Así se hará, mi señor!-Le respondió ella rápidamente.

Vi que Marakinoff observaba a O'Keefe con un nuevo y calculador interés. Los ojos de Lugur brillaron como si reflejaran las llamas del infierno; levantó las manos como si la fuera a golpear. La pistola de Larry le convenció de lo contrario.

- ¡Déjate de tonterías por ahora, chaval!- Le dijo O'Keefe en inglés.

El hombrecillo vestido de rojo tembló, se giró, le arrancó de los hombros la túnica a un sacerdote que se encontraba cerca y se la puso. Los *ladala*, gritando y gesticulando, luchaban contra los soldados mientras se empujaban unos a otros gradas abajo.

- ¡Venid!- Nos ordenó Yolara, y sus ojos se posaron sobre Larry-. Verdaderamente que vuestro corazón es grande... ¡Mi señor!- murmuró con una voz rebosante de dulzura.- ¡Venid!

- Este hombre ha de venir con nosotros, Yolara- Le dijo O'Keefe señalando a Olaf.

- Traedlo con vos,-le respondió ella-. Traedlo... ¡Sólo pedidle que no vuelva a posar sobre mí su mirada tal y como lo hizo anteriormente!- Añadió fieramente.

Siguiendo sus pasos pasamos los tres por entre los palcos, donde habían estado sentados los rubios, ahora sumidos en el silencio y observando como si los consumiera una profunda duda. A mi lado, Olaf avanzaba a largas zancadas. Rador había desaparecido. Bajamos las escaleras, atravesamos la sala llena de neblina color turquesa, atravesamos el puentecillo que pasaba sobre la torrentera y nos detuvimos junto a la pared a través de la cual habíamos entrado. Los sacerdotes vestidos de blanco habían desaparecido.

Yolara presionó sobre el muro y se abrió una puerta. Nos introdujimos en el vehículo, la sacerdotisa empujó la palanca y nos precipitamos a través de un sombrío corredor hasta su hogar.

Y supe algo con tal certeza que me enfermó tanto el corazón como el alma: Era inútil seguir buscando a Throckmartin. ¡Tras aquel Velo, en el cubil del Morador, como los zombis que habíamos observado bañándose en su luz, se encontraba él, y también Edith, Stanton y Thora y la esposa de Olaf!

El vehículo se detuvo y el portal se abrió, Yolara descendió con un gracioso movimiento, nos llamó por señas y se dirigió a toda prisa corredor arriba. Se detuvo ante una pantalla negra como el ébano. Cuando la tocó, desapareció en el aire, revelando la entrada a una pequeña habitación azul, resplandeciente como si hubiera sido tallada en el mismo corazón de un zafiro gigantesco y desnuda salvo por un enorme globo de cristal lechoso que se elevaba sobre un bajo pedestal en el mismo centro de la habitación. Sobre su superficie se perfilaban nebulosas manchas como si se trataran de pequeños mares y continentes, pero si de eso se trataba, debían pertenecer a otro mundo o al nuestro en algún pasado inmemorial, ya que no me fue posible reconocer ningún perfil como perteneciente a algún territorio de nuestro planeta.

En equilibrio sobre el globo se encontraban dos figuras, en actitud de alcanzar el espacio, abrazadas una a la otra y besándose en los labios. Se trataba de dos figuras, un hombre y una mujer, tan detalladas, tan reales que durante unos instantes no me percaté de que también estaban talladas en cristal. Y ante este santuario (ya que supe que no podía tratarse de otra cosa) se elevaban tres estilizados conos; uno constituido por la más pura de las llamas, uno de líquido opalescente y el tercero de luz de luna. No podría

explicar cómo esas tres figuras, altas como un hombre, retenían sus elementos para que se mantuvieran en aquel estado, pero no existía error alguno en su composición.

Yolara se inclinó lentamente una, dos, tres veces. Si giró para mirar a O'Keefe, por su gesto y su mirada pude apreciar que no se daba cuenta de la presencia de otras personas en el santuario. Los azules ojos se abrieron plenamente, buscando, con una mirada de profundidad abismal, y se acercó más estrechamente; reposó sus blancas manos sobre los hombros de él, mirando hasta lo más profundo de su alma.

- Mi señor,-murmuró-, Ahora escuchadme, ya que yo, Yolara, os ofrezco tres cosas: a mí misma, y al Resplandeciente, y el poder que reside en el Resplandeciente... así sea, y aún una cuarta cosa que contiene a las otras tres: ¡Poder sobre todo lo que reside en el mundo superior del que provenís! Todo esto, mi señor, poseeréis. Lo juro.- Se giró hacia el altar y elevó los brazos. -¡Por Siya y por Siyana, y por la llama, por el agua y por la luz!¹⁵

Los ojos de la muchacha adquirieron una color púrpura oscuro.

- ¡Que nadie ose apartaos de mí! ¡Ni oséis jamás vos apartaos de mí sin ser invitado a ello!-Susurró fieramente.

Luego, con gesto delicado, ignorando aún nuestra presencia, rodeó a O'Keefe con sus brazos, apretó su blanco cuerpo contra el pecho del joven y elevó los labios con los ojos cerrados. Los brazos de O' Keefe se apretaron alrededor de la delicada figura, bajó la cabeza mientras sus labios buscaban el contacto con los de ella ¡Y se fusionaron en un apasionado beso! De lo más profundo de Olaf salió un profundo suspiro que casi era un gruñido. ¡Pero ni en lo más profundo de mi ser pude encontrar una razón para culpar al irlandés!

La sacerdotisa abrió por fin los ojos, ahora de un azul neblinoso, se apartó de él y le observó detenidamente. O'Keefe, de una palidez mortecina, elevó una temblorosa mano hacia su cara.

- ¡Y así sello mi juramento, oh mi señor!-Susurró la joven.

Por primera vez pareció percatarse de nuestra presencia, nos observó durante unos instantes, nos ignoró, y se giró hacia O'Keefe.

- ¡Marchad, ahora!-Nos dijo-. Pronto vendrá Rador a buscaros. Luego... bien ¡Luego, dejemos que las cosas sucedan!

Le sonrió una vez más, dulcemente; se volvió hacia las figuras que coronaban la gran

¹⁵ *No poseo espacio suficiente en este escrito ni tan siquiera para perfilar escuetamente la escatología de estas personas, ni tampoco para catalogar su panteón. Siya y Siyana tipificaban el amor terrenal. Sin embargo, su ritual estaba curiosamente libre de aquellos elementos que habitualmente se pueden encontrar en los cultos amatorios. Los sacerdotes y sacerdotisas de todos los cultos habitaban en la inmensa estructura formada por las siete terrazas, de la que el anfiteatro de azabache era la parte acuática. El símbolo, icono o representación de Siya y Siyana (la esfera con las figuras emergentes) era representativo del amor terrenal: los pies reposando sobre la tierra, pero los ojos a la altura de las estrellas. Jamás oí hablar de cielo o infierno, ni de equivalentes algunos; a menos que la existencia de los dominios del resplandeciente hiciera las veces para estos lugares. Sobre todas las deidades se elevaba Thanaroa, remoto, ausente, pero aún así hacedor y gobernante de todo ¡La personificación ausente de la Primera Causa! Thanaroa parecía ser la deidad adorada por la casta militar (Radur, reverente hacia los Ancianos, parecía ser la excepción). Hasta aquí soy capaz de discernir el verdadero impulso religioso de los marianos hacia un dios todopoderoso. Encuentro este aspecto verdaderamente interesante, ya que mi teoría siempre ha sido (situando este terna dentro de los límites de tata fórmula geométrica) que el atractivo de los dioses hacia el hombre aumenta uniformemente de acuerdo con el cuadrado de la distancia que los separa (WT.G.)*

esfera y se puso de rodillas ante ellas. Nos retiramos silenciosamente, y aún en silencio recorrimos nuestro camino hasta el pequeño pabellón. Pero mientras entrábamos escuchamos un tumulto que provenía de la verde carretera: gritos de hombres y de vez en cuando el lamento de una mujer. A través de un claro en el follaje pude ver a una multitud que empujaba y retrocedía sobre uno de los puentes. Los enanos vestidos de verde forcejeaban con los *ladala*, y todo lo envolvía un zumbido igual al que provocaría un avispero gigantesco que hubiera sido puesto en pie de guerra.

Larry se arrojó sobre uno de los divanes, se cubrió la cara con las manos, las volvió a bajar para fijar la mirada en los ojos rebosantes de reproche de Olaf, y finalmente dirigió la mirada hacia mí.

- No pude evitarlo,-nos dijo medio desafiante y medio arrepentido-. ¡Dios, qué mujer! ¡No pude evitarlo!

- Larry,le respondí-. Entonces... ¿Por qué no le dijo que no la ama? Me miró de reojo... y volví a ver en sus ojos aquel antigua expresión picaresca.

- ¡Habla como un científico, Doc!-Exclamó-. Creo que si un ángel flamígero apareciera a su lado y comenzara a volar a su alrededor, usted le pediría educadamente que procurara no quemarle. ¡Por el amor de Dios, no diga tonterías, Goodwin!- Finalizó la frase casi malhumorado.

- ¡Diabólico! ¡Diabólico!- La voz del escandinavo era muy profunda, casi parecía un cántico. -Todo aquí es diabólico: Esto es el Reino de los Trolls y el Helvede¹⁶ a la vez ¡Ja! Y ella es una bella *djaevlsk*... ella no es más que la ramera de ese diablo resplandeciente que adoran. Yo, Olaf Huldricksson, se lo que quiere decir cuando te promete todo el poder sobre el mundo, ¡Ja!... ¡Como si el mundo no soportara ya suficientes demonios!

- ¿Qué?- Exclamamos a la vez O'Keefe y yo.

Olaf hizo un gesto de cautela, y se envolvió en un silencio repentino. Escuchamos unas pisadas en el camino y pudimos ver a Rador... pero no el Rador que conocíamos. Cualquier vestigio de sarcasmo había desaparecido de sus facciones; curiosamente solemne saludó a O'Keefe y a Olaf con un saludo que, anteriormente, sólo le había visto hacer ante Yolara y Lugur. Pudimos oír cómo el tumulto aumentaba de volumen e, inmediatamente se alejó. El hombrecillo encogió sus poderosos hombros.

- ¡Los *ladala* se han levantado!-Nos comunicó-. ¡Demasiado para lo que pueden hacer dos valientes varones !-Se detuvo pensativo-. ¡Los huesos y el polvo no forcejean para derribar a una pared de grava!- añadió con una mirada extraña-. Pero si a los huesos y el polvo se les ha revelado que así podrían recuperar la... vida...

Se detuvo bruscamente, mirando con fijeza el globo que utilizaban para comunicarse¹⁷.

¹⁶ N. del T: *Helvede: el Reino de los Muertos en la mitología de Europa septentrional. En el Helvede reinaba Hel, hija de Loki, el embustero gigante o semidiós compañero de los dioses, y que engendrará al lobo Fenrir que se volverá contra los dioses en el Ragnarok.*

¹⁷ *Me he dado cuenta que he obviado la explicación sobre el funcionamiento de estos interesantes mecanismos que eran, todo en uno, teléfonos, dictáfonos y telégrafos. He de asumir que el lector está familiarizado con los aparatos receptores de telegrafía sin hilos, los cuales deben ser -sintonizados- por el operador hasta conseguir que la calidad vibratoria se encuentra en exacta armonía con las vibraciones (impactos extremadamente rápidos) de esas ondas cortas eléctricas que llamamos herzianas, y que transportan los mensajes sin hilos. También debo asumir que se encuentra familiarizado con los hechos más elementales de la física, y que sabe que las vibraciones sonoras y luminosas son intercambiables. Los globos audiodarantes utilizaban ambos principios, y con una simplicidad consumada. La luz con la que*

- La *Afo Maie* me ha enviado para que os vigile hasta que os convoque,-nos anunció claramente-. Va a haber una... celebración. Vos, *Larri*, y vos, Goodwin, habréis de acudir. Yo permaneceré aquí con... Olaf.

- ¡No se os ocurra hacerle daño alguno!- Le espetó O'Keefe fríamente.

Rador se tocó el corazón y los ojos.

- Por los Antiguos, y por mi amor hacia vos, y por lo que hicisteis ambos ante el Resplandeciente... ¡Lo juro!- Susurró.

Rador batió palmas, un soldado se aproximó por el paseo llevando en las manos una caja larga y plana de madera pulida. El hombrecillo de verde la tomó, despidió al mensajero y abrió el cierre.

- He aquí vuestros atavíos para la celebración, *Larri*,- le dijo mientras señalaba su contenido.

O'Keefe echó un vistazo al contenido, alargó una mano y extrajo brillante una túnica de manga larga confeccionada en un suave tejido de malla de color blanco, un ancho cinturón plateado y unos pantalones amplios y del mismo material argénteo, también extrajo unas sandalias que parecían talladas en plata. Hizo un rápido gesto de desagrado.

- ¡No, *Larri*!- Murmuró el enano-. Ponéoslo... os lo aconsejo... os lo ruego... no me preguntéis por qué-. Finalizó precipitadamente, mirando al globo de reajo.

Tanto O'Keefe como yo nos sentíamos impresionados por su estado de ansiedad. El hombrecillo hizo un gesto curiosamente expresivo de súplica. O'Keefe tomó bruscamente las vestiduras y pasó a la habitación de la fuente.

- ¿El Resplandeciente no volverá a danzar? - Le pregunté.

- No,-me respondió-. No,-dudó durante unos instantes-, ¡Es la celebración habitual que sigue al sacramento! Lugur y... Lengua Doble, aquel que vino con vos, estarán allí,- añadió lentamente.

- Lugur...- Me atraganté de puro asombro-. Después de lo que sucedió... ¿Estará allí?

- Quizá precisamente a causa de lo que sucedió, Goodwin, amigo mío,- me respondió, y de repente se le llenaron los ojos de malicia-. Y estarán presenten otros... amigos de Yolar... amigos de Lugur... y quizá otros invitados.-Su voz se hizo más audible-. Alguien a quien ellos no han convocado.- Se detuvo, medio temeroso, observando el globo; se colocó un dedo sobre los labios y se sentó sobre uno de los cojines.

- ¡Que arranque la banda!- Nos llegó la voz de O'Keefe,-¡Aquí llega el héroe!

Penetró en la habitación. No me queda más remedio que admitir que la misma admiración que se reflejaba en los ojos de Rador, también se reflejaba en los míos e incluso, aunque involuntariamente, en los de Olaf.

brillaban se producía por medio de un -motor- atómico incrustado en su base, similar a aquellos que hacía brillar las luces. La composición de aquellas esferas sónicas les proporcionaba una acusada sensibilidad y resonancia. Junto con su poder energético, el metal generaba lo que denominaremos un -campo de fuerza-, que lo ponía en contacto con cualquier partícula construida del mismo material sin importar a la distancia que ésta se encontrara. Cuando las vibraciones del habla incidían sobre su superficie resonante, sus vibraciones luminosas quedaban rotas al igual que un receptor telefónico rompe la corriente eléctrica. Simultáneamente, estas vibraciones luminosas cambiaban a vibraciones sonoras (sobre la superficie de todas las esferas que estuvieran sintonizadas con ese globo en particular). Los colores que se deslizaban sobre su superficie eran identificativos de la persona que hablaba en un momento determinado. Mientras que es habitual que cualquier sonido requiera hablar en voz alta para que el receptor entienda las palabras, esos aparatos podían ajustarse lo suficiente como para pudieran recibir un sonido muy bajo... como pronto pude entender (WTG.)

- ¡Un hijo de Siyana!- Susurró Rador.

Se arrodilló, sacó del bolso que pendía de su cinturón algo envuelto en seda, lo desenvolvió y, aún de rodillas, le alargó un estilizado puñal de brillante metal blanco, engarzado en piedras azules; lo introdujo en el cinturón de O'Keefe y una vez más le dedicó aquel extraño saludo.

- Venid,- nos ordenó y nos condujo a través del paseo.

- Ahora,-nos dijo con un tono sardónico-, que los Silenciosos demuestren su poder... ¡Si aún lo poseen!

Y con esta desconcertante bendición, se dio la vuelta.

- Por el amor de Dios, Larry, le dije precipitadamente mientras nos aproximábamos al hogar de la sacerdotisa-¡Sea cuidadoso!

Asintió... pero pude apreciar, con gran angustia por mi parte, un centelleo de duda y desconcierto en sus ojos.

Mientras ascendíamos las serpenteantes escaleras, Marakinoff apareció. Le hizo una señal a nuestros guardias... y en aquel momento me pregunté qué influencia había adquirido el ruso, ya que, prestamente y sin hacer preguntas, éstos se retiraron. Me sonrió amablemente.

- ¿Ha encontrado ya a sus amigos?-Continuó hablando... y en ese momento pude apreciar algo mucho más siniestro en él-. ¡No! ¡Eso es muy mal! Bueno, no abandonaremos esperanza.- Se giró hacia O'Keefe.

- Teniente, yo quisiera hablar con usted ¡A solas!

- No tengo secretos para Goodwin-. Le respondió O'Keefe.

- ¿Sí?-Dijo Marakinoff suavemente. Se inclinó y le susurró algo a Larry.

El irlandés se puso rígido, lo miró con una expresión de incredulidad y se giró hacia mí.

- ¡Será cuestión de un minuto, Doc!-Me dijo, y pude ver que me guiñaba un ojo.

Se apartaron lejos. El ruso habló rápidamente. Larry era todo atención. La ansiedad de Marakinoff se hizo más manifiesta; O'Keefe lo interrumpió para hacerle una pregunta. Marakinoff me lanzó una mirada y mientras su mirada se apartaba de O'Keefe vi la llama del odio y la ira y el horror brillar en los ojos de éste último. Finalmente, el irlandés pareció considerar algo seriamente; asintió como si hubiera tomado alguna decisión y Marakinoff le alargó una mano.

Y sólo yo pude darme cuenta de cómo se encogía Larry, su microscópica duda antes de tomar la mano tendida, y del movimiento involuntario que realizaba, como si quisiera desprenderse de algo sucio, cuando finalizó el apretón.

Marakinoff, sin volver a mirarme, se giró y penetró rápidamente en la casa. Los guardias volvieron a ocupar su lugar. Yo miré interrogante a Larry.

- ¡No me pregunte nada ahora, Doc!- Me dijo tensamente. -Espere a que regresemos a casa. Pero hemos de movemos rápida y diligentemente. Le diré que ahora...

CAPÍTULO XX

La Tentación de Larry

Nos detuvimos ante unas gruesas cortinas, a través de las cuales se filtraba el ahogado murmullo de muchas voces. Las apartaron; a través de ellas salieron dos ujieres, iban

vestidos con petos de cuero endurecido y faldones que me recordaron a una especie de cota de mallas. Se trataba del primer tipo de armadura que había visto en este lugar. Mantuvieron abiertas las cortinas.

La cámara, en cuyo umbral permanecíamos de pie, era mucho más larga que cualquier otro salón o sala de audiencias. No medía menos de doscientos metros de larga y la mitad de ancho, de un extremo a otro estaban dispuestas dos enormes mesas semicirculares; ambas en paralelo, divididas por un amplio pasillo y cubiertas de flores, frutas y viandas que me resultaban desconocidas, mientras que las cristalerías, los jarrones, paneras, cuencos brillaban con el colorido de todas las flores. Sobre los sillones acolchados que rodeaban las mesas, recostados lujuriosamente, pude ver docenas de personas rubias pertenecientes a las clases dominantes, y de sus gargantas surgió un pequeño grito de admiración y asombro cuando sus ojos se posaron sobre O'Keefe y toda su plateada magnificencia. Por doquier los globos luminosos extendían su rosado brillo.

Los enanos con las corazas nos condujeron a través del pasillo. En medio del arco del círculo interno había otra mesa, esta de forma oval. Entre los que estaban sentados se encontraba aquella para la única que tenía ojos: ¡Yolara!

Se cimbreeó mientras se levantaba para saludar a O'Keefe... y parecía una de aquellas doncellas lila cuya belleza, cuenta Hoang-Ku el sabio, hizo del Gobi el primer paraíso, y cuya lascivia hizo de aquel paraíso el desierto lo que ahora es. Alargó las manos hacia Larry, y en su cara se reflejaba toda la pasión, desnuda, indisimulada.

Ella era la encarnación de Circe... pero una Circe conquistada. Etéreas sagas del más fino tejido cubrían su adorable cuerpo. Entrelazada con su pelo del color del maíz maduro brillaba una diadema de pálidos zafiros; aún más pálidos en comparación a los ojos de Yolara. O'Keefe se inclinó y la besó en las manos emitiendo por todos sus poros algo más que admiración. Ella se dio cuenta y, sonriendo, lo sentó a su lado.

Caí en la cuenta de que, de todos los presentes, sólo Yolara y O'Keefe llevaban ropas blancas... y me pregunté el motivo; de repente, con un gran sobresalto, vi que entraba Luger. Vestido entero de color escarlata, un silencio tenso y violento cayó a su alrededor mientras avanzaba.

Su mirada cayó sobre Yolara y, posteriormente, se detuvo sobre O'Keefe. Al instante su rostro adquirió una expresión espantosa; no hay otra forma de describirlo. Marakinoff se inclinó sobre el centro de la mesa, cerca de donde yo me encontraba sentado, le tocó un brazo y susurró algo rápidamente. Con un esfuerzo sorprendente, el hombrecillo de rojo se controló, y saludó a la sacerdotisa con lo que me pareció una gran ironía mientras tomaba asiento al extremo de la gran mesa oval. En ese instante observé que los comensales que se interponían entre ambos eran los siete miembros del Consejo del cual la Sacerdotisa y la Voz del Resplandeciente eran los miembros principales. La tensión se relajó, pero no se desvaneció... como si de una nube tormentosa se tratara, se había retirado al horizonte, acechante, amenazando con volver.

Volví a recorrer la mesa con la mirada. El extremo más cercano de la sala estaba cubierto con unas cortinas exquisitamente teñidas y festoneadas con unas elaboradas guirnalda. Entre las cortinas y la mesa se encontraban sentados Larry y los nueve, sobre una plataforma circular de unos diez metros de diámetro, que los elevaba unos cuantos centímetros del suelo. Su bruñida superficie estaba cubierta de luminosos y fragantes pétalos de delicado aspecto.

A cada lado de la plataforma se alineaban unas banquetas bajas. Las cortinas se

apartaron y penetraron con paso delicado unas doncellas portando flautas, arpas y aquellos curiosos tambores de octavo. Tomaron asiento en las banquetas y comenzaron a tocar sus instrumentos. Una melodía tenue y lánguida inundó el rosado aire.

¡El escenario estaba listo! ¿Qué espectáculo presenciáramos?

Una vez que se hubo iniciado la música, comenzaron a recorrer las mesas unas doncellas de cabellos oscuros y de maravillosos pechos desnudos. Cuando se inclinaban sobre las mesas para escanciar vino, sus diminutas faldas se elevaban, dejando ver la redondez de sus nalgas y sus rosadas vulvas.

Busqué a O' Keefe con la mirada. Pude ver con claridad que lo que quiera que le hubiera comunicado Marakinoff le llenaba la mente... incluso hasta el límite de abstraerlo de la maravillosa mujer que tenía a su lado. Tenía la mirada tensa, fría... y de vez en cuando, cuando miraba al ruso, se llenaba de curiosa expectación. Yolara lo miró ceñuda y le dio una orden a la doncella que se encontraba a sus espaldas.

La muchacha desapareció y regresó con una jarra que parecía tallada de una sola pieza de ámbar.. La propia sacerdotisa escanció en la copa de Larry un líquido claro que burbujeó desprendiendo diminutas chispas de luz. Ella se llevó la copa a los labios y la tendió a O'Keefe. Medio sonriendo y medio abstraído, la tomó, posó los labios en el lugar que ella había besado y vació el contenido. Yolara asintió levemente y la doncella volvió a llenar la copa.

De repente, se produjo una profunda transformación en el irlandés. Su abstracción desapareció; la rigidez lo abandonó y sus ojos chispearon. Se inclinó galante sobre Yolara y le susurró algo. Los azules ojos de la sacerdotisa brillaron triunfantes y emitió una cantarina risa. A continuación levantó su propia copa ¡No estaba llena con el mismo líquido que había bebido Larry! Una vez más, el irlandés consumió su bebida y, levantándola sobre su cabeza, hizo que se la llenaran de nuevo. Sorprendió la siniestra mirada de Lugur y le brindó la copa con gesto burlón. Yolara se balanceó seductora, tentadora. Larry se levantó con la cara convertida en una máscara de desprecio, de profunda burla.

- ¡Una tostada!-gritó en inglés-. ¡Una tostada para el Resplandeciente y que el infierno del que viene lo reclame de regreso pronto!

Había utilizado el mismo término que ellos para designar a su dios... todo lo había dicho en inglés; por lo que, afortunadamente, no le entendieron. Pero sí entendieron el significado de su acción... y un silencio helador, mortal, cayó sobre todos. Los verdes ojos de Lugur relampaguearon con pequeñas chispas púrpura. La sacerdotisa se levantó y abrazó a O' Keefe. El levantó una mano flácida y la acarició mientras su mirada perdida se ensombrecía.

- El Resplandeciente,- dijo en voz baja-. Puedo volver a ver las caras de aquellos que bailaron con él. Son los Fuegos de Mora ... por el Cielo, sólo

Dios sabe cómo han llegado desde Erin a este lugar.. ¡Los Fuegos de Mora!Contempló a la silenciosa audiencia, y de sus labios brotó la más impresionante y extraña leyenda de Erin: La Maldición de Mora:

*«Los ráidos fuegos de Mora se precipitaron durante las tinieblas volando sobre él;
Ya no se estremecerá jamás por el amor, ni volverá a llorar por el olvidado placer;
Por que cuando esas llamas te atrapan, ya ni la alegría ni la añoranza vuelves a ver.»*

Una vez más, Yolara lo abrazó para intentar sentarlo junto a ella, y una vez más él volvió a posar su mano sobre la joven. Su mirada pareció vagar por inconmensurables distancias mientras seguía entonando:

*«Y a través del silencio adormecido sus pasos deben seguir tras la tonada,
Cuando el inundo es aprisionado y marcado por la luna plateada.»*

Permaneció en pie, oscilando durante un instante y, de repente, rompió a reír mientras la sacerdotisa lo sentaba. Volvió a vaciar su copa.

Al presenciar aquello, mi corazón se heló; cualquier esperanza que pudiera haber abrigado se había desvanecido con la incontrolada ebriedad de Larry.

El silencio se rompió mientras que los hombres y mujeres de rasgos élficos se miraban unos a otros furtivamente. Yolara se levantó con gran seriedad y los ojos chispeantes de color verde esmeralda.

- Escucha, Consejo, y escucha tú, Lugur... ¡Y escuchad todos los presentes!-Gritó-. En este momento, yo, la sacerdotisa del Resplandeciente, tomo mi hombre. ¡El es!- Dijo mientras señalaba a Larry.

El la miró detenidamente.

- No consigo comprender lo que dices, Yolara, -tartamudeó con voz espesa. -Pero di cualquier cosa... lo que te plazca... ¡Me encanta tu voz! Pensé que iba a enfermar de puro terror. Yolara posó una mano suavemente sobre la cabeza del irlandés y comenzó a jugar con sus rizos.

- Ya conocéis la ley, Yolara,- la voz de Lugur no presentaba entonación alguna, pero estaba cargada de muerte-. No podéis mezclarlos con otro que no sea de los vuestros. Y este hombre es un extraño... un bárbaro... ¡Alimento para el Resplandeciente!- Pareció escupir la última frase.

- No, no es de los nuestros, Lugur... ¡Es un ser superior!- Le respondió Yolara con serenidad. -He aquí al descendiente de Siya y Siyana!

- ¡Blasfemia!-Gritó el hombrecillo de rojo. -¡Blasfemia!

- ¡El Resplandeciente me lo ha revelado!- Le dijo Yolara con dulzura. -Y si no me creéis, Lugur... ¡Id a consultar con el Resplandeciente si no es cierto!

En esas palabras se transmitieron amenazas innominadas, y fuera cual fuera el mensaje que recibió Lugur, fue suficiente. Permaneció rígido, impactado, con sombras de tormenta reflejándose en su rostro. Marakinoff volvió a inclinarse sobre la mesa y le susurró unas palabras. El hombrecillo se inclinó con ironía y volvió a sentarse en silencio. Una vez más me pregunté qué poder ostentaría el ruso para poder manejar de aquella manera a Lugur.

- ¿Qué dice el consejo?- Les preguntó Yolara girándose.

Consultaron entre ellos durante unos instantes y, entonces, habló la mujer cuyo rostro era un prodigio de belleza.

- ¡La voluntad de la sacerdotisa es la voluntad del Consejo!- Le respondió.

La actitud desafiante desapareció de Yolara mientras miraba a Larry con ternura. El permanecía sentado, bamboleante y balbuciente.

- Convocad a los sacerdotes,-ordenó. Luego, dirigiéndose a la silenciosa sala, volvió a hablar-. ¡Por los ritos de Siya y Siyana, Yolara toma como esposo a su hijo!-Y una vez más, su mano se posó, posesiva, sobre la cabeza del ebrio O'Keefe.

La cortinas se apartaron por completo, y a través de ellas pasaron, por parejas, doce figuras encapuchadas vestidas con túnicas de un color verde que uno sólo ve en los campos en primavera cuando acaba de caer la lluvia purificadora. De cada pareja, uno portaba pegado al pecho un globo de un cristal lechoso similar al que habíamos visto en el santuario; el otro portaba un arpa de pequeño tamaño, parecida a las clarsach de los druidas.

De dos en dos se subieron a la pequeña plataforma, colocaron con delicadeza el globo sobre la misma y, por parejas, se arrodillaron ante ellos. Ahora formaban una estrella de seis puntas alrededor de estrado lleno de pétalos y, simultáneamente, se apartaron las capuchas de los rostros.

Casi me levanté de la sorpresa, pues las figuras pertenecían a jóvenes hombres y doncellas pertenecientes a la raza rubia; y aquellos jóvenes eran más bellos que cualquiera de los que había visto hasta ahora: sobre sus rostros no pude apreciar ni una traza de aquella encubierta crueldad que ya estaba acostumbrado a descubrir. El dorado cabello de las doncellas estaba coronado por unas pequeñas coronas de oro. Los bucles de los jóvenes estaban recogidos por unas coronas confeccionadas con unas gemas traslúcidas y pálidas, como si estuvieran formadas por rayos de luna. Y, entonces, cada uno de ellos tomó el globo y el arpa y comenzaron a cantar.

Ignoro el contenido de aquella canción, y creo que jamás sabré su significado. Parecía antigua, más allá de lo imaginable... pero de una antigüedad nada parecida a aquella que hace que las cosas envejezcan y se marchiten. No; era la antigüedad de la niñez dorada del mundo: era la canción de amor de los hijos de la Tierra, que cantaban a la luz de nuevos soles. Era una coral de estrellas recién llegadas al cielo; era el murmullo de los dioses y diosas de abril. La languidez me traspasó. La luz rosada de los trípodes comenzó a menguar, y a medida que desaparecía, el brillo de los globos se hizo más potente. Yolara se levantó, extendió una mano hacia Larry, le condujo a través de los pétalos formados por los jóvenes, y permaneció en el centro del círculo frente a él.

Las luces rosadas murieron, y la inmensa cámara quedó entre tinieblas, a excepción del círculo que formaban las resplandecientes esferas. En ese momento, su brillo comenzó a crecer y la canción pareció perderse en el aire. Un arrobador arpegio salió volando de las arpas, y, a medida que las notas quedaban colgadas en el aire, y como si salieran a su encuentro, de los globos comenzaron a extenderse unos conos de fuego lunar parecidos a los que había presenciado en el altar de Yolara. Salvajemente, sin medida ni pausa, comenzaron a crecer al ritmo de los arpegios de las arpas. ¡Y del fuego lunar comenzaron a extenderse hacia el techo unas llamaradas rosas!

Yolara levantó los brazos, asiendo en sus manos las de O'Keefe y elevándolas sobre sus cabezas. Lenta, muy lentamente, comenzó a girar en círculos mientras se balanceaban lentamente, como si se tratara de dos volutas de vapor girando sobre una lenta corriente.

A medida que ambos se balanceaban, las notas de las arpas crecieron de intensidad. De repente, las estilizadas llamas de fuego lunar se inclinaron, y comenzaron a extenderse sobre el suelo mientras rodeaban a la pareja ¡Y comenzaron a elevarse, cada vez a mayor altura, creando una barrera brillante, ardiente, que ocultó a ambos!

Con un grácil movimiento, Yolara se desprendió de su corona de pálidos zafiros y se soltó el elaborado peinado con un movimiento de la cabeza. La larga melena se desprendió y cubrió a ambos con un velo hecho con los bucles de su sedoso pelo. Mientras tanto, las brillantes llamaradas de fuego lunar se habían aproximado a la pareja

y comenzaba a trepar por sus piernas, mientras crecía en intensidad.

¡Y la desesperación se hundió más en mi alma!

¿Qué era aquello? Me puse en pie y, a través de la oscuridad, pude apreciar unos rápidos movimientos. De el exterior me llegaron sonidos de trompetas, el ruido de gente corriendo y fuertes gritos. Al acercarse más el tumulto, pude oír que el gentío gritaba ¡*Lakla, Lakla!* La multitud debía encontrarse ya a las puertas del edificio y de su interior pude apreciar, de una manera extraña, como si le hiciera el contrapunto al griterío, un profundo, casi abismal, sonido bajo y retumbante... como si se aproximara un enorme trueno.

De repente, el sonido de las arpas cesó, los fuegos lunares se retiraron, reptantes, hacia el interior de los globos; el balanceo de Yolara se tomó en rigidez, como si escuchara con cada átomo de su cuerpo. Se retiró la espesa melena, y con los últimos resplandores de los tentáculos que se retiraban pude ver que en su cara se reflejaba un gesto propio de la antigua máscara griega de la tragedia.

Sus dulces labios, que incluso en su propia dulzura jamás perdían un leve rictus de crueldad, perdieron por completo su belleza. Estaban abiertos en un grito inarticulado... inhumanos como los de la propia Medusa; sus ojos translucían los fuegos del abismo, y su pelo parecía retorcerse como si estuviera formado por cientos de serpientes como las que formaban la cabellera de la Gorgona, de la que la sacerdotisa había tomado su boca. Toda su impactante belleza se había transformado en algo innombrable, odioso, inhumano ¡brutal! Si lo que yo estaba presenciando era el alma verdadera de Yolara reflejada en sus facciones ¡Que Dios nos ayudara a todos!

Dirigí la mirada hacia O'Keefe. Lo había abandonado cualquier síntoma de ebriedad; miraba hacia la joven y en sus ojos se dejaba translucir el terror último y definitivo. Así permanecieron ambos hasta que la luz desapareció.

Durante unos instantes la más completa oscuridad nos rodeó. De repente, con un relampagueo, la oscuridad formada por la pared del extremo de la cámara desapareció y, a través de un portal formado por verdes brumas, comenzó a derramarse una radiación plateada.

Y a través del portal abierto comenzaron a penetrar, de dos en dos, unas alucinantes figuras de pesadilla: ¡Unos batracios casi humanos y mucho más altos que O'Keefe! Sus enormes ojos, tan grandes como platos, eran de color verde fosforescente manchados de rojo. Sus enormes bocas, con los labios separados en una semisonrisa, presentaban enormes hileras de colmillos aguzados como lancetas. Sobres las cabezas llevaban unos cascos formados por escamas negras y naranjas y rematados por unos afilados cuernos.

Se alinearon a ambos lados del pasillo, como si de auténticos soldados se tratara, y eso me permitió observar que los cornudos cascos les cubría los hombros y las espaldas, y se alargaba hasta el pecho formando una coraza. El blindaje finalizaba en las muñecas y los tobillos, formando una especie de espuelas de amenazador aspecto. Los palmeados pies y las manos finalizaban en garras de color amarillo.

Los soldados iban armados con largas lanzas, de al menos cinco metros de largo, cuya punta estaba formada por aguzados conos, del mismo material brillante del que estaba confeccionada la daga que había intentado acabar con la vida de Rador.

Eran seres grotescos... más grotescos que cualquier cosa que hubiera presenciado antes ¡Pero también eran seres terribles!

De pronto, atravesando sus filas, se aproximó una joven. Tras ellas se acercaba otro

anfíbio, más corpulento que los demás, de cuyo cuello colgaba una enorme bolsa que se balanceaba de un lado a otro, y que llevaba una maza, enorme como un árbol joven y cubierta de grandes clavos, asida de una de las garras. Aún así, a aquel ser sólo le presté una breve atención, ya que todos mis sentidos estaban puestos en la joven.

Ella había sido la joven que nos había señalado el camino para sortear las trampas y peligros en el antro del Morador en Nan Tauach. Y, mientras la miraba, me pareció absurdo que en algún momento hubiera podido pensar que la sacerdotisa era la mujer más bella que jamás había visto. En la mirada de O'Keefe pude ver que se mezclaban la más desatada felicidad y la vergüenza más profunda.

Y de nuestro alrededor comenzaron a llegar murmullos cargados de odio, de incredulidad y... de miedo.

- ¡Lakla!

- ¡Lakla!

- ¡La Doncella!

La joven se detuvo muy cerca de mí. Desde la barbilla hasta los pies, calzados con unas delicadas sandalias, estaba envuelta en una vaporosa y transparente gasa de suave color cobrizo. Tenía oculto el brazo derecho, mientras que el izquierdo, libre de los ropajes, estaba cubierto por un guante.

En su mano apretaba una de las viñas que habíamos visto esculpidas en las paredes y en el anillo de Lujur. Cinco zarcillos, gruesos, de vivo color verde, se asomaban por entre sus dedos, mostrando en sus extremos cinco flores que brillaban como si hubieran sido esculpidas de un rubí gigantesco.

Permaneció firme, contemplando a Yolara. Entonces, quizá advertida por mi profundo escrutinio, me miró directamente a los ojos; una mirada dorada, translúcida. Pude ver que su dorado iris estaba cruzado por diminutas líneas amarillas. El alma que me miraba desde aquellos ojos era tan opuesta al alma llameante de la sacerdotisa como el zenith lo está del nadir.

Observé el amplio arco de sus cejas, la pequeña y orgullosa nariz, la tierna boca y la suave y delicada piel que parecía translucir luz del mismísimo sol. Y, súbitamente, en sus ojos nació una sonrisa... dulce, amigable, sin un solo toque de malicia, reafirmando profundamente toda su calidad humana. Sentí cómo se me dilataba el corazón, como si lo hubieran liberado de un enorme peso; percibí cómo volvía a recobrar la confianza en la realidad esencial de las cosas... Como si, sumergido en una horrible pesadilla, el inconsciente hubiera entrevisto entre las tinieblas una cara familiar que le hubiera hecho comprender que todos aquellos terrores no eran sino meros sueños. E involuntariamente, la devolví la sonrisa.

Volvió a girar la cabeza y miró fijamente a Yolara, con la mirada llena de desprecio y cierta curiosidad. Luego miró hacia O'Keefe... y en sus ojos vi cómo aleteaba una sombra de tristeza y un profundo interés; pero, por encima de todo, pude ver en sus ojos un inocente gesto de deseo que la hizo aún más humana que la sonrisa que me había regalado.

Al fin habló, y su voz, de timbre profundo, como oro líquido, en contraposición a la argéntea voz de Yolara, era una síntesis sutil de toda la dorada belleza que constituía la joven.

- Los Silenciosos me han enviado, oh Yolara,- le dijo-. Y esto es lo que os ordenan: que me hagáis entrega de tres de los cuatro extraños que han llegado hasta aquí para llevarlos

a su presencia. Aquel que ha estado conspirando con Lugur,- y señaló a Marakinoff mientras Yolara se sobresaltaba-, no ha de acompañarme. Los Silenciosos han mirado dentro de su corazón. ¡Lugur y vos podéis quedároslo, Yolara!

Sus última palabras estaban cargadas de desprecio.

Yolara volvía a ser ella misma, y sólo lo cortante de sus palabras reveló la ira que la inundaba.

- ¿Y desde cuándo los Silenciosos tienen poder para ordenarnos, *choya*?

Esta última palabra, supe más adelante, era una palabra vulgar; ya la había escuchado anteriormente, cuando Rador se enfadó con una de las sirvientas. Venía a significar, aproximadamente *fregona* o *limpiadora*. Frente a aquel insulto, Lakla enrojó violentamente.

- Yolara,- le respondió en voz aún más baja, -no os va a servir de nada cuestionar mi orden. No soy más que la mensajera de los Silenciosos. Y sólo se me permite hacer una única consulta: ¿Me entregaréis a los tres extraños?

Lugur estaba en pie; expectante, disfrutando sardónico del enfrentamiento, desbordándole por todos los poros una siniestra intención; mientras que Marakinoff, encogido, se mordisqueaba las uñas mientras miraba de reojo a la dorada muchacha.

- ¡No!- Escupió Yolara-. ¡No! ¡Por Thanaroa y el Resplandeciente, no!-Los ojos le relampagueaban, los orificios de la nariz se le habían dilatado y una delicada vena le latía acelerada en el cuello-. Vos, Lakla... llevad mi mensaje a los Silenciosos. Decidle que me quedo este hombre,-señaló hacia Larry-, por que me pertenece. Decidles que me quedo con el varón de pelo dorado y con él,- me señaló-, simplemente por que me place. ¡Decidles que poso mi pie sobre sus bocas, así!-Le dijo mientras pisoteaba violentamente el estrado-. ¡Y que escupo sobre sus caras!-Y realizó esa acción como si de una serpiente se tratara-. ¡Y decidles por último, vos, doncella, que si osan *enviaros* otra vez ante Yolara, ella misma alimentará al Resplandeciente con *vos*! ¡Marchaos, ahora!

La faz de la doncella empalideció.

- Ya habíamos previsto esta reacción con respecto a los tres, Yolara,le respondió-. Y me habéis hablado como era de prever, así que se me ha autorizado a deciros lo siguiente.-Su voz se tomó más profunda-. Se te conceden tres *tal* para que medites y pidas consejo, Yolara. Al finalizar ese plazo, habréis de haber tomado una determinaciones. Tanto si aceptáis como si os negáis, sabed esto: primero, habrás de enviar los extraños a los Silenciosos; segundo: abandonad definitivamente, vos, Lugur y todos los demás, el sueño de conquistar el mundo exterior. Y tercero: ¡Abjurad del Resplandeciente! Si os negáis a acatar cualesquiera de estos tres mandatos, consideraos condenados, ya que vuestra copa de la vida se habrá roto y vuestro vino vital se habrá derramado. ¡Sí, Yolara, vos, el Resplandeciente, Lugur y los Nueve y todos vuestros seguidores dejaréis de ser! Esto me han dicho los Silenciosos: ¡Con toda seguridad todos dejarán de ser y será como si jamás hubieran existido!

Al finalizar las palabras de la doncella, pude oír una exclamación de odio y terror escapar de todos los que me rodeaban; pero la sacerdotisa echó su cabeza hacia atrás y rompió a reír viva y agudamente. A su argétea risa se unió la más ronca de Lugur... y tras unos instantes, un pequeño grupo de nobles unieron sus risas a las de ellos, hasta que la cámara retumbó con sus carcajadas. O'Keefe, con los labios apretados, se movió hacia la doncella; pero de manera casi imperceptible, aunque perentoria, ésta lo rechazó con un movimiento de su mano.

- Qué *impresionantes* palabras... qué palabras tan *terribles*, *choya*, -gritó Yolara finalmente; y una vez más, Lakla hizo un gesto de dolor ante sus palabras-. He aquí que, *laya* tras *laya*, el Resplandeciente se ha movido libre de los Tres; y *laya* tras *laya*, éstos han permanecido sentados, inútiles y pudriéndose. Una vez más os pregunto: ¿De dónde procede su poder para someterme a sus deseos, y de dónde ha de proceder su fuerza para oponerse al Resplandeciente y a los amados por el Resplandeciente?

Una vez más prorrumpió en risas... y una vez más Lugur y los nobles se le unieron.

Vi cómo una sombra de duda atravesaba los ojos de Lakla; una oleada de flaqueza; como si en lo más íntimo de su ser sus propias creencias no estuvieran firmemente asentadas.

Dudó y se giró hacia O'Keefe mirándolo con algo más que aprecio. Yolara sorprendió su mirada y, con un gesto de triunfo, señaló con el brazo extendido a la doncella.

- ¡Mirad!-Gritó-. ¡Mirad! ¡Incluso ni ella posee la fe!-Su voz se tomó más suave... cruel, implacable -.Se me ocurre enviarles otra respuesta a los Silenciosos, pero no la llevarás *tú*, Lakla; sino ellos-, le dijo señalando a los anfibios. Rápidamente, su mano se introdujo entre sus escasas vestiduras y extrajo el pequeño y brillante cono mortal.

Pero antes de que la sacerdotisa pudiera tan siquiera apuntar, la dorada joven había sacado el brazo izquierdo de entre los pliegues de su túnica y le había arrojado al rostro un puñado de virutas metálicas. Con la misma ligereza que Yolara, levantó la mano con la que sujetaba las flores y pude ver que no se trataba de un trozo inerte de vegetal.

¡Estaba vivo!

Bajó bruscamente la mano y las cinco flores rojas salieron disparadas hacia la sacerdotisa, vibrando, pulsando, su extremo sostenido por la delicada mano de la doncella.

Del ser que se encontraba a su espalda comenzaron a brotar unos sonidos retumbantes. A su sonido, los demás seres bajaron sus lanzas en actitud de cargar. De las flores de color rubí comenzó a desprenderse una densa niebla.

El plateado cono cayó de los dedos rígidos de Yolara mientras sus ojos se dilataban de terror; todo su encanto había desaparecido: permanecía rígida y con los labios sin vida. La doncella hizo que su látigo retrocediera, y esta vez fue ella la que rió.

- ¡Parece que existe *algo* que sí teméis de los Silenciosos, Yolara!- Le dijo. -Bien... os prometo a todos el beso de la *Yekta* en pago del abrazo del Resplandeciente.

Miró con detenimiento a Larry, escrutándolo, y, repentinamente, como un rayo de luz que rasgara las tinieblas, le sonrió. Asintió con la cabeza, casi con alegría; me miró con los ojos brillantes, y agitó una mano en mi dirección.

Habló unas palabras al gigantesco ser, que se giró en dirección a la sacerdotisa, con la enorme maza levantada y las garras rielando a la leve luz. El resto de los anfibios no se movió un ápice, y mantuvieron las lanzas en posición. Lakla comenzó a atravesar, lentamente, se diría que desafiante, el portal. En ese momento Larry bajó rápidamente del estrado.

- ¡*Alanna!*- Exclamó. -¡No has de marchar una vez que te he encontrado!

En su excitación, le habló en su lengua materna: el incomprensible brogue. Lakla se giró, contempló a O'Keefe largamente, dubitativa, como si de un niña que dudara en aceptar un regalo irresistible se tratara.

- Marcharé junto a ti,- le dijo O'Keefe, esta vez en el idioma de la muchacha.- ¡Vámonos, Doc!-Me dijo mientras me extendía una mano.

Pero ahora fue Yolara quien habló. La vida y la belleza habían vuelto a sus rasgos, y en sus ojos de color púrpura se reunían todos los demonios que habitaban su alma.

- ¿Ya habéis olvidado lo que os prometí ante Siya y Siyana? ¿Y creéis que me podéis abandonar a mí, *a mí*, como si fuera una vulgar *choya* como ella?- Señaló hacia Lakla.- ¿Pensáis...?

- Escúchame, Yolara,-la interrumpió Larry secamente-. No hemos intercambiado ninguna promesa ¿Por qué deberías retenerme?-Inconscientemente, cambió al inglés-. Sé una chica buena, Yolara,-le aconsejó. - Tienes un temperamento jodidamente fuerte, lo sé; pero yo también lo tengo. Y no haríamos buenas migas como pareja. ¿Y por qué no te libras de esa mascota tan fea que tienes y eres buena?

La sacerdotisa le miró asombrada. Marakinoff se inclinó hacia Lugur y le tradujo todo. El hombrecillo de rojo sonrió maliciosamente y se acercó a la joven para hablarle en susurros. Indudablemente le tradujo en muriano toda la frase de Larry, intentando no omitir nada.

Los labios de Yolara se torcieron.

-¡Escuchadme, Lakla!-Gritó-. No dejaría que os llevarais este hombre aunque tuviera que retorcerme durante diez mil *laya* en la agonía del beso de la *yekta*. Esto os lo juro. ¡Por Thanaroa, por mi corazón, por mi fuerza... y que mi fuerza se debilite, mi corazón se corrompa en mi pecho y Thanaroa me abandone si miento!

- Escucha, Yolara...- Comenzó a hablar O'Keefe.

- ¡Callad vos!- Le gritó.

Y su mano volvió a buscar el cono mortal.

Lugur la agarró por un brazo y volvió a susurrarle al oído. Un brillo astuto iluminó sus ojos y rió suavemente, relajada.

- Los Silenciosos, Lakla, os permitieron darme un plazo de tres *tal* para tomar una decisión, le dijo suavemente-. Marchad ahora en paz, Lakla, y decidles que Yolara ha escuchado, y que durante los tres *tal* que me ... conceden... meditaré largamente.

La doncella dudó.

- Así lo han decidido los Silenciosos,-le respondió finalmente-. Permaneced aquí, extraños,-las largas pestañas parpadearon rápidamente mientras miraba a O'Keefe y un cierto rubor cubrió sus mejillas-. Permaneced aquí hasta entonces, extraños. Pero, Yolara, habéis jurado por vuestra fuerza y vuestro corazón que no sufrirán daño alguno... también habéis jurado que, de no ser cierto, aquel que habéis convocado caerá letalmente sobre vos... y *eso* os lo juro yo.-Añadió.

Sus ojos se encontraron, chocaron y ardieron unos en los otros... las negras llamas del Averno contra las doradas llamas del Paraíso.

- ¡Recordad!- Dijo Lakla mientras atravesaba el portal.

El gigantesco ser que la escoltaba gritó una gutural orden, y los grotescos guardias siguieron lentamente a su señora. El último en atravesar el paso fue el monstruo portador de la maza.

CAPÍTULO XXI

El Desafío de Larry

Un clamor se elevó en la cámara, contenido en un instante por la mano alzada de Yolara. Permaneció en silencio, mirando a Larry con un odio pleno e intenso mezclado con celos y arrepentimiento. Pero había perdido todo control sobre el irlandés.

- Yolara,-su voz sonó llena de ira; había mandado a paseo cualquier precaución-. *Escúchame. Yo voy donde me place y cuando me place. Permaneceremos aquí hasta que expire el plazo concedido. Luego, iremos tras sus pasos, lo quieras o no. Y si se le ocurriera a alguien detenernos... cuéntales lo del vaso que saltó en pedazos,-añadió ominoso.*

Cualquier retazo de melancolía había desaparecido de sus ojos, dejando éstos con una expresión dura como el acero. La sacerdotisa no le respondió.

- Lo que Lakla nos ha comunicado debe ser estudiado inmediatamente por el Consejo.- Dijo la joven a los nobles-. Ahora, amigos míos, amigos de Lugur, todas nuestras diferencias y enfrentamientos deben desaparecer.Miró rápidamente hacia Lugur-. Los *ladala* se han sublevado, y los Silenciosos nos amenazan. Pero no temáis... ¿Acaso no estamos bajo la protección del Resplandeciente? Ahora... dejadnos.

Su mano descendió sobre la mesa haciéndoles un gesto ya conocido, por lo que abandonaron la sala una docena de hombrecillos vestidos de verde.

- Devolved a estos dos a sus aposentos,-ordenó señalándonos.

Los de verde se amontonaron a nuestro alrededor. Sin mirar ni una sola vez más a la sacerdotisa, O'Keefe abandonó la sala caminando a mi lado y rodeado de guardias. Hasta que no hubimos alcanzado la columnada entrada no dijo una sola palabra.

- Odio tener que hablarle así a una mujer, Doc,- me dijo-, y más si es tan bonita como ésa. Pero estaba jugando con una baraja marcada, y no sólo se repartió los ases; si no que puso encima de la mesa una pistola. ¡Puñetas! Casi consigue que me *case* con ella. No tengo idea de qué maldita pócima me hizo tragar, pero si consiguiera la receta, me haría rico vendiéndola entre la calle Cuarenta y Dos y Broadway. Un sorbito del mejunje y te olvidas de los problemas que acucian al mundo; tres y te olvidas de que existe el mundo. No me excuso por lo sucedido, Doc; y no me importa lo que diga o lo que pueda pensar Lakla... no ha sido culpa mía, y no pienso cargar con ese peso.

- He de admitir que me siento turbado por sus amenazas,- le dije, ignorando lo que me acababa de decir él.

Se detuvo en seco.

- ¿Y qué es lo que le asusta?

- Sobre todo,-le respondí con sinceridad-, que no me apetece en absoluto bailar con el Resplandeciente.

-Escúcheme, Goodwin,-comenzó a andar con gesto impaciente-. Tiene todo mi cariño y mi admiración; pero admita que este lugar le ha desquiciado los nervios. A partir de ahora, Larry O'Keefe, hijo de Irlanda y de los Estados Unidos, va a llevar las riendas. ¡Nada de mojigaterías ni de supersticiones! Yo mando ¿Recibido?

- ¡Sí, sí, le entiendo!- Le respondí-. Pero, utilizando sus propias palabras, aquí las supersticiones se están convirtiendo en hechos ciertos.

- ¿Cómo?-Me respondió casi irritado-. Ustedes los científicos se dedican a elaborar detalladas teorías sobre hechos que jamás han presenciado, y se ríen de la gente que cree en cosas que ustedes *dan por hecho* que jamás han visto y que no se ajustan a sus patrones científicos. Se habla de paradojas... ¡Vaya, ahora el científico, el hombre más escéptico, la reunión de átomos más materialista que jamás ha existido en el mismísimo

centro del estado de Missouri, ha adquirido una fe más ciega y más crédula que la de un derviche, y se ha vuelto más crédulo, más supersticioso que un indio de las praderas, fumando su pipa de la paz y golpeando un tambor en un cementerio a la luz de la luna!

- ¡Larry!-Le reconvine asombrado.

- Y Olaf no es mejor,-continuó-. Pero él tiene una excusa: es marino. No señor. Lo que esta expedición necesita es un hombre libre de supersticiones. Y recuerde esto: el leprechaum me aseguró que se me advertiría de cualquier cosa que fuera a suceder. Y si tenemos que acabar con esta tontería, veremos cómo ese puñado de banshees se viene abajo antes que nosotros y se van a freír espárragos. Y no lo olvide: ¡A partir de ahora yo estoy al mando!

Por entonces ya habíamos llegado a nuestro pabellón, y me temo que ninguno de los dos se sentía muy amistoso. Rador nos estaba esperando con media docena de sus hombres.

- Nadie ha de atravesar estas puertas sin autorización; y nadie ha de salir por ellas a menos que yo lo acompañe,-ordenó con autoridad-. Traed uno de los más veloces *corla* que nos espere aquí listo para partir,-añadió como si se le hubiera ocurrido súbitamente.

Pero una vez que hubo penetrado en el interior y se hubieron corrido las cortinas, su actitud cambió. Con gran ansiedad comenzó a hacernos preguntas. Le hicimos una breve reseña de cómo había transcurrido el banquete, le contamos la impresionante aparición de Lakla y todo lo que había sucedido a continuación.

- Tres tal, dijo meditabundo Los Silenciosos consintieron con tres tal... y Yolara aceptó.-Se sentó en silencio y permaneció pensativo¹⁸

- ¡Ja!- Exclamó Olaf. -¡Ja! Ya dije que la zorra del Resplandeciente era un demonio. ¡Ja! Ahora comenzaré otra vez el cuento que yo tenía cuando él llegó,-dijo mirando hacia el preocupado Rador-. Y no le respondáis a lo que yo he dicho. ¡No confío en ningún habitante del Reino de los Trolls, pero sí en *Jomfrau... la Virgen Blanca!*

- Después de que el anciano fuera *adsprede* ,-Olaf volvió a utilizar su expresivo noruego para definir la disolución en el aire de Songar, -supe que era momento de ser astuto. Ya me lo dije: Si piensan que yo no tengo orejas para oír, hablarán; y quizá pueda encontrar la forma de salvar a mi Helma y también a los amigos del doctor Goodwin-. *Ja*, y ellos hablaron.

- El *trolde* rojo le preguntó al ruso cómo podía estar bajo la protección de Thanaroa.-Al oír esa frase, no pude evitar hacerle un gesto de triunfo a O'Keefe-. Y el ruso,-continuó hablando Olaf-, le dijo que toda su gente estaba bajo la protección de Thanaroa y que habían luchado contra las demás naciones que abominaban de él.

«Entonces llegamos al palacio de Lugur. Me encerraron en una habitación, y llegaron hombres que me lavaron y me frotaron con aceite y masajearon los músculos. Al día siguiente tuve gran lucha con un enano muy alto que llamaban Valdor. Era fuerte, y luchando, mucho, y al final le rompí la espalda. Y Lugur estaba alegre, así que me sentó a su lado y junto al ruso para una fiesta. Y otra vez, creyendo que yo no entendía nada, hablaron.

«El ruso había viajado rápido y lejos. Hablaron de Lugur como emperador de Europa, y Marakinoff sería su brazo derecho. Hablaron de la luz verde que mató al anciano; y Lugur dijo que era un secreto que había pertenecido a los Antiguos y que el Consejo no tenía muchas armas así. Pero el ruso le dijo que en su país hay muchos hombres sabios

¹⁸ Un tal de Muria equivale a treinta horas en la superficie terrestre - W.T.G.

que fabricarían más armas cuando estudiaran alguna.

«Y al día siguiente luché con un gran enano llamado Tahola, mucho más poderoso que Valdor. Pude con él tras una lucha muy, muy larga, y también le rompí la espalda. Otra vez Lugur se alegró. Y otra vez nos sentamos para una fiesta; él y el ruso y yo. Esta vez hablaron de algo que posee el *trolde* y que abre el *Svaelc*... ¡Un abismo que hace que todo lo que atrapa caiga hacia el cielo!»

- ¿Qué?- Exclamé.

- Sé de lo que habla,-me dijo Larry-. ¡Espere un poco!

- Lugur había bebido mucho,-continuó Olaf-. Se sentía muy hablador. El ruso le engañó para que hablara de esa cosa. Poco después, el rojo salió y regresó con una caja dorada. Él y el ruso salieron al jardín. Yo fui detrás. En medio había un *lille Hoj*... un mojón... de piedras en medio de aquel jardín lleno de flores y árboles.

«Lugur apretó la tapa de la caja, y una chispa no más grande que un grano de arena salió despedida y fue a dar en las piedras. Lugur apretó otra vez, y una luz azul salió disparada de la caja y golpeó en la chispa. La chispa que no era más grande que un grano de arena creció y creció mientras que la luz azul la golpeaba. De repente, se escuchó un suspiro, sopló un viento... y las piedras y las flores y los árboles dejaron de estar. ¡Se habían *forsvinde*... desaparecido!

«Entonces Lugur, que había estado riéndose, empujó hacia atrás al ruso, muy lejos. Y de repente comenzaron a caer sobre el jardín las piedras y los árboles, pero rotos y destrozados. Y caían como si hubieran estado a gran altura. Y Lugur dijo que de *esto* tenían muchos, por que su secreto pertenecía a sus artesanos, y no a los Ancianos.

«Dijo que les daba miedo utilizar el artilugio, por que una chispa tres veces más grande que la utilizada habría enviado todo el jardín a una altura tal que se habría abierto camino hacia el exterior.. y añadió: *¡Antes de que estemos preparados para salir!*

«El ruso le hizo muchas preguntas, pero Lugur mandó traer más bebidas y se emborrachó mucho y le amenazó, y el ruso cerró la boca de puro miedo. A partir de entonces, alargué las orejas todo lo que pude, y aprendí algunas cosas más; pero poco. *¡Ja!* Lugur está deseoso de conquistar; y lo mismo les pasa a Yolara y al Consejo. ¡Se han cansado de vivir aquí y temen a los Silenciosos, aunque hagan como que se ríen de ellos! ¡Y su plan es el de conquistar nuestro mundo y gobernarlo con su diablo resplandeciente!»

El escandinavo se mantuvo unos instantes en silencio, y siguió hablando con su profunda voz temblando de emoción.

- ¡El Reino de los troll se ha levantado; el Helvede se agazapa a la entrada del mundo esperando a que lo suelten para penetrar por sus puertas con un demonio cabalgando en sus lomos! ¡Y nosotros sólo somos tres!

Sentí cómo la sangre abandonaba mi cara. Pero Larry se había convertido en la encarnación de los guerreros del clan de los O'Keefe. Rador lo miró, se levantó y atravesó las cortinas. Poco después estuvo de regreso con el uniforme del irlandés.

- Ponéoslo, -le dijo bruscamente; y fuera lo que fuese a añadir O'Keefe quedó silenciado por un salvaje alarido de alegría que emitió al ver su uniforme.

Hizo trizas la túnica y las demás vestiduras.

- ¡Ricardo vuelve a ser Ricardo!- ¹⁹ Gritó y, a medida que vestía sus prendas, en sus

¹⁹ N. del T: Esta exclamación se debe a la leyenda del regreso de Ricardo Corazón de León a Inglaterra. Según ésta, Ricardo, al encontrarse frente a la milicia de Robin Hood, exclamó tal frase mientras se

ojos volvió a brillar aquella llama impetuosa de antaño. Cuando se colocó la última prenda, se situó ante nosotros.

- ¡Inclinaos, pobres diablos!-Nos gritó-. ¡Golpead el suelo con vuestras frentes y rendid homenaje a Larry Primero, Emperador de Gran Bretaña, Autócrata de Irlanda, Escocia, Inglaterra y Gales, aguas adyacentes e islas! ¡De rodillas os digo, comadreas!

- ¡Larry!- Grité- ¿Se ha vuelto loco?

- Ni por asomo,-me respondió-. Estoy bastante cuerdo si se me compara con el camarada Marakinoff. ¡Ahoy! ¡Fabricad más joyas para la Corona, tensad otro cordaje nuevo de oro en el arpa de Tara y abajo con los Sassenach²⁰ para siempre! ¡Ahoy!

Tras ese grito, comenzó a bailar una frenética jiga.

- Dios, qué bien me sienta esta ropa,-dijo riendo-. Su roce se me ha subido a la cabeza. Pero lo que les dije de mi imperio es verdad. De repente se puso serio.

- No. Tampoco lo decía en serio. Parte de lo que nos ha contado Olaf lo deduje yo de lo que me contó Yolara. Y reuní todas las piezas cuando ese comunista me detuvo justo antes de... antes de... -dudó-, bueno, antes de que montara aquel numerito.

- Puede que el sospechara algo... puede que creyera que yo sabía más de lo que sabía. Y pensó que Yolara y yo nos tratábamos como dos tortolitos enamorados. También creyó que Yolara tenía más influencia sobre esos malditos fuegos que Lugur. También se imaginó que, siendo mujer, la podría manejar con más facilidad. Con todo eso ¿qué era lo que en buena lógica debía hacer? ¡Déjame seguir a mí, Steve! ¡Derribar a Lugur y establecer una alianza conmigo! Así que *con total tranquilidad* me ofreció dejar en la cuneta a Lugur si yo le entregaba a Yolara. Mi recompensa sería la de elevarme a emperador de Rusia. ¿Se lo imaginan? ¡Buen Dios!

Rompió a reír de manera incontenible. Pero, bajo mi perspectiva, y habiendo presenciado de lo que era capaz el ruso, todo esto no me parecía absurdo; al contrario, presentí que se avecinaba una catástrofe colosal.

- Aún así,- continuó hablando cuando se hubo calmado, -me siento un tanto inquieto. Tienen el rayo *keth* y esas bombas destructoras de la gravedad.

- ¡Bombas destructoras de la gravedad! jadeé.

- Está claro, -me respondió-. ¿Qué otra cosa podía ser eso que envió volando por los aires los árboles y las piedras del jardín de Lugur? Marakinoff se dio cuenta rápidamente. Eliminan la gravedad al igual que las pantallas de oscuridad eliminan la luz... y, en consecuencia, cualquier cosa que se encuentre en su radio de acción puede salir disparado hasta la luna. Han conseguido asustarme; con eso, con los *keth* y con los soldados que se pueden volver invisibles asesinando a placer... vaya, que los peores bolcheviques son a su lado niños pequeños ¿Verdad, Doc?.

- No me preocupa el Resplandeciente, -continuó O'Keefe-. ¡Un manguerazo de agua de las mangueras de alta presión del Cuerpo de Bomberos lo mandaría a hacer puñetas! Pero los del Consejo... ¡Esos sí que son peligrosos, créame!

Pero por una vez, la confianza de O'Keefe no encontró apoyo en mí. Yo no era capaz de tomarme al Morador tan a la ligera como él... y una visión pasó ante mis ojos; una visión

despojaba de su túnica de campesino.

²⁰ N. del T: *sassenach* es como se denomina en Escocia, Irlanda, Gales y Cornualles a la gente que no tiene ascendencia céltica. Escrito en mayúsculas hace referencia a la regencia inglesa. La única reina que no mereció tal apelativo fue María Estuardo.

del Apocalipsis que ni siquiera el Evangelista había sido capaz de imaginar.

Una visión del Resplandeciente moviéndose sobre la superficie de nuestro mundo; un pilar llameante, glorioso, monstruoso, de maldad eterna encarnada... de gente siendo engullida por su abrazo brillante y siendo precipitadas a esa espantosa muerte en vida que yo ya había visto durante los rituales... de ejércitos enteros deshaciéndose en polvo diamantinamente brillante frente a los mortales rayos verdes... de ciudades enteras precipitándose al vacío a causa de aquella otra fuerza demoníaca de la que había sido testigo Olaf... de un mundo acosado y cazado por los invisibles asesinos del Morador que llevarían a la Tierra todo el odio infernal que albergaban en sus almas... del reclutamiento por parte de la Cosa de cada alma siniestra, débil, descarriada de la humanidad. ¡Por que yo sabía que, una vez liberado, ninguna nación de la Tierra podría hacer frente al diabólico dios, que pronto daría a conocer su poder!

¡Y entonces el mundo se convertiría en un colosal antro de crueldad y terror, un circo de bajas pasiones, de odios y de torturas; un caos de horror en el que el Morador crecería en poder, alimentándose de aquellas infernales hordas, aumentando su deseo inhumano!

En su ocaso, el planeta sería un erial asolado por una plaga que se elevaría hacia los cielos; sus verdeantes campos, sus murmurantes bosques, sus praderas y sus montañas serían colonizados por incontables legiones de seres sin alma, muertos en vida idiotizados, con sus vacíos cuerpos bendecidos por la infernal gloria del Morador... y alzándose sobre la vampirizada tierra como un faro de algún lejano infierno, infinitamente lejano, más allá de la imaginación más desembocada del hombre... ¡El Morador!

Rador se puso en pie de un salto y se dirigió hacia el globo, que comenzaba a emitir sonidos. Se inclinó sobre su superficie, ajustó sus mecanismos y nos pidió que nos acercáramos. El globo se elevó más de prisa de lo que había observado antes, se iluminó con un suave brillo, comenzó a aumentar el sonido, y finalmente pude oír la voz de Lugur claramente. - ¿Entonces es inevitable la guerra?

Se escuchó un coro de murmullos que asentían... creo que era el Consejo.

- Iré en busca del hombre alto... el que llaman *Larri*.-*Esta vez era la sacerdotisa la que hablaba*-. Una vez pasen los tres *tal*, Lugur, podéis hacer con él lo que os plazca.

- ¡No! -Le respondió Lugur con la voz llena de odio-. Todos deben morir.

- Morirá, -le dijo Yolara-. Pero me gustaría que viera a Lakla primero... y que ella supiera lo que le va a suceder a él.

- ¡No! -Exclamé al oír la voz de Marakinoff que intervenía.

- No hay tiempo para los caprichos personales, Yolara. Escuchad mi consejo: al finalizar los tres *tal*, Lakla vendrá en busca de vuestra respuesta. Vuestros hombres se emboscarán, y acabarán con ella y con su escolta utilizando los *keth*. Pero no matarás a los tres hasta que no se haya realizado tal cosa... y rápidamente. Con Lakla muerta, podremos marchar sobre los Silenciosos... ¡Y os prometo que encontraré la manera de acabar con ellos!

- ¡Acepto! -Le respondió Lugur.

- Aceptad, Yolara,-habló una voz de mujer, y supe que era aquella anciana de belleza arrebatadora-. Apartad de vuestra mente cualquier imagen del extraño... ya sea de amor o de odio. En este extremo, el Consejo está con Lugur y el hombre sabio.

Se produjo un silencio... y a continuación se oyó la voz de la sacerdotisa, seca pero llena de convicción.

- ¡Acepto!

- Haced que Rador lleve a los tres al templo y que los entregue a Sator, el Alto Sacerdote,-dijo Lugal-, y que permanezcan allí hasta que todo pase adecuadamente.

Rador dio un golpe a la base del globo y éste dejó de flotar. Se volvió hacia nosotros con la intención de hablarnos, y mientras lo hacía, el globo comenzó a sonar con un perentorio campanilleo mientras los colores se desplazaban sobre su superficie.

- He oído,-susurró el hombre de verde-. Los tres serán conducidos al lugar.

El globo se apagó y Rador avanzó hacia nosotros. - Ya lo habéis oído -nos dijo.

- Por tu vida, Rador,-le dijo Larry-. ¡No lo hagas!-Y de pronto comenzó a hablar en el idioma de Muria-. Somos seguidores de Lakla, Rador, y vos también lo sois.

Extrajo rápidamente la pistola y apuntó a la sien del enano de verde.

Rador no se movió.

- ¿De qué os serviría, *Larri*? -Le dijo tranquilo-. Podéis matarme... pero al final os prenderán. La vida no es tan preciosa en Muria como para que mis hombres, que están fuera, no se precipiten sobre vosotros a pesar de que masacréis a la mayoría de ellos. Y, al final, os sobrepasarán.

Pude ver que la duda se reflejaba en los ojos de Larry.

- Y -añadió Rador-, si os dejo marchar, tendré que bailar con el Resplandeciente ¡O algo peor!

La pistola de O'Keefe volvió a su funda.

- Eres un buen tipo, Rador, y nada más lejos de mi intención que hacerte daño , le dijo-. Llévanos al templo. Una vez que estemos allí... habrá finalizado tu responsabilidad ¿Verdad?

El enano asintió con la cabeza, mientras su cara adoptaba una curiosa expresión... ¿Era alivio? ¿O se trataba de una emoción más elevada?

Se volvió bruscamente.

- Adelante,- nos ordenó.

Salimos de aquel elegante y pequeño pabellón que había llegado a convertirse en nuestro hogar incluso perteneciente a aquel extraño palacio. Los guardias, a nuestro paso, se pusieron firmes.

- Vos, *Sattoya*, permaneced junto al globo,-le ordenó a uno de ellos-.Si se pusiera en comunicación la *Afyo Maie*, decidle que estoy en camino con los extraños, siguiendo sus instrucciones.

Atravesamos la fila de guardias y nos dirigimos al *corial*, que permanecía estacionado al final del paseo que comunicaba nuestro edificio con la gran carretera verde.

- Esperad aquí,-le dijo con acento seco al conductor.

El hombrecillo se situó en el asiento, empujó la palanca y nos deslizamos sobre la brillante obsidiana.

En ese momento, Rador nos miró y rompió a reír con sonoras carcajadas.

- *Larri*,-gritó-, ¡Os amo por el espíritu que os domina! ¿Y llegasteis a pensar que Rador sería capaz de conducir a la prisión del templo al hombre que se arriesgó a que cayera sobre su cabeza un horrible tormento por salvarlo? ¿O vos, Goodwin, vos que me salvasteis de morir en medio de una horrible putrescencia? ¿Por qué creéis que le pedí al conductor que se apeara del *corial*; por qué creéis que anulé el velo de silencio del globo para oír qué os amenazaba?

Hizo que el *corial* girara hacia la izquierda, alejándose del templo.

- ¡He terminado con Lugur, Yolara y el Resplandeciente!-Gritó Rador-. ¡Mi mano está al servicio de los tres, de Lakla y de aquellos a los que la doncella sirve!

CAPITULO XXII

La Pantalla de la Sombra

En aquel momento, nos aproximábamos al último ojo del gran puente cuya ancianidad había provocado que fuera abandonado a favor de los otros puentes. La velocidad del vehículo disminuyó, y nos aproximamos lentamente.

- ¿Podremos pasar por ahí?-Le preguntó O'Keefe.

El enano de verde asintió con la cabeza, señalando hacia la desembocadura del puente: una inmensa plataforma sujeta por dos gigantescos espigones, a través de los cuales corría un ramal de la brillante calzada. Tanto la plataforma como el puente estaban vigilados por un escuadrón de hombres armados, que se precipitaron hacia el parapeto para mirar con curiosidad hacia abajo, aunque sus actitudes no fueron hostiles. Rador suspiró con alivio.

- ¿Eso quiere decir que no tendremos que abrimos paso por entre sus filas?-Le preguntó el irlandés con desilusión.

- ¡No es necesario, *Larri!*-Le respondió Rador sonriendo mientras detenía el *corial* bajo el ojo y junto a uno de los espigones.-Ahora, prestad atención a mis palabras. La guarnición no ha sido advertida; por tanto, eso me hace pensar que Yolara aún cree que nuestros pasos se dirigen al templo. Este es el camino al Portal... y el camino está bloqueado por la Sombra. Una vez estuve al mando de este puesto, y sé quién lo manda ahora. Debo hacer lo siguiente: o bien persuadir a Serku, el guardián del camino, para que ice la Sombra, o izarla por mí mismo. Será una osadía, lo sé, y puede que en el intento perdamos la vida. ¡Pero es mejor morir luchando que bailar con el Resplandeciente!

Hicimos que el vehículo rodeara el espigón. De pronto apareció ante nosotros una plaza pavimentada de cristal volcánico, exactamente igual a aquel que pavimentaba la cámara del Estanque de la Luna. Brillaba como un lago de azabache fundido; a sus lados se elevaba algo que al principio me parecieron olas solidificadas del mismo material; pero una observación más detenida me hizo ver que eran baluartes levantados por manos mortales; sus paredes estaban perforadas por cientos de aspilleras.

Cada fachada estaba recorrida por un par de escaleras, interrumpida por descansillos a los que se abrían varias puertas. Ambas comenzaban, por su parte inferior, en un ancho reborde de piedra verdosa que rodeaba por completo aquel estanque de negrura; y éste se veía atravesado por dos puentes que arrancaban del puente más grande. Las cuatro escaleras estaban guardadas por una multitud de soldados; y, esparcidos por los descansillos pude ver varios vehículos, cuya disposición me recordó los aparcamientos terrestres.

Las sombrías paredes se elevaban a gran altura; se curvaban en las alturas y terminaban en dos obeliscos de los que, como si de una tremenda cortina se tratara, prendía una barrera de aquella espantosa oscuridad que, etérea como una sombra, supe que era tan impenetrable como la barrera que separa la vida de la muerte. En estas tinieblas, a diferencia de las otras que había visto, sentí una especie de movimiento: un rielar, un

tremolar constante y rítmico que no era sensible a los ojos, si no a un sentido mucho más sutil; como si pulsara sutilmente emitiendo luz negra.

El hombrecillo de verde hizo que el *corial* se dirigiera lentamente hacia la derecha y lo condujo hacia un lugar que distaba no más de cincuenta metros de una barrera; una entrada baja y ancha al fortín. En el umbral, montando guardia, permanecían dos soldados armados con anchas espadas bastardas cuyas cazoletas estaban formadas porafiladísimas garras. De pronto adoptaron la posición de firmes y por la puerta salió un enano tan fornido como Rador, vestido igual que él y llevando al cinto el puñal identificador de los capitanes de Muria.

Radar aparcó el vehículo con maniobras de experto y saltó con agilidad de su interior.

- ¡Saludos, Serku!-Le dijo-. Estaba buscando los *coria* de Lakla.

- ¡Lakla!-Exclamó Serku-. ¡Cómo; la doncella pasó con sus *akka* hará un va!

- ¡Pasó!-El asombro del enano de verde fue tan sincero que incluso yo me lo creí-. ¿Vos le franqueasteis el paso?

- Por cierto que la dejé pasar...-Y en ese momento, toda la seguridad del guardián se desvaneció-. ¿Por qué no debería haberlo hecho?-Le preguntó lleno de temor.

- Por que Yolara ordenó lo contrario.- Le respondió Rador con frialdad.

- No recibí instrucciones al respecto. Pequeñas gotas de sudor comenzaron a aparecer en la frente de Serku.

- Serku,-le respondió Rador en tono confidencial-, os aseguro que mi corazón se estremece por vos. Esto es algo que afecta a Yolara, a Lugur y al Consejo; sí, ¡incluso al Resplandeciente! Y el mensaje fue enviado... Y quizá el futuro de Muria reposara sobre vuestra obediencia, y sobre el regreso de estos tres y de Lakla al Consejo. Ahora mi corazón se estremece por vos, por que a cualquiera menos a vos me gustaría verlo danzar con el Resplandeciente,- finalizó con un murmullo.

El guardián se estremecía con incontrolados temblores mientras empalidecía.

- Acompañadme y hablad con Yolara,-le rogó-. Decidle que no recibí tal mensaje...

- ¡Esperad, Serku!-Rador le dio a su voz un tono de esperanza-. Este *corial* es de los más rápidos... mientras que el de Lakla es muy lento. Lakla sólo nos saca un escaso va de distancia, y podremos alcanzarla antes de que penetre en el Portal. Izad la Sombra... la traeremos de regreso, y lo haremos por vos, Serku.

La duda luchó contra el pánico en el alma Serku.

- ¿Por qué no vais solo, Rador, dejando los extraños a mi cuidado?-Le preguntó, cosa que no me pareció en absoluto falta de razonamiento.

- No es posible,- le respondió el de verde bruscamente-. Lakla no regresará a menos que le presente estos hombres como acto de buena fe. Venid conmigo... le consultaremos a Yolara y ella decidirá el caso.

Comenzó a alejarse, pero Serku le tomó por el brazo.

- ¡No, Rador, no!-Le susurró, otra vez abatido por el terror.- Marchad juntos... haced lo que deseéis. ¡Pero traed a la doncella con vosotros! ¡A prisa, Rador!-le dijo mientras se precipitaba dentro de la fortaleza-Apartaré mientras la Sombra...

En la actitud de Rador pude ver que comenzaba a desconfiar y se alertaba. Se situó junto a Serku.

- Te acompañaré,-Oí que comenzaba a decirle-, ya que he de decirte que...

No pude escuchar más.

- ¡Excelente treta!-Me susurró Larry-. Lo propondré como ciudadano del año en

Irlanda, este Rador es...

La Sombra tembló y se deshizo en jirones de nada; los obeliscos que habían servido de sostén comenzaron a configurar una carretera de color verde que se perdía en la distancia.

¡Y en ese momento, pude oír cómo salía un grito agonizante del edificio! Cortó el aire que rodeaba el precipicio de oscuridad como una flecha gimiente. Antes de que su eco se perdiera, comenzaron a descender las escaleras un numeroso grupo de guardias. Los que se encontraban de guardia en el umbral extrajeron sus espadas y miraron al interior de la fortaleza. De repente, Rador se encontró entre ellos. Uno soltó su arma y se abalanzó sobre él, pero la daga del hombrecillo brilló durante un segundo y se clavó en su garganta del atacante. Sobre la cabeza de Rador se precipitó la segunda espada, pero vi que de la mano de O'Keefe salía un resplandor y la espada salió volando de la mano del soldado como si tuviera vida propia... otro relampagueo y cayó muerto al suelo. Rador saltó al interior del vehículo, se situó frente a los mandos y salimos disparados hacia la Sombra.

Se escuchó un chasquido y vimos que una oscuridad de inmensas alas se precipitaba sobre nosotros. El *corial* se vio estremecido por la mano de un gigante, patinó pesadamente, se escuchó un estrépito metálico y el vehículo cabeceó. De repente me vi levantándome del suelo casi mareado y mirando hacia atrás.

La Sombra había caído... pero demasiado tarde, una fracción de segundo tarde. Y mientras recuperaba su posición inicial, vimos cómo se estremecía y se agitaba, como un efrít²¹ de Eblis²², temblando de odio, intentando con todo su maligno poder liberarse para perseguirnos. No muy tarde supimos que la mano agonizante de Serku golpeó, antes de que su dueño se sumiese en el olvido, el mando de la Sombra y la dejó caer sobre nosotros como una red sobre un pájaro.

- ¡Buen trabajo, Rador!-Le dijo Larry-. Pero te han estropeado la parte trasera del autobús.

Todo el tercio trasero del vehículo había desaparecido, limpiamente cortado. Rador lo examinó con nerviosismo.

- Mal asunto, nos dijo-. Sin embargo, no todo está perdido; nuestra esperanza reside en cuán lejos de nosotros se encuentren Lugur y sus hombres.

Levantó una mano saludando a Larry.

- Pero a vos, *Larry*, os debo mi vida. Ni tan siquiera el *keth* habría sido tan rápido en salvarme como vuestra llama mortal... ¡Amigo mío!

El irlandés se inclinó en una profunda reverencia.

- Serku... -El hombrecillo extrajo de su funda el ensangrentado puñal-. Me vi obligado a abatir a Serku. Mientras levantaba la Sombra, el globo dio la alarma. Lugur se dirige hacia aquí con dos veces diez veces diez de sus mejores... -Dudó un instante-. Aunque hemos escapado de la Sombra, ésta nos ha anulado toda velocidad. Ojalá alcancemos el Portal antes de que se cierre tras Lakia... pero si no lo conseguimos... -Volvió a detenerse-. Bueno... conozco un método, aunque no me place la idea de seguirlo ¡No!

Abrió la trampilla que contenía la esfera brillante dentro del cristal oscuro, y la observó atentamente. Yo me aproximé al extremo rebanado del *corial* y vi que los bordes se desmoronaban, desintegrándose al tocarlos. Se deshacían en polvo entre mis dedos. Aún asombrado me acerqué a Larry, que desprendía por todos sus poros una incontenible felicidad mientras limpiaba y recargaba su pistola automática. Su mirada cayó sobre la

²¹ N. del T: Efrít: demonio menor de enorme fuerza en la mitología árabe

²² N.del T: Eblis: el nombre de Satán en árabe.

cara triste y amargada de Olaf y sus ojos adquirieron una expresión de ternura.

- ¡Arriba ese ánimo, Olaf!-Le dijo-. Se nos presenta una buena oportunidad para pelear. Una vez que nos unamos a Lakla y sus muchachos, te apuesto lo que quieras a que recuperaremos a tu mujer ¡No lo dudes! La nenita... -Dudó un poco avergonzado.

Los ojos del escandinavo brillaron mientras posaba una mano sobre el hombro de O'Keefe.

- Mi *Yndling*... ella pertenece a los *Dode*... a los muertos en santidad y bendición. Ya no temo por ella y tendrá venganza. ¡Ja! Pero mi Helma... ella está con los muertos en vida... como aquellos que vimos girando como hojas con el Diablo Resplandeciente... y me gustaría que ella estuviera con los *Dode*... y que descansara. ¡No sé cómo luchar contra el Demonio Resplandeciente, no!

Su amarga desesperación le rompió la voz.

- Olaf -Le dijo Larry con enorme suavidad-. Lo lograremos... lo sé. Recuerda una cosa: Todas estas cosas que nos parecen tan raras... y, vaya, tan sobrenaturales, son trucos tontos en los que no vamos a caer otra vez. Mira, Olaf, suponte que coges a un nativo de las islas Fiji y te lo llevas al centro de Londres en plena guerra, con los coches pasando a toda pastilla, las sirenas aullando, los polis gritando órdenes, una docena de aviones enemigos soltando bombas y los focos iluminando el cielo ...¿No pensaría que lo habías soltado entre demonios del tercer nivel que estaban montándose una fiestecita en algún tugurio del infierno? ¡Claro que sí! Y, para nosotros, todo lo que vio fue algo normal... tan normal como es todo esto; como lo será una vez que lo comprendamos. Naturalmente que no somos nativos de las Fidji, pero el principio es el mismo.

El escandinavo lo penso detenidamente y asintió.

- ¡Ja!-Respondió finalmente-. Y entonces podremos luchar. Por eso he vuelto la mirada hacia Thor el de las Batallas. ¡Ja!. Y tengo mi fe sobre mi Helma puesta en una... la doncella blanca. Desde que he vuelto a los antiguos dioses he visto con claridad que mataré a Lugur y que la *Heks*, la puta hechicera, Yolara, también morirá. Pero tengo que hablar con la doncella blanca.

- De acuerdo,- le dijo Larry-. Pero no te preocupes por lo que no entiendas. Quiero decirte otra cosa... -vaciló, un poco nervioso-. Hay otra cosa que puede que te resulte un poquito chocante cuando veamos a Lakla... sus... esto... sus ranitas.

- ¿Como la mujer rana que vimos en la pared? -Le preguntó Olaf.

- Sí,- le respondió Larry con rapidez-. Se debe a que... las ranas crecen un poquito más en el lugar en el que vive ella, y son una pizca diferentes. Mira, Lakla ha entrenado a unas cuantas. Les ha enseñado a llevar lanzas, y mazas y cosas de esas... igual, igual que las focas y los monos que se ven en el circo. Es probable que se trate de una costumbre de estos andurriales. No te preocupes por ellos, Olaf. Ya sabes que la gente tiene todo tipo de mascotas... armadillos y serpientes y conejitos; incluso canguros, tigres y elefantes.

Recordando en ese momento cómo había impresionado a Larry la visión de la mujer batracio, me pregunté si todo ese discurso no habría sido para convencerse a sí mismo, en lugar de a Olaf.

- Vaya, ahora recuerdo que conocí en París a una chavala que tenía por mascota a una pitón...-Y siguió hablando, pero dejé de escucharle, pues ahora yo lo veía todo claro.

La carretera comenzó a agitarse hasta que formó picos y crestas y arrancó grandes masas de roca que dejaban al descubierto parches de musgo amarillento.

Los árboles que la rodeaban habían desaparecido y en su lugar aparecieron unos

arbustos espinosos de cuyas ramas pendían racimos de brotes blancos como la cera. La luz también había experimentado un cambio; su brillo dorado había dado paso a un crepúsculo plateado, casi gris. Frente a nosotros se elevaban unos acantilados cobrizos iguales a las montañas que habíamos observado al otro lado que se perdían en la niebla de las alturas.

Algo que me había estado rondando por la cabeza cobró una impactante claridad: la trampilla del vehículo seguía abierta, y a su través pude ver que la esfera de fuego no había disminuido su brillo, pero su resplandor, en lugar de dirigirse hacia abajo, conectando con el cilindro, se retorció y retrocedía como tratando de regresar a su origen. Rador asintió preocupado.

- La Sombra ha comenzado su trabajo,-nos dijo.

Volvimos a poner en marcha el vehículo y llegamos a un alto, en ese momento Larry me agarró por un brazo.

- ¡Miren!-Gritó mientras señalaba con una mano.

Lejos, muy lejos de nosotros, tan lejos que la carretera se convertía en un hilo en la lejanía, media docena de puntos brillante se desplazaban a gran velocidad a nuestro encuentro.

- Lugur y sus hombres,-dijo Rador.

- ¿No puede darle más gas?-Preguntó Larry.

- ¿Más gas?-Repitió el hombrecillo de verde sin entender.

- ¿Hacer que corra más, que acelere,-le explicó O'Keefe.

Rador miró al frente. Los acantilados cobrizos estaban muy cerca, a no más de cinco o seis kilómetros de distancia; frente a nosotros la carretera describía una amplia curva elevada, que el *caria* tomó a una velocidad exasperantemente lenta. En la lejanía escuchamos unos apagados gritos, y supimos que Lugur se acercaba cada vez más. Por ningún lado había signos de Lakla o sus anfibios.

Ya casi nos encontrábamos en medio de la curva que el vehículo iba atravesando trabajosamente, cuando escuchamos un silbido que provenía de su interior; supe que la superficie del cilindro ya no se mantenía flotando sobre la calzada, si no que acababa de entrar en contacto con ella.

- ¡Nuestra última oportunidad!-Exclamó Rador.

Se inclinó sobre la palanca de control, dio un violento tirón y la arrancó de su sitio. Al instante, la brillante esfera se expandió, comenzó a girar a una velocidad prodigiosa y envió un chorro de chispas al cilindro. El vehículo dio un salto hacia delante; se elevó por los aires y el cristal oscuro saltó hecho trozos. La brillante esfera se apagó, pero el ímpetu de este último impulso nos llevó hasta la cima de la curva. Nos detuvimos en su cima un instante y pude observar que la carretera descendía trazando dos curvas hasta un inmenso valle en forma de botella cubierto de grandes masas de musgo y que desembocaba en una barrera de inconcebible altura.

Entonces, una vez vencida su frenada, el vehículo, sin control ni freno, nos lanzó en una meteórica carrera que no debía de acabar más que en un aniquilante choque contra las faldas de los acantilados.

En ese instante, la mente de Larry, acostumbrada a trabajar con velocidades superiores a las del vehículo, entró en acción. Mientras nos aproximábamos a la última curva, se lanzó contra Rador y empujó su cuerpo y el del hombrecillo en dirección contraria a la que describía la curva. Bajo el empuje de ambas fuerzas, el *corial* se salió de la calzada,

golpeó un banco de musgo que crecía al borde de la carretera, salió despedido por los aires, golpeó el blando suelo, comenzó a girar como un desquiciado derviche y cayó sobre un costado. Nos deslizamos así una docena de metros, pero el musgo nos protegió de cualquier rotura o abrasión.

- ¡Aprisa!-Nos gritó Rador mientras alargaba una mano y me ponía en pie.

Comenzamos a correr hacia la base de los acantilados, que no distaba más de un centenar de metros. Junto a nosotros corrían Larry y Olaf. A nuestra izquierda corría la negra carretera. Me detuve bruscamente, obstruida mi carrera por una losa de pulida piedra púrpura que se elevaba a una altura de una veintena de metros y que tenía la misma anchura. A sus lados se elevaban dos pilares de piedra, tallados en la roca viva y tan ciclópeos como aquellos que sostenían el velo de Morador. Su superficie estaba cubierta por innumerables tallas... pero no tuve ocasión más que para echarles un breve vistazo. El hombrecillo de verde me agarró por el brazo.

- ¡Aprisa!-Gritó de nuevo-. ¡La doncella ya ha pasado!

A la derecha del Portal corría una pared baja de roca calcinada. Saltamos por encima como si fuéramos conejos. Al otro lado discurría un estrecho sendero. Agachados, con Rador a la cabeza, corrimos hacia nuestra meta: atravesamos veinticinco, cuarenta metros ¡Y el sendero finalizó en un callejón sin salida! Hasta nuestros oídos llegó un agudo grito.

El primero de los vehículos que nos perseguía había entrado en el valle, se detuvo un momento, al igual que nosotros, y comenzó a descender con cuidado. En su interior vi a Luger, observando detenidamente el terreno.

- ¡Si se acerca un poco más, podré hacer blanco!-Susurró Larry mientras levantaba su pistola.

De pronto Rador, con los ojos relampagueantes, le apartó el arma.

- ¡No!-Susurró. Apoyó un hombro contra una de las rocas que formaban la pared; esta giró sobre sí misma y reveló una entrada.

- ¡Adentro!-Nos ordenó mientras luchaba contra el peso de la roca. O'Keefe se lanzó de cabeza seguido por Olaf y yo entré a continuación. Con gran agilidad, el enano saltó a mi lado mientras soltaba la roca, que volvió a su lugar con un enorme crujido.

Nos encontramos sumidos en unas tinieblas abisales. Busqué en mis bolsillos la linterna, pero descubrí con frustración que lo había dejado atrás, junto con mi botiquín, cuando habíamos huido de los jardines. Pero Rador no parecía necesitar tipo de luz alguno.

- ¡Asíos de la mano!-Nos ordenó.

Nos arrastramos por la oscuridad, en fila y agarrados de la mano, como si fuéramos niños. Finalmente, Rador se detuvo.

- Esperad aquí,-nos susurró-. No os mováis. Y por vuestras vidas... ¡Permaneced en silencio!

Se fue.

CAPÍTULO XXIII

El Gusano Dragón y el Musgo de la Muerte

Esperamos lo que para mí pareció una pequeña eternidad. Entonces, con el mismo

silencio que se había marchado, regresó nuestro guía.

- Todo bien -nos dijo, y noté que su voz había perdido cierto tono de preocupación-. Agarráos una vez más de la mano y seguidme.

- Esperad un momento, Rador -le dijo Larry-. ¿No conoce Lugur esta entrada? Si la conoce ¿Por qué no dejáis que Olaf y yo retrocedamos y acabemos con ellos a medida que entren? Ahí podríamos detener a un ejército... mientras tanto, Goodwin y vos podríais ir en busca de Lakla para que nos ayudara.

- Lugur es consciente del secreto del Portal... si se atreve a utilizarlo ,le respondió el capitán de la guardia con una curiosa indirecta-. Pero ahora que han desafiado a los Silenciosos, sí creo que osará. También localizará nuestras pisadas... y quizá encuentre la entrada secreta.

- ¡Pero, por el amor de Dios!-El empaldecimiento de O'Keefe resultó más que evidente-. Si él ya sabe todo esto, y vos ya lo sabíais ¿Por qué no me permitís acabar con ellos cuando aún tenemos la oportunidad?

- *Larri*, -el tono del hombrecillo se tornó extrañamente humilde-. A mí también me pareció una idea excelente... al principio. Y entonces oí una orden... una orden que me obligó a deteneros... que me aseguró que Lugur no debía morir ahora ¡Para que no se abortara una gran venganza!

- ¿Una orden? ¿De quién?-La voz del irlandés destilaba toda la furia que sentía en su interior.

- Creo,-le respondió Rador en un susurro-, ¡creo que provenía de los Silenciosos!

- ¡Supersticiones!-Exclamó O'Keefe al borde de la desesperación-. ¡Todos son supersticiones! ¡Y qué puedo hacer contra ellas! No importa, Rador.-Y afortunadamente su sentido del humor acudió en nuestra ayuda-. De todas maneras, es demasiado tarde. ¿Hacia donde dirigimos nuestros pasos, mi querido vejete?-Finalizó riendo.

- Vamos a atravesar el territorio de algo que no me atrevo ni tan siquiera a mencionar,-le respondió Rador-. Pero si lo encontramos, apuntad vuestros tubos de la muerte hacia el pálido escudo que presenta en su garganta y enviad vuestro mortal mensaje hacia la flor de frío fuego que dibuja su centro... ¡No miréis en sus ojos!

Una vez más, Larry suspiró profundamente, y yo con él.

- Esto ya es demasiado complicado para mí, Doc.-Me susurró hastiado-. ¿Le encuentra algún sentido a todo esto?

- No,-le respondí todo lo bajo que pude-, pero Rador teme algo, y ésa es la mejor descripción que ha podido hacernos.

- Claro,-me respondió-, se trata de un código secreto que no soy capaz de resolver.-Pude sentir en sus palabras un profundo desprecio-. Vale, Rador, apuntaré a la flor de fuego frío... y nada de mirar a sus ojos,-continuó con tono festivo-. ¿Pero no sería mejor que comenzáramos a movemos?

- ¡Vamos!-Nos dijo el soldado. Y una vez más nos pusimos en camino agarrados de las manos.

O'Keefe iba murmurando para sus adentros.

- ¡Flores de fuego frío! ¡Nada de mirar a sus ojos! ¡Que me revienten! ¡Vaya supersticiones!

De repente se aclaró la garganta y comenzó a cantar muy bajo:

«Oh, mamá, corta una rosa para mí,

*Dos jóvenes ranos están enamorados de mí
Cierro los ojos y evito ver lo que no vi. »*

- ¡Sh!-Rador le llamó la atención y comenzó a hablar en susurros-. Durante medio *va* andaremos un camino de muerte. De sus peligros desembocaremos en otro de cuyas amenazas yo seré capaz de guardaros. Pero durante un trecho, estaremos expuestos a que nos vean desde la carretera, así que Lugur podrá vemos. Si sucede así, nos batiremos lo mejor que sepamos.

Si conseguimos recorrer estos dos caminos satisfactoriamente, se abrirá ante nosotros el camino al Mar Púrpura; y ya no tendremos temor ni de Lugur ni de nada. Otra cosa he de decir... que Lugur ignora... cuando abra el Portal, los Silenciosos lo oirán, y Lakla y los *Akka* se apresurarán a darles la bienvenida a los recién llegados.

- Rador,-le pregunté-. ¿Cómo sabéis vos todo esto?

- La doncella es la hija de mi única hermana,-me respondió precipitadamente.

O'Keefe tomó aire profundamente.

- Tito, le dijo en inglés-, ¡Te presento al hombre que se va a convertir en tu sobrino!

Y, a partir de ese momento, jamás volvió a dirigirse al enano de verde de otra forma que no fuera por su grado familiar, cosa que Rador, con su sentido del humor, se lo tomó como si fuera un título nobiliario.

Para mí todo había quedado claro. Ya veía claras las razones por las cuales Rador sabía de la aparición de Lakla en la fiesta en la cual Larry estuvo a punto de caer bajo el hechizo de Yolara; por las que casi inmediatamente había depositado su confianza en nosotros, y claro estaba por qué, a pesar de mis continuados consejos sobre la prudencia, yo mismo había sentido una simpatía inmediata hacia él.

Mis especulaciones acerca de cómo encajarían tío y sobrino tan sumamente diferentes en cuanto a su constitución y raza desaparecieron en el momento en que me percaté de que caminábamos en medio de una difusa luz. Nos encontrábamos en medio de un ancho túnel; y no muy lejos podíamos observar un pálido brillo amarillento parecido al que se produce cuando la luz invernal pasa a través de las mustias hojas de los árboles. Mientras nos aproximábamos pude ver que, efectivamente, la luz atravesaba una pantalla vegetal que ocultaba la continuación del pasaje. Rador apartó cautamente la cortina, y nos ordenó por gestos que pasáramos.

Me pareció que aquella sección del túnel estaba excavada en un material verdoso. Su base la constituía un piso firme de casi veinticinco metros de anchura, desde el que nacían unas paredes perfectamente curvadas que formaban un cilindro de gran perfección, perfectamente alisado y compactado. La anchura máxima del túnel era de aproximadamente cuarenta metros y sus paredes se cerraban sin llegar a tocarse. Por encima de nuestras cabezas se abría una grieta de unos tres metros de ancho de bordes mellados, por la que se filtraba una luz de color ambarino; una delicada franja de luz que creaba curiosas sombras bronceas evanescentes.

- ¡Apresuraos!-Nos reconvino Rador, mientras echaba a andar con paso vivo.

Ahora, con los ojos acostumbrados a la extraña luz, pude ver que las paredes del túnel estaban construidas de musgo. En su estructura pude discernir pequeñas hojas laceoladas y rizadas, conglomerados de enormes capullos (*Physcomitrium*), pegotes de flores que pude adivinar que se trataban de cladonias de borde rojo, conglomerados de grandes colonias de musgo, estampaciones de gigantescos dientes de león; todo embutido en el

túnel como se hubiera sufrido una inmensa presión.

- ¡Rápido!-Me llamó Rador, ya que yo había quedado casi hipnotizado.

Él apresuró el paso hasta que casi se encontró corriendo; nosotros íbamos detrás, casi inclinados. La luz ambarina cobró mayor intensidad, a medida que la grieta se hacía más ancha. El túnel describió una curva; a nuestra izquierda apareció un profundo surco. El hombrecillo se precipitó hacia él y nos introdujo en su interior, antes de entrar él mismo, encontrándonos con que se trataba de una chimenea rocosa. Más y más trepamos por su interior, hasta que sentí que mis pulmones iban a reventar del esfuerzo y que no me era posible subir un solo metro más; de repente, el tubo finalizó y nos encontramos hundidos hasta las rodilla en un pequeño claro alfombrado de hojas muertas y rodeado de estilizados árboles.

Jadeantes y sin fuerza en las piernas, nos derrumbamos en el suelo, relajándonos y recuperando las fuerzas y la respiración. Rador fue el primero en levantarse. Por tres veces se inclinó como si hiciera reverencias.

- Les doy las gracias a los Silenciosos... ¡Ya que han vertido su poder sobre nosotros!- Exclamó.

Apenas me pregunté a qué se refería, ya que el suelo de hojas sobre el que nos encontrábamos reposando hizo que diera un respingo. Me pude de pie de un salto y corrí hacia uno de los árboles. ¡No estaban hechos de madera, *no!* ¡Estaban hechos de *musgo!* La especie más enorme que yo había observado. Incluso en las junglas tropicales, éste no alcanzaba un tamaño mayor de cuatro centímetros. ¡Y este tenía una altura de seis metros! El fuego científico que se había despertado en el túnel creció de intensidad. Aparté las hojas y observé...

Mi visión me mostró miles de árboles... ¡Qué visión! ¡El bosque de la *Fata Morgana!* ¡Una foresta hecha con magia!

El bosque de musgo arbóreo estaba plagado de capullos de todos los colores y formas concebibles; cataratas y cascadas, avalanchas y lluvias de capullos en colores pastel, metálicos, ardientes colores calientes; algunos fosforescentes y brillantes como joyas vivientes; algunos estaban cubiertos de un polvillo opalescente, otros parecían haber sido salpicados por el polvo de los zafiros, rubíes, esmeraldas y topacios. Algunos convólulos se elevaban al aire como las trompetas de los siete arcángeles de Mara, el rey de las ilusiones, que estaban fabricadas con el material del que está hecho el mismísimo cielo.

¡Y el musgo descendía como las banderas de los titanes desfilando; pendones y estandartes tejidos con la luz del sol; los gonfalones del Jinn; las banderas de la magia y los estandartes de los elfos!

Derramándose a través de este espectáculo policromático pude ver millones de pedículos... estilizados y rectos como saetas, o formando espirales, o curvándose en graciosas ondulaciones como las serpientes blancas de Tanit en los templos de la antigua Cartago... y todo ello estaba coronado por fantásticas cápsulas de esporas en forma de minaretes y torres, domos, espiras y conos, sombreros frigios y mitras arzobispales; y con formas grotescas e innominadas... ¡e incluso formas de enorme gracia y encanto!

Todo se balanceaba en una delicada cadencia, bamboleándose y moviéndose como los goblins que habitaban las alturas de la corte de *Titania*; todo ello acompañado por una cacofonía parecida a la que hubieran producido las trompetas de Catai si hubieran interpretado *Las Doncellas de las Flores* de «Parsifal»; ¡un sonido que hubiera provenido

de las gargantas de los grotescos y deformes habitantes del panteón de Java si hubieran presenciado una bacanal de hurfes en el paraíso de Mahoma!

Sobre todo el paisaje se derramaba una luz ambarina; en la distancia se cernían unas nubes oscuras, rasgadas que se asemejaban a una tormenta que estuviera a punto de caer sobre nosotros.

Por el aire volaban miríadas de pájaros que se elevaban, planeaban y picaban como joyas que hubieran contraído vida, entrelazando sus vuelos con un millar de gigantescas e impresionantes mariposas.

De repente, un sonido llegó hasta nuestros oídos como si se tratara del susurro creciente de una riada; susurrante, creciendo a cada segundo, hasta que alcanzó una calidad insoportable que casi nos ensordeció. Rápidamente, pasó por nuestro lado, como una presencia impalpable, y se perdió en la lejanía.

- ¡El Portal!-Exclamó Rador-. ¡Lugur lo ha traspasado!

Se acercó a los árboles, apartó las ramas, y oteó el camino que habíamos recorrido. Mirando en su dirección, pudimos ver la barrera que habíamos atravesado: un estrecho pasaje a unos cinco o seis kilómetros de distancia cubierto de verde. Pudimos ver la grieta que atravesaba longitudinalmente el túnel como si un topo hubiera cavado su madriguera sólo por la superficie de un jardín. De vez en cuando, mirando desde lo alto del acantilado, podía ver algo parecido al brillo de unas lanzas.

- ¡Se acercan!-Nos susurró Rador-. ¡Rápido! ¡No debemos encontrarlos aquí!

Y, de repente...

- ¡Bendita Santa Brígida!-Exclamó Larry casi ahogándose.

Del acantilado al que iba a desembocar el túnel, casi dos kilómetros más allá de la chimenea por la que habíamos trepado, se izó repentinamente una cabeza coronada de cuernos y tentáculos... erectos, alerta, moteados de oro y púrpura, elevándose cada vez a mayor altura... y, bajo aquella masa de horror, se elevó una cabeza escarlata con dos enormes y llameantes ojos oblongos: dos pozos de púrpura fosforescente... elevándose cada vez más alto... sin oídos, sin nariz, sin rostro; de una boca lívida salió una lengua larga, estilizada, escarlata que se movía como una llama sin control. Lentamente terminó de levantarse, presentando un cuello acorazado por escamas doradas y escarlatas sobre cuya superficie la luz ambarina jugueteaba formando pequeños charcos flamígeros; y bajo el cuello pude ver algo que brillaba pálidamente, como un escudo de plata... y, en el centro del escudo, de más de cinco metros de ancho, brillando y pulsando fríamente observé una rosa hecha de llamas blancas: una «flor de fuego frío», tal y como la había descrito Rador.

Lentamente, la Cosa se izó sobre sí misma, elevándose a más de treinta metros por encima del acantilado, como si fuera una torre viviente, sus ojos buscando incesantemente. Se escuchó un siseo, la cabeza coronada de cuernos se inclinó mientras los tentáculos se movían y reptaban como los de un pulpo. Súbitamente, la inmensa masa cayó al suelo.

- Rápido-. Jadeó Rador, y nos precipitamos a través de los árboles, descendiendo a toda prisa por la otra ladera.

Tras nosotros se escuchó un sonido como el provocado por un torrente, seguido por un lejano grito agónico apagado, luego... silencio.

- Ya no hemos de preocuparnos por *aquellos* que nos perseguían.- Nos dijo entre susurros el enano de verde mientras hacía una pausa.

- ¡Bendito sea San Patricio!-Exclamó O'Keefe mientras sopesaba su pistola automática. Y esperaba que matara a ese monstruo con *esto*. Bueno, tal y como dijo Fergus O'Connor cuando lo enviaron a matar un toro salvaje con un cuchillo de mondar patatas: «¡Amados todos, jamás llegaréis a imaginaras cuánto aprecio la confianza que depositáis en mí!»

- ¿Qué era eso, Doc?- Me preguntó.

- ¡El Gusano Dragón!-Le respondió Rador.

- ¡Era el *Helve Orm*... el gusano del infierno!-Croó Olaf.

- Ya estamos... -dijo Larry mientras lo fulminaba con la mirada, pero nuestro guía ya se precipitaba corriendo ladera abajo y rápidamente lo seguimos, con Larry murmurando y Olaf rumiando a mis espaldas.

El hombrecillo nos hizo una señal de precaución, mientras señalaba una abertura en un grupo de árboles musgosos ¡Ibamos a pasar al lado de la carretera! Observando atentamente, no vimos ni rastro de Lugur y nos preguntamos si también habría visto el gusano y habría huido. Rápidamente atravesamos el claro, acercándonos a los *coria*. Los árboles empezaron a clarear cada vez más, dejando paso a pequeños arbustos que apenas nos ofrecía cobertura. De repente, nos encontramos frente a una pantalla de helechos musgosos; lentamente, Rador la atravesó y permaneció indeciso.

La escena que se presentó ante nuestros ojos era salvajemente extraña y deprimente... de alguna manera era inciertamente terrorífica. Por qué, no sabría explicarlo; pero la impresión fue tal que no pude evitar el retroceder. Ahora, analizando detenidamente, me pregunto si la reacción me la provocó la visión de aquella enorme cantidad de hongos que se asemejaban a bestias, pájaros, incluso hombres. Nuestro camino pasaba muy cerca de ellos. A primera vista me parecieron de gran tamaño, viridiscentes, casi metálicos y cubiertos de verdín. Parecían curiosas imágenes distorsionadas de perros, venados, pájaros... e incluso enanos ¡E incluso aquí y allí vi formas de hombres anfibios! También pude ver fundas de esporas, verde amarillentas, y tan grandes como mitras y que se asemejaban misteriosamente a éstas. Mi repulsión creció hasta casi convertirse en náuseas.

Rador nos miró con una cara que estaba mucho más pálida que cuando apareció el gusano dragón.

- ¡Ahora, por vuestras vidas!-Nos susurró-. ¡Caminad con la suavidad que lo hago yo! ¡Y no digáis una sola palabra!

Comenzó a caminar lentamente, con un cuidado exquisito. Comenzamos a seguirlo, dejamos atrás las primeras figuras... y mi piel comenzó a hormigear y sentí que me encogía; miré hacia atrás y vi que los demás también se encogían por efecto de aquella extraña sensación; Rador no se detuvo hasta que hubo alcanzado la cima de un altozano. Y *él* también estaba temblando.

- ¿A qué tendremos que hacer frente ahora?-Murmuró O'Keefe.

El hombrecillo extendió un brazo y apuntó rígidamente hacia más allá de un pequeño altillo sobre cuya amplia cima se alineaban cierto número de formas musgosas, orlando su superficie, con las bulbosas cabezas vueltas hacia abajo, como vigilando todo lo que pasaba bajo ellas. Desde allí pudimos ver la carretera... y de ella nos llegó un grito. Una docena de *coria* estaban aparcadas cerca, llenas con los hombres de Lugur, y en una de ellas el propio Lugur ¡Riéndose cruelmente!

Observamos un movimiento entre los soldados, y una docena de ellos se precipitó

colina arriba.

- ¡Corred!-Grito Rador.

- ¡Notan aprisa!-Exclamó Larry, y apuntó cuidadosamente hacia Lugur. La automática abrió fuego, y le hizo eco el arma de Olaf.

Ambas balas se dirigieron salvajemente hacia Lugur, que aún estaba riendo, y se incrustaron en la carrocería del vehículo. Siguiendo a los disparos, y desde la misma orilla de las figuras, nos llegaron una serie de explosiones amortiguadas. Por efecto del ruido de los disparos, las cápsulas habían explotado y una brillante nube de blanquecinas esporas comenzó a cubrir a los soldados... esporas tan grandes que parecían haber sido aumentadas de tamaño varias veces. A través de aquella nube pude ver que sus caras se retorcían de pura agonía.

Algunos se dieron la vuelta para huir, pero no alcanzaron a dar dos pasos cuando quedaron rígidos.

La nube de esporas comenzó a rodearlos y a pegarse a sus cuerpos; cubrió sus cabezas y bajó por sus pechos, hasta que sólo pudimos ver las piernas... ¡Y lentamente comenzaron a transformarse! Sus caras comenzaron a perder las facciones, hasta que se borraron. La masa de esporas que los cubría comenzó a tomarse amarilla, luego verde, se dilató y se oscureció. Pude ver los ojos de un soldado que giraban locamente hasta que la masa los cubrió rápidamente.

Lo que hasta hace un momento eran hombres, se había convertido en una grotesca masa musgosa, fundiéndose lentamente, tomando la apariencia de las figuras que habíamos visto más atrás... ¡Incluso comenzaban ya a tomar aquel extraño aspecto metálico!

El irlandés me había tenido fuertemente agarrado del brazo, pero fue en ese momento cuando comencé a sentir dolor.

- ¡Olaf tenía razón!-Jadeó-. ¡Esto es el mismísimo infierno! Me siento enfermo.

Y por lo que pude ver lo estaba, sin disimulos. Lugur y los demás soldados parecieron salir de una pesadilla; saltaron al interior de los *coria* y se alejaron a toda prisa.

- ¡Bien!-Exclamó Rador-. ¡Ya hemos vencido dos peligros! ¡Los Silenciosos velan por nosotros!

Pronto nos encontramos entre los ya familiares (pero extraños) árboles musgosos. Sabía lo que había visto, y Larry ya no podía llamarme supersticioso. En las junglas de Borneo, yo ya había examinado un extraño hongo que crece con gran rapidez sobre el cuerpo humano y que, según dice la superstición, envían los brujos contra aquellos que osan robar una mujer de otra tribu, para que se agarren con sus minúsculos garfios a la piel e introduzcan en la carne microscópicas raíces a través de los capilares. De esta manera sorben lentamente la vida de su presa hasta que abandonan a esta desecada como una antigua momia. Aquí me encontré con un espécimen similar, pero infinitamente más evolucionado. Así se lo intenté explicar a O'Keefe mientras corríamos.

- ¡Pero se transformaron en musgo ante nuestros ojos!-Me dijo.

Una vez más le expliqué pacientemente. Pero no pareció encontrar consuelo en mis explicaciones científicas sobre tal fenómeno, que resultaban absolutamente naturales desde el punto de vista botánico.

- Lo sé, lo sé,- murmuró-. Pero imagínese que una de esas cosas hubiera reventado mientras pasábamos por su lado ¡Dios!

Estaba intentando planear la manera de estudiar aquellos hongos sin correr peligro, cuando Rador nos detuvo. Una vez más, la carretera se extendía frente a nosotros.

- Ya hemos pasado por todos los peligros, nos dijo-. El camino está franco y Lugur ha huido...

Vimos un relampagueo que provenía de la carretera, que pasó por mi lado como un pequeño rayo de luz. Golpeó a Larry en la frente, se extendió por su cara y lo envolvió por completo.

- ¡Al suelo!-Nos gritó Rador mientras me empujaba.

Mi cabeza golpeó contra una roca y sentí que me desvanecía; Olaf se agachó a mi lado y vi que el hombrecillo se acercaba a rastras a O'Keefe; éste mantenía los ojos abiertos, pero su cara había perdido toda expresión. Un grito... y desde la carretera avanzaron los hombres de Lugur. Pude oír cómo este gritaba.

Escuché el ruido de pequeños pies a la carrera; de pronto olí una delicada fragancia y pude ver entre brumas que Lakla se inclinaba sobre la cara del irlandés.

La doncella extendió un brazo y vi que sostenía aquella extraña vid de flores púrpuras. Cinco llamas de brumosa incandescencia saltaron hacia las caras de los soldados que se encontraban más cerca de nosotros. Golpearon sus gargantas, las abrasaron y volvieron a golpear; abrasando, quemando gargantas, pechos, caras a una vertiginosa velocidad como si se tratara de un rayo con voluntad e inteligencia propios y cargado de odio... y aquellos a los que alcanzó quedaron rígidos como piedras, con las caras deformadas por el terror y la agonía. Aquellos que no fueron alcanzados por su furia huyeron.

Una vez más oí el sonido de pequeños pies a la carrera... y sobre los hombres de Lugur cayeron los guardias de Lakla, retumbando contra el suelo sus enormes pies, ensartando y empalando con sus lanzas; desgarrando y cortando con sus garras y sus espolones.

Los enanos no pudieron hacer frente a semejante masacre. Se precipitaron hacia los vehículos, mientras Lugur gritaba y los amenazaba. De repente se alzó la voz de Lakla, dorada, llena de odio.

- ¡Adelante, Lugur, le gritó. ¡Huid... para que vos, Yolara y vuestro Resplandeciente podías morir juntos! Muerte a vos, Lugur... ¡Muerte a todos vosotros! ¡Recordad Lugur... Muerte!

De pronto, algo cedió dentro de mi cabeza... Ya no importaba... Lakla había llegado... Lakla estaba aquí... Pero demasiado tarde... Lugur nos había hecho un gran daño; ni el musgo de la muerte ni el gusano dragón le habían hecho mella... el de rojo nos había atacado por la espalda... Lakla había llegado demasiado tarde... Larry estaba muerto... ¡Larry! Pero yo no había oído el grito de la banshee... y Larry me había asegurado que jamás moriría sin antes recibir su aviso... No, Larry no estaba muerto. Así deliraba mi torturada mente.

Un brazo de firme pulso me levantó; dos enormes y gentiles ojos miraron en los míos. La cabeza comenzó a darme vueltas; entre brumas pude ver que la Doncella Dorada se arrodillaba al lado de O'Keefe.

El retumbar dentro de mi cabeza cobró el volumen de un trueno... un trueno que me transportaba. Me hundí en las tinieblas.

CAPÍTULO XXIV

El Mar Púrpura

Me encontraba reposando en el seno de una perla de color rosa, flotando, flotando; no, me encontraba mecido dentro de una nube rosada del atardecer que flotaba en el vacío. La consciencia regresó lentamente, en realidad me encontraba en brazos de uno de los anfibios, que me transportaba como si fuera un bebé, y atravesábamos un lugar cuya luz poseía una calidad perlada o que estaba cubierta por blancas nubes. Tal justificaba mis delirios.

Delante nuestro caminaba Lakla, que estaba conversando en voz baja y con gran urgencia con Rador, y me produjo gran alegría verla una vez más. La joven se había despojado de su túnica metálica; sus espesos rizos rubios de brillantes reflejos de color bronce estaban recogidos con una sedosa corona de color verde; pequeños rizos se escapaban del recogido y golpeaban su delicada y blanca nuca, como si se la besaran avergonzados de su osadía. De los hombros le colgaba una brillante túnica suelta sin mangas de color verde sujeta por un brillante de metal dorado cuya falda caía muy por encima de las rodillas.

También se había despojado de su anterior calzado y sus pies de pronunciado arco calzaban unas sandalias. Por entre las amplias aberturas de la túnica pude ver unos maravillosos pechos marfileños de perfectas formas, tan perfectos como los de aquella que habíamos dejado atrás.

Algo llamaba mi atención en los bordes de mi consciencia... algo trágico. ¿Qué era? ¡Larry! ¿Dónde se encontraba Larry? Recordé, levanté la cabeza bruscamente y vi a otro ser de aquellos llevando en brazos a O'Keefe; tras él caminaba Olaf, con rasgos amargados, siguiendo a Larry como si de un perro fiel que hubiera perdido a su amado amo se tratara. Al sentir mi movimiento, el monstruo que me transportaba se detuvo, me miró curioso y emitió un ronco y profundo sonido que contenía la cualidad de una interrogación.

Lakla se giró; sus claros ojos estaban tristes y su dulce boca tenía un gesto de amargura, pero su amabilidad, su gentileza, aquella indefinible síntesis de ternura que parecía rodearla a cada instante con una atmósfera de lúcida normalidad aplacaron mi pánico.

- Bebed esto,-me pidió mientras sostenía un vial sobre mis labios.

El contenido del pequeño frasco era aromático, extraño pero asombrosamente efectivo, ya que tan pronto como lo tragué sentí cómo resurgían mis fuerzas, cómo regresaba mi consciencia.

- ¡Larry!-Grité-. ¿Está muerto?

Lakla meneó la cabeza, aunque seguía manteniendo aquella mirada triste.

- No,-me respondió-; es un muerto en vida... pero aun así, no...

- Bájame,-le pedí al monstruo.

El ser apretó aún más su presa, mientras miraba con sus inmensos ojos redondos a la dorada doncella. Ella le habló, en sonoros y reverberantes ' monosílabos... y de pronto me vi en pié. Salté junto al irlandés. Reposaba laxo, con una flaccidez inquietante, anormal, como si cada músculo hubiera perdido toda su firmeza. Gracias a Dios, era la antítesis del *rigor mortis*; aunque su estado se encontraba en una situación diametralmente opuesta a aquél: un síncope como jamás había presenciado. Tenía la piel fría como una piedra, el pulso a penas era perceptible y se producía a largos intervalos; la respiración apenas existía y las pupilas estaban enormemente dilatadas. Era como si la vida hubiera abandonado cada nervio.

- Una luz brilló desde la carretera. Le golpeó la cara y pareció como si se desmadejara,-

le dije.

- Yo también lo presencié,-me respondió Rador-, pero ignoro de qué se trata; creía conocer todas las armas de nuestros gobernantes.-Me miró con curiosidad-. Alguien me contó que Doble Lengua, el extraño que vino con vosotros, está fabricando nuevas herramientas de destrucción para Lugur,-finalizó.

¡Marakinoff! ¡El ruso trabajando en este mundo de energías devastadoras, modernizando armas para llevar a cabo sus planes! La visión apocalíptica volvió a golpearme el cerebro.

- No ha muerto, la voz de Lakla era conmovedora-. No ha muerto, y los Tres poseen maravillosos poderes curativos. Podrán curarlo si lo desean... ¡Y lo desearán, *lo han de desear!*-Permaneció en silencio durante un momento-. Ahora Lugur y Yolara han conseguido el apoyo de sus dioses, -susurró-; pues suceda lo que deba suceder, ya sean los Silenciosos fuertes o débiles, si él muere, os aseguré que caeré sobre ellos y he de dar muerte a esos dos... sí, aunque yo también haya de caer.

- Yolara y Lugur tienen que morir -dijo Olaf con los ojos ardientes-. Pero yo tengo que matar a Lugur.

La piedad que había observado en el rostro de Lakla cada vez que miraba a Olaf se desvaneció ante el odio que brotaba de los ojos del escandinavo. La doncella se giró a toda prisa, como si hubiera de su mirada.

- Caminad junto a nosotros,-me dijo-, a menos que aún os sentáis débil.

Negué con la cabeza y eché un último vistazo a O'Keefe; no podía hacer nada. Me situé junto a ella, y enlazó su brazo con el mío de forma protectora, mientras posaba su blanca mano de largos y estilizados dedos en mi muñeca. Mi corazón latió por ella.

- Vuestra medicina es potente, doncella, le dije-. Y un toque de vuestra mano sería suficiente para hacer que mis fuerzas retornasen, incluso aun cuando no hubiera bebido el líquido,-le dije imitando lo mejor posible las maneras de Larry.

Ella bajó los ojos avergonzada.

- Bien es cierto que sois un hombre sabio, tal y como afirmó Rador,me dijo riendo. Ante el sonido de su risa mi corazón se aceleró. ¿Es que un hombre de ciencia jamás podría hacer un cumplido sin que pareciera tan extraño como encontrar una rosa de Damasco fresca en un laboratorio de fósiles?

Haciendo acopio de toda mi filosofía, le devolví la sonrisa. Una vez más observé su blanca frente, con los delicados rizos rubios acariciándola delicadamente; las finas y delicadas cejas pelirrojas que dotaban a su cara de un curioso toque de inocente picardía a su adorable cara... arrebatadora, pura, de elevada cuna, con aquel toque de grandeza, de sutil madurez que cubría su inocencia de doncella como un delicado velo. Y las amplias aberturas de su túnica, desnudando sus redondos y firmes pechos...

- Siempre me habéis gustado,-me susurró inocentemente-,desde la primera vez que os vi en el lugar por donde sale a vuestro mundo el Resplandeciente. Y me complace que mi medicina os guste y la consideréis tan efectiva como aquellas que portabais en la caja negra que abandonasteis.

- ¿Cómo sabéis eso, Lakla?,- jadeé.

- De vez en cuando iba a veros, a él y a vos, mientras dormíais. ¿Cómo lo llamáis, a el?- Se interrumpió.

- ¡Larry!-Le dije.

- ¡Larry!-Repitió en un excelente inglés-. ¿Y vos?

- Goodwin,-intervino Rador.

Me incliné ante ella como si saludara a una encantadora dama de mi anterior mundo, alejado ya eones de nosotros.

- Sí... Goodwin,-continuó hablando la doncella,- de vez en cuando os visitaba. Algunas veces imaginé que me habíais visto. Y *él*... ¿Soñó alguna vez conmigo? -Me preguntó esperanzada.

- Lo hizo,-le respondí-, y os buscó.-De repente me sentí asombrado-. ¿Pero cómo pudisteis llegar hasta nosotros?

- Por extraños caminos,-me susurró-. Para ver si estaba bien... y para mirar en su corazón; por que temía a Yolar y a su belleza. Pero vi que ella no estaba en su corazón.- De repente, enrojeció tan violentamente que hasta sus casi desnudos pechos adquirieron un tono rosa-. Son extraños caminos,-continuó hablando con rapidez-. Muchas veces lo he recorrido y he visto al Resplandeciente llevar a sus presas al estanque azul; vi a la mujer que *él* busca,- me dijo señalando brevemente a Olaf-. Soltó a una criatura que llevaba en brazos como último gesto de amor; vi a otra mujer que se precipitaba al regazo del resplandeciente para salvar al hombre que amaba ¡Y no pude ayudarlas!-Su voz se tornó más profunda, conmovida-. ¡Tengo para mí que fue el amigo que os envió aquí, Goodwin!

Permaneció en silencio, caminando como alguien que tiene visiones y que escucha voces inaudibles para los demás. Rador me hizo un gesto de advertencia; reprimí todas mis preguntas y miré a mi alrededor. Caminábamos sobre una franja de arena muy fina, como si se tratara de la playa de un mar largamente desecado. Se trataba de piedra roja finamente molida, cuyos granos brillaban chispeantes. A los lados las distancias se perdían en la lejanía, el suelo estaba cubierto por una rala vegetación... que se extendía hasta perderse en la rosada niebla, al igual que el cielo.

Flanqueándonos y siguiéndonos se encontraban los anfibios, más de medio centenar, cubiertos de lustrosas y brillantes escamas negras y púrpuras que resplandecían a la rosada luz. Los redondos ojos les brillaban con una fosforescencia verde, púrpura y roja; las garras de sus pies tintineaban contra el suelo mientras caminaban bamboleándose de una manera grotesca y a la vez impresionante.

Más adelante, la niebla se condensó en un brillo más mate; comenzó a aparecer una línea oscura... pensé que se trataba de la boca de una inmensa caverna a través de la cual debíamos de pasar. Se encontraba frente a nosotros, sobre nosotros ¡Nos encontrábamos sumergidos en un flujo de rubescencia!

De repente, un mar se mostró ante nuestros ojos... un mar púrpura, brillando como el color rojo y como la sangre del Dragón Flamígero que Fu S'cze colocó sobre el cenador que construyó para su raptada doncella del sol... al verlo, la joven pensaría que el sol se elevaba sobre los mares estivales. Sin perturbaciones producidas por olas y rerholinos, reposaba como si se tratara de un lago en medio del bosque cuando la noche descende sobre el mundo.

Parecía derretido... o como si una colosal mano hubiera estrujado la tierra y exprimido todas las potencias hasta extraerles sus esencias.

Un pez rompió la superficie; era largo como un tiburón, con la cabeza despuntada y brillante como el bronce y blindado con escamas muy perfiladas como si las hubieran recortado para colocárselas. Saltó muy alto, levantado gotas de rubí; cuando cayó, levantó un géiser de esplendorosas gemas.

Moviéndose lentamente sobre las aguas, cruzó flotando a través de mi línea de visión media esfera luminosa y diáfana. Su iridiscencia cambiaba del turquesa al amatista; del naranja al escarlata manchado de rosa; del bermellón a verde translúcido y al negro finalmente, para comenzar de nuevo con su código de colores. Tras él flotaban otros cuatro globos, el último de éstos de tres metros de diámetro, mientras que el más grande tenía un diámetro de 30. Pasaron flotando como si se tratara de burbujas de jabón emitidas por un gigantesco titán. De repente, de la base de uno de ellos emergió una larga madeja de enmarañadas cuerdas, estilizadas como puntas de látigos que se agitaron un instante en el aire antes de volver a sumergirse en la purpúreas aguas.

Lancé una exclamación, ya que había identificado al animal como un *ganoide*, la más antigua y, quizá, la más inteligente forma de vida sobre nuestro planeta durante el periodo devónico, pero que había desaparecido hacía largas eras y cuyos restos sólo podían encontrarse en forma de fósiles sumidos en el abrazo de las piedras que una vez fueron el lecho marino. Las semiesferas era *medusae*; pero de un tamaño, una luminosidad y un color desconocidos hasta el momento.

Lakla se cubrió la boca con las manos y emitió una aguda nota. La franja de arena sobre la que nos encontrábamos continuaba unos centenares de metros antes de adentrarse en un abrupto desnivel en la púrpuras aguas. A nuestra derecha e izquierda se cerraba en un gran semicírculo; hacia la derecha, en dirección hacia donde había enviado su llamada la doncella, vi como se elevaba, a un kilómetro o más de distancia, y velado por la rosada neblina, un arco iris; un gigantesco arco prismático achatado para alguna extraña cualidad extraña de la atmósfera. Arrancó de la prehistórica playa, se elevó sobre las aguas y descendió a cuatro kilómetros, reposando sobre un farallón de roca negra que se adentraba en la profundidades.

Y muy por encima de la cima del arco vimos un inmenso domo de oro viejo, ciclópeo, que desafiaba a los ojos y a la mente con una extraña calidad inhumana, desconcertante; como si se tratara de una señal proveniente de alguna remota estrella largamente apagada, envió, atravesando eones de espacio, directamente a nuestras mentes, una serie de sonidos coherentes, tranquilizadores, vagamente familiares e imposibles de traducir en palabras o símbolos de nuestro torpe lenguaje.

El mar de laca púrpura, con sus flotantes lunas de brillantes colores... este arco iris de piedra prismática que formaba un pasillo coronado por aquella anómala y áurea excrecencia... los monstruosos anfibios semi humanos... el bosque encantado que habíamos atravesado siendo testigos de sus maravillas y honores ocultos... Sentí que los fundamentos de mis cuidadas creencias se tambaleaban. ¿Era todo un sueño? ¿Se encontraba mi cuerpo carnal tirado en algún lugar, agitado por grandes fiebres? ¿Era todo esto producto del delirio de una mente abrasada? Las rodillas comenzaron a fallarme. Involuntariamente grité.

Lakla se giró alarmada, y me miró con preocupación. Me rodeó con un suave brazo y me sostuvo hasta que se desvaneció el vértigo.

- Paciencia -me dijo-. Los que han de llevarnos se acercan. Pronto descansaréis.

Miré. Descendiendo por el arco iris se aproximaba otro grupo de anfibios semihumanos. Algunos transportaban literas parecidas a palanquines.

- ¡Asgard!-Exclamó Olaf junto a mí, mientras le brillaban los ojos y señalaba al arco-. El puente Bifrost, afilado como una espada, sobre el que se trasladan las almas para llegar al Valhala. Y *ella*... ella es la Valquiria... la doncella de la espada ¡*Ja!*

Agarré la mano del escandinavo. Estaba caliente, y un brote de remordimiento nació de mi interior. Si este lugar me había impactado tan profundamente ¿Cómo habría golpeado su visión a Olaf? Mientras lo miraba, observé con alivio que, siguiendo mansamente las delicadas órdenes de Lakla, se tumbaba sobre una litera y cerraba los ojos, cayendo inmediatamente dormido. Dos de los monstruos tomaron el transporte y los levantaron hasta apoyarlo en sus escamosos hombros. Sin menos alivio, me introduje yo en otro y descansé mi cabeza sobre una suave almohada de terciopelo.

La caravana comenzó a moverse. Lakla había ordenado que colocaran a O'Keefe a su lado, y se sentó con las piernas cruzadas mientras colocaba la cabeza del irlandés en su regazo y comenzaba a acariciar con los dedos los frondosos rizos rubios.

Mientras la observaba, alzó una mano, desató los lazos de las cortinas, y dejó caer éstas para que los ocultaran a ambos.

Antes de que desapareciera de mi vista, vi que inclinaba la cabeza y oí un delicado sollozo... aparté la vista con el corazón partido ¡Dios es testigo de ello!

CAPÍTULO XXV

Los Tres Silenciosos

Cada vez nos aproximábamos más al arco... y en mi propia ansiedad me olvidé de Larry y de todo lo que me rodeaba. Por que no se trataba de un arco iris; no era nada nacido de la luz y el agua, tampoco era el Puente Bifrost de la leyenda ¡No! Era un arco flotante de piedra, pavimentado con teselas púrpuras, escarlatas, azules tan oscuras como las aguas del Golfo; de color zafiro tan claro como el cielo de mayo salpicado de brillos de cromo y verde... la paleta de pintor de un gigante, un puente hecho de brujería; un centenar de veces; no, un millar de veces más grande que el de Utah, también un arco iris de roca, que los navajos llaman NonNegoche y al que adoran como si se tratara de un dios.

El puente arrancaba de la orilla y se alzaba a una altura prodigiosa, en una curva baja, sobre la superficie del mar púrpura, como si en un antiguo paroxismo telúrico lo hubieran arrancado de las entrañas de la tierra y aún conservara todo el brillo y la intensidad del flamígero corazón del planeta.

Más y más nos acercábamos mientras yo miraba hechizado. Ya nos encontrábamos sobre su arranque, y los porteadores comenzaron a subir su curva. Tendría más de mil metros de anchura, y su superficie era lisa como la de una carretera y se curvaba suavemente en sus bordes, mientras que su interior estaba a más profundidad; como si hubieran acanalado el centro.

Más y más avanzamos; los inmensos acantilados sobre los que se apoyaba el puente nos observaban con gesto ceñudo. El enigmático domo dorado se hacía cada vez más grande. Alcanzamos el otro lado y atravesamos una plaza rodeada por completo, a excepción de un cañón que se abría frente a nosotros, por las inmensas cúspides de los negros farallones.

En el cañón se abría otra arcada, de aproximadamente un kilómetro de anchura, que contenía una amplia plataforma que conducía a dos inmensas puertas encastradas en la cara de uno de los acantilados y fabricadas de oro mate, al igual que el domo que se alzaba más arriba. Este arco más pequeño atravesaba un precipicio, un abismo cuya falda

la constituían los precipicios que habíamos observado anteriormente.

Nos aproximábamos rápidamente. Una vez que penetramos en la plataforma, mis portadores bordearon el abismo, por lo que me incliné para mirar hacia abajo... ¡El vértigo me golpeó con ensañamiento! Mi vista no fue capaz de abarcar semejante profundidad, tal inmenso abismo... un abismo que finalizaba en la base del mundo, como aquel en el que creían los babilonios que se contorsionaba Talaat, la serpiente que engendró el Caos ¡Un abismo tal que horadaba el mismísimo corazón de la tierra!

¿Qué era aquello que brillaba en el interior de tal profundidad insoslayable? Era un brillo verdoso, que recordaba la esencia misma de la vida. ¿Qué me recordaba? ¡Lo supe! Se parecía a la corona del sol cuando era observada durante un eclipse... el resplandor expansivo que aparece cuando nuestra luminaria queda velada por la luna durante un glorioso instante en el que un velo de negrura cae sobre los cielos.

¡Extraño, muy extraño! Me recordaba a la belleza del Resplandeciente cuando giraba lanzando sus luminosas espirales y resplandecientes rayos en medio de aquella tormenta de sonidos cristalinos.

El abismo quedó atrás y nos detuvimos frente a las puertas de oro, que poco después se abrieron hacia adentro. Ante nosotros se abrió un amplio pasillo iluminado por una tenue luz; y en el umbral, extraña, cubierta de gemas amarillas y con la enorme boca retorcida en lo que evidentemente era una sonrisa de bienvenida... nos esperaba la mujer batracio que habíamos visto en la pared del Estanque de la Luna.

Lakla asomó la cabeza, apartó los sedosos cabellos de su cara y me miró con ojos velados por el llanto. La mujer con aspecto de anfibio se acercó suavemente, miró a Larry, y habló, *habló*, con la dorada doncella con sonoros y delicados monosílabos. Lakla le respondió de la misma manera. Su palmeada mano reposó sobre la cara de O'Keefe y sobre su corazón; meneó la cabeza y señaló hacia el pasillo.

Aún subidos en la litera continuamos adelante, torciendo pasillos, ascendiendo hasta que nos detuvimos en una inmensa sala cubierta por fragantes juncos e iluminada por la luz púrpura del exterior que penetraba por estrechos ventanales.

Me precipité al lado de Lar y; su estado no había experimentado cambios: aún mantenía aquella impresionante laxitud, aún su corazón latía a lentísimo ritmo. Rador y Olaf, a quien parecía que había abandonado la fiebre, se acercaron en silencio.

- Voy a presentarme ante los Tres, -nos dijo Lakla-. Esperad aquí.

La joven atravesó unas cortinas y, tan rápido como había salido, regresó, con la cabellera trenzada; una gavilla de dorado heno.

- Rador,-dijo-, llevad a Larry en brazos... ya que los Silenciosos podrían mirar en vuestro corazón. Y no temáis nada,-añadió al observar la reacción, casi de terror, del hombrecillo de verde.

Rador se inclinó con respeto, pero fue apartado por Olaf.

- No,-dijo el escandinavo-. Yo lo llevaré.

Levantó a Larry como si se tratara de un niño y lo apoyó contra su pecho. Rador miró de reojo a Lakla, pero la doncella asintió.

- ¡Seguidme!-Nos ordenó.

De aquella experiencia guardo escasos recuerdos. Sólo me viene a la memoria el paso de un corredor a otro; la sucesión de inmensos salones y cámaras, algunas alfombradas con juncos y otras con alfombras tan mullidas que se hundían los pies; espacios iluminados por luces rojizas y espacios en los que la luz era expulsada.

Nos detuvimos frente a un bloque de piedra del mismo color púrpura que aquella a la que Rador había llamado el Portal. Sobre su superficie estaban tallados los mismos símbolos. La doncella presionó sobre uno de sus lados, y la piedra se deslizó suavemente, dejando que brotara un torrente de luz opalescente... y como en un sueño, penetramos.

Supe que nos encontrábamos bajo el domo; pero, cegado durante unos instantes por el resplandor que nos envolvía, apenas pude ver nada.. Era como estar en el centro de un ópalo hecho de fuego... tan brillante y cegador era el entorno. Cerré los ojos y volví a abrirlos; El resplandor se derramaba de las paredes de la cámara globular; frente a mí se abría una de las paredes, y a su través pude ver, muy en la lejanía pude ver el comienzo del puente por el que habíamos llegado y la inmensa boca de la caverna por la que habíamos llegado al mar; la luz púrpura del exterior chocaba contra el resplandor que nos envolvía, y se detenía bruscamente como impedido por una barrera física.

Sentí que Lakla me tocaba. Me volví.

Un centenar de pasos más allá se elevaba un estrado a casi diez metros del suelo. De su borde surgía, elevándose, una chispeante bruma opalescente recorrida, como en el caso del resplandor del Resplandeciente, por innumerables relámpagos y centellas de luz lunar. Se elevaba como si se tratara de una fantasmagórica pared.

Sobre nosotros miraban tres caras desde lo alto... dos claramente masculinas, una femenina. Al principio pensé que se trataban de estatuas, pero sus ojos me sacaron de mi error; estaban vivos, terriblemente vivos y, si me permitís el término, *sobrenaturalmente* vivos.

Tenían tres veces el tamaño del ojo humano, y eran triangulares, con el vértice en la parte superior, negros como el azabache, sin pupilas, recorridos por diminutas llamas rojas.

Más arriba se alzaban las frentes; pero no eran frentes como las nuestras... altas, amplias, sobresalientes. Sus bordes caían hacia los lados en un rompiente vertical, como un borde prominente parecidos a las frentes de algunos grandes saurios... y las cabezas, alargadas, estrechas por la parte de atrás ¡Eran dos veces el tamaño de una cabeza humana!

Sobre la frente pude distinguir unos bonetes... aunque con terrible sospecha, supe que no se trataba de ningún aditamento... largos, recorridos por anchas bandas de color amarillo hechas con escamas diminutas como lentejuelas. Las narices eran afiladas y curvas, como el pico de un cóndor gigante; las bocas, pequeñas y austeras; las barbillas afiladas, prominentes y poderosas. La *carne* de los rostros era de un blanco más pálido que el más puro mármol. Y envolviéndolos, cubriendo sus cuerpos, se alzaban los místicos fuegos opalescentes.

Olaf quedó rígido por la impresión, mi corazón latió salvajemente. ¿Qué eran aquellos seres?

Meforcé a mirar de nuevo... y pude ver en sus miradas un fuerte espíritu de seguridad, de bondad; no, de inmenso poder espiritual. Pude ver en sus ojos que no eran seres feroces, ni violentos, ni inhumanos a pesar de su poder; no, eran seres amables, de alguna forma indefinible benignos y llenos de piedad ¡Tan piadosos! Di un paso adelante y les devolví la mirada sin sentir temor alguno. Olaf inspiró profundamente y también avanzó para mirarlos; la dureza de su mirada, su desesperación, desaparecieron súbitamente.

Lakla se acercó al estrado; los tres pares de ojos la miraron fijamente, con una inefable ternura. Me pareció que un silencioso mensaje se transmitía entre los Tres y la doncella

dorada. La joven se inclinó profundamente y se volvió hacia el escandinavo.

- Colocad ahí a Larry,-le dijo suavemente-. A los pies de los Silenciosos.

Señaló hacia la neblina brillante. Olaf comenzó a andar, dudó, miró de Lakla a los Tres, buscó durante un instante sus ojos... y algo parecido a una sonrisa se reflejó en las inmensas caras. Dio otro paso adelante y depositó a O'Keefe dentro de la luz. Ésta ondeó, se elevó, giró alrededor del cuerpo y se aplacó. ¡Larry había desaparecido!

Una vez más la neblina tembló, se estremeció y pareció elevarse, cubriendo las barbillas, las narices y las frentes de aquella increíble Trinidad... pero antes de que cesara de elevarse, me pareció ver que las tres cabezas se inclinaban y elevaban algo del suelo.

La niebla descendió y los inescrutables ojos volvieron a quedar a la vista.

Y saliendo de aquel extraño brillo, deteniéndose al borde del estrado y saltando ágilmente al suelo, apareció Larry, riendo, lleno de vida, parpadeando como alguien que saliera de la oscuridad a la luz del sol. Vio a Lakla, corrió hacia ella, y la estrechó entre sus brazos.

- ¡Lakla,-gritó.- ¡Mavoumeen!²³

Ella se deshizo del abrazo, sonrojada, y miró medio avergonzada medio temerosa hacia los Tres. Y una vez más pude ver que los colosales ojos brillantes de la mujer se llenaban de ternura, y también vi que los ojos de los otros dos seres se enternecían... como si reconocieran a un querido niño.

- ¡Estuvisteis en el seno de la Muerte, Larry!-Exclamó-. Y los Silenciosos os arrancaron de ella. ¡Haced homenaje a los Silenciosos, Larry, por que son buenos y son poderosos!

Le giró la cara con una de sus largas y blancas manos... y el irlandés miró fijamente a las caras de los Tres; los miró largamente, y se estremeció como anteriormente le había sucedido a Olaf y me había sucedido a mí. Me pareció como si lo hubiera invadido la misma oleada de poder y de ¿Cómo lo llamaría? De *santidad* que exhalaban los tres seres.

En ese momento, y por primera vez, vi que una auténtica reverencia lo invadía. Permaneció mirándolos durante un instante más... y calló sobre una rodilla, inclinando la cabeza ante ellos como lo haría un orante ante la capilla de un santo. Y.. no me avergüenza afirmarlo... me uní a él; y junto a nosotros se arrodillaron Lakla, y Olaf, y Rador.

La niebla opalina se espesó aún más y cubrió a los Tres, ocultándolos.

Con un largo y profundo suspiro de felicidad, Lakla tomó la mano de Lar y, lo levantó, y en silencio la seguimos hasta el exterior de aquel salón maravilloso.

Pero, mientras salía, no pude evitar sentir la plena seguridad de que los Tres, desde el lugar en que se elevaban, vigilaban la boca de la caverna por la que habíamos llegado; al igual, que observaban detenidamente las inconmesurable profundidades de aquel abismo en el que pulsaba aquella flor mística, colosal, increíble, hecha de verde fuego que me había parecido contener la esencia misma de la vida.

CAPITULO XXVI

El Cortejo de Lakla

²³ *N.del T: Mavoumeen: Arpada, en gaélico*

Había estado durmiendo profundamente y sin sueños. Me desperté lentamente en la gran cámara a la que nos había conducido Rador a O'Keefe y a mí tras las intensas horas vividas que había culminado con el encuentro con los Tres.

Poco después, mirando aún tumbado el alto techo de la cámara, oí la voz de Larry.

- Parecen pájaros.-Evidentemente se refería a los Tres. Permaneció un instante en silencio, y continuó hablando-. Sí, parecen *pájaros*... y su mirada es como, y lo digo con absoluto y total respeto, es como la de los *lagartos*.-Volvió a quedar en silencio-. Parecen de alguna manera dioses y, por el sagrado brazo de Brian Boru, ¡También parecen humanos! Y *tampoco* son nada de eso, así que... qué... ¿Qué son, por Santa Brígida?-De nuevo quedó en silencio, y de repente habló en un tono de absoluta convicción y reverencia-. ¡Por supuesto que sí, eso sí que lo son! Eso es lo que son... todo encaja... no pueden ser más que eso...

Realizó un movimiento circular, y una almohada me pasó rozando la cabeza.

- ¡Arriba!-Me gritó Larry- ¡Levantaos viejo caldero rebosante de fosilizadas supersticiones! ¡Levantaos, asustado hombrecillo lleno de desconocimiento científico!

Me levanté bajo una lluvia de almohadas y elaborados insultos, sintiéndome durante unos segundos verdaderamente irritado; el irlandés permanecía tumbado boca arriba y arrebatado por tal ataque de aullante risa que mi irritación desapareció al instante.

- Doc,-me dijo muy serio-. ¡Sé que son los Tres! - ¿Sí?-le respondí con estudiado sarcasmo.

- ¿Síííí ... ?-Me imitó-. ¡Sí! Sísisí...- De pronto se calló, bajo mi mirada amenazante-. Sí, lo sé,-continuó hablando-, Son de los Tuatha De, los antiguos, el pueblo grande de Irlanda, ¡Eso es lo que son!

Naturalmente, yo conocía la leyenda de los Tuatha De Danann, las tribus del dios Danu, el clan medio histórico, medio legendario, que establecieron su hogar en Erin casi cuatro mil años antes de la era Cristiana, y que habían dejado una huella tan indeleble en la mente céltica y sus mitos.

- Sí,-volvió a decirme Larry-, los Tuatha De... los Antiguos que poseían hechizos que podían competir con Mananan, el espíritu del mar, y con Keithor, el dios de todos los seres vivos vegetales, e incluso con Hesus, el dios invisible, cuyo pulso es el pulso del firmamento; sí, y con Orchil también, que se sienta entre la tierra y las olas tejiendo con la rueda del misterio y las tres madejas del nacimiento, la vida y la muerte... ¡Incluso Orchil se sometería a sus órdenes!

Permaneció largo rato en silencio, luego continuó hablando:

- Son ellos... los poderosos... ¿Qué otra cosa me habría obligado a arrodillarme ante ellos si no hubiera sido el espíritu de mi madre? ¿Qué otra cosa habría impulsado a Lakla, cuya melena dorada es la melena de Eilidh el Hada, cuya boca es la dulce boca de Deirdre, y cuya alma ha estado caminando junto a la mía durante eones por entre el fragante y verde mirto de Eirin, que otra cosa la habría impulsado a servirlos?-me susurró con ojos soñadores.

- ¿Tiene alguna idea de cómo han llegado hasta aquí?-Le pregunté.

- No he pensado en ello,-me respondió como excusándose-. Pero en este momento, oh, mi excelente hombre sabio, se me ocurren unas cuantas cosas. Una de las cosas es que este grupo de tres se hubiera detenido aquí en su camino a Irlanda y, por buenas razones que sólo les competen a ellos, decidieron quedarse un ratito; otra idea es que vinieran una

vez les llegaran noticias de la que estaban liando aquí esas ratas de ahí fuera, y decidieran quedarse a luchar para evitar que invadieran Irlanda... bueno, y el resto del mundo también... naturalmente,-añadió magnánimamente-, pero Irlanda en particular. ¿No le convence ninguna de estas razones?

Meneé la cabeza.

- Vale ¿Y usted qué cree?-Me preguntó desafiante.

- Creo, le respondí con cautela-, que somos testigos de unos seres extremadamente inteligentes evolucionados a partir de fuentes ancestrales muy separadas de aquellas de las que desciende el hombre. Esos seres semi humanos, los anfibios que denominan los *akka*, nos demuestran que la evolución en estos espacios cavernosos ha seguido un camino radicalmente diferente a los que se ha seguido en la Tierra. Wells, el escritor inglés, escribió una obra de desbordante imaginación en la que describía la invasión de la Tierra por marcianos, a los que describió como unas sepias perfectamente especializadas. No existe nada inherentemente improbable en la obra de Wells; el hombre es el regente de la Naturaleza por causas meramente accidentales. Bajo otras circunstancias, el ser dominante podría haber sido el elefante, o la araña, o las hormigas.

«Creo», continué hablando aún con más cautela,«que la raza a la que pertenecen los Tres nunca se mostró sobre la superficie de la Tierra; su desarrollo se llevó a cabo aquí abajo, sin estorbos a lo largo de los eones. Y si esto se probara ser cierto, la estructura de sus cerebros, y en consecuencia todas sus reacciones, serían muy diferentes a los nuestros. De aquí sus conocimientos y su gobierno sobre energías desconocidas para nosotros... y de aquí todas las preguntas que se desatan: si tienen un sentido completamente diferente sobre los valores, la justicia... y todo esto me preocupa.» Finalicé.

Esta vez fue Larry quien meneó la cabeza.

- Los últimos acontecimientos echan por tierra sus argumentos, Doc,-me dijo-. Tuvieron suficiente sentido de la justicia como para *ayudarme*... y le puedo asegurar que conocen el amor... por que vi cómo miraban a Lakla; y piedad, por que no la pudieron ocultar en sus rostros. No. Pertenecen al viejo pueblo. El leprechaun supo el camino para venir, y le apuesto lo que quiera a que fueron ellos quienes enviaron el mensaje. Y si la banshee de O'Keefe viene hasta aquí... ¡Y ojalá no encuentre el camino!... le aseguro que primero se presentará ante los Silenciosos antes de que ella y su clan se pongan a la faena. Además, se sentirá como en casa, con sus viejos amigos. No, Doc, no, estoy en lo cierto; todo cuadra demasiado bien como para equivocarme.

Hice un último y desesperado intento.

- ¿Existe algo en algún lugar de Irlanda que demuestre que los Tuatha De se parecían a los Tres? -le pregunté... y una vez más hablé sin haber meditado antes.

- ¿Que si lo hay?-Gritó-.¿Que si lo hay? Por el kilt de Cormak Maccormack, me alegro de que vos me lo recordárais, mi querido doctor. Sabía que me olvidaba de algo. Estaba Daghdha, que tenía la cabeza de un jabalí y el cuerpo de un pez gigante y podía partir las olas y partirlas a quien se enfrentara contra Erin; y estaba Rinn que...

Si me disponía a escuchar el árbol genealógico completo del Antiguo Pueblo, nunca lo supe, por que en aquel momento se apartaron las cortinas y entró Rador.

- Puedo observar que habéis descansado bien, nos sonrió-. La doncella me ha enviado a llamaros. Comeréis con ella en su jardín.

Atravesamos largos corredores y fuimos a salir a un jardín colgante tan maravilloso

como los que habíamos visto en el palacio de Yolara; florecido, pulsante, fragante, construido sobre los acantilados que basaban el castillo en forma de domo. Había una mesa fabricada en jade lechoso en un rincón, pero la dorada doncella no estaba. Un paseo atravesaba el jardín y se perdía en las alturas, cubierto por la vegetación. Lo observé largamente, Rador sorprendió mi mirada, la interpretó correctamente, y me condujo por él hasta llegar a un alto otero.

En aquel lugar me encontraba por encima de la vegetación, y alrededor se extendía una clara vista del paisaje. A mis pies se extendía el increíble puente, con el pueblo de los anfibios yendo de un lado para otro. Un bosquecillo que se encontraba a un lado ocultaba a mi vista el abismo. Mis ojos siguieron el contorno de la caverna; por encima de ella todo era roca rosada, pero en sus extremos crecía una exuberante vegetación, que se extendía desde los bordes del mar púrpura hasta una distancia a la que mi vista no llegaba a alcanzar. El follaje era marrón, rojo y verde, salpicado aquí y allá por manchas de un verde parecido al de las coníferas; parecía un bosque otoñal. A unos diez kilómetros de distancia, el bosque se perdía en la niebla.

Me giré y observé la inmensidad sin pausa de las aguas púrpuras; si alguna vez existió un auténtico mar, era aquel. Sopló una suave brisa... el primer viento auténtico que había sentido en aquellos lugares; bajo la superficie; bajo su efecto, el líquido parecido a laca fundida rielaba y se estremecía. Pequeñas olas rompían contra la roca, alzando al aire una rociada de perlas rosas y rubíes. Las gigantescas medusas comenzaron a derivar lentamente, como luminosas lunas élficas caleidoscópicas.

Al mirar hacia abajo, alrededor del otero del acantilado, vi el jardín colgante que rielaba con el reflejo de las olas. Las flores brillaban con igual intensidad (en realidad, parecían poseer luz propia), emitiendo brillos escarlatas, bermellones, malvas y azules más luminosos que las propias aguas. Resplandecía y relumbraba como un pequeño lago de joyas.

Rador rompió el hilo de mis pensamientos.

- ¡Lakla se acerca! Descendamos.

Era una Lakla casi avergonzada la que se aproximaba lentamente a través del paseo; al aproximarse a Larry enrojeció violentamente y le tendió las manos. El irlandés las tomó, las posó sobre su corazón y las besó con una ternura que nada tenía que ver con las zalamerías medio burlescas medio obscenas con las que había regalado a la sacerdotisa. La joven enrojeció aún más, tomó las manos de él y las posó sobre su propio corazón.

- Me gusta el roce de vuestros labios, Larry,-susurró-. Me dan calor aquí -volvió a tocarse el corazón-, y hacen que me recorran el cuerpo pequeñas chispas.

Sus pestañas aletearon en perplejidad, acentuando su aspecto inocente, delicado y fascinante que hacían algo inigualable de su rostro.

- ¿Es cierto?-Le preguntó Larry con fervor-. ¿Es cierto, Lakla?

Se inclinó sobre su cara, pero ella vio la mirada divertida de Rador y se apartó de él casi con altanería.

- Rador,-le dijo-¿No es el momento de que vos y el poderoso, Olaf, comencéis con los preparativos?

- Ciertamente lo es, doncella, le respondió él con bastante respeto, aunque casi sin poder contener una carcajada-. Pero como bien sabéis, el poderoso, Olaf, deseaba encontrarse con sus amigos antes de partir... y he aquí que ya se aproxima.-Añadió mirando hacia el paseo, por donde se acercaba con largas zancadas el escandinavo.

Cuando pude observar sus rasgos, me maraville del cambio que había experimentado. Habían desaparecido la pena y la desesperanza. Parecía relajado, y cuando vio a la dorada doncella, se inclinó profundamente. Nos tendió la mano a O'Keefe y a mí.

- Va a haber guerra-, nos dijo-. Me marchó con Rador para reunir los ejércitos del pueblo de los anfibios. En lo que a mí respecta... Lakla ya ha hablado. No existe ninguna esperanza de vida para... para *mine* Helma, pero existe esperanza de que podamos destruir al Diablo Resplandeciente y podamos hacer que ella repose en paz. Y con eso me conformo, ¡Ja! ¡Muy contento!-De nuevo nos apretó las manos-. ¡Nosotros lucharemos!-murmuró- ¡Ja! ¡Y yo tendré mi venganza!

Su cara volvió a adoptar su antigua dureza; y con un saludo él y Rador se marcharon.

Dos grandes lágrimas descendieron por las mejillas de Lakla.

- Ni tan siquiera los Silenciosos pueden curar a aquellos que ha tomado el Resplandeciente,-nos dijo-. Me preguntó... y consideré que lo mejor era decirle la verdad. Es parte del... *castigo*... a los Tres, pero pronto aprenderéis todo,-continuó más de prisa-. No me preguntéis nada a cerca de los Silenciosos. Pensé que lo mejor sería que Olaf marchara con Rador, para que se mantuviera ocupado, para alimentar a su alma con algo más que pena.

Por el paseo se aproximaban cinco mujeres batracio, portando bandejas y aguamaniles. Sus brazaletes y pulseras enjoyados brillaban; sus piernas estaban cubiertas por largas faldas tejidas en lana y cubiertas de luminosos abalorios.

Y ahora permítaseme decir que si en algún momento llegué a pensar que los *akka* eran simples ranas gigantes, lo lamento. Verdaderamente eran seres batrácicos, y de aquí que así los considerara... pero estaban tan lejos de las ranas como el hombre del chimpancé. Me atrevo a afirmar que provenían de los *stegocephalia*, los ancestros de la rana, los *akka*²⁴ debieron seguir una línea de evolución diferente y adquirieron su postura erguida de la misma manera que el hombre.

Los grandes ojos brillantes y la forma de la boca eran propios de las ranas, pero su cerebro y la forma de su cráneo marcaban una gran diferencia. La frente, por ejemplo, no estaba hundida ni retraída... su arco frontal estaba perfectamente definido. La cabeza la tenían bien proporcionada; y en las hembras, el gran caparazón óseo que yo había tomado al principio por fantásticos cascos armados con cuernos estaba muy modificado, al igual que las afiladísimas garras, tan formidables en los machos; la pigmentación de la piel también era diferente. El torso estaba erguido, mientras que las piernas las tenían levemente arqueadas, cosa que les proporcionaba una curiosa forma de caminar... Pero me estoy apartando de mi relato.

Ambas dispusieron su carga sobre la mesa, mientras Larry las miraba con interés.

- Ciertamente que tenéis a esos animales bien entrenados, Lakla, le dijo.

- ¡Animales! -La doncella se levantó con los ojos brillando de indignación-. ¡Habéis llamado a mis *akka* animales!

- Sí...-le respondió embarazado-. ¿Cómo los llamáis vos?

- Mis *akka* son *personas*, -le respondió-. Tanto como lo son la gente de vuestra raza o la

²⁴ *Los akka son vivíparos. La hembra da a luz cada cinco años, y no más de dos crías por cada parto. Son monógamos, como algunos de nuestros propios Ranidae. Mientras se edita mi monografía, con los escasos datos que pude obtener de sus hábitos y costumbres, el lector curioso encontrará una interesante información en el trabajo de Brandes y Schvenichen Brtutpflege der Schwanzlosen Bat rachieg p.395; y en la obra de Lilian V. Sampson Unusual Modes of Breeding among Anura, Amer.Nat. xxxiv., 1900-W.T.G.*

mía. Son bondadosos y leales, poseen un lenguaje y practican las artes; no matan, a no ser que sea para procurarse alimento o para defenderse. Creo que son maravillosos, Larry ¡*Maravillosos!* -remarcó con un golpe del pie en el suelo-. Y vos los llamáis... ¡*Animales!* ¡Maravillosos! ¿Esos seres? Pues sí. De alguna manera grotesca lo eran. Y para Lakla, rodeada por ellos desde su infancia, no eran seres extraños. ¿Por qué no habría de pensar que eran maravillosos? El mismo razonamiento debió golpear a O'Keefe, ya que este enrojeció violentamente.

- Yo también creo que son maravillosos, Lakla,-le dijo lleno de remordimientos-. A causa de no hablar bien vuestra lengua, a veces me confundo. *Es cierto*, creo que son maravillosos... se lo diría a ellas si conociera su idioma.

Lakla apretó fuertemente los labios, y de pronto rompió a reír con una cantarina risa... les dijo algo a las camareras con aquellos extraños sonidos que evidentemente era un idioma, ambas adoptaron una postura más femenina, miraron a O'Keefe con increíble coquetería y comenzaron a hablar entre las tres.

- Dicen que le gustáis más que los hombres de Muria,-le dijo Lakla riendo.

- ¡Jamás me habría imaginado a mí mismo intercambiando cortesías con unas señoras ranas!-me dijo O'Keefe en murmullos-. Recupérate, Larry... ¡Mantén tus ojos sobre tu maravillosa princesa irlandesa!-se dijo a sí mismo.

- Rador va a reunirse con uno de los ladala que trae noticias,-nos comunicó la doncella mientras nos dirigíamos a comer.-Luego, Nak, él y Olaf va a reunir a los *akka*... por que se aproxima la guerra y debemos estar preparados. Nak ,añadió-, es aquel que penetró conmigo en el salón cuando estabais abrazado a Yolara, Larry,-le dijo con una mirada maliciosa-. Es el jefe de todos los *akka*.

- ¿Qué número de fuerzas podremos levantar cuando nos ataquen, mi vida?-Le preguntó Larry.

- ¿Mi vida?-La muchacha no había captado el significado de la palabra-¿Qué queréis decir?

- Es una palabrita que significa Lakla, le respondió-. Así es... cuando yo lo digo; cuando vos lo digáis querrá decir Larry. - Me gusta la frase,-dijo pensativa Lakla.

- ¡Si lo deseáis podéis decir «Larry mi vida»!-le sugirió O'Keefe.

- ¡Larry, mi vida!-Dijo Lakla-. Cuando lleguen, dispondremos primero de mis *akka*...

- ¿Son capaces de luchas, *mavourneen*? -La interrumpió Larry.

- ¡Pueden luchar! ¡Mis *akka!*-Una vez más, sus ojos se encendieron-. Lucharán hasta el último de ellos... con las lanzas que provocan la lenta putrescencia, ya que están cubiertas con la savia de los *saddu* que veis allí...-Nos señaló, a través del acantilado, la superficie del mar, donde flotaba uno de los animales globulares (y ahora me explico por qué Rador estuvo tan agradecido con Larry)- Lucharán con las lanzas, y los garrotes, con los dientes, las uñas y los espolones... son un pueblo fuerte y valeroso, Larry... mi vida, y aunque disparen los *keth* contra ellos, son armas muy lentas ¡Y mi pueblo seguirá luchando a medida que los precipiten a la nada!

- ¿No disponemos de ningún *keth*? -Le pregunté.

- No.-Me respondió meneando la cabeza-. No tenemos aquí ninguna de esas armas... a pesar de que fueron los Antiguos quienes les dieron forma.

- ¿Los Tres pertenecen a los Antiguos? -Le pregunté casi poniéndome en pie-. Entonces ellos podrán...

- No,-me interrumpió la muchacha lentamente-. No... hay algo que debéis saber.. y

pronto; y me han dicho los Silenciosos que entonces entenderéis. Sobre todo vos, Goodwin, que respetáis y amáis la sabiduría.

- Entonces,-dijo Larry-, tenemos los *akka*, tenemos a cuatro hombres, tres pistolas y unos cien cartuchos ...y...y el poder de los Tres... ¿Pero qué me decís del Resplandeciente y sus fuegos artificiales?

- Lo ignoro,-una vez más, la indecisión que había notado en sus ojos cuando Yolara le lanzó su desafíos regresó-. El Resplandeciente es poderoso... y posee... ¡Esclavos!

- Vale, pues más vale que nos pongamos en marcha ¡Rápida y eficientemente! -La voz de O'Keefe adoptó un tono militar.

Lakla, por alguna razón íntima, no pudo aguantarse por más tiempo; el miedo desapareció de sus ojos y éstos comenzaron a brillar de nuevo.

- Larry, mi vida,-murmuró-. Me gusta el toque de vuestros labios...

- ¿En verdad?-susurró. Todo pensamiento había volado de su mente, a excepción de la belleza de la doncella, cuyo rostro estaba tan cerca del suyo. Entonces, acushla²⁵ ¡Vais a tener una buena ración! ¡Dese la vuelta, Doc!- Me dijo.

Me di la vuelta. Se produjo un largo silencio, sólo roto por unos susurros y algo parecido a risas sofocadas que provenían de las doncellas. Eché un vistazo por encima del hombro. La cabeza de Lakla reposaba sobre el hombro del irlandés, sus dorados ojos se habían convertido en profundos lagos de amor y adoración; y O'Keefe, con un nuevo aire de confianza y poder en sus bien cortadas facciones, miraba dentro de ellos con esa mirada que sólo se produce la primera vez que nuestra alma es tocada por un amor poderoso y sincero, que es el verdadero pulso del universo, la verdadera música de las esferas que soñó Platón; un amor que es mucho más fuerte que la propia muerte, inmortal como los grandes dioses y tan sincero como el alma de ese misterio que llamamos vida.

Entonces Lakla elevó las manos, tomó la cabeza de Larry y lo besó entre los ojos, dejando posteriormente caer la cabeza hacia atrás entre risas frente al asombro de él.

- Le presento a la futura señora de Larry O'Keefe, Goodwin,-me dijo con una sonrisa bobalicona.

- Los tomé de las manos... ¡Y de pronto Lakla me besó!

Se giró hacia las murmuradoras y sonrientes doncellas y les dio alguna orden, por que comenzaron a alejarse por el paseo. De repente, me sentí un tanto inoportuno.

- Si me disculpan,-les dije-, creo que voy a dar un paseo por el jardín.

Pero ya estaban tan embebidos el uno en el otro que no debieron escucharme... así que me alejé en silencio, subiendo de nuevo al otero al que me había conducido Rador. El movimiento de anfibios sobre el puente había cesado. Muy a lo lejos, vi la construcción de un fortín. Mis pensamientos volaron hacia Lakla y Larry.

¿Se aproximaba el fin?

Si salíamos victoriosos, si éramos capaces de salir de este mundo ¿Podría vivir la doncella en el nuestro? Un ser de este mundo cavernoso, con sus atmósfera y luz tan particulares y sus alimentos y bebidas... ¿Cómo reaccionaría ante unos alimentos desconocidos, ante una luz y un aire diferentes?

Lo que era más importante: hasta donde había sido capaz de analizar el medio ambiente, aquí no existían bacilos malignos... ¿Qué inmunidad presentaría, entonces, Lakla a esos demonios microscópicos, cuya inmunidad se contraía sólo a lo largo de generaciones de enfermedad y muerte? Comencé a sentirme preocupado. Probablemente

²⁵ N. del T: *acushla*: querida, en gaélico

ambos ya estarían saciados el uno del otro, así que volví a descender.

Oí a Larry.

- Es una tierra verde, *mavourneen*. Y el mar caracolea y gira a su alrededor... tan azul como el cielo, tan verde como la misma isla, y sus espumas forman caballos que galopan sobre blancos cascos, y los grandes y límpidos vientos soplan sobre ella, y el sol ilumina su superficie con el mismo brillo de vuestros ojos, *acushla*...

- ¿Y vos sois el rey de Irlanda, Larry mi vida?-Dijo Lakla... - ¡Pero ya era suficiente!

Cuando ya regresábamos a nuestros aposentos, y en el momento en que paseábamos por un recodo del paseo, volví a ver lo que al principio me había parecido un lago de joyas. Lo señalé mientras le preguntaba a la doncella:

- Esas flores son espectaculares, Lakla-, le dije-. Jamás había observado nada parecido en el sitio del que provenimos.

Ella siguió la dirección de mi dedo y rió.

- Venid,-nos dijo-. Permittedme que os lo muestre.

Se dirigió corriendo hasta un cruce de paseos y nosotros la seguimos hasta que fuimos a desembocar a un pequeño mirador que daba al jardín, a una altura de unos dos metros. La voz de la dorada doncella se elevó en una especie de llamada que tremoló como un gorjeo.

El jardín de joyas comenzó a estremecerse, como si hubiera pasado sobre su superficie una brisa, tembló, se sacudió y comenzó a moverse lentamente ¡Un brillante torrente de brillantes flores se elevó y cayó frente a nosotros! La joven volvió a emitir su llamada, y el movimiento cobró más velocidad. La cascada de flores se aproximó más a nosotros... cada vez más cerca; estremeciéndose, oscilando, temblando... hasta que llegó hasta nuestros propios pies. Sobre su superficie brillaba una tenue niebla. La joven se inclinó, habló suavemente, y de la brillante masa se elevó un zarcillo verde con cinco flores del color del rubí más puro; salió volando y se posó sobre su mano mientras se enredaba en su blanco brazo ¡Mientras el quinteto de flores nos observaba detenidamente!

Se trataba del ente que Lakla había llamado *yekta*, el objeto con el que había amenazado a la sacerdotisa, la cosa que había acabado de manera tan terrorífica con los hombres de Rador ¡Y ella lo sostenía como si se tratara de un ramo de rosas!

Larry soltó una exclamación y yo examiné más detenidamente aquello. Se trataba de un hidroide, la evolución de aquel extraño ser mezcla de animal y vegetal que, casi siempre de tamaño microscópico, nada por las profundidades del mar como si se tratara de un racimo de flores, y que paraliza a sus presas con la misteriosa fuerza que reside en sus flores²⁶

²⁶ *El yekta del Mar Púrpura es una extraordinaria evolución de las formas hidroides, al igual que las gigantescas medusae de las cuales no son más que remotísimos familiares. Lo más parecido a estos seres, pero en tierra firme, es el Gymnoblasic Hydroids, en especial la Clavetella prolifera, una forma móvil extremadamente interesante de seis tentáculos. Casi todos los bañistas de las aguas septentrionales y meridionales han experimentado el dolor del contacto con cierto pez gelatinoso. La evolución del yekta ha sido prodigiosa y, a nuestros ojos, se trata de un ser monstruoso. De sus cinco cabezas expulsa una secreción venenosa increíblemente activa que sospecho, ya que no he dispuesto de medios para realizar un análisis más profundo, destruye la totalidad del sistema nervioso acompañado por una intensa agonía; a esto hay que sumar la creencia supersticiosa de que esta tortura se extiende durante toda la eternidad. Tanto el éter como el óxido nitroso provocan en la mayoría de las personas esta sensación de infinitud temporal; aunque, naturalmente, si el acompañamiento de tal dolor agónico. Los que Lakla denominaba "el beso del yekta", imagino que se trata lo que sería, para las creencias ortodoxas, el propio infierno. No tuve ocasión de descubrir cómo ejercía su control sobre tal ser debido a cómo se desarrollaron los*

- Suéltalo, Lakla,-la inquietud de O'Keefe se reflejaba en el temblor de su voz.

Lakla se rió divertida; pero observó la seria preocupación en los ojos del irlandés. Abrió la mano, emitió de nuevo aquel agudo sonido, y el ser regresó de un salto con sus congéneres.

- ¡Pero, Larry, jamás me atacaría!-Exclamó ella.-¡Me conoce!

- ¡Haz que se retire!-Le dijo él con seriedad.

La joven suspiró y emitió otro largo y agudo sonido: El lago de gemas (rubíes, amatistas, esmeraldas y azulísimas turquesas) se estremeció y tembló como antes... ¡Y regresó mansamente al lugar que ocupaba antes de la llamada!

Luego, con Larry y Lakla caminando ante mí, con los brazos enlazados en las cinturas, él hablando exultante de su tierra natal y la joven riendo cantarínamente, atravesamos el pontón y penetramos en el castillo.

Mirando sobre el acantilado, volví a ver el extremo más alejado del puente; observé que en el fortín se producía un repentino movimiento de tropas, precedido por un relampagueo de color verde en el metal de las lanzas. Me pregunté despreocupadamente a qué podía deberse aquel reflejo, cuando de repente me golpeó otro pensamiento más realista que me encogió el corazón por aquella pareja que había encontrado el paraíso en el mismo lugar en el que Olaf había encontrado su infierno.

CAPITULO XXVII

La Llegada de Yolara

Jamás ha existido una chavala semejante!- Exclamó Larry soñadoramente apoyando la cabeza en una mano. Se encontraba recostado sobre un amplio diván en una sala a la que nos había conducido Lakla para ir a atender a los Silenciosos.

- ¡Y, por el honor y el buen nombre de los O'Keefe, y por el alma de mi difunta madre, que Dios me considere a mí como yo la considero a ella!Susurró fervientemente.

Tras esto, se sumió en una profunda ensoñación.

Yo caminé por la habitación, examinándola, Esta era la primera oportunidad que tenía de inspeccionar cuidadosamente íguna sala de los dominios de los Tres. Se trataba de una sala octogonal, alfombrada con espesos tapices que brillaban suavemente con una luz azulada y que parecían tejidos con algún tejido mineral, en lugar de lana o algo semejante. Medí su diagonal con pasos: medía veinte metros. El techo, abovedado, estaba construido con algún metal de tonos rosas; recogía la luz que entraba por las estrechas ventanas y la esparcía por toda la habitación.

Alrededor de la sala octogonal corría una galería a no más de medio metro de altura, balaustrada con estilizadas columnas que daban paso a puertas cubiertas por unas espesas cortinas de color ore mate, que daban la misma sensación de tejido metálico que las alfombras Incrustado en cada una de las paredes, por encima de la galería, pude ver un enorme bloque de lapislázuli con unos indescifrables pero maravillosos diseños de color escarlata y zafiro incrustados.

El mobiliario consistía en el enorme diván en el que estaba recostado Larry, dos más

acontecimientos siguientes. El conocimiento sobre los efectos sedantes de su toque lo aprendió, según sus propias palabras, de aquellos que recibieron "su más suave beso" y pudieron recuperarse. Ni tan siquiera el Resplandeciente era tan temido por los murianos como lo era el yekta.

pequeños, media docenas de asientos bajos y unas sillas de una madera confeccionadas con oro y lo que parecía ser ébano.

Lo más curioso eran los trípodes, grandes, macizos, con las patas parecidas a lanzas, y de dos metros de altura, sobre los que reposaban pequeños aros de lapislázuli en los que habían engarzados unos símbolos que me recordaron los ideogramas chinos.

No existían trazas de polvo... en ningún lugar de este cavernoso mundo había encontrado rastros de aquel inseparable compañero del ser humano en el mundo superior. Vi por el rabillo del ojo un brillo; al dirigirme a su fuente, encontré sobre uno de los bajos asientos un cristal liso y limpio de forma oval que me recordó a una lente. Lo recogí y me dirigí a uno de los balcones. Alzándome de puntillas, descubrí que podía ver, muy al fondo, el comienzo del puente. Desde mi posición no podía ver la fortaleza ni el brillo verdoso sobre las puntas de las lanzas. Situé el cristal frente a uno de mis ojos... y bruscamente, la caverna avanzó a mi encuentro, situándose a no más de cincuenta metros de donde me encontraba; evidentemente, el cristal era una maravillosa lente de aumento... ¿Pero dónde se encontraba la guarnición?

Miré más detenidamente. ¡Nada! Pero en aquel momento pude apreciar una docena de diminutas y danzarinas chispas. Pense que se trataría de una ilusión óptica, por lo que dirigí el cristal hacia otro lugar. No pude ver ninguna chispa, por lo que dirigí el cristal al lugar anterior.. y volví a verlas. ¿A qué me recordaban? De repente, lo recordé... se parecían a los pequeños y radiantes átomos que habían flotado durante unos instantes sobre el lugar que había ocupado Songar de Aguas Vanas tras desaparecer en la nada... y con el recuerdo me llegó la comprensión ¡Los *keth*!

Un grito salió de mis labios, me giré hacia Larry... ¡y mi grito murió cuando vi que la cortina situada a mi derecha comenzaba a ondular dejando paso a cuerpos invisibles que penetraban en la habitación!

- ¡Larry!-Grité-. ¡A mi lado! ¡Rápido!

Saltó sobre sus pies, miró a su alrededor con gesto salvaje... ¡Y desapareció! Sí... se desvaneció de mi vista como la llama de una vela frente a un huracán; o como si un objeto moviéndose a la velocidad de la luz se lo hubiera llevado por delante.

De repente, me llegaron sonidos de lucha del diván, el sonido silbante de respiraciones forzadas, la voz de Larry maldiciendo. Salté sobre la balastrada, desenfundé mi pistola... y me agarraron dos poderosas manos. Mis codos se unieron a mi cuerpo y me vi derribado al suelo muy cerca de un pecho cubierto de vello; y a través de aquel cuerpo, translúcido, sin sombra, liviano como el aire, pude notar la lucha que se producía sobre el diván.

De repente, se escucharon dos secos estampidos y la lucha cesó bruscamente. Desde un punto a nos más de medio metro sobre la superficie del diván, como si se desangrara el mismo aire, comenzó a gotear la sangre, cada vez con mayor profusión, derramándose de ningún sitio.

Y del aire surgió, a no más de dos metros del lugar, la cara de Larry... sin cuerpo, flotando a casi dos metros del suelo, con los ojos brillantes de ira... flotando sobre la nada como un horrible fantasma.

Sus manos salieron del vacío... sin brazos, y comenzaron a moverse, apareciendo y desapareciendo, desgarrando algo. Entonces, como si lo dibujaran en el aire, comenzó a aparecer O'Keefe, con la pistola humeante en la mano, primero sin caderas, más tarde sin piernas, y finalmente sin pies.

Y aún seguía goteando aquel reguero de sangre, empapando el cojín sobre el que caía, y manchando el suelo de la habitación.

Hice un movimiento de escapar, pero me sujetaron con mayor firmeza... y, de repente, apareciendo al lado de la cara de Lar y con la misma impresión de irrealidad, se mostró la cabeza de Yolara, más cruelmente bella que antes, la maldad brillando en sus ojos como blancas llamas del infierno... ¡Y maravillosa!

- ¡Mantenéos todos quietos! ¡No ataquéis... a no ser que os lo ordene! Dirigió tales palabras a los invisibles guerreros que la acompañaban y cuya presencia pude sentir que llenaba la sala.

La maravillosa cabeza flotante de sedoso pelo rubio como una mazorca se dirigió hacia el irlandés. Nuestro amigo dio un rápido paso atrás, y los ojos de la sacerdotisa adquirieron un profundo tono púrpura que les hizo adquirir una apariencia aún más demoníaca.

- Así pues, le dijo-, así pues, *Larri*, ¡Pensasteis que os libraríais de mí de manera tan infantil!. Rió suavemente-. En mi oculta mano sostengo el cono del *keth*,-murmuró-. Antes de que seáis capaz de levantar vuestro tubo de la muerte, os puedo herir... y lo haré sin duda ni dilación. Y considerad, *Larri*, que si la doncella, la *choya*, apareciera, podría desaparecer... así -y la cabeza desapareció de nuestra vista- y destruirla con el *keth*... ¡O podría ordenar a mi gente que la apresara y la entregara al Resplandeciente!

Diminutas gotas de sudor perlaron la frente de Larry, y supe que no estaba pensando en su propia seguridad, si no en la de Lakla.

- ¿Qué deseáis de mí, Yolara?-Le preguntó con voz ronca.

- Nada,-le respondió con voz burlona-. Nada desea Yolara de vos, *Larr*... volvedme a decir aquellos dulces nombres con los que me alabasteis... Miel de Abejas Salvajes, Arrobo de los Corazones...-Su risa resonó por toda la sala.

- ¿Qué deseáis de mí?-Volvió a preguntar con la voz tensa y los labios apretados.

- ¡Ah, tenéis miedo, *Larri*!-Exclamó con diabólico júbilo-. ¿Qué más podría desear que regresarais a mi lado? ¿Porqué otro motivo habría atravesado el antro del gusano dragón y habría sorteado tantos peligros si no fuera para pedíroslo? Y observo que la *choya* no os ha guardado adecuadamente.-Una vez más rió-. Llegamos al final de la caverna, y allí estaban sus *akka*. Y los *akka* no vieron más que... sombras. Pero mi deseo residía en sorprenderos con mi visita, *Larri*, -la voz se suavizó-, y temí que ellos se nos adelantaran en comunicaron nuestra llegada y despertaran antes de tiempo vuestro júbilo. Así, *Larr*, que disparé *el keth* sobre ellos... y les regalé con la paz y el descanso en la nada. Y el portón estaba franco ¡Casi era una bienvenida!

Una vez más resonó su plateada y diabólica risa.

- ¿Qué deseáis de mí?-Los ojos de Larry reflejaron odio, apenas controlándose.

- ¡Desear!-La voz plateada se convirtió en el silbido de una serpiente durante unos instantes, pero rápidamente recuperó su control-. ¿No les apena a Siya y a Siyana que el ritual que les ofrecí quedara interrumpido? ¿Y no desean que se complete? ¿No soy deseable? ¿Más deseable que vuestra *choya*?

La maldad desapareció de sus maravillosos ojos; el azul volvió a teñirlos, y el velo de invisibilidad se deslizó de su cuello y sus hombros, revelando la mitad de sus immaculados pechos. Y asombrosa, asombrosa más allá de cualquier explicación era la belleza de aquella exquisita cabeza y aquel exquisito pecho que flotaba en el aire... y también maravillosos, siniestramente maravillosos más allá de todo calificativo. ¡Sólo

Lilith, la mujer serpiente, se había mostrado tan tentadora cuando se dio a conocer a Adán!

- Y quizá, le dijo, sólo quizá, os quiero por que os odio; o quizá por que os amo... o quizá para entregaros a Lugur, o quizá para ofrecerlos en sacrificio al Resplandeciente.

- ¿Y si voy con vos?-Le preguntó él con calma.

- Entonces perdonaré a la doncella ...y... ¿quién sabe? Puede que retire a mis tropas que ahora se agolpan en el portal y deje que los Silenciosos se pudran en paz en su fortaleza... desde donde no tienen poder para controlarme,-añadió con retintín.

- Habréis de jurarlo, Yolara; ¿Juráis marchar sin dañar a la doncella?-Le preguntó con ansiedad.

Pequeños demonios bailaron en sus ojos, yo aparté la mirada de su contaminación.

- ¡No confíe en ella, Larry!-Le grité, y una vez más la presión me aplastó contra la alfombra.

- ¿Ese imbécil que lo está sujetando está frente a usted o a sus espaldas, viejo?-Me preguntó a media voz sin apartar la mirada de Yolara-. Si lo tiene delante, podré hacer fuego... luego, usted sale volando y avisa a Lakla.

Pero no fui capaz de responder; y menos aún fui capaz al recordar la advertencia de Yolara.

- ¡Decídase con rapidez!- Su voz era fría como el hielo.

Las cortinas hacia las que se había ido moviendo lentamente O'Keefe se apartaron de golpe. ¡En el marco de la puerta apareció la doncella! La cara de Yolara se transformó en la de la Gorgona, tal y como había sucedido anteriormente, cuando se enfrentó a la doncella dorada. En su ciega ira olvidó cubrirse con el velo, y su mano surgió disparada de entre sus pliegues, apuntando con aplomo el plateado cono hacia Lakla.

Pero antes de que pudiera hacer puntería, antes de que la sacerdotisa pudiera liberar la tremenda energía, la doncella estaba sobre ella. Con la gracia de un blanco lobo saltó y una blanca mano asió la garganta de Yolara, mientras que la otra apartaba aquella que sostenía el cono; blancos muslos rodearon aquellos que eran invisibles. Vi que la cabeza rubia se inclinaba mientras la mano que sostenía el *keth* daba un violento tirón; entonces, los blancos dientes de Lakla se hincaron en la delicada muñeca, la sangre saltó y la sacerdotisa emitió un agudo grito. El cono cayó y saltó en mi dirección, con todas mis fuerzas saqué de debajo de mi cuerpo la mano que aún sostenía la pistola y abrí fuego varias veces contra el pecho que me aprisionaba.

La presa que me retenía se soltó, y un chorro de sangre me salpicó, mientras que otras gotas manchaban la alfombra; una mano salió de la nada, tembló un instante... y quedó laxa.

Yolara había sido derribada, Lakla la había derribado con la presa de sus piernas y había combatido con la furia de una madre defendiendo a su hijo frente a una manada de fieras. Sobre las dos se alzaba O'Keefe, sosteniendo en la mano una lanza que había arrancado del trípode más cercano... y dando lanzazos, tajos y golpes contra las manos que salían de la nada para sujetarlo como si sostuviera una espada bastarda. Saltaba de aquí para allá, esquivando mientras no cesaba de proteger a Lakla con su propio cuerpo, como si se tratara de un cavernícola defendiendo a su hembra.

La lanza golpeó... y al suelo cayó el cuerpo de un hombrecillo medio descubierto; mientras se retorció en su agonía, dejó al aire sus extremidades. Junto al caído se alzaba el trípode del que había tomado Larry su arma. Me lancé hacia él, lo derribé para arrancar

uno de los soportes que quedaban ¡Y golpeé con él a uno de los atacantes, que se precipitó a mi encuentro con un cuchillo por delante! La pieza se partió, dejando entre mis manos una larga pieza de metal dorado. Salté junto a Larry, protegiendo su espalda y haciendo girar mi arma como si se tratara de un bastón. Sentí cómo golpeaba con violencia una vez... dos, destrozando huesos y músculos.

En la puerta se escuchó un tumulto, y dentro de la sala se precipitaron una docena de anfibios. Mientras que un grupo corría a cubrir las entradas, el resto se unió a nosotros, y formando un círculo a nuestro alrededor, comenzaron a golpear con los espolones y las garras y los invisibles guerreros que gritaban y buscaban una vía de escape. De repente, las alfombras azules comenzaron a llenarse de charcos de sangre, cabezas cercenadas, torsos desgarrados, brazos amputados y cuerpos destrozados, medio ocultos y medio desvelados. Finalmente, la sacerdotisa quedó en silencio, mostrando de manera extraña retazos de su desnudo cuerpo, parcialmente oculto por el velo. O'Keefe se agachó y apartó a Lakla, con lo que Yolara pudo ponerse en pie respirando afanosamente. La doncella, con el rostro aún contraído por la ira, dio un paso hacia la sacerdotisa. Con dificultad pudo controlar el tono de su voz.

- Yolara, le dijo-, habéis desafiado a los Silenciosos, habéis profanado su hogar, habéis venido a asesinar a estos hombres, huéspedes de los Silenciosos y míos, que soy su doncella... ¿Por qué habéis hecho tal?

- ¡Vine en su busca jadeó la sacerdotisa señalando a O'Keefe.

- ¿Por qué?-Le preguntó Lakla.

- Por que me ha sido ofrecido,-le replicó Yolara, con todos los demonios asomándole por la cara-. ¡Por que se me prometió! ¡Por que es mío!

- ¡Falso!-La voz de la doncella se elevó con rabia ¡Falso! Pero, él hará su elección aquí y ahora, Yolara. Y si os elige a vos, ambos abandonaréis esta plaza a salvo... Por que, Yolara, mi mayor deseo es su felicidad, y si vos sois su felicidad... saldréis de aquí juntos. Y ahora, Larry ¡Elegid!

Con un movimiento se situó junto a la sacerdotisa, y con un movimiento la despojó de los restos del velo de invisibilidad que quedaban.

Allí permanecieron ambas... Yolara con un breve retazo de tela cubriendo su maravillosa desnudez, su brillante y perfecta piel; una mujer serpiente... arrebatadora, más allá de los más desbocados sueños de Fidas, y con el mismísimo infierno brillándole en los ojos.

Y Lakla, como una doncella vikinga, como una de aquellas vírgenes guerreras que permanecían firmes y luchaban por los heridos y los niños junto a los viejos héroes de la verde isla de Larry; su cuerpo marfileño insinuándose a través de las destrozadas ropas, mientras que en sus grandes y dorados ojos brillaba la furia, pero no la furia diabólica de la sacerdotisa; si no la justa furia de un alma que, buscando el paraíso, ve que está siendo destruido.

- Lakla,-la voz de O'Keefe sonó átona, herida-, *no* existe elección posible. Os amo, y sólo os amo a vos... desde el mismo instante en que os vi. Esto no es fácil... Dios, Goodwin, me siento como un adolescente. No existe elección posible, Lakla, finalizó mirándola a los ojos.

La cara de la sacerdotisa se congeló con una ira mortal.

- ¿Qué haréis conmigo?-nos preguntó.

- Manteneós como rehén-le respondí.

O'Keefe permaneció en silencio, pero Lakla meneó la cabeza.

- Bien que me gustaría,-su rostro tenía una apariencia soñadora-, pero los Silenciosos dicen... *no*; me han permitido que os deje marchar, Yolara.

- Los Silenciosos,-rió la sacerdotisa.-¡Vos, Lakla! ¡Vos sois la que teméis que me acerque demasiado a él si permanezco aquí!

La tormenta volvió a cernirse sobre el rostro de la doncella, que hizo un esfuerzo por contenerse.

- No,-le respondió-, los Silenciosos así lo han ordenado... y por sus propios motivos. Aún así, Yolara, pienso que tendréis escaso tiempo para alimentar vuestra crueldad... decidse así a Lugal... ¡y a vuestro Resplandeciente!-Añadió lentamente.

La burla y el escarnio emanaron de cada poro de la sacerdotisa.

- ¿Me iré sola?-Preguntó.

- No, Yolara, no; irás acompañada,-le respondió Lakla-. Por aquellos que te protegerán y *te vigilarán* atentamente y con cuidado. Están aquí.

Las cortinas se apartaron y entraron en la sala Olaf y Rador.

La sacerdotisa se sintió golpeada por la fiereza y el odio que emanaban de los ojos del escandinavo... y por primera vez perdió su soberbia.

- Prohibid que *él* venga conmigo, jadeó mientras bajaba la mirada y la fijaba en el suelo.

- Él os acompañará,-le dijo Lakla mientras arrojaba hacia Yolara un manto con el que se cubrió su exquisito y deseable cuerpo-. ¡Y atravesaréis el Portal, no os moveréis furtivamente a través del antro del gusano!

Se inclinó hacia Rador y le susurró algo al oído; él asintió. Supongo que le comunicó el secreto de la apertura del Portal.

- Venid,-dijo él, y con el gigante de ojos de hielo tras sus pasos, Yolara, con la cabeza humillada, atravesó las cortinas a través de las cuales, un rato antes, se había deslizado furtivamente segura de su victoria.

Después, Lakla se dirigió hacia el entristecido O'Keefe, posó sus manos sobre los hombros de él, y miró profundamente en sus ojos.

- ¿Os *prometisteis* a ella, tal y como ha afirmado?-Le preguntó.

El irlandés enrojeció miserablemente.

- No, -le dijo-. Naturalmente que la complací, pero fue pensando que así me llevaría a vos con más rapidez, mi vida.

Ella lo miró dubitativa.

- ¡Tengo para mí que habéis debido ser *muy* complaciente! -Fue todo lo que le respondió, e izándose sobre la punta de los pies, le besó directamente en los labios, perdonándole.

Una doncella extremadamente directa era Lakla, con un sincero desprendimiento de todo aquello que no considerara esencial. Y en ese momento me demostró ser más sabia de lo que yo pensaba.

Larry se inclinó, le desaparecieron los pies y levantó algo en el aire que hizo que su mano se volviera aire.

- Uno de los mantos de invisibilidad,-me dijo-. Por aquí debe haber una gran cantidad... creo que Yolara trajo consigo a todos sus asesinos. Puede que estén rotos, pero me siento más tranquilo. Y puede que en algún momento nos vengan bien... ¿Quién sabe?

Escuché un golpeteo a mis pies, y vi que surgía de la nada la cabeza de uno de los

hombrecillos; rebotó dos veces en el suelo y quedó mirando fijamente hacia arriba. Lakla se estremeció y dio una orden. Los anfibios comenzaron a registrar la sala, mirando aquí y allá, levantando invisibles mantos que revelaban la presencia de miembros mutilados de lo que una vez había sido la guardia de la sacerdotisa.

Lakla nos había dicho la verdad ¡Sus guerreros eran verdaderamente letales!

La joven lanzó una llamada y vino a su encuentro su asistente. La doncella le habló brevemente, señalando a los guerreros que revolvían las invisibles vestiduras; la hembra comenzó a recogerlas... y adquirió una apariencia aún más grotesca, con retazos de su cuerpo invisibles a causa de su carga, dejando entrever retazos de su piel de brillantes escamas y de amarilla joyas a medida que los trozos de tela se agitaban a su alrededor.

Los guerreros se inclinaron, levantó cada uno el cadáver de un hombrecillo y, en fila, comenzaron a abandonar la sala en un desfile triunfal.

En aquel momento recordé el *keth* que había caído de la mano de Yolara, y supe que eso era lo que había estado buscando cuando clavó sus ojos en el suelo. Sin embargo, por mucho que buscamos, recorriendo cada palmo de la sala, no conseguimos dar con él. ¿Lo habría tomado uno de sus hombres y en este momento estaría siendo enterrado con él? Con ese pensamiento en la mente, Larry y yo nos precipitamos tras los guerreros de la doncella y buscamos en cada uno de los cadáveres. No estaba allí. Quizá la sacerdotisa lo había recuperado y lo había ocultado a nuestra vista.

Fuera lo que hubiese sucedido, el cono había desaparecido. ¡Y qué arma habría supuesto ese pequeño instrumento en nuestro poder!

CAPÍTULO XXVIII

El Antro del Morador

Comienzo a narrar este capítulo con grandes dudas, ya que he de narrar una experiencia tan contraria a las leyes físicas conocidas que todo ello me parece increíble. Hasta aquel momento, y vayan por delante todas mis reservas, el misterio del Morador había sido, bajo mi perspectiva, explicable de una forma científica. En pocas palabras, no se trataba de nada que fuera más allá de los dominios de la ciencia; no se trataba de nada que dudara en ocultar a mis colegas de la Asociación Internacional para la Ciencia. Los fenómenos que había presenciado hasta el momento, por más desconocidos *o avanzados* que fueran, se mantenían dentro de los límites de lo posible; residentes en regiones aún vírgenes para las investigaciones del ser humano, pero aún así, alcanzables.

Pero lo que sucedió... bien, he de confesar que tengo una teoría científica; pero tan abstrusa, tan complicada de encajar dentro de los confines de este escaso espacio que se me ha concedido para explicarlo, tan dependiente de conceptos que incluso los científicos más brillantes encontrarían difícil de explicar, que entro en la más profunda de las desesperaciones.

Por tanto, he decidido contar los hechos tal y como ocurrieron, y afirmar que sucedieron de la manera que los voy a narrar y que yo fui testigo.

Aún así, haciéndome justicia, debo allanar ciertos caminos que llevarán al lector a una profunda perplejidad. Y el primer camino que he de allanar es para comunicar que nuestro mundo *no es*, en realidad, tal y como lo vemos. Para respaldar esta afirmación, he

de referirme a un discurso titulado «La gravitación y el Principio de la Relatividad» que el distinguido físico dr. A.S. Eddington ofreció ante el Real Instituto ²⁷.

Naturalmente, soy consciente de que no tiene ninguna lógica el afirmar que «Nuestro mundo no es, en realidad, tal y como lo vemos, y que, por tanto, todo lo que nosotros consideramos imposible puede suceder.» Aún cuando *fuera* diferente, estaría gobernado por *leyes*. Lo verdaderamente absurdo es afirmar que, algo al ser imposible, y por tanto no regido por las leyes, *no puede* existir.

El quid de la cuestión es el determinar si lo que consideramos imposible puede o no puede ser posible bajo leyes más allá de nuestro conocimiento.

Espero que sabrán disculparme por esta digresión académica, pero la he considerado necesaria y al menos ha conseguido que yo me sintiera más cómodo. Y ahora he de comenzar mi relato.

Larry y yo habíamos estado observando como los anfibios arrojaban a las púrpuras aguas los cadáveres de los asesinos de Yolara. Como cuervos que se precipitaran sobre la carroña, comenzaron a llegar, flotando majestuosamente, docenas de brillantes globos. Extrajeron sus estilizados y multicolores tentáculos, y las iridiscentes burbujas *se precipitaron* sobre los cadáveres. A medida que los tentáculos les tocaban los cuerpos comenzaron a pudrirse, incluso los huesos, de la manera que yo había visto pudrirse la fruta bajo el pinchazo del dardo aquel día que le salvé la vida a Rador... y las medusas comenzaron a alimentarse de aquel horror, pulsando lentamente, con sus maravillosos colores rielando, cambiando, creciendo y haciéndose más fuertes; maravillosas lunas élficas, pero lunas que habían adquirido su esplendorosa belleza alimentándose de la muerte, seres de encanto cuya gloria era sorbida del horror.

Enfermo, aparté la vista... O'Keefe estaba tan pálido como yo; regresé por el corredor que se abría a la balconada desde la que habíamos estado observando, y vimos que Lakla se acercaba corriendo en nuestra busca. Antes de que pudiera hablar, se escuchó en el aire un leve susurro, que creció hasta convertirse en un murmullo que pasó por nuestro lado y se perdió en la distancia.

- El Portal ha sido abierto,-nos dijo la doncella. Un levísimo susurro, como el eco del sonido anterior, flotó sobre nosotros.-Yolara se ha ido, el Portal se ha cerrado. Ahora debemos apresurarnos... ya que los Tres han ordenado que vos, Goodwin, junto con Larry y conmigo, recorramos los extraños caminos de los que os hablé, y por los que viajaron las amadas de Olaf... y deberemos recorrerlo sin la compañía de Olaf para evitar que se le rompa el corazón, y estar de regreso antes de que él y Rador crucen el puente.

Su mano buscó la de Larry.

- ¡Venid!-Nos dijo Lakla.

Nos internamos por las entrañas de la fortaleza, bajando y bajando, atravesando una sala tras otra, recorriendo enormes tramos de escaleras. Nos introdujimos tanto en las profundidades que bajamos más allá de las raíces de las montañas. Lakla se detuvo tras pasar una curva, presionó suavemente sobre un bloque de piedra púrpura, éste giró y pasamos a través del hueco antes de que se cerrara.

La habitación... el nicho de roca en el que nos encontrábamos estaba facetado en forma de diamante, y sus paredes brillaban suavemente como si hubieran sido talladas en esa piedra preciosa. Su forma era oval, y una escalera conducía a su pulida base, de al menos veinte metros de diámetro. Al echar un vistazo por encima del hombro, vi que no existían

²⁷ Ofrecido al completo en la revista *Nature*. W.T.G.

trazas de la entrada, salvo los escalones por los que habíamos llegado al suelo de la cámara. Mientras miraba hacia atrás, vi que los escalones giraban desapareciendo, dejándonos en medio de un círculo aislado y rodeados por las paredes facetadas, en las que nos reflejábamos los tres. Daba la sensación de que nos hubieran metido en un inmenso diamante vuelto sobre sí mismo.

Aún así, el óvalo no era perfecto: a mi derecha una pantalla cortaba su simetría. Una pantalla que reverberaba con una luminiscencia fantasmal y que se elevaba desde el suelo hasta el techo; su superficie era levemente convexa y estaba cruzada por millones de líneas parecidas a las de un espectroscopio, pero con una leve diferencia: que cada línea parecía estar compuesta por una multitud de líneas más finas, casi microscópicas, que se extendían hasta el infinito, unas líneas que debían haber sido talladas con un instrumento tan preciso y delicado que, en comparación, nuestro instrumento más preciso habría parecido la guadaña de un segador.

A una distancia aproximada de medio metro, habían instalado algo parecido al pie de un compás en cuya caja acristalada se movían vaporosos anillos concéntricos de un color fantasmalmente azulado. Sobre la superficie de la caja se encontraba un dial, y por encima de él un pequeño teclado de cristal con ocho pequeñas muescas.

La doncella colocó sus estilizados dedos sobre las muescas, miró al disco y apretó un dígito del teclado. De repente, la pantalla giró en silencio, adoptando un nuevo ángulo.

- Rodead mi cintura con el brazo, Larry, mi vida, y permaneced cerca de mí,-murmuró-. Vos, Goodwin, rodead mis hombros con vuestro brazo.

Titubeante, hice lo que me ordenaba; ella hizo una pausa, y colocó los dedos de la otra mano sobre las demás muescas. Tres anillos de vapor se iluminaron brillantemente y comenzaron a girar más deprisa entrelazándose entre ellos. La pantalla, ahora a nuestras espaldas, comenzó a emitir un brillo que contenía todos los espectros luminosos... no sólo los visibles al ojo humano, si no también los invisibles. El brillo creció y de repente salió disparado de la pantalla ¡Atravesando nuestros cuerpos como un rayo de sol atraviesa el cristal de una ventana!

Las facetas más cercanas a la pantalla comenzaron a chispear, y en las paredes pude ver nuestras figuras, sacudidas y desgarradas como un gallardete desgarrado por un huracán. Comencé a darme la vuelta, para mirar a mis espaldas, cuando me detuvo la doncella:

- ¡No os giréis... por vuestra vida!

La radiación a nuestras espaldas creció de intensidad, convirtiéndose en una tempestad de luz en la que yo no era más que la sombra de una sombra. Oí, pero no con mis oídos... ni tan siquiera con mi *mente*, una inmenso rugido; un tumulto *enviado* desde los confines del universo; un huracán que se aproximaba a nosotros desde el mismo corazón del cosmos... más cerca, cada vez más cerca. Cuando llegó sobre nosotros, se desgarró a sí mismo con garras inhumanas.

Y brillante, cada vez más brillante, crecía la luz.

Las paredes facetadas comenzaron a desaparecer; las que se encontraban frente a mí se fundieron, se tornaron diáfanas, como un muro de gelatina intentando contener una explosión de fuego; a través de ellas, bajo el torrente de abrasadora luz, a través del monstruoso tornado luminoso, comencé a moverme, lentamente, pero cada vez más deprisa.

El rugido aumentó aún más su intensidad y la radiación se movió con mayor velocidad. Mi *extensión* corporal avanzó hacia una pared de roca, la escorzó y atravesó su materia.

Pude ver unos jardines élficos, que giraron sobre sí mismos, se contrajeron hasta formar una finísima película de color que se unió a mi esencia. A acercarme a otra pared de piedra, ésta se contrajo de la misma manera que el bosque y su esencia pasó a formar parte de la mía, como si se tratara de una carta introduciéndose en una baraja.

A nuestro alrededor flameaban desgarradas nubes escarlatas, mientras la fuerza que nos impulsaba hacia delante no cesaba en ningún momento.

Atravesamos una nueva barrera de rocas y nos sumergimos en blancas aguas que fueron absorbidas por nuestras proyecciones, al igual que las tierras del musgo y las rocosas paredes de los acantilados, que se introdujeron en nuestra esencia como había ocurrido anteriormente. Nuestro vertiginoso vuelo perdió velocidad, pareció que nos deteníamos, flotando durante unos instantes, y volvimos a avanzar... lentamente, con precaución.

De repente, una neblina comenzó a formarse frente a nosotros. Nos detuvimos una vez más, flotando suavemente, y la niebla se aclaró.

Miré al frente, y pude ver que mi vista alcanzaba hasta el lejano y verde horizonte. Un brillo prismático me cegó; oleadas y pulsaciones de luz parecidas a las que se producen cuando el sol brilla sobre el verde mar tropical al medio día golpearon mis ojos. Etéreos y danzarines velos chispeantes compuestos por una infinitud de átomos de luz flotaban, giraban y se retorcían en profundidades de nebuloso esplendor.

Pude ver que Lakla, Larry y yo no éramos más que vagas sombras posadas sobre el saliente de pulida roca que se alzaba unos cuarenta metros... una superficie alfombrada con pequeños capullos blancos que rielaban con suave fosforescencia, como si fueran volutas de humo del fuego lunar. Eramos sombras... y aún así poseíamos sustancia; nuestra materia estaba compuesta, en parte, por las rocas que habíamos atravesado y aún así éramos sangre y carne vivas. Nos extendimos... no encuentro otra forma de expresarlos... nos *extendimos* a lo largo de kilómetros y kilómetros de espacio que daba, a la par, la misma espantosa sensación de inmensas distancias horizontales y una absoluta falta de espacios verticales y de materia. ¡Permanecíamos *allí*, sobre la superficie de la roca; y al mismo tiempo estábamos *aquí*, frente a la pared afacetada de la sala oval de espaldas a la furiosa radiación!

- ¡Mantenéos sereno, Goodwin!-Oí que me decía Lakla *junto* a mí; aunque sabía que me había hablado desde la sala-. ¡Mantenéos sereno, Goodwin... y mirad!

Los velos de luz desaparecieron y abismales distancias se extendieron ante mí. Resplandeciendo al fondo, y aferradas con sus raíces a algún sustrato más denso que el aire, vi grandes masas vegetales: árboles frutales, árboles cuajados de pálidos capullos parecidos a la fruta marina del olvido (las uvas de Lethe²⁸ que crece en las laderas de cavernas de las Hébridas).

A su alrededor y por su interior pululaba y se arremolinaba una horda (tan numerosa como aquella que comandó Tamerlán cuando cayó sobre Roma, tan vasta como aquella con la que Gengis Kan arrolló a los califas) de hombres, mujeres y niños vestidos con andrajos, o completamente desnudos. Vi que había orientales de ojos rasgados, malayos de ojos oscuros, isleños negros, cobrizos y amarillos; feroces guerreros de las Salomón con extraños abalorios fantásticamente prendidos de sus caras, nativos de Papúa, de Java, dayakos de la costa y las montañas. Entre ellos se mezclaban fenicios de narices

²⁸ N. del T.: Lethe: En. la mitología griega, personificación del olvido y la hija de Eris (diosa de la discordia y la lucha). Lethe también era un río del inframundo en cuyas aguas bebían las almas de los muertos para olvidar sus vidas anteriores antes de reencarnarse.

aguileñas, romanos, griegos de nobles rostros y vikingos de siglos pasados junto a murianos de negro pelo. También vi gente de rasgos occidentales (hombres, mujeres y niños) que vagaban y andaban ciegamente; y en todos ellos observé aquel gesto de horror y arrobamiento, vi reflejados en sus ojos el terror y el éxtasis, como si Dios y Satán hubieran trabajado mano con mano sobre ellos. ¡El sello del Resplandeciente! ¡Los muertos en vida, los desaparecidos!

¡Las presas del Morador!

Miré con el alma enferma. Nos dirigieron terroríficas miradas, nos hicieron gestos, nos alargaron sus manos... multitud tras multitud de caras pasaron bajo nosotros, se detenían y nos miraban. Hasta donde me alcanzaba la vista, mareas de seres alargaban sus brazos hacia nosotros ¡Mirando, mirando fijamente!

De repente sentí otro movimiento... muy, muy lejos. La multitud comenzó a moverse con aborregados movimientos; los muertos en vida oscilaron, se apartaron y formaron una larga avenida hacia cuyo comienzo miraron todos con una insistencia ávida, ansiosa.

Al principio pude ver solamente una nube luminosa, un poco más tarde comenzó a aproximarse por la avenida un girante pilar de esplendorosos colores. Era el Resplandeciente. A medida que pasaba, los muertos en vida comenzaron a introducirse en su materia, como hojas arrastradas por un remolino de viento; y cuando el Resplandeciente los alcanzaba y los golpeaba con sus espirales y sus tentáculos, sus víctimas brillaban con un terrorífico resplandor inhumano... como jarrones de alabastro en los que se hubieran introducido velas encendidas. Y una vez que pasaba y los liberaba, volvían a mirarnos fijamente con aquellos ojos de pesadilla.

El Morador pasó bajo nosotros.

¡De pronto vi el cuerpo de Throckmartin entre el enjambre de cuerpos! Throckmartin, mi amigo, aquel por el que yo había viajado hasta la puerta de la luna pálida; mi amigo, aquel a cuya llamada yo había respondido con tanta diligencia. Sobre su cara vi la odiosa marca del Morador: sus labios estaban desangrados; tenía los ojos muy abiertos, brillantes y pálidos por una extraña fosforescencia... unos ojos que no mostraban alma alguna.

Me miró directamente, sin parpadear, sin reconocermé. Junto a él se encontraba una mujer, joven y bella... bella incluso a causa de la máscara en la que se había convertido su cara. Y sus ojos, como los de Throckmartin, brillaban con aquellos diabólicos y mortales fuegos. Se acercó más al hombre; y a pesar de que la horda empujaba hacia todos lados, ambos permanecieron juntos, como si los unieran lazos indisolubles.

Supe que la joven era Edith, su esposa, ¡Aquella que en un vano sacrificio por salvarlo se había arrojado al abrazo del Morador!

- ¡Throckmartin!-Grité-¡Throckmartin, estoy aquí!

¡Me oyó? Ahora sé con seguridad que no fue así.

Pero en aquel momento esperé... con la esperanza de que las garras que atenazaban mi corazón se disolvieran.

Jamás me han abandonado aquellos ojos. De repente, se produjo otro movimiento de la masa, otra oleada humana, y desaparecieron entre la multitud, fundiendo sus cuerpos con el gentío, sin apartar su mirada.

En vano los busqué con la mirada, en vano me esforcé por encontrar algún signo de reconocimiento, alguna chispa de vida en su interior. Pero se habían ido. Por más que lo intenté no pude volver a verlos... tampoco me había sido posible ver a Stanton ni a Thora,

que había sido la primera de aquella trágica expedición en ser llevada por el Morador.

- ¡Throckmartin!-Grité una vez más, desesperado. Las lágrimas me cegaron.

Sentí que Lakla me tocaba suavemente.

- Tranquilo,-me dijo llena de piedad-. Tranquilo, Goodwin. No podéis ayudarlos... ¡Por ahora! Tranquilizaos y... observad.

El Resplandeciente se había detenido bajo nosotros... girando, retorciéndose, vibrando con su diabólica y horrible belleza. Se había detenido y nos contemplaba. Ahora pude ver claramente su núcleo, su corazón, atravesado por relampagueantes venas de luz, su glorioso centro siempre cambiante atravesado por retazos de luz, nubes brumosas, suaves opalescencias, vaporosas espirales o fantasmagóricos fuegos prismáticos. Sobre él se encontraban las siete pequeñas lunas amatista, azafrán, esmeralda y azul y plata, de rosa y blanco lunar. Se dispusieron formando una diadema... serenas, tranquilas, expectantes... e introdujeron en el interior del Morador diminutas agujas y espirales y remolinos, metieron en su interior pequeños rayos más finos que la más fina de las telas de araña, y a través de sus filamentos vi correr *energía* que salía de los siete globos, como si se tratara de los siete chorros en miniatura que descargaron llamas lunares desde los cristales septicromáticos que colgaban del techo del Estanque de la Luna.

¡Y a través de aquella tormenta emergió... la cara!

Era un hombre y una mujer al mismo tiempo... como alguna antigua deidad andrógina de los Etruscos largo tiempo olvidada, al mismo tiempo hombre y mujer; humano e inhumano, seráfico y siniestro, bondadoso y diabólico... como una llama, que al mismo tiempo es belleza y destrucción; como el viento, que al igual acaricia los árboles o los derriba; o como una ola, que no pierde su belleza mientras refresca o ahoga.

Sutil, indefiniblemente, parecía estar en nuestro mundo, y al mismo tiempo parecía estar en un mundo más allá. Sus lineamentos afloraron de otra esfera, adoptaron repentinamente una forma vagamente familiar... y con la misma rapidez que la habían adoptado, se transformó en algo amorfo, inhumano; un dios desconocido, indescriptible, imposible de mirar, que vagara por la profundidades del espacio más allá de las estrellas; y aún así, poseía una esencia humana, como si todas las almas mortales nos observaran, atrapadas en su interior, diabólicamente retenidas.

Aquel ser poseía ojos... ojos que sólo eran sombras oscurecidas por el brillo que los rodeaba, pero aquel brillo cesó como si se tratara de una cortina que se corriera, y aquella cortina reveló lo desconocido: dos profundos estanques azules, azules como el mismo Estanque de la Luna. De repente relampaguearon, y fue entonces cuando el rostro adquirió su aspecto más humano, mientras sus ojos se transformaban en dos estrellas gemelas, tan grandes como las propias esferas que coronaban la cara, revelando la entrada a mundos prohibidos, extraños, mortales para el hombre.

- ¡Manteneos firme!-Me llegó la voz de Lakla mientras sentía cómo su cuerpo se pegaba al mío.

Hice un esfuerzo por mantener serena mi mente y miré una vez más. Vi que el Resplandeciente no poseía un cuerpo, al menos no un cuerpo como lo entendemos nosotros... no poseía tal cosa, sólo aquel núcleo pulsante, luminoso, cruzado por rapidísimos estallidos de luz multicolores; y rodeándolo todo, sin detenerse jamás, arrojándolo, aquella columna arremolinante de luz nacida de la unión entre el cielo y el infierno.

Así, el Morador se detuvo... y nos miró.

De repente, elevándose hacia nosotros, comenzaron a reptar unas espirales buscando nuestra presencia.

Sentí bajo mi mano que los hombros de Lakla se estremecían; los muertos en vida se desvanecieron junto con su amo... yo me vi impulsado hacia atrás, me retorcí por el interior de las rocas y sentí que me encogía, que me disolvía. Capa tras capa, los muros de piedra, las plateadas aguas, los jardines élficos se fueron separando de mi sustancia como si se trataran de cartas que abandonaran su mazo. Uno detrás de otro giraron en la nada, volvieron a su antigua posición a medida que yo volvía a pasar por sus emplazamientos.

Jadeante, atormentado, débil, me vi de pie en la cámara oval, con el brazo aún sobre los hombros de la doncella. Larry, que había rodeado su cintura con una mano, se asía al cinturón de Lakla como si se tratara de un salvavidas.

El aullante e impalpable vendaval cósmico se había retirado a más allá del espacio, el cegador flujo de furiosa luz se apaciguó, perdió intensidad y murió.

- Ya habéis sido testigos,-nos dijo Lakla-. También os felicito por vuestra travesía. Ahora debéis oír, pues así lo ordenan los Silenciosos, qué es el Resplandeciente... y cómo llegó a ser lo que es.

Los escalones volvieron a aparecer, mientras la puerta de acceso a la cámara se abría.

Larry y yo seguimos a la doncella en silencio.

CAPÍTULO XXIX

El Nacimiento del Resplandeciente

Llegamos a lo que me atrevería a denominar como los aposentos privados de Lakla. Era una habitación mucho más pequeña que el resto de las salas de la fortaleza que habíamos visto; su intimidad quedaba patente no sólo por la suave fragancia que envolvía el ambiente, si no por sus espejos de plata pulida y por varios artículos propios de la belleza femenina que pude observar aquí y allí. Más adelante supe que todos los artículos habían sido confeccionados por los artesanos *akka*, verdaderos maestros en la orfebrería. Una de las ventanas del dormitorio se abría hasta el suelo, y frente a ella se encontraba un amplio y cómodo sofá cubierto de cojines desde el que se tenía una amplia panorámica del puente y de la boca de la caverna. La doncella se dirigió a él y tomó asiento indicándole a Larry que se sentara junto a ella mientras me hacía un hueco a su lado.

- Y, ahora,-nos dijo-, escuchad lo que me han ordenado los Silenciosos que os comuniquen a cada uno: a vos, Larry, que al conoceros a vos mismo todas las dudas y preguntas quedarán aclaradas, mientras que vuestra alma os aclarará una nueva duda que los Tres os formularán... y de la que desconozco su naturaleza,-murmuró-, pero a la que yo, dicen, también he de responder y eso... ¡Me asusta!

Sus grandes ojos dorados se abrieron oscurecidos por el temor; suspiró y meneó la cabeza con impaciencia.

- No es como nosotros, jamás ha sido como nosotros,-continuó hablando, lentamente, como si divagara-. Los Silenciosos dicen que era uno de ellos. Pero no que proviniera de la misma raíz que ellos; como nosotros provenimos de una común. Antiguos, antiguos más allá de lo imaginable son los *Taithu*, la raza de los Silenciosos. Muy lejos, muy lejos

de donde nos encontramos, nacieron ellos; de las grandes profundidades, del mismo corazón de la Tierra. Y allí residieron era tras era, *laya* tras *laya* tras *laya*... junto a otros que no eran como ellos, que desaparecieron hace innumerables épocas, y junto a otros que aún moran... abajo... aún en sus cunas.

«Me resulta muy difícil,-dudo unos instantes-, muy difícil decir esto... algo que me es difícil expresar... ya que lo poco que sé me lo comunicaron los Tres y apenas pude entenderlo,-continuó hablando un poco más rápido-. Hubo algo, en la época en que el sol y la Tierra no eran más que una bruma fría en el... el espacio... algo en estas brumas que tomó forma girando, girando incansablemente, más y más rápido... tomando forma a medida que absorbía más bruma, adquiriendo calor y forma... que formó el planeta tal y como es ahora, junto con otros planetas hermanos que giran a la vez alrededor del sol... algunas zonas de este globo que ardían con furiosos fuegos explotaron, lanzando al planeta hacia su órbita. Una de esas explosiones produjo lo que vosotros conocéis como Luna, aquella porción de planeta salió despedida hacia el espacio, dejando un hueco que es donde residimos ahora. De pequeñas partículas vitales que se arrastraban sobre la superficie nacieron los Silenciosos y los demás... pero no los *akka* que, al igual que vosotros, proclaman que proceden de arriba... Todo esto es lo que no entiendo... ¿Vos lo entendéis, Goodwin? -Me preguntó.

Asentí... ya que lo que la doncella nos había relatado fragmentariamente era en realidad una excelente aproximación a la teoría de ChamberlainMoulton, según la cual una nebulosa coalescente se contrajo hasta producir el sol y sus planetas.

Me sentí asombrado al ser capaz de reconocer esta teoría, pero más sorprendente me resultó la referencia a partículas vitales, ya que se aproximaba a las ideas de Arrenius, el genio suizo, que proclamaba que la vida comenzó sobre la tierra al llegar a esta diminutas esporas que habían viajado a través del espacio impulsándose por medio de la luz y que habían encontrado aquí su hábitat ideal. Más adelante evolucionaron hasta el hombre y otras formas de vida superiores²⁹

También me resultó enormemente increíble que aquella antigua nebulosa que había sido la matriz de nuestro sistema solar hubiera creado partículas similares en todo, a excepción de su esencia más sutil, hubieran soportado el cero absoluto del espacio, todos los cataclismos que se sucedieron, y hubieran encontrado en estas cavernas un ambiente adecuado para desarrollar la raza de los Silenciosos y... ¡Sólo ellos sabían *qué* otros seres!

- Dicen,-dijo la doncella con una voz más firme-, dicen que su... cuna... el lugar cercano al corazón de la Tierra en el que nacieron fue un lugar pacífico y que no conocía los cataclismos y desórdenes que assolaban la superficie de este globo. Y dicen que ese era un lugar de luz y que adquirieron su poder y su fuerza del mismo corazón de la tierra... un poder mayor que el que vos y los vuestros jamás seréis capaces de extraer del mismo sol.

«Hace mucho, tanto tiempo que se pierde en la memoria, comenzaron a... a saber, a... a adquirir consciencia de ellos mismos. Y la sabiduría llegó con igual lucidez. Se alzaron de su lugar natal, ya que no querían seguir viviendo junto a los... otros, y encontraron este sitio.

²⁹ El profesor Svante August Arrenius, en su obra *La Concepción de los Mundos*, sostiene que la vida es un fenómeno de difusión universal, provocado constantemente en todos los mundos habitables por esporas que viajan a través del espacio durante eras. La mayoría de estas esporas acaban siendo destruidas por su paso por la proximidad de una estrella, pero algunas consiguen llegar a un planeta en el que gracias a sus condiciones ambientales llegan a producir seres vivos.

«Cuando la superficie del planeta quedó anegada por aguas en las que sólo vivían diminutos y voraces seres que no conocían más que su hambre y su saciedad, *ellos* alcanzaron el conocimiento suficiente para poder abrir pasos como aquel por el que hemos viajado y pudieron observar las aguas. Y *laya* tras *laya*, era tras era, se movieron por aquellos caminos y esperaron a que las aguas retrocedieran; vieron grandes superficies de cieno primigenio en el que retozaban y se arrastraban seres más grandes, que habían evolucionado a partir de los pequeños seres voraces. Las grandes superficies se elevaron hacia el cielo y una vida verde comenzó a vestirlas. Vieron cómo grandes montañas se elevaban y volvían a desaparecer.

«Incluso la vida verde se agostó y los seres que retozaban y se arrastraban evolucionaron más y adquirieron diversas formas; hasta que llegó el momento en el que las brumas se aclararon y los seres que habían comenzado siendo diminutas criaturas que no eran más que boca y hambre se convirtieron en enormes seres monstruosos, tan enormes que el más grande de mis *akka* no habría alcanzado a tocarle una rodilla al más pequeño de ellos.

«Pero en ninguno de ellos, en *ninguno*, existía una consciencia sobre ellos mismos, dicen los Tres; sólo un hambre voraz que los conducía casi a la locura.

«Así que durante incontables eras los Silenciosos no volvieron a recorrer sus caminos, abandonando la idea de desplazarse hacia la superficie de la tierra, al igual que anteriormente se habían desplazado desde su núcleo. Se dedicaron sólo a la búsqueda de la sabiduría... y tras otra era de pensamiento alcanzaron a traspasar aquello que incluso acaba con las sombras; ya que penetraron en los misterios de la vida y la muerte, aprendieron a manejar las ilusiones del espacio, apartaron los velos de la creación y de su gemela la destrucción, y dejaron desnuda la gema flamígera de la auténtica verdad... pero me han pedido que os comunique, Goodwin, que cuando hubieron penetrado hasta el corazón de aquellos misterios, encontraron velo tras velo oscureciendo el camino, y que la gema de la verdad absoluta es una piedra de múltiples facetas ¡Y que nada ha de ser desvelado por completo antes del impensable fin de la eternidad!

«Y se alegraron por esto... por que su conocimiento jamás podrá abarcar los ilimitados márgenes de la eternidad.

«Conquistaron la luz... una luz que se iluminaba a su mandato y que brilla desde la nada que da la vida hasta el todo en el que los seres que son, han sido y serán, tienen que pasar a formar parte en algún momento; una luz que los bañaba limpiándolos de cualquier maldad; una luz que era bebida y comida; una luz que transportaba su vista más allá o les traía visiones del espacio, abriendo muchas ventanas a través de las cuales observaban la vida sobre miles y miles de fértiles planetas; una luz que era la misma luz de la vida y en la que se bañaban, renovándose continuamente. Le dieron luz a las piedras, y de luz negra dieron forma a las sombras protectoras y a las sombras que matan.

«De esta raza se elevaron los Tres... los Silenciosos. Superaban a los demás en sabiduría, así que en los Tres nació... el orgullo. Y los Tres se construyeron esta fortaleza en la cual estamos, y levantaron el Portal y los suyos les dijeron que penetraran en los misterios y que estudiaran todas las facetas de la Joya de la Verdad.

«Entonces llegaron los antepasados de los *akka*; pero no eran tal y como los conocéis ahora. Y en ellos brillo la chispa del autoconocimiento. Y los *taithu*, viendo esta chispa no la apagaron, si no que viajaron por los antiguos y largos caminos abandonados y volvieron a observar la superficie de la tierra. Ahora las tierras estaban cubiertas por

inmensos bosques y un caos de vida verde pululaba por entre ellos. En los claros de estos bosques, unos seres desarrollaban escamas y garras, luchaban y se devoraban unos a otros, y en el interior de los bosques se movían presencias grandes y pequeñas que mataban y huían de aquellos que podían matarlos.

«Los Silenciosos buscaron el lugar por el que habían entrado los *akka* y lo cerraron. Entonces, los Tres los aceptaron y los trajeron aquí, y les enseñaron y soplaron sobre la chispa del autoconocimiento hasta que brilló con más intensidad, y en su momento se convirtieron en lo que son ahora... mis *akka*.

«Los Tres formaron consejo tras este suceso y se dijeron: «Hemos mejorado la vida de estos seres hasta hacerlos inteligentes; ¿por qué no deberíamos *crear* vida?»-Una vez más la doncella se detuvo, con los ojos mirando a la nada y con apariencia de estar sumida en un profundo sueño.-Los Tres quieren hablar a través de mi boca,-murmuró-. He aquí sus voces...»

Y, en verdad, con la rapidez y la facilidad que una mente mucho más poderosa toma posesión de otra más débil, ella habló:

- Sí,-dijo la dorada doncella con una vibrante voz-. Decidimos que la vida que creáramos debía estar formada por el espíritu de la misma vida, que nos hablara con la lengua de las lejanas estrellas, de los vientos, de las aguas y de todo lo que vive sobre ellas y bajo ellas. Sobre esa matriz universal de la materia, sobre esa madre de todas las cosas que vosotros llamáis éter, nosotros modelamos. No penséis que su fertilidad se ve limitada por lo que observáis sobre la tierra o sobre lo que hubo en tiempos sobre su superficie. Infinitas, infinitas son las formas que da la madre y incontables son sus energías.

«Mediante el uso de nuestra sabiduría habíamos abierto muchas ventanas que miraban al exterior de nuestros dominios, y a través de ellas observamos el rostro de una miríada de mundos, y sobre su superficie estaban los hijos del éter. Incluso los mismos mundos eran sus hijos.

«Observando aprendimos, y aprendiendo dimos forma a lo que vosotros llamáis el Morador, o lo que los sin nombre llaman el Resplandeciente. Le dimos forma con la Materia Universal, para tener una voz que nos desvelara sus secretos, una lámpara que nos iluminara el camino a través de los misterios. Le dimos forma con el éter, y vida con esa luz que aún no conocéis y que quizás jamás conoceréis, y lo llenamos con la esencia vital que visteis palpar en lo más profundo del abismo y que constituye el pulso del corazón de la tierra. Y le dimos dolor y amor, humildad e intolerable orgullo y de nuestro trabajo nació el Resplandeciente... ¡Nuestro hijo!

«Existe una energía más allá y por encima del éter, una fuerza voluntariosa y sensitiva que golpea como un mar las orillas de las últimas estrellas, que transmite todo lo que transporta el éter, que ve y siente y habla tanto en vosotros como en nosotros, que se encuentra en las bestias, los reptiles y las aves, en los árboles y en la yerba y en todos los seres vivientes, que duerme en la roca y en la piedra, que encuentra su resplandeciente lengua en la joyas y en las estrellas y lo rodea todo, incluso el firmamento. ¡Es lo que llamáis consciencia!

«Coronamos al Resplandeciente con las siete esferas de luz que son los canales entre él y la fuerza sensitiva, para que jamás perdiera su conexión a través de los portales y así fuera ^{uno} y realizable con nuestra criatura.

«Pero mientras le dábamos forma, una parte de nuestro orgullo fue transmitido; y al

darle voluntad le dimos poder, decisión para ejercer tanto el bien como el mal, para hablar o permanecer silencioso, para que nos comunicara todos los conocimientos que recibía a través de las esferas, o para que permaneciera silencioso y guardara para sí sus conocimientos; y al forjarlo con las inmortales energías lo investimos con la indiferencia. Abierto a toda consciencia, tenía el poder de ofrecer la más absoluta felicidad o el más agónico de los sufrimientos, y todos los sentimientos que forman sus espectros; todos los éxtasis de innumerables mundos y soles y todas las penas. Todo lo que para vosotros simbolizan dios y el diablo... no son negaciones de uno u otro, ya que no existe tal negación ¡Manteniéndolos juntos, creando delicados balances, haciendo que ambos entren en armonía, esa es la verdad!

¡Aquella era la explicación de la mezcla de emociones, de éxtasis y terror, que había visto reflejada en el rostro de Throckmartin y de todos los esclavos del Morador!

Los ojos de la doncella recobraron su brillo, la sensación de hipnosis desapareció de su rostro; aquella profunda voz desapareció y volvimos a oír su familiar tono.

- He estado escuchando mientras los Tres os hablaban,-nos dijo-.

La creación del Resplandeciente fue una tarea larga, y sobre la superficie de la tierra transcurrieron *laya* sobre *laya*. Durante un tiempo, el Resplandeciente se sintió contento de residir aquí, de ser alimentado con la luz, de desvelar frente a los ojos de los Tres un misterio tras otro y de leer para ellos todas las caras de la Joya de la Verdad. A medida que recibía oleada tras oleada de consciencia, ellos dejaron tras sí ecos y sombras de sus conocimientos; y el Resplandeciente se hizo más fuerte, cada vez con más poder sobre sí mismo, *en sí mismo*. Su voluntad creció y en algunos momentos la voluntad de los Tres no tenía poder, y el orgullo que le había sido transmitido creció y el amor que sentía por ellos, y que sus creadores le habían inculcado, marchitó.

«Los *taihu* no eran ignorantes del trabajo de los Tres. Al principio fueron unos pocos los que codiciaban la posesión del Resplandeciente y los que exigían que los Tres compartieran sus conocimientos, pero cada vez fueron más. Pero los Silenciosos, en su orgullo, se los negaron.

«Llegó el momento en que su voluntad le perteneció por completo, y se rebeló, dirigiendo su mirada a los amplios espacios que se abren más allá del Portal, ofreciéndose a aquellos muchos que se ofrecieron a servirle. Estaba cansado de los Tres, de su control y de su morada.

«Sin embargo, el Resplandeciente posee limitaciones; incluso nosotros las sufrimos. Puede caminar sobre las aguas, puede atravesar el aire y el fuego, pero no puede viajar a través de la roca y el metal. Así pues, envió un mensaje (por medios que desconocemos) a los *taihu* que deseaban sus poderes para que le susurraran el secreto de la apertura del Portal. Y cuando el momento fue el preciso, abrieron el Portal y el Resplandeciente los atravesó para llegar a ellos; ya no regresaría a los Tres aunque se lo ordenaran, e incluso cuando lo forzaron descubrieron que había incubado y ocultado un poder que ni ellos podían doblegar.

«Aún así, los Tres podrían haber destruido con su fuerzas las siete esferas; pero no lo hicieron por que ¡Amaban a su criatura!

«Aquellos que recibieron al Resplandeciente construyeron para él el lugar que os he mostrado, y se inclinaron ante él y le ofrecieron su sabiduría. Y cada vez se alejaban más de los objetivos de los *taihu*... y los conocimientos que recibía el Resplandeciente a través de las siete esferas era cada vez menos bondadoso y constructivo y más diabólico.

Le ofrecieron conocimiento y comprensión, sí, pero no ese conocimiento sereno y claro que ilumina los caminos de la recta sabiduría; al contrario, ¡sus luces iluminaban los caminos que conducen a la maldad definitiva!

«No toda la raza de los Tres siguieron el camino del Resplandeciente. Fueron muchos, muchos, los que no fueron cegados por su poder. Así que *los taitu* se replegaron y vinieron a este lugar, donde nada había, cansados y temerosos y desconfiados. Aquellos que seguían las antiguas enseñanzas les rogaron a los Tres que destruyeran su obra... pero no lo hicieron, pues aún lo amaban.

«El Morador se hizo más fuerte y cada vez les ofrecía menos conocimientos a sus adoradores, pues en ésto habían llegado a convertirse; y creció dirigiendo cada vez más su mirada hacia la superficie de la tierra. Le pidió a *los taitu* que buscaran los caminos y salieran al exterior. ¡Ved! Sobre vosotros se alza una tierra fértil sobre la que reina una raza desconocida, diestra en las artes, que busca y encuentra la sabiduría ¡es la humanidad! Poderosos constructores son, vastas sus ciudades y grandes sus templos de piedra.

«Llamaron a esas tierras Muria y adoraron a un dios llamado Thanaroa, que pensaban era el constructor de todas las cosas y residía más allá. Adoraron a otros dioses, más cercanos y más propicios para sus oraciones y sus rituales: el sol y la luna. Sobre ellos reinaban dos reyes, cada uno con sus consejos y sus cortes. Uno era el gran sacerdote del sol y otro el de la luna.

«El pueblo era pelinegro, pero el rey del sol y sus nobles tenían un pelo como el mío, mientras que el rey de la luna y sus seguidores eran como Yolar... o Lujur. Y me dicen los Tres, Goodwin, que os comunique que esto se debe a que, era tras era, la ley les imponía que si nacía un niño rubio, este fuera dedicado al sol; y si nacía uno moreno, fuera ofrecido a la luna; y que, cuando fueran adultos, sólo yacieran con gente de su propio color. Así siguieron las leyes, hasta que de entre los morenos no nació ningún niño rubio; pero los rubios, al ser más fuertes que ellos, los dominaron.

CAPITULO XXX

Las Construcción del Estanque de la Luna

La joven hizo una pausa mientras se pasaba sus largos dedos por los rizos de bronce. La reproducción selectiva como venganza, pensé mientras la observaba; un antiguo experimento hereditario que, naturalmente, tarde o temprano se produce de forma natural en todos los organismos; resultando al final, evidentemente, tres tipos diferenciados: rubios, morenos, pelirrojos y blancos... ¡pero esto, pensé con un sobresalto, era la descripción detallada de los *ladala*, los rubios gobernantes, y los pelirrojos como Lakla;

Sin embargo... las dudas comenzaron a azotar mi mente, pero se vieron ahogadas por la voz de la doncella.

- Arriba, muy por encima de donde residía el Resplandeciente,-nos dijo-, se encontraba el gran templo, que contenía los santuarios de la luna y el sol. A su alrededor se alzaban otros templos, ocultos tras poderosos muros, cada uno conteniendo sus propios santuarios, rodeados por profundos lagos y gobernados por sus propios sacerdotes. Todos formaban la ciudad sagrada; la ciudad de los dioses de esta tierra...

- Indudablemente, lo que está describiendo es Nan-Matal,-Pensé.

- Sobre estas tierras miraron los *taithu*, que ahora no eran más que sirvientes del Resplandeciente, al igual que él había sido mensajero de los Tres, continuó hablando-. Y cuando regresaron, el Resplandeciente les habló, prometiéndoles el dominio sobre todo lo que había visto, sí, *su* dominio sobre toda la tierra y quizá, en algún futuro, el dominio sobre otros planetas.

«En el Resplandeciente habían nacido el engaño y la astucia; el conocimiento para adquirir todo lo que deseara. Por tanto, les dijo a sus *taithu* (y quizá esto fuera verdad) que aún no era el momento para realizar conquistas; que debía hacerse con el mundo exterior poco a poco, ya que había nacido en el corazón de la tierra y aún no poseía el poder suficiente para salir al exterior. Entonces les aconsejó sobre lo que debían hacer. Labraron de la roca la cámara en la que os vi por primera vez, y construyeron un camino que es aquel por el que llegasteis aquí.

«Les reveló que la fuerza contenida en la llama lunar era la misma que él poseía, ya que la cámara en la que había nacido era la cámara en la que también había nacido la Luna y sus poderes y sutiles esencias los recibía de esta hija de la Tierra; y les enseñó cómo conseguir que esa sustancia que llena lo que vosotros denomináis el Estanque de la Luna, y cuya entrada se encuentra muy cerca del Velo, colgara sobre los brillantes acantilados.

«Cuando lo hubieron hecho, les enseñó cómo construir y cómo situar las siete luces a través de las cuales la llama lunar llenaría el Estanque de la Luna... siete luces que estarían vinculadas a las siete esferas al igual que sus fuegos estarían vinculados a los fuegos lunares... y les pidió que abrieran un acceso a través del cual pudiera él llegar al estanque. Y todo esto hicieron los *taithu*, trabajando tan en secreto que ni aquellos de su propia raza que no adoraban al Resplandeciente ni los habitantes de la superficie supieron nada.

«Cuando el paso fue finalizado, lo recorrieron, reuniéndose en el Estanque de la Luna. El fuego de la Luna se derramaba por los siete globos y caía en el estanque; vieron cómo la niebla se elevaba y abrazaba a las siete esferas... y, entonces, elevándose del Estanque de la Luna, tomando forma a partir de la unión de la niebla y la luz, girando con insoportable brillo, apareció... ¡El Resplandeciente!

«¡Casi libre, liberado sobre un mundo que codiciaba!

«Una vez más les pidió que trabajaran, y sus adoradores excavaron el pasillo a través del cual llegasteis al estanque, iluminaron el interior de las piedras y dándose a conocer al rey de la Luna y sus sacerdotes les hablaron con las palabras que les había dictado el Resplandeciente.

«El rey de la Luna sintió miedo cuando vio a los *taithu*, rodeados por las nieblas protectoras de la Cámara del Estanque de la Luna, y oyó sus palabras. Pero, siendo codicioso como era, pensó que aquellos poderes podrían llegar a ser suyos si prestaba atención y que el rey del sol caería a sus pies. Así, él y los suyos sellaron un pacto con los mensajeros del Resplandeciente.

«Cuando apareció la siguiente luna-llena y sus fuegos se derramaron sobre el Estanque de la Luna, los *taithu* se volvieron a reunir en la cámara, fueron testigos de cómo el hijo de los Tres tomaba forma entre los pilares y salía al mundo exterior. Escucharon un poderoso grito, un aullido de terror, de agonía y adoración; silencio, un enorme suspiro... y esperaron, rodeados por la niebla luminosa, por que temían recorrer ahora los caminos que les llevaban al exterior.

«Se escuchó otro aullido... y el Resplandeciente regresó, murmurando con satisfacción, pulsando, triunfante, mientras llevaba consigo a un hombre y a una mujer pelirrojos, de ojos dorados y en cuyos rostros se mezclaban el terror y la felicidad... era algo glorioso y abominable. Y aún sosteniéndolos danzó sobre el Estanque de la Luna... luego se sumergió.

«Ahora debo ser breve. *Lat tras lat* salió el Resplandeciente, regresando con sus sacrificios. Y tras cada hecatombe se volvía más fuerte... más bello y cruel. Siempre que se dirigía hacia el estanque con sus víctimas, los *taithu* que eran testigos se sentían más embriagados, más poseídos, más contaminados por el Resplandeciente en sus espíritus. Y el Resplandeciente olvidó lo que les había prometido sobre dominar la superficie... ¡Y con esta nueva maldad, también ellos se olvidaron!

«El mundo exterior fue arrasado por el odio y las matanzas. El rey de la Luna y los suyos, con la guía de los *taithu* y el apoyo del Resplandeciente, se habían vuelto muy poderosos y el rey del Sol y los suyos fueron eclipsados. Y los sacerdotes de la Luna clamaron que el hijo de los Tres era el dios lunar encamado y que había llegado para vivir entre ellos.

Entonces se elevaron las aguas del mar y cuando se retiraron se llevaron con ellas vastas extensiones de tierras. Y la propia tierra comenzó a hundirse. Entonces el rey de la Luna dijo que su dios había llamado al océano para que destruyera todo, por que habían otros que adoraban al sol. Sus seguidores le creyeron y se produjo una gran matanza. Cuando todo acabó, no quedaba sobre la tierra ningún pelirrojo; todos fueron despedazados, hasta los recién nacidos.

«¡Pero las aguas siguieron creciendo, cubriendo la tierra!

A medida que la tierra se sumergía, las multitudes huyeron hacia el interior de la Cámara del Estanque de la Luna. Eran lo que ahora llamamos *ladala*, y recibieron un lugar que habitar y un trabajo que hacer; y se multiplicaron. También llegaron muchos de pelo rubio, y a éstos también se les dio hogar. Se asentaron junto a los diabólicos *taithu*; y también ellos fueron intoxicados con la danza del Resplandeciente. Aprendieron sus artes... no todo, sólo una parte, pero fue suficiente... Y a medida que el Resplandeciente bailaba con más gracia en el anfiteatro negro, se hacía más poderoso... y las hordas de sus adoradores, que habitaban tras el velo, se hicieron más numerosas.

«Los *taithu* que no habían seguido al Resplandeciente no vieron esto... no podían. Al hundirse la tierra del exterior, sus propios espacios fueron anegados. Emplearon toda su fuerza y toda su sabiduría en mantener a salvo esta tierra, ya que no recibirían ayuda de aquellos contaminados y enloquecidos por el veneno del Resplandeciente. Y no tuvieron tiempo de acudir a ellos ni de reunirse con la raza terrestre que habían preservado.

«Finalmente, llegó una riada vasta y lenta. Rodó sobre los islotes amurallados de la ciudad de los dioses... que era donde se habían ocultado los pocos que quedaban vivos de mi raza.

«Yo pertenezco a aquel pueblo,» dijo mirándome con orgullo, «¡Una de las hijas del rey del Sol, cuya semilla aún vive entre los *ladala*!»

Mientras Larry abría la boca para hablar, ella levantó una mano con gesto de silencio.

- Esta marea no se retiró,-continuó hablando-. Tras un tiempo, los supervivientes, con el rey de la Luna a la cabeza, se reunieron con los que se habían refugiado bajo tierra. Las rocas cesaron de temblar, los terremotos finalizaron y aquellos Ancianos que no habían cesado de trabajar desde que comenzó todo pudieron descansar. Y la ira creció en ellos

cuando vieron las acciones de sus diabólicos hermanos. Una vez más acudieron a los Tres... y los Tres comprendieron lo que habían provocado y su orgullo se desvaneció. No podían destruir al Resplandeciente por sí mismos, ya que aún lo amaban; pero instruyeron a los suyos para que deshicieran su obra y para que destruyeran a los *taithu* descarriados si era necesario.

«Armados con la sabiduría de los Tres fueron en su busca... pero el Resplandeciente era ya demasiado poderoso. ¡No pudieron destruirlo!

«No. Sabía que querían destruirlo y estaba preparado; no pudieron traspasar el velo, ni tan siquiera pudieron cegar los caminos. ¡Ah! Poderoso, poderoso, de gran voluntad y lleno de astucia y crueldad se había vuelto el Resplandeciente. Por este motivo, los guerreros se volvieron contra sus hermanos extraviados y les hicieron perecer, hasta el último. El Resplandeciente no acudió en ayuda de sus siervos a pesar de que lo llamaron, ya que pensaba que ya no le eran de utilidad para sus objetivos; que mientras morían podría descansar y luego danzar con ellos, ya que poseían tan poco del poder y la sabiduría de sus *taithu* que no merecían que reinara sobre ellos. Y mientras esto sucedía, los morenos y los rubios huyeron y se escondieron y temblaron llenos de terror.

«Los Ancianos se reunieron en consejo, y ésta fue su decisión: que se retirarían de los jardines frente a las Aguas Plateadas... dejando atrás, ya que no podían matarlo, al Resplandeciente junto con sus adoradores. Sellaron el pasaje que conduce al Estanque de la Luna y cambiaron el aspecto del acantilado para que nadie pudiera reconocer su ubicación. Pero dejaron una vía abierta... creo que previendo que algo habría de llegar en el futuro por ese camino... quizá vieron en el futuro vuestra llegada, amigos míos, yo así lo creo firmemente. Y destruyeron todas las rutas a excepción de aquella por la que vosotros tres llegasteis.

«Por última vez acudieron a los Tres... para sentenciarlos. Ésta fue la punición: que aquí deberían permanecer, solos, junto a sus servidores los *akka*, hasta que llegara el día en que reunieran la voluntad suficiente para destruir a su creación... a la que incluso ahora querían. No serían capaces de encontrarse con la muerte ni podrían redimirse hasta que llegara aquel momento. Esta fue la pena que les impusieron a los Tres por la maldad que habían sembrado a causa de su orgullo y a la que le habían dado un poder indestructible con sus conocimientos.

«Luego marcharon... a una lejana tierra que habían descubierto y a la que no podía acceder el Resplandeciente, y que está más allá de los Negros Precipicios de DouI; una tierra verde...»

- ¡Irlanda!-La interrumpió Larry convencido-.Lo sabía.

- Pasó era sobre era,-siguió la joven sin prestar atención-. La gente bautizó este lugar como Muria, en honor a su tierra hundida y pronto olvidaron el pasaje que los *taithu* habían cegado. El rey de la Luna se convirtió en la Voz del Morador, y siempre junto a la Voz se encuentra una mujer de la misma crueldad que el rey de la Luna, que es la sacerdotisa.

«Y muchos han sido los viajes que el Resplandeciente ha hecho a través del Estanque de la Luna... para regresar siempre con sus presas.

«Y ahora, una vez más, vuelve a estar inquieto, buscando espacios más amplios. Les ha hablado a Yolara y a Lugur tal y como hizo con los muertos *taithu*, prometiéndoles el dominio del mundo. Y se ha vuelto más fuerte, obteniendo el poder de moverse a través de los claros de luna para llegar a donde desea. De esta manera fue capaz de atrapar a

vuestro amigo, Goodwin, y a la esposa y la hija de Olaf... y a muchos otros. Yolara y Lugur planean abrirse paso hasta la superficie. ¡Planean subir con sus armadas y aplastar el mundo con el Resplandeciente!

«Y esta es la historia que me ordenaron los Silenciosos que os contara... y así lo he hecho.»

Casi sin respiración había escuchado yo esta historia épica de un mundo largamente perdido. Al fin pude encontrar el aliento suficiente como para hacer la pregunta que llevaba grabada en el corazón con tanta fuerza como la amistad de Larry: el objeto de mi búsqueda... el destino de Throckmartin y de todos aquellos que habían pasado a través del antro del Morador, incluida la mujer de Olaf.

-Lakla,-le dije-, el amigo por cuya seguridad vine hasta aquí, y todos aquellos que él amaba... ¿No podemos salvarlos?

- Los Tres me han comunicado que no, Goodwin,-vi en sus ojos la misma mirada de tristeza con la que había mirado a Olaf-. El Resplandeciente se alimenta de la misma llama de la vida, llenando el vacío con sus propios fuegos y su voluntad. Sus esclavos son sólo cadáveres que viven por su voluntad. La muerte, dicen los Tres, es lo mejor que se les puede ofrecer, y la muerte será para ellos un gran beneficio.

- Pero ellos tienen almas, *mavourneen*, le dijo Larry-. Y aún viven... en cierta manera. Sea como sea, sus almas no los han abandonado.

Me agarré a la esperanza que emanaba de esas palabras, aún cuando me considero escéptico, ya que la existencia del alma nunca ha sido demostrada por métodos técnicos de laboratorio. Aquellas palabras me recordaron que cuando había visto a Throckmartin, Edith estaba a su lado.

- Fue pocos días después de que se llevara a su mujer cuando el Morador atrapó a Throckmartin, grité-. ¿Cómo, si habían perdido sus vidas y sus voluntades, cómo se pudieron encontrar ambos en medio de aquella horda? ¿Cómo consiguieron reunirse en el antro del Morador?

- Lo ignoro,-me respondió lentamente.- Habéis afirmado que se amaban... ¡Y cierto es que el amor es más poderoso que la muerte!

- Hay *algo* que no consigo entender,-nos interrumpió Larry-. Y es que por qué una muchacha como vos os mezcláis con el pueblo de los morenos con tanta frecuencia y diríase que con tanta regularidad, Lakla. ¿No existen jóvenes pelirrojos? ¿Y si los ha habido, qué ha sido de ellos?

- A eso no os puedo responder, Larry,-le dijo con sinceridad-. Existió un pacto de algún tipo; quiénes lo sellaron y en qué condiciones, lo desconozco. Pero durante largo tiempo, los murianos temieron el regreso de los *taithu* y temieron también grandemente a los Tres. Incluso el Resplandeciente temía a aquellos que le dieron la vida... pero sólo durante un tiempo; y ahora está ansioso por hacerles frente... *eso* lo sé con seguridad. Puede ser que los Tres lo ordenaran; pero no sé ni el cómo ni el porqué. Sólo sé una cosa con certeza: Que aquí estoy y que ¿De qué otro lugar podría haber venido?

- De Irlanda,-le respondió Larry prontamente-. Y es allí a donde vais a regresar. Por que éste no es un lugar para que una jovencita como vos resida... Lakla; ¡Con un pueblo parecido a las ranas, y un dios diabólico del tres al cuarto, y mares rojos y con lo único irlandés a mano siendo tú misma, muchacha, y con los Silenciosos rondando por ahí, benditos sean sus buenos corazones. No es lugar para ti, pelirroja, y por el alma de San Patricio, que no vas a tardar mucho en salir de aquí para siempre!

¡Larry! ¡Larry! Si eso hubiera sido cierto... ¡Y si ahora os tuviera a ti y a Lakla a mi lado!

CAPITULO XXII

Larry y los Anfibios Semihumanos

Largo había sido su relato, y quizá también haya sido larga mi transcripción; pero no todos los días se levantan las brumas de la historia para contar los sucesos de la temprana Tierra. Y puedo asegurar que nada he añadido, que lo he transcrito tal cual fue relatado, sin omitir palabra. Cierto es que la traducción es bastante libre mientras transcribía las frases y las ideas, pero me he visto forzado a ello en aras de una clara lectura del relato, de mantener vivo su espíritu. Y, he de repetirme en ello, así lo haré en esta narración, mientras lo considere necesario para una correcta transcripción de mis conversaciones con los murianos.

Al levantarme de mi asiento, descubrí que estaba entumecido... tan agarrotado como si hubiera corrido durante largos kilómetros. Larry, al imitarme, emitió un gruñido.

- En confianza, *mavourneen*, -le dijo a Lakla, volviendo inconscientemente al inglés-. ¡Tus caminos no desgastan las suelas de los zapatos, pero agotan igualmente!

La doncella no entendió nuestras palabras, pero sí nuestras exclamaciones; y emitiendo un grito de disgusto hacia ella misma, nos obligo de nuevo a tomar asiento.

- ¡Oh, cuánto lo lamento!-Exclamó Lakla inclinándose sobre nosotros-. Lo había olvidado... para los recién llegados el camino es agotador...

Se dirigió corriendo hacia la puerta y emitió una clara y aguda nota hacia el pasillo. En la habitación penetraron dos de los anfibios, a los que ella habló rápidamente. Ambos se inclinaron hacia nosotros mientras remedaban una sonrisa amigable que dejaban al aire unos espantosos y aguzadísimos dientes, y mientras yo los observaba con un asombro que jamás desaparecería en mí, nos asieron de las rodillas y nos sentaron sobre sus hombros, como un padre izando a su hijo, y echaron a andar.

- ¡Bajadme! ¡Bajadme, os digo!-La voz de O'Keefe sonaba al mismo tiempo enojada y llena de vergüenza.

Mirando tras de mí, vi que el irlandés luchaba por alcanzar el suelo. El *akka* se limitó a asegurarlo con más fuerza sobre sus hombros mientras le rugía para tranquilizarlo mirando hacia su enrojecida cara.

- ¡Pero, Larry... mi vida!-El tono de Lakla era... maternal-. Estáis cansado y entumecido, y Kra os puede transportar con ligereza.

- ¡No quiero ser transportado!-Exclamó O'Keefe-. ¡Maldita sea, Goodwin, incluso en este mundo hay cosas inmutables, y para un teniente de la Royal Air Force el ser izado a los hombros y verse transportado como una adolescente es algo que rompe la disciplina! ¡Bájame, tú *omadhaun*³⁰, si no quieres que te rompa el culo de una patada!-Le gritó a su porteador... que se limitó a gruñir con educación y a mirar hacia la doncella esperando instrucciones.

- ¡Pero, Larry... querido!-Le dijo Lakla nerviosa-¡Os dolerá si intentáis andar, y *no* quiero que os hagáis daño, Larry... mi vida!

¡Bendito sea el cráneo de San Patricio!-Casi sollozó Larry mientras intentaba una vez

³⁰ N. del T: *omadhaun*: en gaélico, cabeza de chorlito, *papanatas*

más alcanzar el suelo, cosa que fue impedida por el anfibio con otro educado gruñido

- ¡Escuchadme, alanna!³¹ le dijo él manteniendo precariamente su paciencia-. Cuando nos vayamos a Irlanda, vos y yo, no vamos a tener a nadie dispuesto a llevamos sobre los hombros cada vez que estemos cansados ¡Y me estáis acostumbrando mal!

- ¡Oh, sí tendremos a alguien, Larry!-Exclamó la doncella-¡Muchos, muchos de mis *akka* vendrán con nosotros!

- ¡Decidle a este perillán que me baje!-Exclamó O'Keefe ahora completamente exasperado.

Yo no podía parar de reír, así que me echó una helada mirada. - ¿Pe-ri-llán?-Exclamó Lakla.

- ¡Sí, perillán,-le dijo O'Keefe-, y no tengo ganas de explicaros el significado de tal palabra en mi actual situación, luz de mis días!

La doncella suspiró desalentada. Habló una vez más al *akka*, que suavemente depositó a O'Keefe en el suelo.

- No lo entiendo,-nos dijo,- pero si deseáis caminar, Larry, hacedlo.Se giró hacia mí-¿Vos también deseáis caminar?

- Yo no,-le respondí con firmeza.

- Bien entonces,-murmuró Lakla-. Marchad, Larry y Goodwin, con Kra y Gulk, y permitidles que os atiendan. Luego, dormid un poco... porque a no tardar mucho estarán de regreso Rador y Olaf. Y dejadme sentir vuestros labios antes de iros, Larry... mi vida.

Tras el beso, cubrió los ojos del irlandés con sus suaves manos y lo empujó delicadamente hacia atrás.

- Ahora id, nos dijo Lakla,-¡Y descansad!

Sin sentir ni un ápice de vergüenza, me recosté sobre el enorme caparacho de Gulk, y sonriendo observé que Lany, aún cuando se había negado a que lo llevaran en brazos, no renunciaba a la ayuda de Kra, cuyo enorme brazo escamoso lo asía por la cintura, haciendo que prácticamente no tocara el suelo.

Tras atravesar unas cortinas, nos depositaron al lado de una pequeña piscina, llena de agua clara que hasta ese momento habían estado transportando en vasijas. Los dos anfibios comenzaron a desnudarnos, y en aquel momento O'Keefe se dio por vencido.

- ¡Hagan lo que hagan no podemos detenerlos, Doc!-Gimió-. De todas formas, me siento como si me hubieran hecho pasar por una trituradora; así que, tal y como dice la canción, no me importa... no me importa.

Una vez nos hubieron desnudado, nos sumergieron con gran cuidado en el agua, aunque los *akka* no nos dejaron retozar durante mucho tiempo. Nos volvieron a sacar de la piscina y comenzaron a frotarnos y a untarnos con ungüentos aromáticos que extraían de unas jarras.

Creo que de todas las peligrosas, grotescas, trágicas y absurdas experiencias que vivimos en aquel mundo subterráneo, ninguna fue tan surrealista como la que experimentamos con aquellos... ayudas de cámara. Comencé a reír a carcajadas, Larry se me unió, y luego Kra y Gulk imitaron nuestro regocijo con sus profundos gruñidos y aullidos. Más tarde, habiendo acabado sus masajes y aún riendo a su manera, nos tomaron en brazos y nos transportaron a otra sala, cuyas redondas paredes estaban rodeadas por mullidos divanes. Aún con la sonrisa en los labios, me recosté en uno de ellos y caí en un profundo sueño inmediatamente.

³¹ N. del T: *alanna: en gaélico, bella.*

Ignoro cuánto tiempo estuve dormido. Un sonido profundo y atronador penetró por la estrecha ventana, reverberó por toda la habitación y me despertó. Larry bostezó y se incorporó medio dormido.

- ¡Parece que todos los bombos de todas las bandas de jazz de Nueva York estuvieran sonando a la vez!-Me dijo.

Nos precipitamos simultáneamente hacia la ventana y nos asomamos al exterior.

Nos encontrábamos levemente por encima del puente, y teníamos a la vista toda su extensión. Miles y miles de *akka* se reunían sobre él; y muy a lo lejos sus hordas llenaban los terrenos frente a la caverna en tal número que impedían ver el suelo. El sol se reflejaba sobre las escamas negras y naranjas, haciendo que un fantasmagórico mar de llamas brillara sobre las multitudes.

Sobre una plataforma que se extendía sobre el abismo, se encontraban Lakla, Olaf y Rador. Resultaba evidente que la doncella actuaba como intérprete entre los dos hombres y el gigantesco anfibio que ella llamaba Nak, el Rey de los Batracios.

- ¡Vamos!-Gritó Lany.

Corrimos a través del portal abierto, atravesamos el Puente del Corazón del Mundo y nos dirigimos hacia el grupo.

- ¡Oh!-Grito Lakla-. ¡No quería que os despertarais tan pronto, Larry... mi vida!

- Escuchad, *mavourneen!*-La indignación vibraba en la voz del irlandés-. No voy a consentir que se me vista con pañales y se me acueste en una cuna lejos de cualquier peligro: no lo voy a consentir. ¿Por qué no se me avisó?

- ¡Necesitabais dormir!-El tono de voz de la doncella mostraba una indomable determinación. Un brillo casi maternal brillaba en sus ojos-. ¡Estabais cansado y herido! ¡No deberíais haberos levantado!

- ¡Necesitaba descansar!-Exclamó Larry-. Observadme, Lakla ¿Qué pensáis que soy?

- Sois todo lo que poseo, le respondió la doncella con firmeza-. ¡Y voy a cuidaros, Larry... mi vida! Y no he pensado en otro caso jamás.

- De acuerdo, latido de mi vida; considerando mi delicada salud y mi fragilidad general ¿Consideráis vos que peligraría mi vida si me contarais qué sucede?-Le preguntó.

- ¡En absoluto, Larry!-Le respondió ella con serenidad-. Yolara atravesó el Portal. Estaba muy, *muy* enfadada...

- ¡Se convirtió en lo que es: una mujer diabólica!-Murmuró Olaf.

- Rador se encontró con el mensajero,-continuó la dorada muchacha con calma-. Los *ladala* están listos para levantarse cuando Lugur y Yolara dirijan sus huestes contra nosotros. Primero atacarán ellos. Y, mientras tanto, dispondremos a mis *akka* para hacer frente a los hombres de Yolara. Y para tales preparativos, debemos tener un consejo todos: vos, Larry, y Rador, Olaf, Goodwin y Nak, el señor de los *akka*.

- ¿Os comunicó el mensajero cuando pensaba Yolara dar rienda suelta a su berrinche?-Les preguntó Larry.

- Sí,- le respondió-. Se están preparando, y los esperamos dentro de...Y nos dijo el equivalente a treinta y seis horas de nuestro tiempo.

- Pero, Lakla,-le dije, la duda que me corroía por dentro me hizo hablar- ¿No vendrá el Resplandeciente a acompañar a... a sus esclavos? ¿Tienen los Tres el suficiente poder como para hacerle frente?

Vi en sus ojos una dolorosa duda.

- Lo ignoro,-me respondió finalmente con sinceridad-. Ya habéis oído su historia. Lo

que prometieron fue que nos ayudarían. No sé más... de lo que vos sabéis, Goodwin.

Miré hacia la cúpula desde donde sabía que nos observaba aquella terrible Trinidad; siempre observándonos. Y, a pesar de la tranquilidad y la seguridad que sentí cuando estuve ante ellos, yo también dudé.

- Vale,-nos dijo Larry-, vos y yo, tío,-dijo dirigiéndose a Rador-,j unto con Olaf, aquí presente, vamos a decidir qué parte de la batalla conduciremos..

- ¡Conducir!-La doncella estaba asombrada-. ¿Conducir vos, Larry? ¿Por qué no os quedáis con Goodwin y conmigo y observamos todo desde la atalaya?

- Amor de mi corazón,-le dijo O'Keefe mientras la miraba con severidad-. He mirado un centenar de veces a la muerte, directamente a los ojos. Sí, y a diez mil pies de altura y con la balas silbando alrededor de la navecita en la que viajaba. ¿Y pensáis que me voy a quedar sentado observando mientras se juega el mayor partido de la historia? ¡No conocéis a vuestro futuro marido, esencia de mi alegría!

Tras esto, nos dirigimos hacia las puertas doradas seguidos por una miríada de soldados anfibios, que desaparecieron dentro de la inmensa fortaleza. Una vez que llegamos a los aposentos de la doncella, tomamos asiento.

- Ahora,-dijo Larry,- quiero saber dos cosas antes que nada: Primero ¿Qué numero de tropas puede dirigir contra nosotros Yolara? Segundo ¿Cuántos *akka* tenemos para hacerles frente?

Rador nos comunicó que Yolara poseían el equivalente a ochenta mil combatientes, sin que tuviera que hacer uso de todas sus reservas. Contra esta fuerza podríamos oponer unos doscientos mil *akka*.

- ¡Y son buenos combatientes!-Exclamó Larry-. ¡Por el Infierno! ¿Con tales fuerzas por qué os preocupáis? Hemos vencido antes de que comience la lucha.

- Pero, *Larri*, -le respondió Rador-, os olvidáis de que las fuerzas de élite llevan el *keth...* y otras armas; y también olvidáis que esos soldados ya han luchado contra los *akka*, por lo que vendrán bien protegidos contra sus lanzas y sus mazas... y sus jabalinas y espadas pueden penetrar las escamas de los guerreros de Nak. Poseen muchas cosas que...

- Tío,-le interrumpió O'Keefe-, una ventaja que ellos tienen es vuestro temor. Mirad, nuestra proporción es superior a dos a uno. Y estoy seguro de que...

¡Sin aviso se cernió sobre nosotros la tragedia!

CAPITULO XXXII

¡Vuestro amor! ¡Vuestras vidas! ¡Vuestras almas!

Lakla no había tomado parte en la conversación desde que había mos entrado en sus aposentos. Se había limitado a permanecer sentada al lado de O'Keefe. Mirándola disimuladamente, pude sorprender en su cara aquel gesto que adoptaba cuando entraba en la misteriosa comunión con los Tres. De repente se desvaneció, se levantó rápidamente e interrumpió la charla del irlandés sin más ceremonia.

- Larry, mi vida,-dijo la doncella-. ¡Los Silenciosos nos llaman!

- ¿A dónde hemos de ir?-Le pregunté; el rostro de Larry se iluminó por el interés.

- El momento ha llegado,-dijo ella, luego dudó-. Larry mi vida, rodeadme con vuestro brazo,-de repente le fallaron las rodillas-. Algo muy frío me retuerce el corazón... y estoy

asustada.

Al oír que él lanzaba una exclamación de preocupación, se rehizo y rió flojamente.

- Es por el amor que siento por vos. Tanto amor hace que sienta igual miedo, le dijo.

Sin más palabras, el irlandés se inclinó y la besó; en silencio salimos de las habitaciones, él aún rodeándola por la cintura con su brazo, las dos cabezas, una de dorados bucles y otra de negros rizos, juntas. Muy pronto nos encontramos frente al bloque de piedra púrpura que ofrecía la entrada al santuario de los Silenciosos. La joven apretó casi sin fuerzas; al ver que el bloque no cedía, hizo un nuevo esfuerzo que provocó que su cabeza retrocediera, lanzando todos sus dorados bucles hacia la espalda. El bloque cedió, y una vez más la luz opalescente inundó el pasillo, bañándonos con su brillo.

Igualmente impresionado que la primera vez, penetré en aquella sala, bañada por luminosas cascadas que caían de las altas y talladas paredes; me detuve, y cuando mis ojos se hicieron a aquel resplandor, miré hacia arriba... directamente a las caras de los Tres. Sus brillantes ojos se centraron sobre la doncella, y sus miradas se enternecían al igual que había sucedido la primera vez. La joven sonrió y pareció escuchar.

- Acercáos,-nos dijo-. Acercaos a los pies de los Silenciosos.

Avanzamos, hasta que llegamos al borde del estrado. La brillante niebla se aclaró, mientras las inmensas cabezas se inclinaban hacia nosotros. A través de la niebla entreví los inmensos cuellos y los gigantescos hombres cubiertos por paños hechos de un pálido fuego azul.

Volví a prestar atención a lo que sucedía a mi alrededor, pues Lakla estaba respondiendo en voz alta a una pregunta sólo escuchada por ella, y percibí que lo hacía en nuestro beneficio; ya que, cualquiera que fuese el tipo de comunicación entre aquellos y la doncella, evidentemente el habla era innecesario.

- Se le ha sido comunicado,-estaba diciendo-, tal y como ordenasteis.

¿Me pareció ver un relámpago de dolor cruzar los inmensos ojos? Dudando de ello, miré hacia el rostro de Lakla y vi que aumentaban el presentimiento y la perplejidad. Durante unos instantes permaneció en una actitud de escucha. De repente la mirada de los Tres se apartó del rostro de ella y miraron hacia O'Keefe.

- Así hablan los Silenciosos a través de Lakla, su doncella,-la voz de la joven retumbó por toda la sala-. Vuestro mundo exterior se encuentra a las puertas del infierno. Sí, incluso un infierno peor que aquel que pasó por vuestra imaginación, Goodwin, y del cual aún percibimos rastros en vuestra mente. Por que jamás sobre la Tierra, nunca sobre la Tierra, encontrará el hombre medios de destruir al Resplandeciente.

La joven escuchó una vez más... y el presentimiento se convirtió en terror. - Los Silenciosos dicen,-continuó hablando-, que ni ellos saben si poseerán el poder suficiente para destruirlo. Ha absorbido energías que desconocemos y que han pasado a formar parte de él; y aún está concentrando nuevos poderes,-se detuvo mientras el temor invadía su voz-, otras energías, fuerzas que vosotros conocéis y que describís con ciertas palabras... odio, y orgullo y ansia y muchas otras fuerzas tan reales como las que contiene el *keth*; y entre todas, el terror... el arma definitiva.- Una vez más se detuvo-. Pero de entre todos esos poderes, el único que puede superar a todos ellos es esa fuerza que llamamos... amor.

- Me gustaría ser el que le hiciera sentir un poco más de terror a esa bestia.-Me susurró Larry en nuestro inglés.

Las tres inmensas cabezas se inclinaron un poco más... yo jadeé y Larry se puso un

poco más blanco, mientras Lakla lo miraba asintiendo.

- Me dice, Larry, le dijo-, que habéis puesto el dedo en la llaga ¡ya que es a través del miedo como los Silenciosos piensan derrotar al Resplandeciente!

La mirada que me dirigió Larry estaba llena de interrogantes, al igual que la que yo le devolví. ¿Quiénes eran *en realidad* esos Tres, capaces de leer en nuestras mentes con la misma facilidad que si fueran libros abiertos? No pude entretenerme en tales conjeturas, pues Lakla volvió a hablar.

-Esto, dicen ellos, es lo que va a suceder. Primero llegarán sobre nosotros Lugur y Yolara, con todas sus huestes. A causa de su propio temor, el Resplandeciente permanecerá agazapado en su antro; ya que, a pesar de todo, el Morador *teme* a los Tres, y sólo a los Tres. Con sus huestes, la Voz y la sacerdotisa intentarán conquistar nuestro hogar. Si lo consiguen, serán lo suficientemente fuertes como para destruirnos a todos; ya que si ocupan esta morada, eliminarán todos los temores del Morador y habrá llegado el fin de los Tres.

«Entonces el Resplandeciente será verdaderamente libre; ¡libre para salir al mundo y llevar a cabo sus planes!

«Pero si no consiguen conquistar estas tierras... y si el Resplandeciente los abandona, tal y como hizo con sus propios *taithu*... entonces los Tres se verán libres de parte de su condena; podrán atravesar el Portal, buscarán al Resplandeciente más allá del velo y lo golpearán con el terror, destruyéndolo.»

- Está clarísimo,-me murmuró O'Keefe al oído-. Quebranta la moral y golpea. He visto esto una docena de veces en Europa. Mientras se mantengan firmes, no tendrás nada que hacer; rómpelos la moral... y se acabó. Y en ambos casos siguen siendo las mismas tropas.

Lakla lo había estado escuchando. Avanzó hacia él y lo tomó de las manos, con una esperanza salvaje brillando en sus ojos... una esperanza aun tímida.

- Dicen,-gritó-, que nos dan una oportunidad. Recordando que el infierno que se cierne sobre vuestro mundo depende de esta lucha, nos dan una oportunidad... Elegid permanecer firmes y combatir contra los ejércitos de Yolara... y nos ayudarán firmemente. Elegid la huida... ¡y si así lo decidís, ellos les mostrarán otra vía para salir al exterior!

O'Keefe había enrojecido violentamente mientras ella hablaba. La tomó por los hombros y la miró intensamente a los ojos. Al mirar hacia arriba, vi que aquella Trinidad los observaban intensamente... imperturbablemente.

- ¿Qué decís, *mavourneen*? -Le preguntó Larry suavemente.

La doncella asintió temblando levemente.

- Vuestras palabras son las mías, Oh el único al que amo,-susurró-. Marchad o permaneced firmes: yo permaneceré a vuestro lado.

- ¿Y usted, Goodwin? -Me preguntó el irlandés. Yo me encogí de hombros... después de todo no tenía de qué preocuparme.

- Depende de usted, Larry,-le respondí, sabiendo que él me habría respondido con las mismas palabras.

El miembro de los O'Keefe se alzó en toda su altura, cuadró los hombros y miró directamente a los gigantescos ojos que nos observaban.

- ¡De aquí no se mueve nadie! -Dijo.

Con vergüenza he de reconocer que en aquel momento aquellas palabras me parecieron

poco importantes e incluso de mal gusto. Me alegra recordar que me guardé mi opinión para mí mismo. La cara con la que Lakla miraba a Larry estaba resplandeciente de amor, y aunque la poca esperanza que mantenía se había desvanecido, aún lo miraba con adoración. La mirada imperturbable de los Tres se suavizó, mientras las pequeñas llamas que recorrían sus ojos murieron.

- Esperad,-dijo Lakla-. Hay otra cosa que quieren que les respondamos antes de que nos sometan a la promesa hecha... Esperad...

Escucho, y de repente su rostro se puso blanco... tan pálido como los de los Tres; sus maravillosos ojos se desencajaron de terror; su delicado cuerpo comenzó a temblar como una llama al viento.

- ¡Eso no!-le gritó a los Tres-¡Oh, eso no! Larry no... hacedme lo que deseáis... ¡Pero él no!-Elevó sus temblorosas manos hacia la figura femenina-. Permittedme cargar a mí sola con eso, sollozó- ¡A mí sola madre! ¡Madre!

Los Tres se inclinaron hacia ella, los rostros llenos de piedad, y de los ojos de la mujer rodó ¡Una lágrima! Larry saltó hacia Lakla.

- ¡Mavourneen!-Gritó-¿Cariño, qué te han dicho?

Miró hacia las tres figuras con la mano tanteando la culata de la pistola.

La doncella lo rodeó con sus blancos brazos, y apoyó la cabeza en el pecho del irlandés hasta que cesó su llanto.

- Esto ... dicen... los Silenciosos,- dijo entre hipidos mientras reunía todo su coraje para hablar-. ¡Oh, mi corazón!-le susurró a Larry, mirando intensamente a sus ojos mientras le sostenía la cara entre las blancas manos-. Dicen... que si el Resplandeciente viniera en socorro de Yolara y Lugur, y si venciera el terror de los Tres... que aún existiría un medio de destruirlo... y de salvar vuestro mundo.

La joven se tambaleó, pero él la sujetó con firmeza.

- Pero ese medio es que... vos y yo... juntos... ¡nos sometiéramos al abrazo del Resplandeciente! Sí, deberemos penetrar en él... amándonos, amando el mundo, siendo conscientes de nuestro sacrificio y sacrificándolo todo: nuestro amor, nuestras vidas, quizá nuestras almas, Oh mi amado; debemos ofrecemos al Resplandeciente... felices, libres, nuestro amor flameando como una bandera ¡Por que será una maldición para él! Pues si lo hacemos, afirman los Tres, el poder del amor que llevaremos con nosotros debilitará durante unos instantes la maldad en la que se ha convertido el Resplandeciente... ¡Y durante esos instante, los Tres podrán atacarlo y destruirlo!

La sangre huyó de mis venas; tan científico como me considero, mi inteligencia rechazó semejante solución contra el Morador. ¿No se trataría, me pregunté, una manera de que los Tres justificaran su propia debilidad?. Y mientras así pensaba, elevé la vista y vi que sus ojos, llenos de piedad, miraban en los míos... y supe que habían leído mi pensamiento. De repente, como un remolino que atrapara el cerebro, comenzaron a surgir imágenes en mi mente, de cómo la historia había cambiado por el poder del odio, de la pasión, de la ambición y, sobre todo, por el poder del amor. ¿Acaso no existía una energía dinámica en estas emociones? ¿No había existido un Hijo del Hombre que había arrastrado su cruz a través del Calvario?

- Mi adorado amor, le dijo O'Keefe con tranquilidad-¿Os impulsa el corazón a responder *sí*?

- Larry,-le dijo ella suavemente-, la respuesta de vuestro corazón es la respuesta del mío; pero deseaba marchar a vuestro lado, vivir con vos... llevar en mi vientre vuestros

hijos, Larry... y ver el sol.

Sentí que comenzaban a humedecerse los ojos; a través de las lágrimas vi que él me miraba.

- Si el mundo está en juego,-susurró-, entonces sólo hay una cosa que hacer. Dios sabe que jamás sentí miedo mientras combatía allá afuera... y muchos hombres mejores que yo marcharon hacia la eternidad, destrozados por las balas y las bombas, por esa misma idea; pero esa cosa no está hecha de balas y bombas... pero entonces yo no tenía a Lakla... y *esta* preocupación es la que me hace dudar.

Se giró hacia los Tres... ¿Y no es cierto que noté en ellos una rigidez, una ansiedad tan fuera de lugar como la divinidad lo está en el ser humano?

- Respondedme a esto, Silenciosos, grito-. Si Lakla y yo hacemos tal sacrificio ¿Me aseguraréis que podréis acabar con esa... Cosa y salvaréis a mi mundo? ¿Estáis seguros de que seréis capaces?

Por primera y última vez, pudimos escuchar la voz de los Silenciosos. Fue el ser masculino de la derecha el que habló.

- Estamos seguros.-Su voz sonó como las notas más profundas de un órgano, estremecedora, vibrante, apabullante para los oídos como su aspecto lo había sido para los ojos.

Durante unos segundos, O'Keefe los miró fijamente; después, cuadró una vez más los hombros, levantó la cara de Lakla asiéndola por la barbilla y la sonrió.

- ¡De aquí no se mueve nadie!-Exclamó una vez más, asintiendo en dirección a los Tres.

Los rostros de la Trinidad adquirieron un aspecto tal de bondad que resultó... estremecedor; las diminutas llamas que habían estado ardiendo en sus ojos de azabache se desvanecieron, dejando unos pozos de profunda serenidad, esperanza y extraordinaria felicidad. La mujer se alzó y fijo una tierna mirada en el hombre y la mujer. Sus enormes hombros se elevaron como si hubiera alzado los brazos y los hubiese posado sobre sus dos compañeros. Las tres caras se fundieron durante unos instantes y se separaron. La mujer se inclinó, y mientras así lo hacía, Lakla y Larry, impulsados por alguna fuerza misteriosa, se elevaron hasta el estrado.

De la brillante niebla salieron dos manos, enormemente largas, con seis dedos y sin pulgar, cubiertas de delicadas escamas doradas; definitivamente inhumanas, pero muy bellas en cierto sentido, irradiando poder... ¡Y muy femeninas!

Las manos se extendieron, tocaron las cabezas de Lakla y Larry, las acariciaron y las unieron con extrema delicadeza, como si los estuviera bendiciendo, y se retiraron.

La brillante niebla se elevó ocultando a los Silenciosos. Con el mismo silencio que la vez anterior, salimos del santuario, dejamos atrás el bloque de piedra púrpura, y regresamos a los aposentos de la doncella.

Sólo entonces habló Larry.

- ¡Animo, cariño!-Le dijo-. El final se encuentra muy lejos ¿Pensáis que Yolara y Lugur tienen el suficiente poder como para provocar todo esto? ¿Lo pensáis así?

La doncella se limitó a mirarle a los ojos, con una mirada rebosante de amor y pena.

- ¡Lo son!-Murmuró Larry-¡Los son! ¡Tienen suficiente poder!

CAPÍTULO XX III

El Choque de los Titanes

No es mi intención, ni sería posible aunque así me lo propusiera, el contar *ad seriatim* las cosas que sucedieron en las siguientes doce horas. Pero aún así, lo contaré todo. O'Keefe se mantuvo con su mismo buen humor.

- Después de todo, Doc,-me dijo-, vamos a tener una buena pelea. Lo peor que me puede pasar, ya me lo advirtió el leprechaun. Le debería de haber contado a los Taitha De lo de la llegada de la banshee; pero se me fue de la cabeza. El hombrecillo verde me dijo que mantendrían a la chica mala y a su clan fuera de este juego; y le aseguro que esto va a poner a los Tres muy contentos.

Lakla le dijo, con los ojos brillantes y la voz temblorosa:

- Tengo otras obligaciones para voz que os van a gustar muy poco, Larry... mi vida. Los Silenciosos dicen que no habréis de participar en la batalla. Deberéis permanecer aquí, junto a mí y a Goodwin... por que si... si el Resplandeciente quiebra nuestras filas, debemos estar aquí para hacerle frente. Y no debéis de luchar contra él, Larry.

Las últimas palabras las dijo casi en un susurro, y mirándolo con vergüenza.

La boca de O'Keefe se abrió tanto que casi se le desencajó la mandíbula.

- Esto va a ser más duro de lo que pensaba,-respondió lentamente-. Aún así, lo veo claro: la oveja lista para el sacrificio no debe hacer frente a los leones. No os preocupéis, querida, mientras me mantenga dentro del juego, seguiré sus reglas.

Olaf sentía un júbilo salvaje por la batalla que se aproximaba.

- Las Nomas³² están terminando de tejer su velo,-murmuró-. ¡Ja! ¡Y las tramas de Lugur y de la prostituta del Diablo se encuentran entre sus dedos, listas para ser rotas! Thor estará a mi lado, y he construido un martillo a mayor gloria de Thor.

En sus manos sostenía un enorme martillo de metal negro, con un mango de al menos un metro de largo, y una impresionante cabeza. Haré que mi relato de un salto de doce horas.

En el extremo de la carretera por la que circulaban los *corial* había una zona de arbustos que llegaba casi hasta la entrada de la caverna, deteniéndose al borde del terreno de color rubí que circundaba su boca. Allí se encontraban emboscados cientos de *akka*, con sus lanzas de puntas empapada en aquel horrible veneno putriscente y sus mazas de grandes cabezas claveteadas. Estaban ahí para atacar a los murianos en cuanto desembarcasen de sus vehículos. No esperábamos más que provocar una pequeña confusión y una demora entre las fuerzas de Yolará, ya que éramos conscientes de que los capitanes del ejército muriano no tendrían ninguna dificultad en utilizar sus conos *keth* y sus otras misteriosas armas. Sabíamos también que todos los artesanos y todas las forjas estaban ocupados construyendo una armadura diseñada por Marakinoff y que serviría para neutralizar las armas naturales de los anfibios... y Larry y yo sabíamos de lo que era capaz el ingenio de Marakinoff.

Fuera como fuera, debíamos disminuir el número de nuestros enemigos al comienzo de la batalla.

A continuación, bajo las órdenes del rey de los anfibios, las levas, comandadas por los oficiales habían construido altos muros a lo largo de la probable ruta de los murianos a

³² N. del T: Las Nornas, en la mitología escandinava, eran las tres diosas (Urth, el Pasado; Verthandi, el Presente, y Skuld, el Futuro, que determinaban el destino de los dioses y los hombres.

través de la caverna. Estas construcciones servirían para proteger a los grupos de *akka* que acosarían al enemigo con dardos y lanzas... resulta curioso notar que esta civilización jamás desarrolló el arco y la flecha.

A la salida de la caverna, habían construido una altísima barricada que se desplegaba casi hasta ambos extremos de la boca; he dicho casi, pues no dio tiempo material para cerrar la construcción.

Y de un lado a otro del inmenso puente, desde su arranque en las orillas del mar púrpura hasta medio centenar de metros antes de la puerta dorada, se desplegaban una barrera tras otra.

Tras la muralla que defendía la entrada de la caverna se desplegaban un millar de *akka*. Al extremo sin cerrar de la misma, se agolpaban varios batallones, y a izquierda y derecha de la falda del acantilado, donde comenzaban los bosques, se alineaban más legiones, listas para cerrar cualquier brecha.

Multitudes de guerreros copaban las barreras del puente; cientos de ellos ocupaban sus puestos sobre los torreones y los contrafuertes de la isla que casi se adentraban en las púrpuras aguas; la fortaleza esférica era un hervidero de anfibios. Si se me permite una metáfora, diré que todas las rocas y todos los jardines estaban dispuestos para la defensa.

- Ahora,-dijo la doncella-, ya no queda nada más que podamos hacer... excepto esperar.

Nos condujo a través de un saliente que salía del gran ventanal y recorría el jardín exterior.

A través del silencio, nos llegó un sonido, un suspiro, un susurro ominoso que se perdió en la lejanía.

- ¡Ya han llegado!-Gritó Lakla con el fuego de la batalla brillando en sus ojos.

Larry la rodeó por la cintura, la izó en un estrecho abrazo y la besó.

- ¡Esto es una mujer!-Exclamó O'Keefe- ¡Esto es una mujer... y es mía!

Junto con el sonido de la apertura del Portal, se produjo un movimiento entre los *akka*; las puntas de las lanzas centellearon, la luz bailó sobre los clavos de las mazas, los espolones golpearon contra el suelo y los gritos de batalla se elevaron en el aire.

Y esperamos... esperamos interminablemente, con las miradas prendidas sobre la muralla que se alzaba contra la boca de la caverna. De repente recordé el cristal a través del cual había estado observando el paisaje cuando los asesinos penetraron en nuestra habitación. Al mencionárselo a Lakla, soltó una exclamación de contrariedad y envió a su fiel ayudante a buscarlo; que no tardó en regresar con una bandeja llena de cristales. Al llevarme el mío frente a los ojos, vi que las fuerzas más próximas a la caverna entraban en una frenética actividad: un guerrero anfibio tras otros trepaban sobre la muralla y saltaban al otro lado. Relámpagos de luz verde mezclados con fognazos de intensa luz lunar concentrada brillaban al otro lado, alcanzando a los anfibios y quemándolos con un intenso fuego.

- ¡Ya vienen!-Susurró Lakla.

En los extremos de la muralla había comenzado una terrorífica carnicería. Estaba claro que en aquellos puntos los *akka* eran muy superiores; muy en la distancia, vi que los caídos eran reemplazados inmediatamente por nuevos combatientes.

Sobre el campo de batalla, en los extremos de la muralla y sobre la misma, comenzó a elevarse una neblina compuesta de brillantes átomos danzarines; diminutas motas de polvo diamantino que se elevaban en el aire formando pequeños remolinos.

Lo que una vez había sido la guardia de Lakla ¡se precipitaba a la no existencia!

- ¡Dios, qué difícil se me hace estar aquí cruzado de brazos!-Exclamó O' Keefe.

Olaf parecía poseído por el espíritu de un berserker³³; mostraba los dientes a través de los labios contraídos en la misma mueca de ira guerrera que debieron mostrar sus antepasados cuando desembarcaban de sus naves para arrasarlo pueblos y ciudades. Rador estaba lívido de ira; el rostro de la doncella estaba tenso, asomándose a sus ojos toda la rabia contenida en su alma.

De repente, mientras aún observábamos a través del cristal, la pared de roca que habían construido los *akka* frente a la boca de la caverna ¡Desapareció! Se desvaneció como si una mano gigantesca la hubiera barrido del suelo a gran velocidad. Junto a ella desapareció también el gran número de anfibios que la protegía.

Inmediatamente después comenzó a caer una intensa lluvia de piedras y trozos de carne cubiertos de escamas; sobre el Mar Púrpura, levantando inmensos géisers de color rubí, sobre la planicie, rebotando sobre el gran puente, aplastando a nuestras fuerzas.

- Es la fuerza que hace que las cosas caigan hacia arriba,-nos susurró Olaf-. ¡Es lo que vi en el jardín de Lugur!

Era el objeto de destrucción que Marakinoff le había revelado a Larry, la fuerza que anula la gravedad y envía todo directamente al espacio.

Y ya, sobre las ruinas del muro, golpeando con largas espadas y apuñalando con sus dagas, con sus capitanes disparando sus rayos verdes, moviéndose en ordenadas escuadras, llegaron los soldados del Resplandeciente.

Palmo a palmo empujaron a los guerreros de Nak; pero saltando sobre las fuerzas enemigas, empalándolas en sus lanzas, destrozándolos con sus colmillos y sus garras, aplastándolos con sus mazas, los *akka* luchaban como demonios. Sin dejar de combatir eran abatidos por los rayos del *keth*, que los enviaba al olvido.

Ya solo quedaba una delgada línea de anfibios frente al borde de los acantilados.

¡Y sobre ellos se concentraron los rayos desintegradores, convirtiéndolos en átomos de luz!

La línea de *akka* desapareció, y aunque todos murieron, ninguno abandonó la existencia sin el cadáver de un muriano entre sus brazos.

Dirigí mi mirada hacia la base de los acantilados. A lo largo de la costa se extendían, como una amplia cinta de inexplicable belleza confeccionada por una multitud de pulsantes lunas prismáticas, las gigantescas medusas, alimentándose de anfibios y enanos por igual... Creciendo, haciéndose cada vez más brillantes.

¡A través de las aguas nos llegó el grito de triunfo de los ejércitos de Lugur y Yolara!

¿Y fue mi imaginación, o la luz disminuyó adquiriendo un tono más rosáceo? Oí una exclamación de Larry; al mirarlo, vi que algo parecido a la esperanza crecía en su rostro mientras señalaba hacia la cúpula donde residían los Tres ¡Y lo vi!

Saliendo de la gran ventana transversal a través de la cual los Silenciosos observaban la caverna, el puente y el abismo, comenzó a brotar un torrente de luz opalescente. Cayó en cascada, como si se tratara de una catarata, y comenzó a adoptar extrañas formas: remolinos, columnas y torbellinos, nubes y jirones de niebla en cuyo interior explotaban una miríada de luces. Se desplegó sobre la isla como un sudario, cubriéndolo todo, rechazando la luz púrpura como si estuviera compuesta por una sustancia impenetrable... y aún así, no obstruyó en absoluto nuestra vista.

³³ N. del T: *berserker*: En las leyendas escandinavas, un guerrero que quedaba poseído por el frenesí de la batalla y que encabezaban los ataques contra el enemigo.

- ¡Dios del Cielo!-Jadeó Larry-¡Mirad!

La luz opalescente marchaba... *marchaba*... por el gigantesco puente. Se movía suavemente, demostrando algún misterioso tipo de inteligencia. Engulló a los *akka* y, lenta pero inexorablemente, se cernió sobre los hombres de Yolara que habían alcanzado el pie del puente.

De sus filas brotó un relámpago tras otro de luz verde ¡disparados contra la nada!, ya que a medida que la luz golpeaba la opalescencia, era absorbida hasta desaparecer. La chispeante niebla parecía alimentarse del rayo del *keth*, consumiéndolo, disipándolo.

Lakla suspiró profundamente.

- Los Silenciosos han perdonado mis dudas,-susurró, y una vez más su rostro adquirió color y esperanza, al igual que Larry.

Los anfibios ganaban posiciones. Revestido por la armadura de la niebla, empujaron fuera del puente a los invasores. Observé otro movimiento de masas en los extremos de la caverna, y vi que las legiones de Nak chocaban contra los murianos por la retaguardia. Y reforzando aquel inmenso cepo de fuerzas, los anfibios que aguardaban en los jardines bajo nosotros se volcaron sobre el Portal aún abierto.

- ¡Están acabados!-Exclamó Larry-¡Están... !

Con una rapidez tal que no pude seguir el movimiento de su mano, extrajo su pistola automática y disparó una vez, y otra, y otra. Rador extrajo su espada y se precipitó hacia el paseo del jardín, mientras que Olaf, enarbolando su martillo y gritando como un guerrero de antaño, le seguía de cerca. Yo me apresuré a desenfundar mi pistola.

Por el paseo llegaban una veintena de guerreros de la guardia de Lugur, mientras que desde la fronda pude oír su voz que gritaba:

- ¡Aprisa! ¡No matéis a la doncella o a su amante! ¡Aprisa! ¡Matad a todos los demás!

La doncella corrió hacia Larry, se detuvo y silbó profundamente... una vez y otra. La pistola de Larry estaba vacía, pero en el momento en que los enanos se dirigían hacia él, pude derribar dos con mis disparos antes de que se encasquillara, quedando inútil. Corrí a su lado. Rador estaba abajo, batiéndose con varios hombres de Lugur. Olaf, el viejo vikingo, hacía girar su martillo, destrozando armadura, carne y hueso.

Larry estaba rodeado y Lakla se precipitó en su ayuda; pero el escandinavo, sangrando ya por una docena de heridas, la vio correr hacia el irlandés, alargó una mano y de un empujón la envió rodando bajo unos arbustos. Al ver a salvo a la doncella, se dedicó a machacar los cráneos de aquellos que empujaban a O'Keefe paseo abajo.

Oí un grito de Lakla... los enanos la habían atrapado y se la llevaban a pesar de sus esfuerzos. Derribé a uno con la culata de mi ya inútil pistola antes de ser derribado por un guerrero.

A través de los gritos escuché el alarido de los *akka*, cada vez más cerca; luego, un grito de Lugur. Realicé un enorme esfuerzo, levante una mano y hundí los dedos en la garganta del soldado que intentaba apuñalarme. Girando sobre mi espalda, me situé sobre mi enemigo, encontré el puñal que llevaba al cinto y se lo clavé hasta la empuñadura.

O'Keefe, protegiendo a Lakla espada en mano, se batía con media docena de enemigos. Me dirigí hacia su posición, pero me golpearon y caí al suelo. Me levanté atontado... me apoyé sobre un codo y observé sin poder moverme. Los soldados habían sido masacrados, y Larry, sosteniendo a Lakla fuertemente, miraba a su alrededor: a todo lo largo del paseo se amontonaban los *akka*, que habían acudido diligentemente a la llamada de su doncella.

Todos miramos hacia Olaf, teñido de rojo por la sangre de sus heridas, y a Lugur, vestido con una armadura roja, que se golpeaban, pateaban y empujaban en el pequeño espacio que habían dejado a su alrededor los *akka*. Me arrastré hacia O'Keefe, que apuntó con su pistola y la bajó.

- No puedo disparar sin correr el riesgo de alcanzar a Olaf,-susurró.

Lakla le hizo una señal a los *akka*, que avanzaron hacia los dos; pero Olaf los vio, asíó a Lugur de las hombreras y lo envió volando a una docena de metros de distancia.

- ¡No!-Gritó el escandinavo, con los pálidos ojos brillando de ira, la sangre corriéndole por la cara y goteando de sus manos-. ¡No! ¡Lugur es mío! ¡Nadie lo matará: yo! Y ahora... Lugur.

Mientras se precipitaba sobre su enemigo, emitió tales juramentos sobre él, Yolara y el Resplandeciente que me son imposibles repetir sobre el papel.

Los insultos avivaron al enano, que se precipitó sobre Olaf con la misma locura que el escandinavo. Olaf le propinó un puñetazo que habría matado a un hombre normal, pero Lugur se limitó a encajarlo y gruñir; agarró a Olaf por la cintura con un brazo y lo levantó en vilo; la otra mano agarró el cuello de Huldricksson.

- ¡Cuidado, Olaf!-Gritó O'Keefe, pero Olaf hizo caso omiso.

Esperó hasta que la mano de Lugur estuviera pegada a su pecho y entonces, con un movimiento increíblemente rápido (algo que sólo había visto anteriormente en las luchas cuerpo a cuerpo en Papúa), le dio la vuelta a Lugur; lo giró de manera que el brazo de Olaf abrazaba su enorme pecho mientras su mano izquierda reposaba sobre su nuca. De repente, el escandinavo se tiro hacia delante, rodeó una pierna de Lugur con su pierna izquierda y apoyó su rodilla derecha entre los omóplatos de su enemigo.

Durante un segundo o dos, el escandinavo miró al de rojo, sin moverse, paralizándolo. Y entonces, lentamente, comenzó a romperlo.

Lakla gritó brevemente y comenzó a dirigirse hacia los dos, pero Larry la apretó contra su pecho y le tapó los ojos. Luego levantó la mirada y la fijó en los dos luchadores, pálido, inmutable.

Lenta, muy lentamente, comenzó Olaf a tirar. Dos veces gimió Lugur; al final gritó de manera espantosa. Se escuchó un chasquido, como si se partiera una rama gruesa.

Huldricksson se alzó en silencio. Levantó el cuerpo roto de la Voz, aún no muerto, ya que pude ver que sus ojos se movían y su boca se contraía, lo alzó sobre su cabeza, se dirigió al parapeto y lo arrojó a las púrpuras aguas.

CAPÍTULO XXXIV

La Llegada del Resplandeciente

El escandinavo se giró hacia nosotros. La locura había desaparecido de su mirada; en sus ojos sólo existía un tremendo agotamiento. En su rostro sólo había paz; la tortura había finalizado. -Helma,-susurró-, ¡Voy a reunirme contigo! Pronto estarás a mi lado... a mi lado y junto a nuestra *yndling* que nos espera... Helma *mine liebe!*

De su boca brotó un borbotón de sangre; se inclinó hacia adelante y cayó. Así murió Olaf Huldricksson.

Miramos largamente su cadáver; ni Lakla, ni Larry ni yo intentamos contener nuestras

lágrimas. Y mientras velábamos el cadáver, los *akka* nos trajeron la noticia de que otro poderoso guerrero había caído: Rador. Pero en él aún brillaba la llama de la vida, por lo que le atendimos de la mejor manera.

Una vez que le hubimos curado, Lakla habló.

- Le llevaremos al castillo, allí podrán ofrecerle mayores cuidados,-nos dijo-. ¡Mirad! Las huestes de Yolara han sido rechazadas, y por el puente viene Nak con noticias.

Miramos sobre el parapeto. Era tal y como ella había dicho: ni sobre la planicie ni sobre el puente se veían combatientes de Muria vivos... sólo restos de la carnicería que se había llevado a cabo por todos sitios... y sobre la entrada de la caverna aún brillaban los brillantes átomos de aquellos destruidos por el rayo verde.

- ¡Se acabó!-Exclamó Lany incrédulo-. ¡Entonces viviremos... mi amor! - Los Silenciosos recogen sus velos,-nos dijo la doncella, señalando hacia la cúpula.

La brillante niebla se retiraba a través de la estrecha ventana, liberando el mar y las islas, arrastrándose sobre el puente con el mismo movimiento ordenado e inteligente. Tras su rastro, la luz púrpura volvía a brillar, como si se tratara de un saqueador que siguiera los pasos de un ejército.

- Y aún así...-murmuró la doncella mientras penetrábamos en su cámara. Miró a O'Keefe con ojos llenos de duda.

- No, no lo creo,-le dijo-. Les hemos infligido una gran derrota...

¿Qué era aquel sonido que se oía tan levemente en la sala? Mi corazón dio un salto y pareció detenerse durante una eternidad. ¿Qué era aquello que se acercaba cada vez más? En aquel momento, Lakla y O'Keefe lo oyeron, y la sangre desapareció de sus rostros.

Cerca, cada vez más cerca... la música de una miríada de campanillas de cristal, tintineando, tintineando... ¡Una tormenta de pizzicatos ejecutados con violines de cristal! Cerca, cada vez más cerca... ni dulce, ni ensoñador, no... ¡Odioso, iracundo, siniestro más allá de cualquier descripción! Acercándose cada vez más...

¡El Morador! ¡El Resplandeciente!

Nos precipitamos hacia las ventanas y miramos al exterior horrorizados. El sonido campanilleante se hacía cada vez más nítido, como un huracán de vidrio. El crescendo del sonido fue como una conmoción. Los *akka* fueron derribados, cayeron al suelo y los que se encontraban sobre el puente se vieron precipitados hacia el mar. En un momento, todos fueron destruidos y sobre el campo de batalla se desplegaron seres con la mirada de los posesos, vestidos con jirones de ropa o desnudos; una horda de marionetas satánicas.

¡Los muertos en vida!

Se sacudieron y se balancearon, y luego, como agua desbordándose sobre una presa, se precipitaron hacia el gran puente. Más y más empujaron, como impulsados por una ferocidad animal. Los anfibios salieron a su encuentro, desgarrando, mutilando, amputando; pero a pesar de la horrible carnicería, aquellos seres salidos del infierno no cedieron ni un centímetro su empuje. Empujaron, empujaron irresistiblemente, como un inmenso ariete hecho de carne y huesos. Hendieron por en medio la fuerza de los *akka* y los arrojaron sobre el puente hacia las aguas del mar. Los forzaron hasta que tuvieron que penetrar por las grandes puertas... pues no había fuerza que pudiera oponerse a su empuje.

Entonces, los *akka* que quedaban vivos dieron la espalda y huyeron. Escuchamos el golpe metálico de las grandes hojas al cerrarse, pero no fueron lo suficientemente rápidos como para evitar que una parte de la horda penetrara en la fortaleza.

Ahora sobre el puente sólo se veían los miembros de aquella legión de muertos en vida: hombres y mujeres, *ladala* de pelo negro y polinesios de ojos rasgados, chinos y miembros de todas las razas que alguna vez habían cruzado los mares... tambaleándose, chocando y volviendo a chocar, agitándose como hojas atrapadas en un remolino de viento.

Las agudas notas se volvieron más agudas, insistentes. Una radiación comenzó a brillar con más intensidad desde la boca de la caverna... un brillo del que parecían querer huir los átomos de los destruidos por los *keth*. A medida que el brillo crecía y las notas aumentaban su intensidad, todas las cabezas de aquella espantosa legión se giraron al mismo tiempo, lentamente, mirando hacia el extremo del puente; los ojos fijos y atentos; ¡Las caras mostrando un rictus de horror y pasión!

De repente, un movimiento repentino los agitó. Los del centro comenzaron a retroceder, cada vez con más insistencia, haciendo que los que se encontraban en el borde del puente cayeran al vacío. Retrocedieron hasta que desde las puertas doradas hasta la boca de la caverna se formó un pasillo de muertos vivientes.

El lejano brillo se volvió más intenso; pareció contraerse sobre sí mismo y se situó al comienzo del pasillo. Estaba formado por chispas y pulsos de luz polícroma. El sonido de los cristales era intolerable, perforando los oídos con diminutas y aguzadas lanzas.

¡De la caverna salió el Resplandeciente!

El Morador se detuvo y pareció observar dubitativo la isla de los Silenciosos. Luego, lentamente, como temeroso, comenzó a atravesar el puente. Cada vez se acercaba más; tras él marchaba Yolara, a la cabeza de una compañía de guerreros de su guardia, a su lado caminaba la bruja del Consejo, cuyo rostro era una copia avejentada del de la sacerdotisa.

El Morador redujo su velocidad a medida que se aproximaba a la fortaleza. ¿Noté en sus movimientos algún tipo de temor, de duda? El sonido cristalino que lo acompañaba pareció hacerse eco de su indecisión; las notas ya no eran tan contundentes, tan insistentes; al contrario, en sus tonos parecía existir una demora, una advertencia. Aun así, el Resplandeciente continuó avanzando, hasta que se situó bajo las murallas, observando con aquellos ojos que parecía observar desde desconocidas esferas la muralla, las puertas, la falda del acantilado, la masa del castillo... Y con más intensidad aún, la cúpula en la que residían los Tres.

Tras el Resplandeciente, todos los rostros de los muertos en vida se giraron a él, y los que se encontraban cerca de su brillo comenzaron a mecerse y a acariciarse.

Yolara se acercó, justo fuera del alcance de sus espirales. Murmuró algo... y el Morador se inclinó hacia ella, sus siete esferas pulsando, como si escucharan atentamente. Volvió a enderezarse y finalizó su cuidadoso escrutinio. El rostro de Yolara se oscureció, se giró violentamente y habló con un oficial de su guardia. Un guerrero comenzó a correr de vuelta a la boca de la caverna.

En aquel momento, la sacerdotisa gritó, su voz como un clarín de plata.

- ¡Estáis acabados, vosotros los Tres! El Resplandeciente está ante vuestras puertas, reclamando la entrada. Vuestras bestias han sido masacradas y vuestro poder ha desaparecido. ¿Quiénes sois vosotros, demanda el Resplandeciente, para negarle la entrada a su lugar de nacimiento?

«Ya veo que no respondéis,» gritó, «¡Sabed que escuchamos! El Resplandeciente os ofrece estas condiciones: enviadnos a la doncella y a esos extraños que ella se llevó;

enviadlos a nuestra presencia... y quizá aún podáis vivir. Pero si no nos los entregáis, habréis de morir... ¡Y pronto!»

Esperamos, en silencio, al igual que Yolara... y no se produjo respuesta alguna por parte de los Tres.

La sacerdotisa rió; sus azules ojos brillaron.

- ¡Es vuestro fin!-Gritó-¡Si no abris las puertas, quizá las tengamos que abrir por vosotros!

Sobre el puente comenzó a desfilar una doble fila de guerreros. Portaban un tronco pulido y con asideros cuyo extremo estaba rematado por una inmensa bola de metal. Pasaron al lado de la sacerdotisa y del Resplandeciente y se detuvieron, cincuenta guerreros a cada lado del ariete; y tras ellos... ¡Marakinoff!

Larry despertó a la vida.

- ¡Vaya, gracias a Dios!-exclamó-¡A ese demonio sí que puedo enfrentarme!

Desenfundó su pistola y apuntó cuidadosamente. Al mismo tiempo que apretaba el gatillo se escuchó un tremendo golpe metálico. El ariete golpeaba las puertas y la pistola de O'Keefe disparó. El ruso debió escuchar la detonación, o quizá el proyectil pasó por su lado silbando. Dio un salto y se refugió tras los guardias, fuera de nuestra vista.

Una vez más el impacto metálico estremeció la fortaleza.

Lakla se alzó en toda su estatura; una vez más pareció entrar en trance, escuchando. Con gravedad, inclinó su cabeza.

- Ha llegado el momento, oh amor de mi vida.- Se giró hacia O'Keefe-. Los Silenciosos dicen que el camino del miedo ha llegado a su fin, pero se ha abierto el camino del amor ¡Nos demandan para que cumplamos nuestra promesa!

Durante un centenar de latidos, ambos se abrazaron estrechamente; pecho contra pecho, boca contra boca. Abajo, los golpes del ariete aumentaban de intensidad, el gran tronco golpeando con más frecuencia y con más violencia las doradas puertas. Suavemente, Lakla se liberó del abrazo de O'Keefe, y durante un instante ambas almas se contemplaron fijamente. La doncella sonrió trémulamente.

- Desearía que hubiera otra manera de hacerlo, mi querido Larry,-susurró-. Pero, de cualquier manera... lo haremos juntos ¡Luz de mi vida!

La joven se asomó a la ventana.

- ¡Yolara!-la dorada voz corrió murallas abajo. El golpe del ariete se detuvo-. Retirad a vuestros hombres. Abriremos las puertas y nos entregaremos a vos y al Resplandeciente... Lar y yo.

La argéntea risa de la sacerdotisa se esparció por las murallas y el puente, cruel, burlona.

- Bajad entonces, y rápido,-dijo riendo-¡Os aseguro que tanto el Resplandeciente como yo estamos impacientes por veros!-Una vez más rompió a reír con malicia-¡No nos dejéis solos mucho tiempo!

Larry respiró profundamente y me alargó las dos manos.

- Creo que esto es una despedida, Doc.-Su voz era firme-. Adiós y buena suerte, viejo. Si consigues salir de ésta, y estoy *seguro* de que lo conseguirá, hágales saber a los oficiales del *Dolphin* que he muerto. Y siga adelante, compañero... y recuerde siempre que O'Keefe le quiso como a un hermano.

Le estreché las manos con desesperación. Y de repente, a través de mi ira y mi desesperación se abrió paso una enorme paz.

- ¡Puede que estoy no sea un adiós definitivo, Larry!-Exclamé-¡La banshee no ha gritado!

Su cara se iluminó con un rayo de esperanza, y volvió a sonreír con aquel gesto travieso.

- ¡Es cierto!-Me dijo-¡Por Jesucristo, es cierto!

Entonces Lakla se inclinó hacia mí, y por segunda vez... me besó. - ¡Vamos!-Le dijo a Larry.

Agarrados de la mano, se alejaron hacia el pasillo que conducía a las doradas puertas, tras las que los esperaban el Resplandeciente y su sacerdotisa.

Concentrados en su amor y en su sacrificio, no vieron cómo me deslizaba tras ellos. Había decidido que, si su destino era someterse al abrazo del Morador, no lo harían solos.

Se detuvieron en el Portal Dorado; la doncella empujó la palanca de apertura, y las macizas puertas se abrieron.

Con la cabeza erguida, orgullosos y serenos, salieron a la arcada exterior. Los seguí.

A ambos lados se encontraban alineados los esclavos del Morador, las caras rígidamente vueltas hacia su amo. A unos veinte metros de distancia se encontraba el Resplandeciente, girando y pulsando en toda su gloria, emitiendo brillantes espirales y flecos de luz.

Sin dudar un instante, y manteniendo la misma serenidad, Lakla y O'Keefe, cogidos de la mano como dos adolescentes, se dirigieron hacia aquella forma de pesadilla. No pude ver sus caras, pero observé que la decepción se reflejaba en los rostros de los guerreros enemigos, mientras que la duda inundaba los ardientes ojos de Yolara. Más se acercaron al Morador, cada vez más, mientras yo los seguía paso a paso. El incesante girar del Resplandeciente perdió velocidad, mientras que los relámpagos de luz que cruzaban su esencia se habían detenido. Parecía observarlos con aprehensión. Un silencio cayó sobre todos los presentes; un silencio opresivo, ominoso, espeso, palpable. Ahora ambos se encontraban cara a cara con el hijo de los Tres... tan cerca que con alargar uno de sus tentáculos, los hubiera atrapado.

¡Y el Resplandeciente retrocedió!

Sí, retrocedió... y con él retrocedió Yolara, con los ojos desencajados. La doncella y O'Keefe dieron otro paso adelante... y lentamente, paso a paso, avanzaron; el Morador volvió a retroceder. La música se había vuelto caótica, descompasada ¡Casi temerosa!

Y aún retrocedió más, aún más, hasta que alcanzó la plataforma exterior que se cernía sobre el abismo, en cuyas profundidades pulsaban los verdes fuegos del corazón de la Tierra. Y hasta allí retrocedió también Yolara; la maldad que acechaba en su alma surgió por sus ojos, un aullido de ira surgió de su retorcida boca.

Y, como si fuera una señal, el Resplandeciente se iluminó encefaladoramente; sus espirales y flecos giraron locamente, su pulsante núcleo brilló como un pequeño sol. Una docena de brillantes tentáculos salieron disparados hacia la pareja, que permanecía en pie inmutable, sin resistirse, esperando el abrazo. Yo también lo esperé a espaldas de ambos.

Me invadió una gran exaltación. Aquel era el fin... y lo compartiría con ambos.

Algo nos empujó hacia atrás; hacia atrás a una increíble velocidad, pero con la suavidad con la que la brisa del verano mece las hojas de los árboles. ¡Nos hizo retroceder hasta que los brillantes tentáculos quedaron a una distancia del grosor de un pelo de nuestras caras! ¡Escuché los sonidos del Morador, eran ya una cacofonía! Oí cómo gritaba Yolara.

¿Qué era aquello?

Entre nosotros tres y ellos se había levantado un ancho anillo de llamas lunares que avanzaba hacia el Resplandeciente y su sacerdotisa ¡Empujándolos, rodeándolos!

Y de su interior surgieron los rostros de los Tres... implacables, llenos de tristeza, mostrando un poder sobrenatural.

Del anillo surgieron chispas y relámpagos de fuego blanco que penetraron la esencia del Morador, golpeando su núcleo pulsante, atravesando las siete esferas que lo coronaban.

De repente, el brillo del Resplandeciente comenzó a decrecer, mientras que las siete esferas se apagaban; los diminutos filamentos brillantes que surgían de éstas hasta el cuerpo de Morador chispearon y se desvanecieron. A través de las llamas pude ver el rostro de Yolara ¡Lleno de Terror, distorsionado, inhumano!

La horda de muertos en vida comenzó a agitarse, a retorcerse y contraerse, como si ellos mismos sintieran en sus muertas carnes el tormento de Aquel que los había esclavizado. La luz que emitían los Tres creció de intensidad, se hizo más consistente y pareció expandirse. De repente, del interior de la llamas surgieron cientos de triángulos flamígeros... ¡Docenas de ojos como los de los Silenciosos!

¡Y las siete pequeñas esferas del Resplandeciente, pequeñas lunas de color ámbar, plateado, azul y amatista y verde, rosa y blanco, explotaron y desaparecieron! Abruptamente, el cristalino sonido cesó.

Opacos, con toda su esplendorosa belleza desaparecida, marchitos y escuálidos, sus brillantes flecos de luz se oscurecieron, sus serpeantes espirales

cayeron inmóviles y aquello que una vez había sido el Resplandeciente rodeó con su abrazo a Yolara... y, sin soltarla, se arrojó, destrozado, agostado y agonizante, sobre el borde del puente... abajo, muy abajo, hacia los verdes fuegos del insondable abismo... ¡Con su sacerdotisa ardiendo en los fuegos de su núcleo!

De los guerreros enemigos que habían estado observando aterrorizados la escena surgió un grito de pánico. Nos dieron la espalda y huyeron sobre el puente, corriendo frenéticamente hacia la boca de la caverna.

Las apretadas filas de los muertos en vida temblaron y se estremecieron. De repente, de sus rostros desapareció aquella mezcla de terror y éxtasis y sus caras mostraron una inmensa paz.

Y como un campo de trigo batido por el viento, todos cayeron al suelo. Ya no eran muertos en vida, ahora sencillos cadáveres de personas muertas en paz ¡Libres al fin de aquel espíritu que los había poseído!

Repentinamente, desaparecieron de la neblina los centenares de ojos. A través de ésta sólo se observaban las cabezas de los Silenciosos, que se inclinaron ante nosotros ¡Ante nosotros! Sus ojos de ébano ya no mostraban llamas... sus pequeños fuegos se habían convertido en grandes lágrimas que corrían por sus blancos rostros de mármol. Se inclinaron ante nosotros, sobre nosotros, y su brillo nos envolvió. Mi vista se oscureció. No podía ver. Sentí que una mano se posaba suavemente sobre mi cabeza... y todo el terror, el pánico cervical y las pesadillas que había soportado desaparecieron.

También desaparecieron ellos.

La doncella estaba sollozando sobre el pecho de Larry... sollozando de forma desgarradora... pero con el llanto de alguien que se ha visto transportado desde los umbrales del mismísimo infierno hasta las puertas del paraíso.

CAPITULO XXXV ¡Hasta siempre... Larry!

Mi corazón... Larry-murmuraba la doncella-Mi corazón se siente como un pájaro que abandona un nido trenzado con su frimientos.

Estábamos caminando sobre el puente, rodeados por la guardia de los *akka* y escoltados por las compañías de los *ladala* que habían venido en nuestra ayuda. Frente a nosotros, un vendado Rador nos observaba desde una camilla, junto a él, reposando en otra, se encontraba Nak, el rey de los anfibios... tremendamente herido durante la batalla, pero vivo.

Ya habían pasado horas desde aquellos sucesos terroríficos que he narrado, cuando me dispuse a la tarea de encontrar a Throckmartin y a su esposa entre aquella legión de cadáveres caídos como hojas otoñales a lo largo del puente de piedra, sobre la planicie de la caverna y más lejos, tan lejos como podía alcanzar la vista.

Finalmente, con la ayuda de Lakla y Larry, los pude encontrar. Yacían no muy lejos del extremo del puente ¡juntos, abrazados fuertemente, una pálida cara contra la otra, la melena de ella reposando sobre el pecho de su esposo! Incluso cuando aquella vida en muerte que les había insuflado el Morador hubo desaparecido, encontraron el hálito suficiente para reconocerse y abrazarse tiernamente antes de que la piadosa muerte los llevara.

- El amor es la fuerza más poderosa,-dijo la doncella mientras lloraba en silencio-. El amor jamás los abandonó. El amor tuvo más fuerza que el Resplandeciente, y cuando la maldad los abandonó, el amor siguió poseyéndolos... yéndose con ellos a donde quiera que fueran.

No encontramos a Stanton y a Thora; también he de reconocer que, tras el hallazgo del doctor y su esposa, ya no busqué más. Todos estaban muertos... y todos eran libres.

Enterramos a Throckmartin y a Edith junto a Olaf, en el jardín de Lakla. Pero antes de que colocaran a mi antiguo amigo en su tumba, procedí a realizarle un profundo examen lleno de pena. La piel era firme y suave, aunque estaba fría; pero no poseía el frío propio de los cadáveres, emanaba un frío tal que la punta de los dedos me cosquillearon dolorosamente. El cuerpo estaba vacío de sangre, y el curso de las venas y arterias estaba marcado por unas finas indentaduras blancas, como si hubieran sufrido un colapso. Los labios, el interior de la boca y la lengua estaban blancos como el papel. No existían síntomas de putrefacción, tal y como sabemos que se produce en los cadáveres al cabo de las horas; sobre la placa de mármol en que lo examinaban no quedaron manchas ni efluvios. Fuera cual fuera la fuerza que emanara del Morador o de su antro, ésta había dado una energía tal a los cadáveres que había producido una barrera contra la putrescencia. De esto estoy plenamente seguro.

Aún así, esta barrera no era de efecto alguno contra el veneno de las medusas, ya que, una vez hecha nuestra triste tarea, me asomé sobre las aguas y vi cómo los cuerpos de los poseídos por el Morador eran disueltos por aquellos impresionantes animales, que nadaban de un lado a otro cubriendo ya casi la totalidad de las aguas del Mar Púrpura.

Mientras los anfibios, aquellos que habían sobrevivido al haber estado esperando órdenes en el interior de los bosques, limpiaban de cadáveres el puente y los alrededores

de la fortaleza, nosotros nos dedicamos a escuchar el informe del comandante de los *ladala*. Se habían levantado en armas, tal y como le prometieron al mensajero de Rador. La lucha había sido extremadamente fiera en la ciudad ajardinada a orillas del mar plateado; se habían batido contra la guarnición que Yolara y Lugur habían dejado atrás para que protegiera la ciudad. Los rubios habían sido masacrados sin piedad, recogiendo la cosecha de odio que habían estado sembrando tan largamente. No sin un pellizco de remordimientos me acordé de sus bellísimas mujeres de rasgos élficos... aun cuando habían sido seres diabólicos.

La antigua ciudad de Lara era ahora un osario. De los gobernantes, no habían conseguido escapar más que una docena, y se habían dirigido hacia regiones de un peligro tal que se podían considerar como perdidos. *Tampoco los ladala* se habían preocupado por detenerlos. De todos los hombres y mujeres que habían participado en la revuelta, pues las mujeres también habían empuñado las armas por la causa, no quedaban vivos más que una decena.

Y las motas de luz que danzaban sobre la ciudad formaba una espesa nube, muy espesa... susurraban.

Nos contaron que vieron al Resplandeciente atravesar el Velo a gran velocidad, con sus legiones tras él, gritando. Eran tan numerosas que no podían contarse.

También nos contaron sobre la masacre de los sacerdotes y sacerdotisas en el templo Ciclópeo; sobre la destrucción por una poderosa luz convocada por manos invisibles, que desgarró la cortina multicolor, sobre el desplome de los brillantes acantilados; sobre la desaparición de la entrada a aquel lugar maldito donde se reunían las hordas de esclavos del Resplandeciente. ¡Y nos contaron la destrucción del antro!

Luego, una vez que hubo terminado la carnicería en la destruida Lara, y embriagados por la victoria, tomaron las armas del enemigo caído, levantaron el velo y atravesaron el Portal, acabando con las fuerzas de Yolara que huían... sólo para encontrarse con que aquí también había reinado la muerte.

¡Pero no habían visto por lugar alguno a Marakinoff! ¿Había escapado el ruso o se encontraba entre los cadáveres que rodeaban la fortaleza?

Mientras me hacía estas preguntas, los *ladala* comenzaron a aclamar a Lakla, pidiéndole que regresara con ellos y los gobernara.

- No quiero hacerlo, Larry mi amado, le susurró-. Quiero ir con vos a Irlanda. Pero creo que los Tres deberían permitirnos permanecer aquí durante un tiempo, para que pudiéramos poner orden.

Vi que O' Keefe se sentía molesto por la idea de permanecer allí y gobernar Muria.

- Si han masacrado a todos los sacerdotes, mi amor ¿Quién podría casarnos? -Se preguntó-. Y nada de ritos a favor de Siya y Siyana, os lo ruego.-Añadió cansado.

- ¡Casarnos!-Exclamó la doncella incrédula-. ¿Casamos? ¡Pero, Larry, querido, *ya estamos casados!*

El asombro de O'Keefe fue completo; la boca se le abrió de tal asombro que el colapso me pareció inminente.

- ¿Lo estamos?-Jadeó-Cu. . .cuándo?-Tartamudeó.

-Bueno, pues cuando la Madre nos unió las cabezas en el santuario ¡Cuando nos puso las manos sobre la cabeza una vez que le hicimos la promesa del sacrificio! ¿No lo entendisteis?-Le preguntó la doncella confundida.

El la miró fijamente, miró en la pureza de sus ojos dorados, en la pureza del alma que

reflejaban; todo su inmenso amor reflejado en cada facción de su rostro arrebatador.

- Y ese ritual es suficiente para vos, mavourneen? -Murmuró Larry humildemente.

- ¿Suficiente?-El asombro de la doncella era completo, profundo- ¿Suficiente? ¡Larry, mi amado, qué más se puede hacer?

El inspiró profundamente y atrajo a la doncella por la cintura.

- ¡Bese a la novia, Doc!-Gritó O'Keefe. Y por tercera y, ¡desgracia mía! última vez, sentí en los labios la ternura y delicadeza de la dulce boca de Lakla.

Rápidos fueron nuestros preparativos para la marcha. Rador, con su inmensa vitalidad conquistando todas la heridas, fue transportado a nuestra presencia, y cuando todas las despedidas fueron hechas, nos dirigimos hacia el bloque de piedra escarlata que era la entrada a la cámara de los Tres. Naturalmente, sabíamos que se habían ido, siguiendo a aquellos cuyos ojos había visto a través de la niebla y que, en el último momento, habían acudido en ayuda de los Tres, desde donde quiera que ahora residieran, para unir su fuerza a la de éstos para derribar al Resplandeciente. No estábamos equivocados: cuando el gran bloque de piedra se abrió, no salieron del interior torrentes de luz opalescente. La inmensa cúpula estaba vacía, en silencio; por sus inmensas paredes curvadas ya no corrían las cascadas de luz, el estrado estaba vacío, sin murallas de fuego lunar.

Por unos momentos permanecemos en silencio, con las cabezas inclinadas con reverencia y los corazones llenos de gratitud... sí, y con cariño por aquella extraña trinidad tan diferentes a nosotros y sin embargo tan parecidos; hijos, como nosotros, de la Madre Tierra.

Y en aquel momento me pregunté cuál había sido el secreto de la promesa que había obtenido de su doncella y de Larry. Y de dónde, si los Tres habían dicho la verdad... ¿De dónde habían extraído su poder para detener el sacrificio de ambos en el mismo instante de su consumación?

«¡El amor es la fuerza más poderosa!" Había dicho Lakla.

¿Habían necesitado el poder que reside en el amor, en el sacrificio, para aumentar su propio poder y para darles fuerzas para destruir a aquel ser diabólico, glorioso, que durante tanto tiempo habían protegido con su propio amor? ¿Fue la voluntad de sacrificio, el poder de la abnegación, más fuertes que la fuerza de los eternidad, fue el poder de la esperanza, de donde obtuvieron el impulso para deshacer la guardia del Morador y golpearle en el corazón?

Es un misterio... ¡Un auténtico misterio! Lakla cerró delicadamente la piedra púrpura. El misterio de los guerreros vestidos con corazas rojas quedó desvelado cuando encontraron media docena de coria acuáticos anclados en una pequeña gruta no lejos de donde los sekta residen. Los enanos habían transportado por tierra los vehículos, y posteriormente los habían lanzado al agua sin que nos diéramos cuenta; posteriormente, habían trepado por la parte trasera de la montaña y habían intentado un golpe desesperado. Hay que reconocerle a Lugur, a pesar de toda su crueldad, un gran valor.

La caverna estaba pavimentada por los cadáveres de los muertos en vida; los akka los sacaban por centenares y los arrojaban a las aguas. Atravesamos el pasillo por el que había llegado el Morador y llegamos al fin a la explanada donde esperaban los coria. Poco después pasamos bajo el arco donde había colgado la oscuridad sobre el Estanque de la Noche.

Por insistencia de Lakla, entramos en el palacio de Lugur (aunque no entramos en el de Yolara; desconozco el motivo, pero ella se negó). Y en una de sus columnadas salas, las

doncellas de pelo negro, aquellas criaturas aterrorizadas y llenas de miedo, ahora con los ojos brillantes y sonrientes, nos agasajaron.

Sentí deseos de ver con mis propios ojos la destrucción del antro del Morador que me habían relatado. Quería ver con mis propios ojos si, efectivamente, la entrada había quedado definitivamente sellada y no era posible estudiar sus misterios.

Se lo comenté a ambos, y para mi sorpresa, tanto la doncella como O'Keefe mostraron un embarazoso y precipitado acuerdo por que los dejara solos y fuera a investigar.

- ¡Claro!-Exclamó Larry-¡Queda mucho para que llegue la noche!

Miró a Lakla con ojos aborregados.

- Sigo olvidando que aquí no hay noche,-murmuró.

- ¿Qué habéis dicho, Larry?-Le preguntó ella.

- He dicho que me gustaría que estuviéramos sentados en nuestra casa, en Irlanda, observando la puesta de sol,-le susurró.

Vagamente me pregunté por qué la doncella había enrojecido súbitamente.

Pero debo darme prisa en finalizar mi relato. Nos dirigimos al templo, y al menos en este lugar habían hecho desaparecer el rastro de muerte dejado por la revuelta. Atravesamos la caverna de luz azul, atravesamos el estrecho puente que pasaba sobre la corriente de agua de mar y, ascendiendo, nos encontramos sobre el marfileño suelo que rodeaba el inmenso y estremecedor anfiteatro de azabache.

A través de las plateadas aguas no pudimos ver ni la Tela del Arco Iris, ni los colosales pilares, ni las caras desencajadas que observaban el Velo cuando el Resplandeciente había aparecido girando para recibir la adoración de su sacerdotisa y su voz y para bailar con los sacrificados. No veíamos más que una masa derrumbada y amorfa de rocas brillantes contra las que chocaban las aguas del lago.

Observé el paisaje durante largo tiempo... y me di la vuelta entristecido. Incluso sabiendo lo que había ocultado tras de sí aquella cortina, me parecía que había desaparecido algo de gran belleza sobrenatural que jamás sería reemplazado; una maravilla desaparecida, un trabajo de dioses destruido.

- Vámonos,-dijo Larry bruscamente.

Me demoré un tanto observando unas estatuas... en definitiva, yo no les hacía ninguna falta. Los observé cómo se alejaban lentamente, tomados por la cintura, los rizos negros mezclados con los pelirrojos bucles. Fui tras ellos y, apenas habíamos atravesado el pequeño puente, cuando oí por encima del estruendo del agua una voz que me llamaba.

- ¡Goodwin! ¡Doctor Goodwin!

Asombrado, me di la vuelta. Tras el pedestal de un grupo escultórico se agazapaba... ¡Marakinoff! Mi presentimiento había sido acertado. De alguna manera había conseguido escapar y se había arrastrado hasta aquí. Se acercó despacio, con las manos levantadas.

- Estoy acabado,-murmuró--. ¡Terminado! No importar lo que *ellos* harán conmigo.- Señaló con la cabeza hacia la doncella y Larry, ahora al otro lado del puente y olvidados de todo lo demás.

El ruso se acercó más. Tenía los ojos hundidos, febriles, enloquecidos; la cara estaba surcada por profundas líneas, como si la herramienta de un tallista hubiera trabajado a conciencia sobre ella. Retrocedí un paso.

Una sonrisa burlona, como la sonrisa de un diablo enloquecido, retorció la cara del ruso. De repente, se lanzó contra mí ¡Buscando mi garganta!

- ¡Larry!-Grité, y mientras me retorció para esquivar su ataque vi que ambos quedaban

paralizados por la sorpresa y luego corrían en nuestra dirección.

- ¡Pero usted no se llevará nada de aquí!-Gritó Marakinoff ¡No!

Mi pie, al retroceder, encontró el vacío. El rugido del agua me ensordeció. Sentí cómo las gotas de agua me salpicaban la cara. Caí.

Estaba cayendo... cayendo... con el ruso estrangulándome. Golpeé el agua, me hundí; las manos que me estrangulaban relajaron su presa durante un instante. Luché por liberarme; sentí que las aguas me arrastraban a enorme velocidad... de repente lo vi todo claro... esas aguas corrían hacia algún sumidero ¿dónde? Durante un breve instante pude sacar la cabeza del agua y tomar un sorbo de aire. Volví a luchar contra el diablo enloquecido que me estrangulaba... inflexible, indomablemente.

De repente, invadió mis oídos un aullido, como si todos los vientos del universo giraran en torno a mí... ¡Oscuridad!

La consciencia me volvió lentamente, en medio de grandes dolores.

- ¡Lakla!-Grité-¡Lakla!

Una brillante luz se filtraba a través de mis párpados. Me hacía daño. Abrí los ojos, y volví a cerrarlos con lanzas y espadas clavándose en mis retinas. Una vez más los abrí, con cuidado.

¡El sol!

Me levanté tambaleándome. A mis espaldas se elevaban una inmensas murallas de basalto, de enormes bloques tallados y cuadrados. Ante mis ojos se extendía el Pacífico, calmado, azul, sonriente.

Y no muy lejos, tirado sobre la arena, inmóvil... ¡Marakinoff!

Estaba roto, muerto. Ni siquiera las aguas por las que habíamos naufragado, ni tan siquiera las propias aguas de la muerte, pudieron borrar su gesto de triunfo. Con los últimos restos de fuerzas que me quedaban, arrastré el cuerpo hasta la orilla y dejé que las aguas se lo llevaran. Una pequeña ola pasó por encima del cadáver, lo tapó y le hizo girar. Otra más lo empujó, luego otra, jugando con el cadáver. Se alejó de mi vista... aquello que había sido el doctor Marakinoff, con todos sus planes para transformar nuestro maravilloso mundo en un infierno inimaginable.

Comencé a recuperar las fuerzas. Me hice un camastro de juncos y dormí; y debí dormir durante largas horas, pues al despertarme el amanecer bañaba de rosa el horizonte. Omitiré el relato de mis sufrimientos. Será suficiente contar que encontré una corriente de agua dulce y algunas frutas, y justo antes del anochecer reuní las fuerzas suficientes para trepar sobre las murallas y observar mi posición.

El lugar era uno de los islotes más alejados de Nan-Matal. Hacia el norte distinguí las sombras de Nan-Tauach, donde se encontraba la puerta de la luna, negras contra el cielo. El lugar de la puerta de la luna... hacia allí debía dirigirme, rápidamente, por los medios que fueran.

Al amanecer del día siguiente reuní algunos troncos pequeños y lianas y construí una precaria balsa. Entonces, impulsándome con una pértiga, me dirigí hacia Nan-Tauach. Lenta, dolorosamente, me acerqué a mi destino. Era muy avanzada la noche cuando embarranqué mi balsa en la pequeña playa que se abría entre las derruidas puertas del muelle y, arrastrándome sobre los gigantescos escalones, me dirigí hacia el patio interior.

Y en el umbral me detuve, mientras las lágrimas me bañaban la cara y un sollozo de pena, desesperanza y dolor escapaba de mis labios.

Pues la gran pared sobre la que se alzaba el pálido bloque de piedra a través del cual

nos habíamos adentrado en la tierra del Resplandeciente yacía sobre el suelo, destrozada. Los monolitos se habían derrumbado, la pared había caído y sobre ella brillaban las aguas, cubriéndola.

¡Ya no existía la puerta de la luna!

Casi colapsado, gimiendo, me acerqué más y caminé sobre sus destrozados fragmentos. Sólo miraba hacia el mar. Debía haberse producido un gran terremoto, un corrimiento de tierras, que había derribado toda aquella parte de la construcción... ¡El eco, la débil resonancia del cataclismo que había reventado el antro del Morador!

La pequeña isla cuadrada, Tau, en la que se encontraban ocultas las siete esferas, había desaparecido por completo. No existía la menor traza de que hubiera estado allí.

La puerta de la luna había desaparecido; el camino hacia el Estanque de la Luna estaba cerrado para mí ... ¡Su cámara anegada por el mar!

No había camino de regreso hacia Larry... ¡Ni hacia Lakla!

Y allí, para mí, el mundo dejó de tener significado alguno.

FIN

Libros Tauro

<http://www.LibrosTauro.com.ar>